CLUB SECRETO DE DETECTIVES

ASESINATO BAJO EL MUÉRDAGO

13





ROBIN STEVENS

Llegan las vacaciones y Hazel viaja con Daisy para darle una sorpresa a su hermano Bertie, que estudia en Maudlin, un exclusivo (y machista) colegio universitario de CAMBRIDGE.

Pero Bertie no es el alumno modélico que Daisy esperaba encontrar; le encanta salir y juntarse con malas compañías, como los hermanos gemelos Donald y Chummy Melling.

El mayor, Donald, heredará la fortuna familiar el día de Navidad, pero muere envenenado. Chummy se convierte en el principal sospechoso. Pero este también muere en extrañas circunstancias.

Daisy y Hazel investigan los hechos, y en esta ocasión cuentan con unos rivales formidables: los Jóvenes Pinkerton, otra sociedad de detectives. ¿Quién encontrará al culpable?

Robin Stevens

Asesinato bajo el muérdago

Club secreto de detectives
5



Título original: *Mistletoe and Murder*
Robin Stevens, 2016
Traducción: Andrea Montero Cusset, 2025

Diseño de cubierta: Nina Tara

Revisión: 1.0

08/04/2026

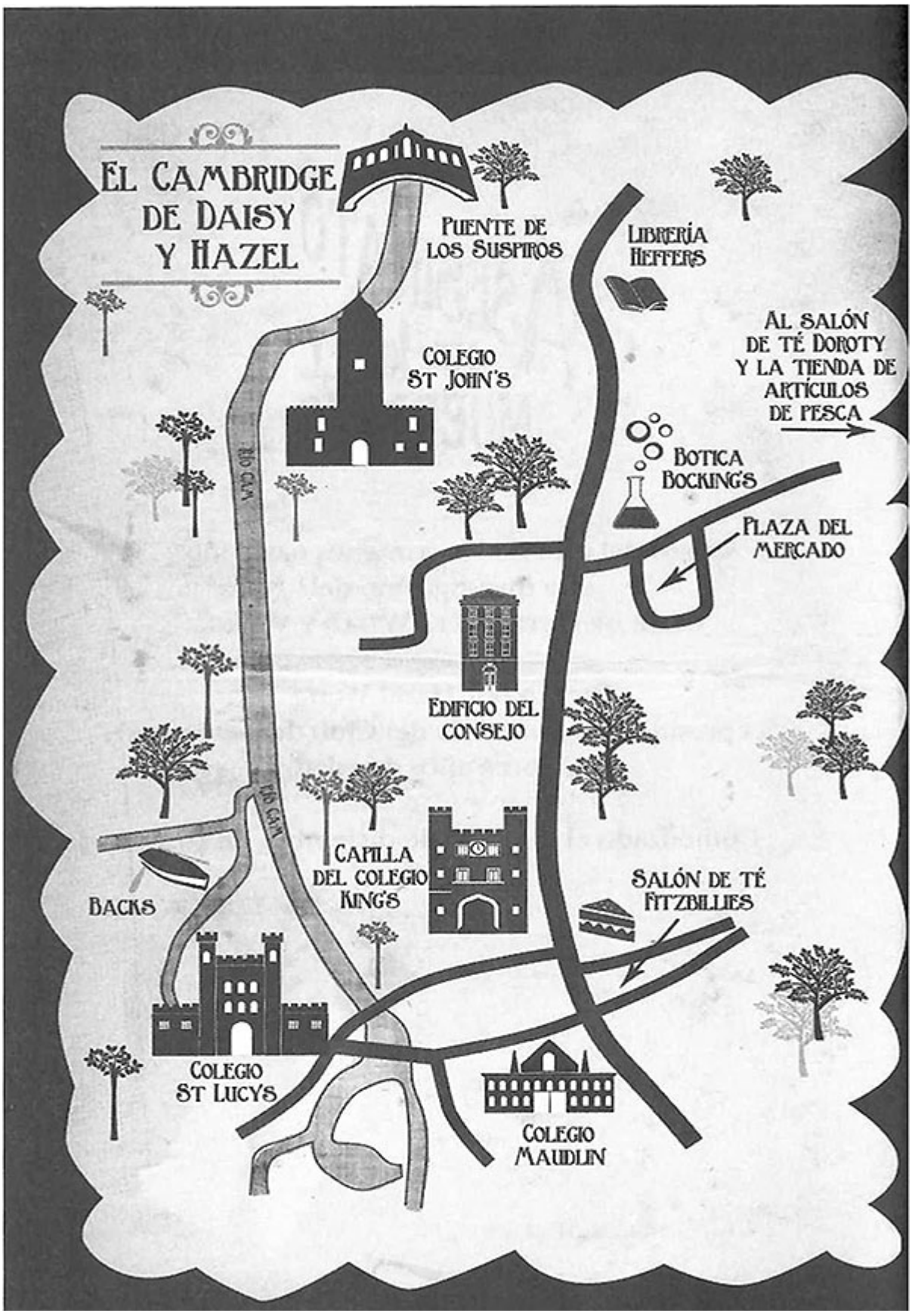


Relato del caso de los crímenes navideños
una investigación del
CLUB DE DETECTIVES WELLS Y WONG.

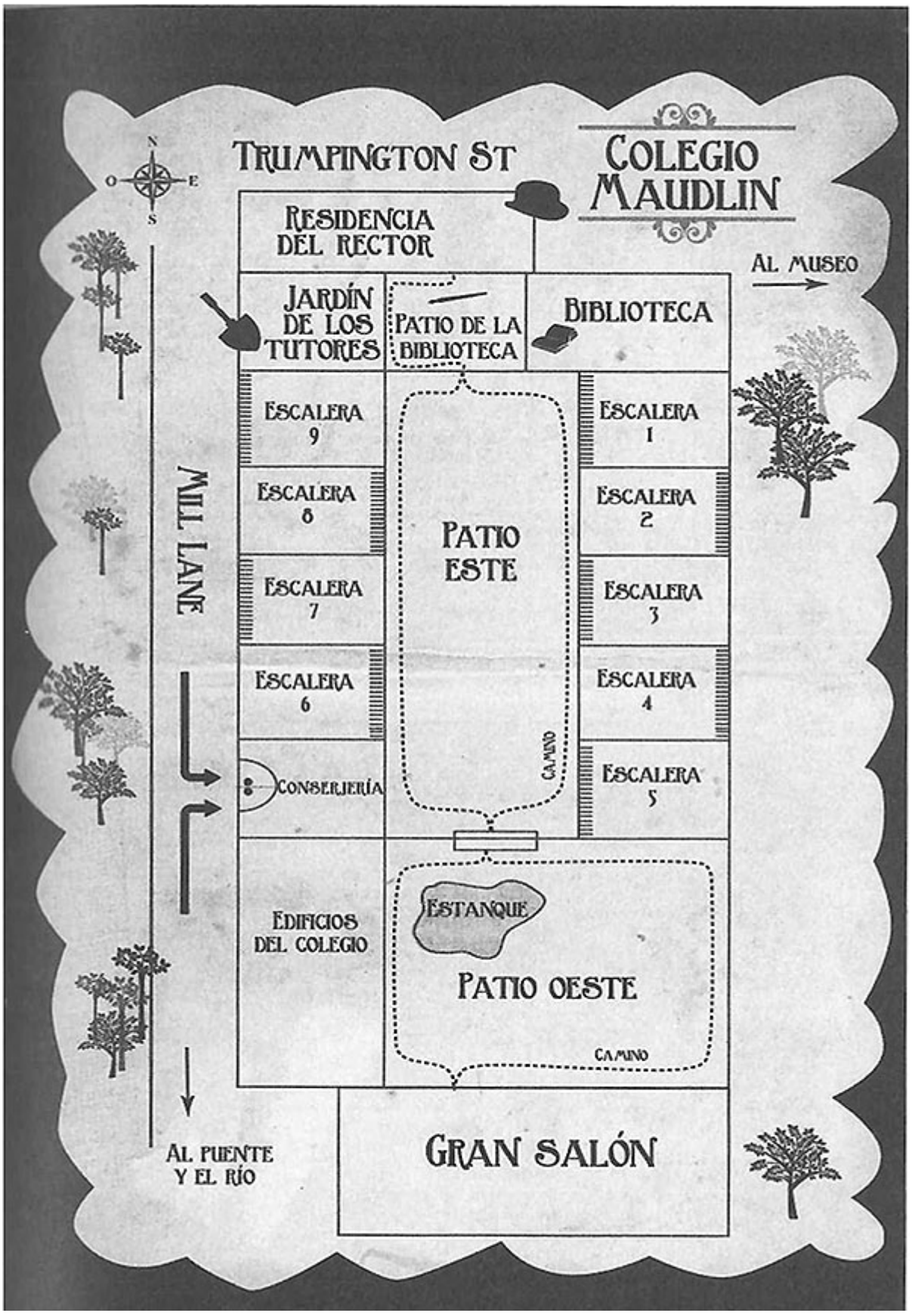
Escrito por Hazel Wong
(vicepresidenta y secretaria del Club de Detectives),
de catorce años de edad.

Comenzado el lunes 23 de diciembre de 1935.

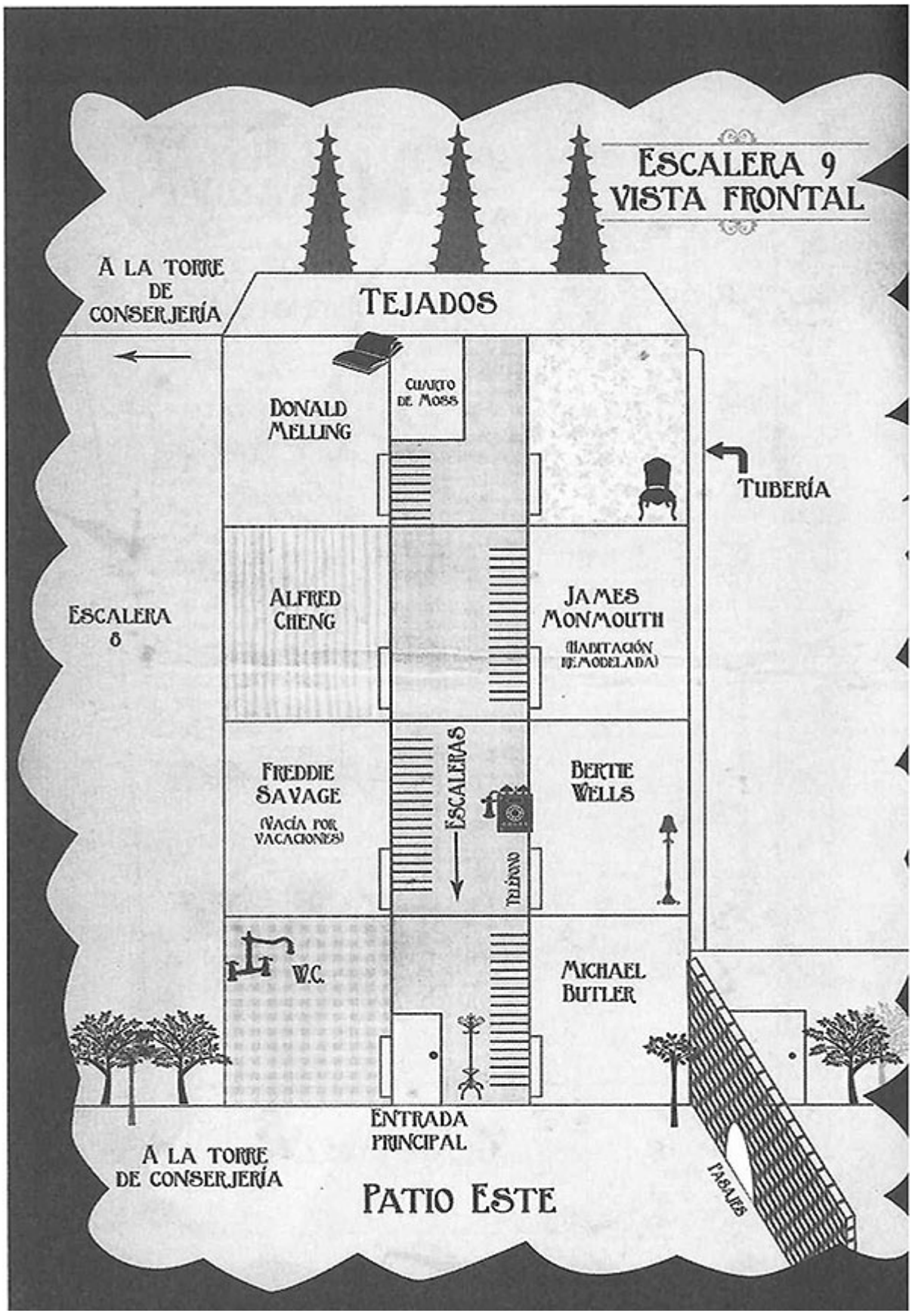



EL CAMBRIDGE DE DAISY Y HAZEL
PUENTE DE LOS SUSPIROS
LIBRERÍA HEFFERS
AL SALÓN DE TÉ DOROTY Y LA TIENDA DE ARTÍCULOS DE PESCA
COLEGIO ST JOHN'S
BOTICA BOCKING'S
PLAZA DEL MERCADO
EDIFICIO DEL CONSEJO
RÍO CAM
CAPILLA DEL COLEGIO KING'S
SALÓN DE TÉ FITZBILLIES
BACKS
COLEGIO ST LUCYS
COLEGIO MAUDLIN

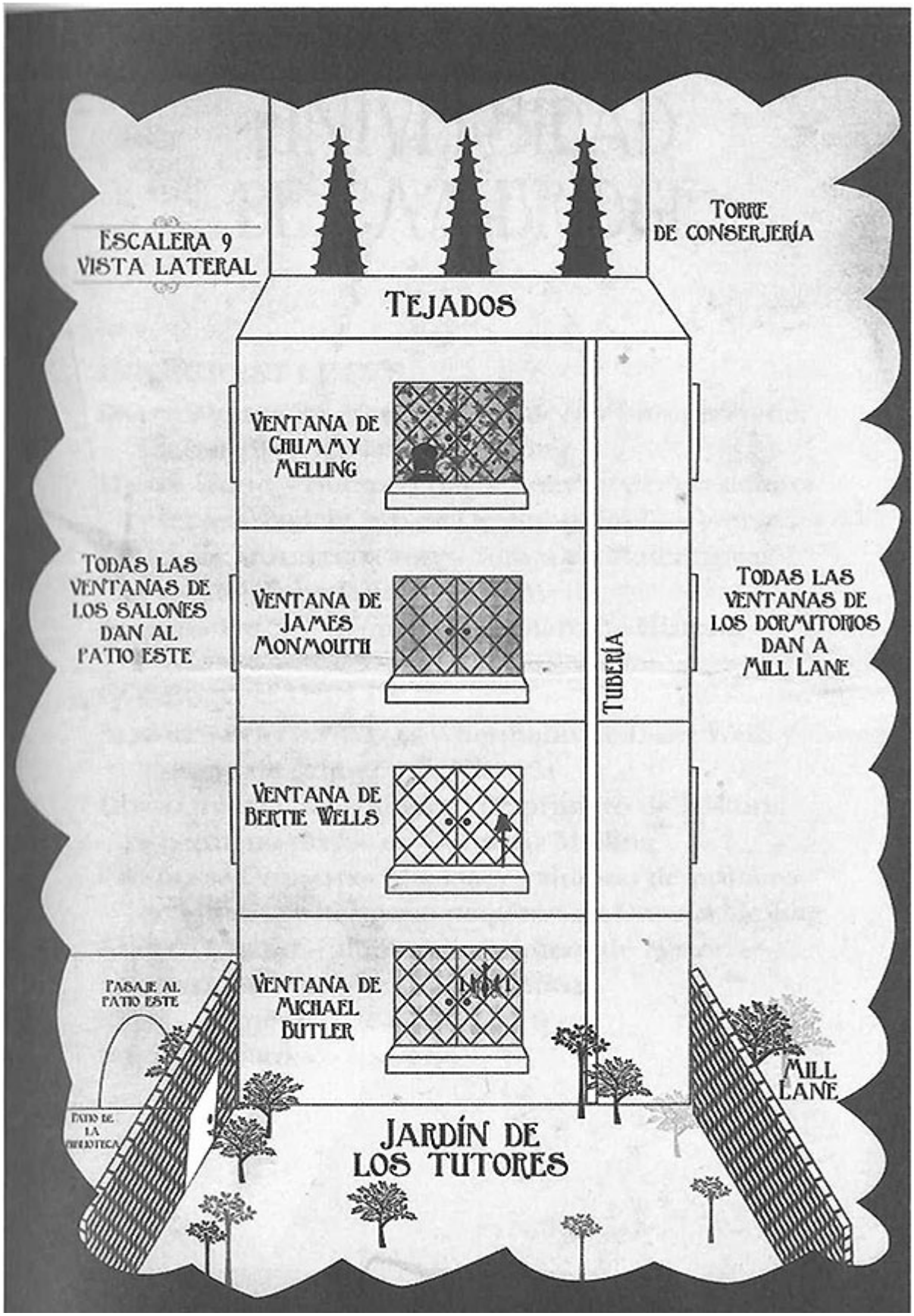



TRUMPINGTON ST
COLEGIO MAUDLIN
N
O
E
S
RESIDENCIA DEL RECTOR
AL MUSEO
JARDÍN DE LOS TUTORES
PATIO DE LA BIBLIOTECA
BIBLIOTECA
ESCALERA 9
ESCALERA 1
ESCALERA 8
ESCALERA 2
PATIO ESTE
ESCALERA 7
ESCALERA 3
ESCALERA 6
ESCALERA 4
CAMINO
CONSERJERÍA
ESCALERA 5
MILL LANE
EDIFICIOS DEL COLEGIO
ESTANQUE
PATIO OESTE
CAMINO
GRAN SALÓN
AL PUENTE Y EL RÍO




ESCALERA 9
VISTA FRONTAL
A LA TORRE DE CONSERJERÍA
TEJADOS
CUARTO DE MOSS
DONALD MELLING
TUBERÍA
ESCALERA 8
ALFRED CHENG
JAMES MONMOUTH
(HABITACIÓN REMODELADA)
FREDDIE SAVAGE
(VACÍA POR VACACIONES)
ESCALERAS
TELÉFONO
BERTIE WELLS
W.C.
MICHAEL BUTLER
ENTRADA PRINCIPAL
A LA TORRE DE CONSERJERÍA
PATIO ESTE
PABAJES




ESCALERA 9
VISTA LATERAL
TORRE
DE CONSERJERÍA
TEJADOS
VENTANA DE
CHUMMY
MELLING
TODAS LAS
VENTANAS DE
LOS SALONES
DAN AL
PATIO ESTE
VENTANA DE
JAMES
MONMOUTH
TUBERÍA
TODAS LAS
VENTANAS DE
LOS DORMITORIOS
DAN A
MILL LANE
VENTANA DE
BERTIE WELLS
PASAJE AL
PATIO ESTE
VENTANA DE
MICHAEL
BUTLER
MILL
LANE
PATIO DE
LA
BIBLIOTECA
JARDÍN DE
LOS TUTORES



UNIVERSIDAD DE CAMBRIDGE

COLEGIO ST LUCY'S

DAISY WELLS - huésped del St Lucy's y presidenta del Club de Detectives Wells y Wong

HAZEL WONG - huésped del St Lucy's y vicepresidenta y secretaria del Club de Detectives Wells y Wong

EUSTACIA MOUNTFITCHET - tutora de Matemáticas y tía abuela de Daisy y Bertie Wells

AMANDA PRICE - alumna de primero de Historia

COLEGIO MAUDLIN

ALBERT «BERTIE» WELLS - hermano de Daisy Wells y alumno de primero de Historia

DONALD MELLING - alumno de primero de Historia y hermano mayor de Chummy Melling

CHARLES «CHUMMY» MELLING - alumno de primero de Historia y hermano pequeño de Donald Melling

ALFRED CHENG - alumno de primero de Historia

MICHAEL BUTLER - tutor de Historia

MOSS - doméstico de la escalera 9

MISTER PERKINS - conserje

COLEGIO ST JOHN'S

ALEXANDER ARCADY - huésped del St John's y copresidente de los Jóvenes Pinkerton

GEORGE MUKHERJEE - huésped del St John's y copresidente de los Jóvenes Pinkerton

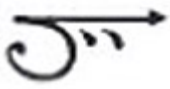
HAROLD MUKHERJEE - alumno de primero de Historia y hermano mayor de George Mukherjee

Nota sobre los colegios universitarios de Oxford

El colegio universitario Maudlin, en Cambridge, no es un lugar real. Tomé prestado el sonido de su nombre del Magdalen College, de Oxford, donde pronuncian Magdalen como Maudlin, algo que siempre me ha parecido muy divertido. El St Lucy's tampoco es real, aunque se basa en los colegios universitarios femeninos que existieron tanto en Oxford como en Cambridge en la época. El St John's es real, como lo son la mayoría de los lugares que menciono en el libro. Solo el asesinato es pura invención…



PRIMERA PARTE



El Club de Detectives de Vacaciones

1

—No ha muerto nadie… aún —dijo Daisy con tono amenazante.

Faltaban dos días para Navidad y nos encontrábamos sentados en el salón de té Fitzbillies, en Cambridge. Solo estábamos Daisy, Alexander, George y yo, y me pregunté si los adultos que nos rodeaban se extrañarían. Aunque Daisy ya tiene casi quince años, es alta y esbelta, y lleva un abrigo de lo más moderno, con el cuello de piel, yo sigo teniendo la cara redonda y sigo siendo decepcionantemente bajita. Supongo que los adultos del resto de las mesas pensaron que no éramos más que niños que jugaban a ser formales, pero, si supieran de qué estábamos hablando en realidad, se sorprenderían muchísimo.

—Reconozco que, de momento, este caso no incluye ninguna muerte —continuó Daisy—. Pero eso todavía puede cambiar. Y si acaba en asesinato, entonces Hazel y yo sin duda llevaremos ventaja. Hemos investigado…

—Cuatro casos de asesinato, lo sabemos —la interrumpió George —. Pero eso no os convierte en el mejor club de detectives.

—Ya lo veremos. —Daisy lo fulminó con la mirada—. Bueno, hablemos de esa apuesta.

Verás, somos más maduros de lo que aparentamos porque los cuatro somos detectives, miembros de dos clubes ultrasecretos, el Club de Detectives y los Jóvenes Pinkerton. La verdad es que Daisy y

yo hemos resuelto cuatro casos de asesinato hasta la fecha, y en ese momento parecía que íbamos camino del quinto.

Era cierto que la información que nos habían proporcionado resultaba escasa, pero, como dice Daisy, es importante que los buenos detectives aprovechen cualquier oportunidad que se presente. En el día transcurrido desde que Daisy y yo llegamos a Cambridge, hemos visto y oído cosas muy sospechosas. El hecho de que estemos de vacaciones de Navidad, y nos alojemos en un colegio universitario extraño en una ciudad extraña, no bastará para impedirnos investigar. Al fin y al cabo, estamos acostumbradas a trabajar en las circunstancias más adversas; lo hemos hecho antes. En realidad, lo más inusual de este caso es que no seremos el único club de detectives que lo investigue.

Verás, en la carrera por resolver este nuevo caso, hemos accedido a medir nuestro ingenio con el club de Alexander y George, los Jóvenes Pinkerton. Daisy los mira por encima del hombro porque no han investigado ningún asesinato, pero, aun así, yo sé que son buenos detectives. Alexander nos ayudó con el caso del Orient Express el verano pasado, y tanto él como George nos echaron una mano con el asesinato de la Noche de las Hogueras, hace apenas un mes. Además, Alexander me ha hablado de otros casos que han resuelto; son todos bastante escalofriantes, y nos habrían puesto a prueba a Daisy y a mí.

Por supuesto, mientras abordábamos nuestros casos, ya nos hemos enfrentado a otros rivales, pero estos no eran conscientes de que competíamos con ellos. Daisy y yo tenemos una regla muy estricta: no revelar jamás el secreto del Club de Detectives a los adultos. Pero tengo la clara sensación de que trabajar en pugna con Alexander y George será mucho más difícil que vencer en astucia al doctor Sandwich, el tonto del detective aficionado que también intentó resolver (y fracasó) el caso del Orient Express. Después de todo, los adultos siempre subestiman a los niños. Los niños nunca se subestiman unos a otros.

Supongo que debería explicar cómo nos enteramos de este caso.

Todo empezó ayer, cuando Daisy y yo llegamos a Cambridge y nos reunimos con su hermano, Bertie.

2

Cogimos el tren desde Deepdean el domingo por la mañana. La gobernanta nos dijo adiós con la mano desde la estación de Deepdean como si fuera nuestra niñera y nos dio unos bocadillos envueltos en papel de cera (nos los comimos prácticamente en cuanto arrancó el tren, cosa que lamentamos para cuando llegó la hora de comer). Pero, de algún modo, mientras doblaba el papel de cera después de la comida, tuve la sensación de que dejábamos atrás todo el semestre en la escuela, las discusiones, las rivalidades y, sobre todo, el misterio que habíamos investigado justo después de la Noche de las Hogueras. Exhalé con fuerza y sentí que todas las preocupaciones relacionadas con la escuela se desvanecían.

Daisy sacó *Los secretos de Oxford* de su bolsa y lo abrió de manera que la página de la izquierda quedaba apoyada en mi rodilla y la de la derecha, en la suya. Se suponía que debíamos leerlo juntas, aunque lo que ocurrió en realidad fue que Daisy pasó las primeras veinte páginas tan rápido que yo apenas entendí la mitad de las palabras, y luego paré y me quedé mirando por la ventanilla las colinas peladas y cubiertas de escarcha por las que pasábamos a toda velocidad. Por supuesto, Daisy se había agenciado el asiento de la ventanilla.

Advertí que *Los secretos de Oxford* no estaba resultando ser lo que ella esperaba de una novela de misterio para nada, pero pasé

unas páginas más yo misma, doblándolas bajo su mano de la forma más pulcra que pude. Entonces le di un codazo. Se había quedado muy quieta, y me pregunté si estaba pensando en el libro.

—¡Seguro que mejora! —dije.

Daisy se volvió hacia mí con los ojos muy abiertos.

—Ah, ¡no estaba pensando en eso! —respondió—. Estaba pensando en Cambridge. Imagínatelo, Hazel. ¡Una ciudad entera para nosotras, sin molestos adultos que nos digan qué podemos o no podemos hacer!

Le sonreí. Una ciudad entera para nosotras…, una ciudad en la que (aunque jamás le diría esto a Daisy) estaba Alexander Arcady.

Daisy y yo conocimos a Alexander en el Orient Express en verano. Alexander y yo habíamos estado escribiéndonos desde entonces y, a esas alturas, nos conocíamos muy bien. Aún no había visto en persona a su mejor amigo, George, y Daisy tampoco, pero las dos sabíamos que él era la otra mitad de los Jóvenes Pinkerton. Los chicos no habían estado en la escena de nuestro misterio de la hoguera —también estaban en la escuela, a kilómetros de allí—, pero aun así nos habían escrito con sugerencias para el caso y habían sido muy útiles.

Alexander ya estaba en Cambridge, pasando las Navidades con George y el hermano mayor de este, Harold, que iba al colegio universitario St John's. Sus padres los habían enviado para que conocieran el lugar donde estudiarían, y a finales del pasado semestre Alexander nos había sugerido que fuésemos nosotras también.

La invitación llegó en el momento perfecto. A mí me preocupaba dónde pasaríamos las Navidades Daisy y yo este año. Yo no puedo volver a casa durante las vacaciones, porque mi familia vive en Hong Kong y necesitaría tres semanas y varios barcos para llegar. El año pasado fui a casa de Daisy, en Fallingford, por Navidad, pero, tras lo ocurrido en Pascua, mi padre no está muy dispuesto que digamos a dejar que vuelva a hospedarme allí; además, Daisy se queda inmóvil y helada ante la idea de ir. Fallingford ha cambiado, y le resulta duro

verlo.

Nunca ha habido ninguna duda acerca de si Daisy podía pasar las Navidades en Cambridge. Su hermano mayor, Bertie, estudia en el colegio universitario Maudlin. Daisy no podía alojarse allí, claro: es un colegio masculino y no se permiten las visitas femeninas, ni siquiera de hermanas pequeñas. Por suerte, podía hospedarse con su anciana tía abuela Eustacia, tutora de Matemáticas de uno de los colegios universitarios femeninos, el St Lucy's. (Cambridge se divide en un montón de colegios distintos, donde los alumnos viven y estudian. «Tutora» no es más que un término universitario para una profesora que cuida de los estudiantes de un colegio, y al parecer la tía abuela de Daisy es una muy importante).

Mi caso era más delicado. Mi padre no está muy contento con el número de asesinatos en los que me he visto implicada últimamente. Piensa que la culpa es sobre todo de Daisy, de modo que me preocupaba que no me dejase quedarme con ella en una ciudad desconocida llena de estudiantes varones. Sin embargo, cuando reuní el valor para pedírselo, dijo que sí en el acto. Verás, mi padre estudió en Cambridge hace muchos años, así que todos sus recuerdos de la ciudad son felices y académicos, para nada peligrosos.

Me lo contó todo por teléfono, y de nuevo en una carta muy larga, así que me pasé las semanas antes de que cogiéramos el tren imaginando cómo sería mi vida si aprobaba los exámenes finales de Deepdean y conseguía plaza en la universidad en Cambridge. No obtendría un título universitario, puesto que Cambridge no permite que las mujeres los tengan (cuando me enteré de esto, me indigné muchísimo, aunque supongo que es solo una de la larga lista de cosas que no nos permiten hacer a las mujeres), pero aun así podía asistir a las mismas clases que los hombres. Me veía cruzando un patio cubierto de hierba con un birrete y una toga negros, aferrando libros desgastados, pasando en bici por delante de la capilla del King's y tomando té con mis inteligentes amigos universitarios en un salón de té de Cambridge. Aquí, por fin, podría convertirme en una

verdadera inglesa.

Primero pensé que nos acompañaría como carabina Hetty, la doncella de Daisy de Fallingford, quien había cuidado de nosotras en el Orient Express, pero Daisy también arregló eso, con la ayuda de Bertie.

—¿Qué hay de mi amiga Amanda Price? —nos preguntó Bertie por teléfono—. Está en el St Lucy's, el colegio de la tía E, ¿sabéis?, y pasará aquí las vacaciones. Si le decimos a la tía E que va a cuidar de vosotras, os dejará ir a donde queráis.

—Pero ¿nos cuidará? —pregunté yo.

—¿Quieres que lo haga? —soltó Bertie con ironía al teléfono.

No entendí qué quería decir hasta que Daisy, a mi lado, me dio un codazo y sonrió de oreja a oreja.

—¡Ah! —exclamé—. Entonces, ¿estaremos solas?

—Qué listo eres, Bertie —dijo Daisy alegremente—. ¡No tendremos a nadie correteando detrás de nosotras! ¡Vamos a pasarlo tan bien!

Pensé en Hetty y sentí una punzada de añoranza, pero de todos modos me di cuenta de que me encantaba la idea de estar libre de adultos por una vez. Incluso en el Orient Express, me había sentido casi como si siguiésemos en la escuela. Pero ahora podríamos tener casi quince años de veras. No habría nadie intentando mandamos a la cama. Es una verdadera tontería que los adultos intenten proteger a los niños, como si no estuviésemos abocados a convertirnos en adultos nosotros también. Necesitamos comprender el mundo y, si tenemos que andar a hurtadillas y mentirles para asegurarnos de hacerlo, la culpa es solo suya.

Me quedé mirando por la ventanilla por encima del hombro de Daisy, y cuando las agujas de las torres de Cambridge asomaron en el horizonte por primera vez, elegantes y feéricas contra el cielo blanquecino, casi sentí que me hacía mayor.

3

Nos apeamos del tren en Cambridge. El encargado nos ayudó a bajar del vagón de primera clase y dispuso que los mozos de estación llevaran nuestros baúles al St Lucy's. Me sentí como si aquello fuese el principio de algo importante. Me quedé mirando a Daisy, elegantemente erguida con su abrigo con el cuello de piel junto a una montaña de equipaje con monograma dorado, y al cabo de un momento me di cuenta de que estaba practicando su pose de adulta.

Reinaba un gran ajetreo en la estación. Mientras nos abríamos paso hacia la salida, la gente pasaba a empujones por nuestro lado, con los brazos cargados de paquetes y grandes libros. Me complació ver que todo el mundo en Cambridge parecía inteligente.

Entonces llegó Bertie avanzando entre la multitud. Llevaba el pelo rubio más largo que la última vez que le había visto y lucía una pajarita nueva, pero seguía pareciéndose tanto a Daisy que me sentí cómoda de inmediato. Cuando la divisó, sacudió los brazos y sonrió de oreja a oreja con la misma expresión que adopta ella cuando ve algo que le encanta. Durante un momento, Daisy se olvidó de la compostura que había estado intentando guardar en el andén. Saltó sobre Bertie y le rodeó el cuello con los brazos con un chillido. Luego se apartó, recogiéndose el pelo de nuevo bajo el sombrero.

—Hola, Bizco. Ya veo que sigues teniendo esos horrorosos

pantalones verdes —dijo ella con cariño.

—Hola, Fofita; hola, Hazel —dijo Bertie, con un guiño hacia ella y una reverencia formal en mi dirección (me sonrojé, porque me hizo sentir muy mayor)—. Vale, vosotras dos, ¡vamos! —Nos guio hasta la entrada de la estación, y nos quedamos plantados a la tenue luz del sol de invierno, temblando—. Amanda llega tarde. Le he dicho que nos encontraríamos aquí hace diez minutos, pero no ha aparecido —nos contó Bertie—. Últimamente se le olvidan un montón de cosas, así que ¡solo espero que se acuerde!

—¿Qué tal por Cambridge? —pregunté, intentando decir algo educado.

Daisy miraba a los ciclistas que pasaban a toda velocidad, con los ojos muy abiertos para asimilarlo todo. Había muchas bicicletas, lo cual me ponía nerviosa; los timbres eran tan potentes como gritos, y parecían bastante inestables. De pronto me pregunté si mi imagen de la bicicleta por Cambridge quizá fuera una ilusión. Después de todo, a veces me cuesta mantener el equilibrio sobre los dos pies. Bambolearme por ahí sobre dos finas ruedas supondría un avance tremendo.

—¡Oh, es muy divertido! —exclamó Bertie—. Una comida estupenda: merengues y champán casi cada tarde en alguna habitación, y la semana pasada soltaron una oveja en el patio.

—Oh —dije. Si bien la merienda encajaba con mi idea de Cambridge, la oveja no tanto—. Pero ¿cómo van las clases de Historia?

—Ah, ¿a quién le importa eso? —soltó Bertie, encogiéndose de hombros—. No he ido a ninguna desde la primera semana.

Daisy dejó de mirar las bicicletas.

—¿Por qué no vas a clase? —preguntó con sequedad.

—¿Por qué iba a hacerlo? Amanda va por nosotros —dijo Bertie —. Y, de todos modos, a nadie le importa tu primer año.

—Eso no es verdad —replicó Daisy, que puso los ojos en blanco.

—¡Qué sabrás tú, Fofita! —dijo Bertie enseguida—. Mira, es de lo más normal. Todos los demás lo hacen. Chummy lo hace y es buena

gente. No tienes de qué preocuparte. Soy mayor que tú y sé lo que me hago.

—Hum —dijo Daisy, con aire escéptico todavía—. ¿Quién es Chummy?

—¡Un amigo! —exclamó Bertie—. Mira, estudiaré cuando tenga que hacerlo. No entiendo por qué no puedo pasarlo bien ahora, después de… lo que ha ocurrido este año.

Hay vacíos en las frases de Bertie cada vez que piensa en Fallingford. El asesinato que tuvo lugar en su propia casa y el juicio que siguió supusieron un duro golpe para él.

Le apreté el brazo a Daisy. Era evidente que no estaba contenta, pero yo no quería que los dos hermanos discutieran. Quería que fuesen unas Navidades felices.

—Ah, pues vale. —Daisy exhaló y se relajó contra mí—. Haz lo que quieras. Venga, cuéntame más acerca de Chummy. ¿Quién querría ser amigo tuyo?

—¡Ya has oído hablar de él! —respondió Bertie—. Es uno de los gemelos Melling, Charles y Donald. Sus padres murieron en un accidente de tráfico cuando eran pequeños, ¿recuerdas?

—¡Ah! —contestó Daisy—. Los Melling de Shropshire…

Tras casi dos años de amistad con Daisy, comprendí que estaba usando una de esas típicas abreviaturas inglesas. Lo que quería decir era que los Melling tenían una gran mansión y eran sumamente ricos e ingleses hasta la médula. Nunca deja de sorprenderme que todos los ingleses sepan quién es quién, sin tener que consultarlo nunca.

—Donald es el gemelo mayor, ¿verdad? —continuó Daisy—. Madre mía. Siempre me he preguntado… ¿a Chummy no le da rabia? Solo cinco minutos demasiado tarde para heredar todo ese dinero.

—Mira que eres morbosa —replicó Bertie, con cariño—. Pero… bueno, supongo que sí. Es una pena, la verdad. Chummy da la impresión de que debería ser el mayor. Es más guapo y se comporta como un heredero, ¿sabes? Es él quien se impone en las conversaciones y toma todas las decisiones. Donald le sigue. Se

limita a pegarse a nosotros.

—Da la sensación de que Chummy es igual que yo —dijo Daisy, con una sonrisa de suficiencia—. Belleza y cerebro, y nada para su hermano. Pobre Donald… y pobre Bizco.

—Voy a pasar eso por alto —respondió Bertie—. Bueno, el caso es que su cumpleaños es el día de Navidad y van a dar una fiesta en el salón de actos. Se supone que es para los dos, pero casi todos los que vienen son invitados de Chummy. Vosotras estaréis, claro, ya lo he hablado con Chummy. Habrá bandas de *jazz*, y Chummy ha pedido una fuente de champán. Creo que Donald está enfadado porque Chummy se está encargando de todo, aunque intenta disimularlo. Va a pagar por todos los amigos de Chummy. Pero, la verdad, ¿quién iba a ser amigo de Donald, teniendo a Chummy? Donald lo intenta, pero es como… una mala copia. No es ni la mitad de divertido. ¡Y también tiene mala suerte! Siempre se las arregla para sufrir los accidentes más extraños.

4

—¿A qué te refieres con «accidentes»? —preguntó Daisy con los ojos entrecerrados.

—Ah, ¡ahí está Amanda, por fin! —exclamó Bertie, agitando los brazos—. ¡Eh, Amanda!

Me esperaba a alguien tan peripuesto como Bertie, con sus pantalones verdes y el pelo repeinado hacia atrás. Pero la chica que se bajó de una bicicleta verde oxidada y avanzó a toda prisa hacia nosotros era cualquier cosa menos elegante. Era fornida, con las mejillas sonrosadas y el pelo castaño, lacio y encrespado, que se le escapaba de una boina azul ajada. Costaba imaginarse a alguien más distinto de Bertie.

—¡Bertie! —exclamó jadeando, con la cara roja y brillante—. Siento llegar tarde. Estaba en el St Lucy's con un trabajo y me he olvidado de la hora, y luego la Yegua necesitaba aceite.

Miré alrededor en busca de un caballo, pero no vi nada que se asemejara.

—Se refiere a esa bici suya —me aclaró Bertie con una sonrisa—. Manda, te presento a mi hermana pequeña, Daisy, y a su amiga Hazel. Las dos son demasiado listas para su propio bien.

—¡Menuda tontería! —replicó Daisy con gazmoñería. Odia que alguien sepa lo inteligente que es hasta que está segura de que esa persona es de fiar.

—Hola —dijo Amanda. Ya había recuperado el aliento y nos examinaba a las dos.

—Daisy, Hazel, esta es Amanda —continuó Bertie—. Es una historiadora brillante. Todos estaríamos perdidos sin ella.

Le dedicó una sonrisa muy típica de Daisy, y vi que Amanda se derretía, exactamente como reaccionan todas las renacuajas con Daisy. Comprendí por qué estaba encantada de pasarle los apuntes de clase a Bertie.

—Bueno —dijo Amanda—. ¿Les has contado cómo va a ir esto?

—Estaba empezando —respondió Bertie—. Puedes seguir tú, si quieres.

Amanda se volvió hacia nosotras y vi que, bajo el pelo lacio y encrespado, sus ojos tenían una mirada aguda y decidida, aunque cansada.

—Muy bien —comenzó—. Escuchad. *Miss* Mountfitchet me ha pedido que os cuide mientras estéis en Cambridge. Quiere que esté con vosotras en todo momento, pero estoy demasiado ocupada. Así que vamos a hacer un pacto: os acompañaré a la salida y a la entrada del St Lucy's, después de eso sois libres de ir a donde os dé la gana, siempre que le digáis a cualquiera que pregunte que yo os acompañaba. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —respondió Daisy de inmediato.

Yo ya sabía que ese sería el arreglo, pero, ahora que había visto a Amanda, sentía curiosidad.

—¿Qué vas a hacer tú mientras estamos fuera? —pregunté.

Trabajos —contestó—. Tengo que acabar un montón durante las vacaciones.

—Amanda trabaja como una mula —intervino Bertie, con una sonrisa de oreja a oreja. Debería haber sonado solidario, pero hubo algo en el modo en que lo dijo que me incomodó.

—Ahora os lleva Bertie a dar una vuelta, mientras yo estudio un poco —añadió Amanda. Se apartó de nuevo el pelo de la cara; daba la impresión de que se le cernía sobre las mejillas y la frente como una nube, pues volvía independientemente de cómo se lo sujetara

con horquillas o se lo remetiera en la boina—. Para enseñaros Cambridge y el Maudlin. Si alguien pregunta, estaba con vosotras. Os veré delante del St Lucy's dentro de una hora, tenemos que tomar todos el té con *miss* Mountfitchet antes de que os vayáis a cenar al Maudlin.

—¿De que nos vayamos? —repitió Daisy—. Entonces, ¿tú no vienes con nosotras al Maudlin?

—No —respondió Amanda con parquedad.

—¿Por qué…? —empezó Daisy, pero Bertie le propinó un codazo.

—Déjalo —dijo él—. Nos vemos a las cuatro en punto, Manda, justo antes del puente que lleva al St Lucy's.

—Nos vemos —contestó Amanda. Saludó con la cabeza a Bertie, y a nosotras, y luego volvió a subirse a la Yegua y se alejó pedaleando. Iba muy rápido, zigzagueando entre los demás ciclistas, y la observé con más curiosidad todavía.

—¿Qué le pasa? —preguntó Daisy.

—No importa —dijo Bertie—. Estas vacaciones se mantiene alejada del Maudlin, es lo único que necesitáis saber.

Daisy se volvió hacia mí para hacerme una mueca. Sabía qué quería decir. Estaba pasando algo raro, algo a cuyo fondo yo quería llegar tanto como Daisy.

—Vamos, vosotras dos —añadió Bertie—. Os haré una visita guiada como es debido antes de ir a tomar el té y a remar.

—¿Chummy y Donald estarán en la cena? —preguntó Daisy—. ¿Pasan las vacaciones en el Maudlin?

Bertie asintió.

—Sí —respondió—. Ya te lo he dicho, el día de Navidad es su cumpleaños. Cumplen veintiuno, son mayores que el resto de nosotros, ya sabes, y Donald por fin recibe la herencia. Estarán en la cena, igual que Alexander y George, que vienen con el hermano de George, mi amigo Harold, del St John's. Por cierto, Fofita, sabía que Harold tenía un hermano pequeño llamado George, pero ¡no me había dado cuenta de que era tu George!

—¡George no es mío! No lo he visto nunca —replicó Daisy—. Y

Hazel tampoco. Aunque es amigo de Alexander.

—¿El americano? —preguntó Bertie.

—El pesado —contestó Daisy.

Aquello me trastocó. Es cierto que Alexander causó una gran tensión entre nosotras el último semestre —casi nuestra peor pelea de la historia—, pero esperaba que todo eso hubiese quedado atrás. Luego experimenté una descarga eléctrica ante la idea de ver a Alexander tan pronto. ¡Ese mismo día! No estaba segura de estar lista.

5

Nos alejamos de la estación por una larga avenida. Estaba flanqueada por casas blancas de amplios ventanales, todas rodeadas de bonitos árboles sin hojas. Bertie iba señalando a medida que avanzábamos.

—Mirad, allí… ¡Eso es Parkers's Piece! Es donde juegan al críquet en verano. Es precioso.

Yo miraba y miraba, y no podía evitar que me entraran ganas de exclamar de emoción. Cambridge se extendía ante nosotros, todo piedra, hierba y estatuas. Todo era antiguo, y tan bonito que me sentí abrumada. No parábamos de cruzar pasajes que parecían portales a un mundo secreto: fui captando atisbos de bonitos jardines con fuentes y senderos por los que caminaban hombres ataviados con toga y birrete negros.

Daba la impresión de que todos los lugares por los que pasábamos tenían una historia que Bertie quería contarnos: una antigua puerta de roble era donde un alumno de segundo se había escondido de un policía; un muro alto era donde Harold había perdido el birrete, y luego tuvo que trepar por él para recuperarlo mientras los demás montaban guardia; y una sinuosa calle adoquinada cubierta por las ramas de los árboles era un atajo hacia un *pub* «excelente». Tuvimos que esperar casi diez minutos, hasta que nos plantamos delante de un edificio de piedra altísimo vallado

con rejas, para volver al lema de los accidentes con un sobresalto.

—¡Maldita sea! —exclamó Bertie, mirando hacia arriba—. ¡Deberían tener más cuidado! A alguien se le ha caído una zapatilla en el edificio del Consejo.

Pensé que se confundiría, pero me equivocaba. Allí, en una comisa a unos seis metros por encima de nosotros, había algo que parecía una zapatilla.

—¿Cómo ha llegado ahí arriba? —pregunté.

Bertie levantaba la mirada.

—Fofita, Hazel, ¿me prometéis que no le diréis a nadie lo que estoy a punto de contaros?

—Por supuesto —contestó Daisy, poniendo los ojos en blanco—. ¡No diremos ni pío!

—¿Seguro? Esto es importante —insistió Bertie—. Y, si os vais de la lengua después de haberlo prometido, os mando de vuelta a la escuela.

Era una amenaza espantosa. Daisy se sonrojó, luego se puso pálida y arrugó la nariz.

—De… de acuerdo. No soy una chivata. Ninguna de las dos lo es.

—Yo no pienso contarlo —agregué—. Palabra de honor.

—De acuerdo —dijo Bertie, bajando la voz—. Bien, algunos de nosotros… escalamos.

—¡Ya lo sé! —exclamó Daisy—. Me lo contaste tú.

—¡Chisss! ¡Te he dicho que era un secreto! —Bertie bajó aún más el tono—. De acuerdo. Soy uno de los Escaladores Nocturnos. Es un grupo, un grupo secretísimo, de estudiantes que salen por la noche y escalan por los edificios.

Miré alrededor, a los chapiteles, las gárgolas y las altas torres de piedra de Cambridge, con asombro. Se alzaban tanto por encima de nosotros… No me imaginaba cómo podía arreglárselas alguien para alcanzar sitios tan altos sin matarse.

—Esto es todo muy clandestino —continuó Bertie—. Si alguna vez te pillan, te dan la patada…, lo que significa que te expulsan, Hazel. Lo único que te permiten saber es quién está en tu propia

sección del club, así, si te pillan, no puedas delatar a muchos hombres más. En la nuestra somos cinco: Chummy, Donald, otro tipo llamado Alfred y yo, todos de nuestra escalera en el Maudlin, y Harold, del John's. Todos estudiamos Historia, así nos conocimos. Nos reunimos en el tejado del Maudlin, después de medianoche, y planificamos nuestras rutas. Es muy emocionante: aún más que el alpinismo. Y puedes usar las manos y los pies, y a veces cable y cuerda si de verdad lo necesitas. Lo cual me recuerda que así es como se produjo el último accidente de Donald, el peor hasta la fecha, ahora que lo pienso.

—¿Sí? —preguntó Daisy—. ¡Cuenta!

—Bueno, todos escalamos, pero de algún modo siempre es Donald quien acaba rasguñado. Es su cuerda la que se rompe o la zona de pared en la que se apoya la que se desprende. Se ha convertido en una broma entre nosotros. La semana pasada estábamos subiendo todos por el edificio del Consejo, aquí… Es una ruta bastante difícil, pero la conocemos bien. Todo el mundo la ha hecho muchas veces. Hay un tramo en el que subes por una tubería, y luego tienes que estirar los brazos y agarrarte a un saliente de piedra. Chummy iba en cabeza, y Donald estaba debajo de él, y entonces, así, sin más, una sección de piedra se quebró y se le vino encima a Donald.

»Por suerte, la peor parte se la llevaron los brazos, que tenía levantados, pero cayó hasta el siguiente saliente. Corrimos hacia él, tenía el abrigo rasgado y los brazos arañados. Se llevó un buen golpe en la cabeza también, se manchó de sangre la camisa y tuvo que fingir que se había estrellado en bici contra un muro cuando se la dio a Moss para que la lavara. Moss es nuestro doméstico, por cierto, una especie de sirviente. Cuida de nosotros en la escalera nueve, mantiene las habitaciones recogidas y esas cosas. Luego lo conoceréis. Pero, como he dicho, ese ha sido el peor accidente de Donald hasta la fecha.

—¿Y Chummy siempre está ahí presente en esos accidentes? —preguntó Daisy.

Enseguida vi adonde quería ir a parar. Donald era el heredero de una enorme fortuna, mientras que su hermano, Chummy, no iba a recibir nada. Si algo le ocurría a Donald, Chummy heredaría la fortuna de los Melling en su lugar. Resultaba muy interesante que Donald no parara de hallarse en situaciones peligrosas, justo antes de su vigésimo primer cumpleaños.

—¿Qué? —dijo Bertie, frunciendo el ceño—. Ah… supongo. Pero no lo has entendido. No es culpa de Chummy. Las trastadas que le hace a Donald son muy diferentes.

Daisy y yo intercambiamos una mirada de incredulidad.

—¿Le hace trastadas? —repitió Daisy.

—Oh, sí —contestó Bertie—. ¿No os he dicho que a Chummy le encanta bromear? Es un gran tipo, siempre anda haciéndonos trastadas, sobre todo a Donald. Imagino que fue él quien soltó esa oveja en el patio, aunque no lo ha confesado. Nos cambia los birretes, de manera que a ninguno le queda bien el suyo, y también prende notas burlonas en la espalda de los tutores. Pero es Donald quien se lleva la peor parte: Chummy trepa hasta los tejados del Maudlin para dejar cosas de Donald allí, o le cose las mangas de las chaquetas o le mete ranas en la cama. Bueno, hace apenas unos días, colocó un cubo de agua helada en lo alto de la puerta de Donald. ¡Al final fue el cubo entero lo que le cayó en la cabeza a Donald, no solo el agua que contenía, y Moss tuvo que volver a vendarle! Chummy lo negó, pero por supuesto todos supimos que había sido él. ¡La cara de Donald era graciosísima!

Noté una sensación extraña en la nuca. Me pareció que parte de lo que contaba iba más allá de meras trastadas.

—¡Miraos a las dos, Fofita! —exclamó Bertie de pronto, riéndose —. ¡Vamos, es Navidad! Esta semana son todo avellanas, naranjas, mazapán y regalos. ¡No andes buscando problemas donde no los hay!

—¡Yo nunca lo hago! —replicó Daisy—. No es culpa mía si los problemas siempre me encuentran. ¿Y por qué nadie culpa nunca a Hazel? Se ha metido en tantos líos como yo.

—¡No a propósito! —me defendí.

Es cierto que los problemas nos persiguen, pero no porque los provoquemos, al menos eso creo. ¿Habían vuelto a encontrarnos los problemas aquí, en Cambridge?

—Animaos —dijo Bertie—. Mirad detrás de vosotras, ¡contemplad estas vistas!

Las dos nos volvimos. A la derecha se encontraba la mole dorada de la capilla del King's. Se alzaba en medio de la hierba, bordeada de torres, y su cantería era tan delicada como el encaje. Me resultaba de algún modo ridículo estar tan cerca de ella después de haberla visto en fotos tan a menudo, como si de pronto me hubiese topado con un dragón o con las pirámides. Estaba fascinada.

—Es impresionante, ¿eh? —dijo Bertie—. ¡Deberíais verla de noche, desde lo alto del Consejo! Puedes ver todo Cambridge, y la capilla del King's de cerca. Desde arriba es magnífica. Con las nubes por detrás, ya sabéis, y los chapiteles.

Parecía muy tranquilo, como si el mero hecho de hablar de escalar le hubiese relajado. Pensé que entendía por qué. Estar tan arriba debe de ofrecerte una nueva forma de mirar las cosas. Bertie contemplaba la capilla en ese momento y recordaba su propia visión furtiva de ella, un secreto que podía guardar mucho después de que hubiese pasado el peligro de la escalada.

Cambridge era realmente hermoso, de un modo indescriptible. Casi resultaba demasiado grande para asimilarlo. Intenté apartar la vista de aquella visión de la capilla del King's a la luz de la luna y concentrarme en cosas que se encontraran al nivel de los ojos: las bicicletas que pasaban a toda velocidad por delante de nosotros, las tiendecitas con escaparates de luz cálida en las que vendían dulces, pasteles y togas, y el coro de villancicos que entonaba «Del Oriente somos».

Bertie se adelantó para dejar caer unas monedas en el sombrero del coro. Mientras estaba distraído, Daisy me agarró del brazo.

—¡Está pasando algo! —me susurró—. ¿No crees, Hazel? ¡Algo entre Chummy y Donald!

—Estás pensando… ¿en los accidentes? —le pregunté. Daisy asintió.

—Tengo la horrible sensación de que un día de estos puede que le ocurra algo realmente espantoso a Donald —dijo con tono siniestro.

6

Una vez que dejamos atrás la capilla, la calle se estrechó y los altos muros nos cercaron a ambos lados. Los edificios eran todos de ladrillo y piedra, antiguos y preciosos. Estaba tan ocupada mirándolos que no prestaba atención a por dónde iba. Me tropecé con un adoquín suelto y fui dando traspiés hasta caer a la calzada.

—¡Eh! —me gritaron.

Daisy tiró de mí para devolverme a la acera justo antes de que un ciclista pasara a toda velocidad rozando mi hombro derecho, por el mismo lugar donde había estado yo un instante antes. Iba encorvado sobre el manillar, con el cabello castaño bajo el birrete y una toga ondeando a la espalda. Mientras me quedaba ahí plantada jadeando, volvió la cabeza para mirarme con el ceño fruncido. Tenía la cara más bien redonda y la nariz respingona: rasgos que deberían haber resultado bonitos, pero de algún modo su expresión los hacía desagradables.

—¡Presta atención, Wells! —gritó, paró la bici y apoyó un pie en el suelo. Me di cuenta de que estaba hablando con Bertie—. Asegúrate de que tus invitadas se comportan, ¡o te amonestaré por escrito! ¡Casi me la llevo por delante! —Entonces se alejó de nuevo pedaleando con furia por un camino situado a nuestra derecha.

—¡Qué horror de hombre! ¿Lo conoces? —le preguntó Daisy a Bertie cuando se hubo marchado.

—Ese es Michael Butler —respondió Bertie—. Es un tutor de Historia, uno bastante joven. No puede permitirse un alojamiento decente, así que vive al pie de nuestra escalera y nos mangonea para sacarse un sobresueldo. Puede ser simpático, hasta que recuerda que se supone que estamos a su cargo. Entonces se vuelve un soso y nos reprende por la mayor nimiedad. Es parte de la razón por la que somos todos escaladores: las tuberías son simplemente la única forma de salir después de que anochezca, con Butler vigilando la salida de abajo. Cierra la puerta de nuestra escalera a las once todas las noches, ¡y pobre de ti si llegas tarde!

»Bueno, más adelante está el museo —continuó Bertie, señalando—. Tiene cierto aire de templo griego. No he entrado nunca, aunque una vez me planté en lo alto. Y ahí, a la izquierda, eso es el Fitzbillies, donde encontraréis los mejores bollos de Chelsea que sirven en Cambridge. En otro momento tenéis que entrar.

Eché un vistazo al resplandeciente escaparate del pequeño edificio de ladrillo al pasar. Estaba repleto de los dulces más deliciosos, apilados entre adornos rosas y blancos, de pasteles recubiertos de nata y frutos secos, y de auténticas montañas de bollos dorados colocados en espiral, salpicados de pasas y rezumando almíbar. Se me hizo la boca agua. Habían pasado horas desde esos bocadillos en el tren, con el queso ligeramente caliente y la pegajosa salsa *chutney*. Más allá de la repostería, vi mesas llenas de gente que disfrutaba de una merienda espléndida. Me rugió el estómago.

Pero doblamos la esquina en la estrecha calle adoquinada que había enfilado Michael Butler, y quizá fueran los altos muros que nos rodeaban, pero el día de pronto pareció oscurecer y las sombras se cernieron sobre nosotros. El aire era gélido y nuestro aliento se convertía en vaho blanco.

—Ahora vamos a pasar por delante del Maudlin, pero ya os llevaré luego. Tenemos que ir al St Lucy’s; seguimos por esta calle.

Alcé la vista a la izquierda cuando pasábamos por delante de

unos muros altos de ladrillo y una robusta puerta de madera en la base de una torre estrecha. De pronto estábamos fuera de las calles adoquinadas, al aire libre. Delante teníamos un elegante puente de piedra con arco, por debajo del cual fluía un río brillante y oscuro. Era la zona situada detrás de los colegios, el famoso Backs; lo recordé de las historias que me había contado mi padre. Era allí donde flotaban las bateas en verano, donde los alumnos ganduleaban, hacían pícnics y estudiaban para los exámenes. Me maravillé al verlo. Era todo tan pintoresco y británico. En la orilla por la que avanzábamos, se alzaba la piedra de los colegios universitarios, resaltada por las ventanas iluminadas y decorada con florituras y columnas. Sentí que esas luces me daban la bienvenida.

—Amanda no debería tardar —dijo Bertie—. Ha estado trabajando en la ciudad. ¡Ah, ahí está! Puntual por una vez. ¡Hola, Manda! —Y allí estaba Amanda, saliendo de las sombras a nuestra espalda con la Yegua al lado. Nos saludó con un ademán de cabeza, se acercó y ajustó el paso al nuestro como si hubiese estado todo el tiempo con nosotros—. Y ahora cruzamos ese puente.

Miré al otro lado del río y vi una imagen muy distinta. Los edificios allí eran toscos, de ladrillo nuevo, muy convencionales y poco románticos. ¿Eso también era Cambridge? No era posible… Sería donde vivía la gente de la ciudad, ¡no los estudiantes! Pero Bertie señalaba de manera inconfundible al peor, un edificio bajo y sin gracia, con varios anexos rojos y cuadrados.

—Ahí está el St Lucy's, el colegio de Manda, y el de la tía E. Estará esperándonos… Ah, ¡ahí está!

La puerta principal del edificio se hizo visible, y delante de ella había una figura. Era un suspiro de persona, con una gran mata de cabello blanco. El abrigo negro que la envolvía le hacía parecer un pájaro, o un murciélago. Volvió la cabeza con esa sacudida típica de las aves.

—¡Tía E! —gritó Bertie—. ¡Las tengo!

—¡Date prisa, tontaina! —gritó la anciana. Cuando nos acercábamos, vi que tenía los mismos rasgos finos y delicados y la

misma nariz pequeña que Daisy y Bertie, solo que más marcados por la edad—. Debéis de estar todos congelados. ¡Daisy, querida! Y tú eres Hazel. ¡Bienvenidas al St Lucy's! Espero que estéis contentas de estar aquí. Vuestros baúles han llegado hace un rato y los han subido a vuestras habitaciones. Pasad, pasad. ¿Queréis un poco de té?

7

Una de las reglas del Club de Detectives es no decir nunca que no al té.

Nos llevaron a una sala revestida de madera blanca, con el techo blanco y desnudo y el suelo de madera cubierto con una alfombra raída. Todo parecía deslucido y deteriorado. No tenía nada que ver con lo que me esperaba por las historias de mi padre.

—Esta es la sala común de las mayores —dijo la tía Eustacia, mientras una doncella con un delantal remendado traía una tetera y un plato de bollos—. Hace un poco de fresco, lo sé. Os llevaría a mi estudio, que siempre es mucho más agradable, pero lo están limpiando. Los radiadores se encienden de ocho a nueve de la mañana, y de seis a siete de la tarde, así que tenemos unas horas antes de nuestra próxima ola de calor. Me han dicho que es bueno para nosotras. Bueno, para el presupuesto, más bien. Pronto aprenderéis que, a pesar de que la mitad de los cerebros de Cambridge pertenecen a las mujeres, los colegios universitarios femeninos no reciben un céntimo. Pero tomaos el té y enseguida entraréis en calor.

Se sentó en un sillón verde desgastado y el resto nos acomodamos en sillas de mimbre a su alrededor. Amanda, que tenía una pluma y un cuaderno asomando de la manga de la toga y manchas de tinta en las manos, tomó asiento junto a Bertie,

ignorándonos a Daisy y a mí. Yo di sorbos a mi té, rodeando la taza con los dedos agradecida, y luego cogí un bollo. Solo había mermelada para ponerle encima, ni rastro de nata, pero estaba caliente y, cuando lo abrí, desprendió un olor delicioso.

—No hay muchas alumnas con nosotras en Navidad, así que prácticamente sois las dueñas del lugar —nos contó la tía Eustacia—. Os he puesto en una de las habitaciones de las de primero. Trilling, creo que la conocéis, ¿verdad?, ha sugerido que os alojéis en sus habitaciones mientras ella pasa las fiestas en casa. Pensó que os gustaría. ¿Os gusta?

Me quedé confundida un momento, luego caí en la cuenta: Henrietta Trilling era el nombre real de Rey Enrique, nuestra jefa del año pasado. ¡Rey Enrique! Había formado parte de nuestro primer caso de verdad, el caso del asesinato de *miss* Bell, nuestra profesora de Ciencias.

—¡Vaya, sí, tía E! —respondió Daisy—. ¡Por supuesto!

Nos sonreímos de oreja a oreja la una a la otra.

—No me llames así, menuda tontería —replicó la tía Eustacia—. Supongo que te lo ha pegado Bertie. Bertie, eres una influencia nefasta. Bueno, mi sobrino Félix me ha contado que tuvisteis algunas dificultades más en esa escuela vuestra el último semestre. Qué espanto. Cuéntamelo todo.

En cinco minutos, la tía Eustacia le había sonsacado todos los detalles de la Noche de las Hogueras a Daisy (aunque no nuestra propia implicación, claro). Parecía fascinada, y me quedó clarísimo que si el tío de Daisy, Félix, de algún modo se convirtiera en una anciana, ese era el aspecto que tendría. Amanda también escuchaba con curiosidad, pestañeando y apartándose mechones apelmazados de los ojos. Parecía cansada, aun más de lo que había advertido antes.

—¡Bueno, Price! —dijo la tía Eustacia a Amanda cuando terminamos—. Espero que cuides de las niñas como es debido. —Nos dedicó a todos una mirada penetrante—. Y que os comportéis todos como es debido y seáis un orgullo para la familia.

Asentí y noté que me sonrojaba.

—Sí, tía Eustacia —contestó Daisy.

—Espero que tengáis intención de obedecerme —dijo la tía Eustacia—. Ya os veo cruzando los dedos. Ahora, podéis vestiros e ir a cenar al Maudlin. Price, cuida de ellas. Las quiero de vuelta sin heridas ni defectos importantes. Adiós.

Nos despachó.

—Pues muy bien —dijo Bertie—. Voy a vestirme y a reunirme con los chicos.

—A mí los chicos me dan igual —replicó Daisy con un suspiro.

—Claro —replicó Bertie—. Y Hazel siempre tiene la cara de ese color.

Me llevé las manos a las mejillas, avergonzada.

—Bueno, daos prisa y cambiaos. Manda, ¿las llevas al Maudlin?

Amanda asintió brevemente.

—Vamos a vuestras habitaciones —nos indicó a Daisy y a mí—. ¡Daos prisa!

Nos apresuramos tras ella, y volví a preguntarme qué demonios le pasaba. Fuese lo que fuese, tenía la extraña sensación de que la clave estaba en el Maudlin.

8

Las habitaciones de Rey Enrique se encontraban en la misma escalera fría de cemento y madera que las de Amanda, un piso más abajo. Eran pequeñas, y casi tan deslucidas como la sala común de las mayores, pero tenían un aire más hogareño, como si estuviéramos de vuelta en Deepdean. Las copas y los trofeos de Deepdean de Rey Enrique ocupaban un estante de la sala de estar, y su emblema de *hockey* estaba sujeto al borde del espejo pequeño, que había decorado con hiedra y acebo. En el dormitorio habían instalado una carriola junto a la cama de Rey Enrique (yo dormiría en la carriola y Daisy en la cama de verdad).

Había una nota encima del edredón de la cama. «Para Daisy Wells y Hazel Wong», decía. Daisy se abalanzó sobre ella, y yo me incliné alrededor de su hombro para leerla.

Queridas Daisy y Hazel:

¡Bienvenidas a Cambridge y al St Lucys! Espero que estéis cómodas durante las Navidades: ¡esto me recuerda mucho a nuestro querido Deepdean! Es una buena escuela, divertida, ¿sabéis?, y la echo de menos, incluso después de todo lo que ocurrió allí.

Siento mucho no haber podido estar para recibiros en persona, pero no podía perderme las Navidades con mi

padre y mi madre. Aunque sí quiero deciros una cosa: esos chicos con los que vive tu hermano en el Maudlin, Chummy y Donald Melling... Bertie es amigo de Chummy, pero los gemelos tienen muy mala fama. Dedican demasiado tiempo a pasarlo bien. No creo que hayan ido a clase desde la primera semana. Van a cumplir veintiuno estas vacaciones, el día de Navidad, y tienen planeada una estúpida fiesta. A mí me invitaron, pero no quería ir. Me han contado que Donald tiene pensado ignorar a Chummy —por primera vez en su vida— y fundirse todo el dinero en una mina de diamantes, mira tú por dónde. Chummy lo ha oído por ahí y está furioso. Hace unas semanas se acaloró mucho en la cantina del Maudlin y le dijo a un chico al que conozco que no pensaba tolerarlo, que iba a hacer que Donald le diese el dinero.

Deberíais tener cuidado, vigilarlos, ¿lo haréis? No quiero que os veáis mezcladas en todo esto también.

Hay galletas y chocolate en la lata debajo de la cama.

Os deseo una muy feliz Navidad,

Rey Enrique

Daisy dejo caer la carta como si fuese un ascua encendida,

—¡Hazel! —exclamó—. ¡Hazel!

Todo lo que había estado pensando sobre Donald y Chummy —sabía que Daisy había estado pensando lo mismo— de pronto se veía respaldado, y por una fuente en la que ambas confiábamos.

—¿Qué hacemos? —pregunté—. ¿Nos cambiamos para la cena?

—¡Cambiamos! —dijo Daisy—. ¡Yo no puedo pensar en eso cuando hay un misterio que resolver!

—Pero si no vamos a cenar, no veremos a Chummy y a Donald —señalé, mientras sacaba su vestido de tafetán rosa del armario donde lo habían colgado y se lo tendía.

Daisy suspiró, pero se lo puso, y luego perdió todo interés en la

ropa y se sentó con pesadez en su cama, con la mirada perdida mientras pensaba. Yo me puse mi vestido verde de terciopelo y me miré en el espejo con tristeza. Al lado de Daisy, me sentía un fraude.

—¡Hazel! —dijo Daisy desde la cama—. Oh, Hazel, ¡es otro misterio!

—¡Chummy y Donald! —respondí, contenta de desviar la atención de mí misma.

—¡Exacto! Que herederos sufran accidentes y sean víctimas de supuestas trastadas es altamente sospechoso, incluso si el tonto de mi hermano es incapaz de verlo, y la carta de Rey Enrique lo demuestra. Chummy está decidido a heredar el dinero en lugar de Donald, y solo faltan unos días para su cumpleaños. Hazel, ¡creo que algo está a punto de pasar!

—¡Lo sé! —respondí—. ¿Y qué hay de Amanda? ¿Por qué no quiere ir al Maudlin? ¿Qué trabajos está haciendo durante las vacaciones que Bertie no tiene que hacer?

—Bertie —Daisy frunció el ceño de pronto— no está estudiando todo lo que debería. Sé que no tiene mi intelecto lo natural, pero no es del todo idiota. No puede permitirse echar a perder Cambridge. Tendré que hablar con él como es debido. Pero sí, los actos de Amanda son raros, sospechosos. ¿Tienen alguna relación con Chummy y con Donald? Esta noche será la ocasión perfecta para conocerlos y ver cómo se comportan el uno con el otro. Aunque tendremos que ocultarles lo que hacemos a los Pinkerton.

—¿Y eso por qué? —pregunté—. Alexander nos ayudó con el caso del Orient Express, y tampoco habríamos resuelto el asesinato de la Noche de las Hogueras tan rápido sin los Pinkerton. Si nosotras hemos notado algo, es posible que ellos también. Quizá quieran ayudar.

—Bueno, no pueden ayudar, ¡y punto! —repuso Daisy enfadada —. ¿Todavía no estás lista para irnos?

Me até la faja (me quedó ligeramente torcida, pero sabía que no tenía sentido pedirle a Daisy que me la arreglara con el humor que se gastaba en ese momento). Tenía una mancha en el zapato y me

la froté, lo cual lo empeoró. No podía esperar para ver a Alexander, pero al mismo tiempo no estaba segura de ser capaz de soportarlo.

9

Llamaron a la puerta con brusquedad; era Amanda, con la cara ojerosa. Me puse el abrigo, las seguí a ella y a Daisy por las escaleras, y nos adentramos en el cortante frío de la noche.

Las estrellas eran pequeños puntos en el cielo negro, y nuestro aliento se quedaba suspendido en el aire delante de nosotras. Salimos de la conserjería, cruzamos las aguas en calma del Cam y vi una bruma delicadísima flotando por encima de ellas, por encima de todo, en realidad, que difuminaba la luz de las farolas y las figuras que pasaban en bicicleta, pedaleando titubeantes por las calles adoquinadas.

Amanda se ajustó el abrigo y se bajó el gorro hasta cubrirse las orejas.

—¡Menudo frío! —dijo—. Pronto nevará.

Me imaginé Cambridge nevado, una imagen de postal o la de uno de los cuadros que colgaban en casa de mi padre. Fue un pensamiento adorable: cálido y blanco a un tiempo. El corazón me palpitó de alegría.

—Bueno —dijo Amanda—, como sabéis, voy a acompañaros hasta la puerta del Maudlin, pero nada más.

Me reuniré con vosotras al final de la noche para volver a llevaros al St Lucy's.

—¿Por qué…? —empezó Daisy, pero Amanda la miró con

ferocidad y la interrumpió.

—Como he dicho, tengo trabajos que hacer —alegó—. De acuerdo… Ahí delante, esa es la torre de la conserjería del Maudlin.

Entrecerré los ojos en la penumbra. Al principio, solo atisbé los altos muros de ladrillo que había visto antes. Cambridge tenía muy poca luz, era como si las sombras tuvieran un peso real, o quizá solo fuera que las calles eran indas muy estrechas y los muros altísimos. Pero sí, ahí estaba la torre que había visto antes, con un enorme y pesado portón de madera al pie, como la entrada a un castillo, solo que sin el foso y el puente levadizo.

Encajada en el imponente portón, había una portezuela del tamaño de una persona desde la que se proyectaba una luz intensa, y Amanda nos hizo un gesto en esa dirección. Ella se quedó atrás, luego se dio media vuelta y se fundió en las sombras como si fuese bruma.

Daisy y yo atravesamos juntas la puerta y nos encontramos en un espacio arqueado de piedra, con un casillero a un lado y una especie de trampilla al otro. Había un hombre calvo, con un grueso bigote como de morsa, asomado y vi que estaba sentado en un cuartito contiguo, iluminado y acogedor.

—¡Santo Dios! —exclamó al ver a Daisy—. ¡Sé quién es usted! ¡Vaya, es la hermana de Wells!

Daisy se irguió en toda su estatura, lo cual, a día de hoy, es mucha estatura.

—Soy la honorable Daisy Wells —le indicó.

El hombre soltó una risita, encantado.

—¡Claro que sí! —gritó—. ¡La reconocería en cualquier parte! Es usted clavada a su hermano.

—¡Qué horror! —replicó Daisy, aunque advertí que estaba complacida—. Yo soy mucho mejor que él.

—Soy mister Perkins —dijo el hombre—. Soy el conserje del Maudlin. Llevo aquí más de treinta años, ¿saben?, más tiempo que cualquiera de los catedráticos o que el rector mismo, incluso. ¡El colegio se vendría abajo sin mí! Estoy aquí todos los días desde las

seis de la mañana hasta que cierro la verja a las once de la noche. Si yo no estoy, ustedes no entran en el Maudlin. ¡No se me escapa nada!

—Un placer conocerlo —respondió Daisy—. Parece que es usted importantísimo. Y esta es mi amiga Hazel Wong.

El señor Perkins se volvió hacia mí y me preparé para la mirada fija de costumbre, o el grito ahogado o el gesto de enfado…, el comportamiento habitual de los ingleses cuando me ven por primera vez. Pero en esa ocasión me llevé una sorpresa. Mister Perkins observó mi pelo castaño, los ojos oscuros y la cara redonda, y asintió a modo de saludo, como si no tuviese nada de extraordinario.

—Encantado, señorita Wong. Bueno, me han dicho que las esperan en la escalera del señor Wells, la nueve, en las habitaciones de mister Donald Melling. Si salen por aquí y giran a la izquierda, es la última escalera de la izquierda, antes del patio de la biblioteca. Los hombres están todos esperándolas allí: los Melling, mister Wells y sus invitados. *Miss* Wells, un tal mister Arcady ha preguntado por usted en particular cuando ha llegado. Me da que lo impresionó usted.

Nos guiñó el ojo y de pronto me sentí como si me hubiese tragado un sapo. ¿Por qué mencionaba Alexander a Daisy en lugar de a mi? No era a Daisy a quien se había pasado el semestre entero escribiendo. Su amiga no era ella. Aquello me recordó una vez más lo blanca, sonrosada y guapa que era Daisy, y lo injusto que puede ser eso. Me froté el granito que tenía en la mejilla y deseé con todas mis fuerzas no ser tan bajita.

Salimos de la conserjería y nos encontramos en un espacio cubierto de hierba, un cuadrado rodeado de altos edificios de piedra. Era sencillamente hermoso. Eso, pensé, se parecía mucho más a lo que me esperaba en Cambridge; la clase de magnificencia y singularidad de las que había oído hablar a mi padre. Me encantó de inmediato.

A nuestro alrededor solo había algunas ventanas iluminadas; el colegio estaba tranquilo por las vacaciones. Doblamos a la izquierda

y enfilamos el camino de piedra que bordeaba el césped, dejando atrás varios pasajes abovedados y oscuros. Escalera seis, escalera siete, escalera ocho… y ahí, justo al final, estaba la entrada a la escalera nueve.

Ese pasaje estaba abierto e iluminado con faroles, y resultaba de lo más acogedor. Lo atravesamos y alcé la vista hacia una angosta escalera de piedra que se elevaba en espiral de un modo vertiginoso, con tan solo una estrecha barandilla metálica en el lado exterior. Había dos puertas en la planta baja, una a la izquierda, señalizada como «Baños», y una a la derecha, encajada donde empezaba la escalera y con un letrero en el que se leía «Michael Butler». Esa puerta se hallaba al lado de un gran tablón de anuncios cubierto con papelitos que anunciaban obras de teatro, conferencias y espectáculos.

¡NOCHE IMPERIO!!
¡Venid vestidos como vuestro país subyugado favorito!

BAILE DE INVIERNO DEL MAUDLIN - tíquets para la cena ya disponibles

EL CUARTETO OLEANDER INTERPRETA A BEETHOVEN - 13 horas, salón matinal

MÁS ALLÁ DE LAS COLINAS. EN TIERRAS LEJANAS – próxima reunión, a la hora habitual, en El Lugar Habitual.

Oí voces procedentes de arriba, altas, masculinas.

—¡Vamos! —dijo Daisy con entusiasmo, tirándome de la manga.

Me puse más nerviosa que nunca. Había estado viendo a Alexander en mi cabeza todos los días, congelado como cuando se asomó del vagón en la parada del Orient Express en Estambul, con los puños de la camisa por encima de las muñecas y el pelo alborotado, cubriéndole una ceja. ¿Sería el mismo? ¿Y si estaba

distinto?

Subimos las escaleras. Cada tramo consistía en veinte escalones estrechos, con un rellano en lo alto donde había una habitación a la izquierda y otra a la derecha. Cuando llegamos al tercer rellano, de donde provenían los sonidos de una fiesta, ya estaba jadeando. Pero allí, por fin, había una puerta abierta, y dentro, una habitación iluminada y decorada con adornos de Navidad: ramas de acebo y hiedra, ramitas de muérdago y tiras de espumillón.

Entre todo aquel esplendor, había varios grupos de hombres, todos vestidos de esmoquin para la cena. Se reían y bromeaban, y tardé un momento, mientras permanecíamos en el umbral, en dilucidar a quién estaba viendo exactamente.

La primera persona a la que reconocí fue Bertie. Se le veía muy elegante ataviado para la cena. Se había puesto un pañuelo turquesa que hacía que su pelo pareciera de un dorado intenso. Por un momento me recordó mucho al tío Félix. Junto a él se encontraba Alexander. Me dio un vuelco el corazón. No pude evitar quedarme mirándolo. Estaba aún más alto y tenía el pelo más corto y de un rubio sorprendentemente más oscuro, pero seguía siendo Alexander.

A su lado había dos personas más. Al principio no les presté atención, pero luego los miré y fue como si todo en mi interior se parara a causa de la confusión.

Apenas me había parado a pensar en George, el amigo de Alexander. Me esperaba a un chico inglés pequeño, regordete y de pelo claro, y a su hermano, mayor pero no menos regordete e inglés, aunque los chicos que tenía delante no eran ninguna de esas cosas. Los dos eran bastante delgados, con los ojos grandes y castaños, el cabello negro y la piel marrón. No eran ni pequeños ni regordetes, y no eran rubios. No tenían aspecto de ingleses en absoluto.

10

—¡Daisy! —exclamó Bertie al vernos—. ¡Hazel! ¡Hola! ¡Pasad! Ya conocéis a Alexander, por supuesto…, y estos son mi amigo Harold Mukherjee y su hermano, George.

Me quedé boquiabierta. Verás, hacía meses que no veía una cara que no fuese blanca y sonrosada. Y ahí tenía dos. Me emocioné tanto que casi me pareció indecente. Me producía una especie de hambre voraz, aunque no del tipo que siento con la comida. Me di cuenta de que tenía la boca abierta y la cerré, pero advertí la expresión de incomodidad en la cara de George. Era la misma que pongo yo cuando se me queda mirando la gente.

Pero entonces George sonrió.

—Pensabas que me parecería a Alex —me dijo—. La gente siempre lo piensa. Se le olvida mencionar el hecho de que nuestro padre es indio.

—¡Estoy seguro de que lo hice! —protestó Alexander, volviéndose hacia él—. ¿No?

—¡No! —repliqué—. Yo… No lo hizo… —Quería explicarle que me sentía cualquier cosa menos disgustada, pero no encontraba las palabras.

—Bueno —dijo Bertie—, supongo que debería cumplir con las formalidades. Daisy, Hazel, dejad que os presente a Harold Mukherjee y a George Mukherjee, hijos de sir Mangaldas Mukherjee,

el famoso doctor, ¿sabéis? A Alexander Arcady creo que ya lo conocéis.

—Encantada de conoceros —dijo Daisy con soltura, y estrechó la mano a Harold y luego a George como si no le sorprendieran lo más mínimo, pese a que había visto que se paraba al verlos y sabía que estaba tan sorprendida como yo.

Harold nos dio la mano con una sonrisa y se volvió para hablar con Bertie, pero George era otra historia. Cogió la mano de Daisy y la miró a los ojos, de una forma directa que no era educada, sino atrevida y sumamente evaluadora.

—Hola —saludó con tono serio—. Tú debes de ser Daisy Wells.

Los dos dejaron caer la mano y dieron un paso atrás al mismo tiempo. Daisy cogió aire levemente, y vi que le aparecía la arruga en el puente de su nariz.

Sabía que había ocurrido algo bastante inusual. Verás, Daisy siempre estudia a todas las personas a las que conoce. Solo tarda un momento en comprenderlo casi todo: qué clase de personas son, qué quieren y cómo cabría esperar que intenten conseguirlo. Estoy acostumbrada a que lo haga. Estoy menos acostumbrada a que sea otra persona la que se lo haga a ella. Pero —miré a George— eso es lo que había ocurrido. George la estaba viendo a ella, no a la Daisy guapa y algo tonta que le gusta mostrar al mundo, sino a la Daisy oculta, inteligente y perspicaz. Era extraordinario.

Me daba miedo cómo reaccionaría Daisy. No está acostumbrada a verse expuesta de esa forma. Pero al cabo de un momento se le suavizó la arruga de la nariz. Enarcó las cejas y una leve sonrisa le curvó los labios.

—Hola, Gcorge Mukherjee. Creo que será un verdadero placer conocerte mejor.

A continuación me tocó a mí. Me quedé mirándolo a los ojos mientras me sostenía la mano.

—Hola, Hazel Wong —me dijo—. Encantado de conocerte por fin. Creo que me vas a gustar tanto como a Alexander.

Me sonrojé.

Entonces Alexander se volvió hacia mí. Me había costado horrores no mirarle directamente. Esperaba un saludo educado, o nada en absoluto, pero de pronto me agarró por los hombros, tiró de mí y me estrujó contra su pecho, tachonado de botones. Una pajarita me hizo cosquillas en la frente y la nariz se me llenó de un olor masculino agradable y muy extraño a un tiempo. Sentí que se me encendía todo el cuerpo de la sorpresa. ¡Alexander me había abrazado!

—¡Hazel! —me gritó al oído—. ¡Vaya, Hazel, hola! —A continuación me apartó con la misma brusquedad con la que me había abrazado y me sonrió de oreja a oreja. Tenía el rostro iluminado de felicidad, y me di cuenta de que no debería haberme preocupado en absoluto por si se alegraba de verme o no—. No has cambiado nada… No, espera, ¡creo que estás más alta!

—Tú también estás más alto —respondí, y me zumbaron los oídos—. Tú… Hola.

Entonces Alexander se alejó de mí.

—Hola, Daisy —dijo—. Estás muy guapa.

Se me retorció el estómago. Puede que Alexander se alegrase de verme, pero era a Daisy a quien había llamado guapa, era a Daisy a quien quería admirar. Sabía que mi vestido verde resultaba estridente al lado del tafetán rosa de Daisy, y mi pelo, oscuro y apagado frente al brillo de sus rizos rubios. Si todo el mundo se estuviese ahogando, ella es la persona a la que tendería la mano para salvarla, pero eso no significa que a veces no desee que no sea tan sumamente perfecta.

—Alexander —respondió Daisy, y hubo algo en su voz que me decía que no había olvidado las cartas que intercambiamos el semestre pasado—. Qué alegría verte. ¿Lleváis mucho tiempo aquí?

—Casi una semana entera —contestó Alexander, rebosando su entusiasmo habitual, con lo que toda incomodidad se desvaneció—. Weston cerró hace siglos. Aunque lo hemos pasado muy bien; tenemos unas habitaciones increíbles al lado de las de Harold en el St John’s, y todo el inundo está siendo muy amable.

—Alex se muestra optimista acerca de la naturaleza humana, como de costumbre —intervino George—. Es todo porque creen que mi padre podría donar dinero al John's para una beca si sus dos hijos vienen a la universidad aquí. Tienen buenas razones para ser amables con nosotros.

—¡Sí, pero también les gustáis! —exclamó Alexander, al tiempo que Daisy soltaba un breve bufido de admiración que enseguida ocultó con la mano.

—Claro que sí, Arcady —dijo Harold, que se volvió para darle una palmada en la espalda.

Por su tono de voz, supe que había cosas que el rubio y amable Alexander nunca acabaría de entender. Fue como una broma que solo George, Harold y yo podíamos compartir.

Entonces, al otro lado de la habitación, se alzaron algunas voces. Había estado tan concentrada en George, Harold y Alexander que apenas había pensado en el resto de los asistentes a la fiesta, pero, por supuesto, estábamos en las habitaciones de Donald. Junto a la mesa de las bebidas, se hallaba el hombre que me había gritado desde la bici horas antes, Michael Butler, y a su lado había dos jóvenes que, advertí, debían de ser Donald y Chummy.

Ambos eran de baja estatura y cabello castaño, con la nariz pequeña, los ojos azules y las mejillas bastante rojas. No eran gemelos idénticos —uno tenía la cara más delgada, y el otro, el pelo de un tono mucho más intenso—, y sus expresiones les hacían parecer aún más distintos. El de la cara fina y el pelo claro tenía un aire mezquino y avinagrado, y mantenía los labios apretados. A su lado, su hermano, de mejillas más redondas y pelo color avellana, resplandecía. Se hallaba de pie sacando pecho, con una pajarita naranja como una llama y una expresión segura y traviesa en la cara. Enseguida vi a qué se refería Bertie. Si ese era Chummy, entonces tenía todo el aspecto de alguien que debería ser un heredero.

—¡Solo tres días más, Donald! —estaba diciéndole a su hermano —. Aunque no tienes champán suficiente. He pedido más a tu

nombre. Y la música… ¿No te he dicho que no pienso aceptar a Leslie Thompson?

—A mí me gusta —replicó Donald al tiempo que se cruzaba de brazos, a la defensiva.

Vi que tenía dos cicatrices recientes en la frente; debía de ser donde le habían golpeado el cubo y la piedra. La verdad es que daba la impresión de haberse hecho mucho daño.

—Me da igual lo que pienses. No voy a dejar que un extranjero toque la trompeta en nuestra fiesta. Así que he contratado a Nat Gonella en su lugar. ¡Un inglés!

—¡No puedes hacer eso! ¡Es mi dinero! —gritó Donald.

—No, todavía no. Y, de todos modos, de no ser por un accidente de cinco minutos, no lo recibirías en absoluto.

—¡No fue un accidente! ¡Yo nací primero! —repuso Donald. Su tono era estridente y furioso—. El veinticinco recibiré todo ese dinero y no hay nada que puedas hacer para impedirlo. Ya verás… Las cosas van a cambiar. Soy tan bueno como tú, ¡y todo el mundo lo verá!

—Ah, ¿sí? —repuso Chummy—. No creo. No puedes hacer nada sin mí, y lo sabes. Y de todos modos… Bueno, espera y verás.

Daisy me propinó una patada con la punta del zapato.

—Ah —dijo George, mirándonos a los dos—. Así que vosotras también creéis que está pasando algo.

11

Daisy se quedó blanca, y la amiga que le salía en el puente de la nariz volvió con furia.

—¿Se puede saber qué quieres decir? —le preguntó a George.

—Es bastante evidente, ¿no? —respondió él en voz baja, lanzando una ojeada a Bertie y a Harold—. Está pasando algo entre Chummy y Donald. ¿Bertie no os ha hablado de los «accidentes» de Donald?

—Llevamos observándolos casi toda la semana —dijo Alexander, que nos miraba ilusionado a las dos—. Me alegro de que vosotras también lo hayáis visto. Empezábamos a pensar que quizá estábamos chiflados.

—Acabamos de verlo —contesté yo, y capté la mirada de ira de Daisy.

—George y yo hemos decidido que vamos a intentar investigarlo —dijo Alexander—. ¿Os gustaría uniros a nosotros?

—¡No! —soltó Daisy con aspereza—. Quiero decir… No hay nada que investigar.

—Espera. ¡Solo estás diciendo eso porque quieres investigarlo tú! —replicó George.

—¡Pues claro que no! —farfulló Daisy. La había cogido con la guardia baja—. ¡Nosotras nunca haríamos tal cosa!

—Alex me contó cómo os comportasteis al principio en el Orient

Express, que intentasteis mantenerlo al margen. No podéis volver a hacer eso.

—¡Oh, oye! —dijo Alexander, al tiempo que se tiraba de los puños con incomodidad—. Daisy es de fiar.

—Mira, os ayudamos con vuestro último caso —continuó George, levantando la barbilla. Vi que no solo era perspicaz, era atrevido, seguro de sí mismo y capaz de defender su posición—. Ahora tenéis que ayudarnos vosotras. Lo que es justo es justo.

—Ayudasteis a Hazel —lo corrigió Daisy, irritada. Yo cambié el peso del cuerpo de un pie al otro con incomodidad e intenté no mirarla. Es cierto que las cartas de Alexander me ayudaron, y también abrieron una brecha entre Daisy y yo que siento que aún no se ha cerrado—. Mira, si alguien debería investigar algo, somos nosotras. ¡Hemos resuelto cuatro casos de asesinato, así que eso lo convierte en nuestro misterio!

—¿Vuestro misterio? ¡Nosotros llegamos primero! —replicó George, y se cruzó de brazos. No pensaba ceder un ápice ante ella. Me impresionaba. No resulta fácil decir que no a Daisy.

—¡Nosotras somos mejores detectives! —exclamó Daisy—. ¿Vosotros habéis resuelto algún asesinato?

—Una vez… —comenzó Alexander ilusionado, aunque George le interrumpió.

—No, pero poco importa, puesto que esto tampoco es un asesinato. ¡No habléis tan alto! Se darán cuenta de que pasa algo. Mirad. Hay una forma de arreglar esto, una muy fácil. Podemos investigar todos.

—Pero… —dijo Daisy.

Sabía lo que estaba a punto de decir: «Pero sigue siendo nuestro caso». Sin embargo, antes de que pudiera, alguien entró en la habitación por detrás de nosotras. Todos guardamos silencio y fingimos estar disfrutando de nuestros zumos.

—Celebrando una fiesta, ¿eh? —dijo una voz—. Ponedme una copa, ¿queréis?

Me sobresalté. Algo en esas palabras me resultó profundamente

familiar y completamente fuera de lugar. No era tanto lo que había dicho aquella persona como el acento con el que lo había dicho. Me catapultó al pasado, a mi infancia en Hong Kong y a otra fiesta.

Entonces me volví, y empezó a palpitarme el corazón. Después de todo, no me había confundido al recordar Hong Kong, pues el joven atractivo y bien vestido que se encontraba en la entrada tenía el pelo negro, la piel clara y los ojos igual de oscuros que los míos. De hecho, para la mayoría de los británicos, estoy segura de que ese hombre tenía exactamente el mismo aspecto que yo; eso es lo que piensan los ingleses siempre que ven a más de un chino en el mismo sitio. De pronto comprendí el motivo por el que mister Perkins no se había inmutado al conocerme. En el Maudlin, yo no era excepcional.

12

Y no se trataba de un chino cualquiera. Lo conocía.

Su nombre era Alfred Cheng, y era primo de Victoria Cheng, la chica cuyo padre la había enviado a una escuela femenina muy prestigiosa de El Cairo, y había convencido a mi propio padre —un rival empresarial de mister Cheng— para que me mandara a Deepdean hace dos años. De la manera más inesperada, una parte de mi vida en Hong Kong había aparecido en medio del educado y británico Cambridge.

Recordé la primera vez que lo vi, años antes. Yo estaba en una fiesta, era muy pequeña y tímida, y Alfred se me había acercado en su traje de seda acolchado y me había dicho «Dame tu pastel».

Educadamente, se lo había dado —me habían enseñado a no decir nunca que no a los chicos, sobre todo a los mayores— y a continuación vi como Alfred se abría paso por la habitación cogiendo pastel de todos los platos. Esa era la clase de chico que era. Me pregunté si seguía estando acostumbrado a conseguir lo que quería.

—Hazel, Daisy, este es Alfred Cheng —dijo Bertie, que volvió a acercarse a nosotros—. También vive en esta escalera. Hazel, no estará emparentado contigo, por casualidad, ¿no? Cheng, ¿conoces a Hazel Wong?

—Conozco a su padre —contestó Alfred.

Al mismo tiempo respondí yo:

—Conozco a su prima. —Y añadí a toda prisa—: No estamos emparentados.

En realidad, no debería haber tenido que decirlo: Alfred es bastante alto y fornido, y su cara es mucho más cuadrada que la mía.

Chummy miró en nuestra dirección, vio a Alfred y, acto seguido, posó sus ojos en mí.

—¿Qué es esto? —preguntó en voz alta—. ¿Otra china? ¿No es un pelín demasiado? Vaya, ¡los ingleses no tardaremos en ser minoría!

Me quedé inmóvil.

—Hazel es amiga de mi hermana —dijo Bertie.

Chummy nos observó a Alfred, a Harold, a George y a mí con gesto acusador, como si resultase descabellado que estuviésemos vivos, y tan cerca unos de otros. Me sentí avergonzada, como si hubiese cometido algún error sin darme cuenta, como comer con el tenedor equivocado o llevar un sombrero inapropiado.

Entonces vi que George levantaba la barbilla de nuevo y recordé que no había cometido ningún error. Existir no es ninguna grosería, digan lo que digan. Decidí que Chummy no me gustaba nada.

—Cállate, Chummy, pedazo de idiota —le espetó Alfred con tono desafiante. Bajé la vista a sus manos y advertí que le temblaban. Las palabras de Chummy le habían afectado, igual que a mí—. Puede que tu hermano vaya a heredar mucho dinero pronto, pero mi padre aún podría compraros y venderos a los dos.

Chummy parecía furioso.

—¡Cómo te atreves! —le espetó—. Engreído…

—Para, Chummy —intervino Bertie enseguida—. No te pongas así. Vamos. Esto es una fiesta.

Vi que parecía avergonzado, y me pregunté cómo podía dar la cara por Chummy cuando este hablaba así a la gente. Me revolvió las tripas.

—Oh, supongo —dijo Chummy, aún enfadado—. ¡Oporto! ¿Qué tal un poco de oporto? Donald, has estado guardando un

decantador, ¿verdad? Tomémoslo.

—¡No, es mi mejor cosecha! —exclamó Donald, pero Chummy lo ignoró.

Lo empujó a un lado y cogió un decantador de cristal, que descorchó con una floritura que hizo que el tapón destellara a la luz de las lámparas. Mientras Donald gruñía con aire impotente, Chummy empezó a verter una bebida de color rojo oscuro y olor dulzón en unas copas diminutas. Me recordaron al juego de té de una casa de muñecas.

—Nada para los niños —intervino Michael Butler con severidad.

—¡Oh, déjales! —repuso Harold—. Mi padre siempre le sirve una copa a George.

—Ni pensarlo —zanjó Michael, y vi a qué se refería Bertie con lo de que se tomaba en serio su papel como tutor.

Todos los demás eran estudiantes, ruidosos y tontos, pero él se comportaba como un verdadero adulto.

Daisy, George y Alexander suspiraron, y yo me aseguré de imitarles, aunque mi padre nunca me permitiría beber y se habría enfadado mucho de saber que me lo habían ofrecido.

Entonces Chummy, Donald, Alfred, Michael, Harold y Bertie levantaron todos su copa.

—¡Por la Navidad! —brindó Bertie.

—¡Por las vacaciones! —dijo Harold.

—Por los cumpleaños —añadió Chummy, que fulminó a Donald con la mirada.

Todos bebieron, y Chummy hizo una mueca.

—Avinagrado —dijo—. Creo que está picado, Don. Yo no tomo más.

—Está perfectamente —replicó Donald, aunque advertí que fruncía los labios, y supe que a él tampoco le había gustado el sabor.

Los demás se acabaron sus copas por educación, pero Donald apuró la suya y se sirvió más. Era como si estuviera intentando fastidiar a Chummy, mostrarle que podía ignorarle si lo decidía, pero no lo hacía muy bien.

Donald estaba tomándose la segunda copa cuando se oyó una campana a lo lejos.

—¡Ah! —dijo Bertie, enderezándose la pajarita—. ¡Hora de cenar! ¡Vamos, me muero de hambre!

Salió disparado por la puerta, escaleras abajo, y el resto lo seguimos. Yo me alegré de que nos marcháramos; me estaba sintiendo muy incómoda en esa extraña fiesta.

De algún modo, Alexander se las había arreglado para colocarse detrás de Daisy. Se me hizo un nudo en el estómago. Entonces vi a George a mi lado y me volví hacia él, contenta con la distracción.

—¡Hola otra vez! —le saludé.

—Hola otra vez —dijo George—. Me alegro mucho de conocerte por fin. Alexander me ha hablado una barbaridad de ti. Piensa que eres muy simpática.

«Muy simpática», en ese momento, no me pareció lo bastante bueno, así que respondí débilmente:

—Ah, ¿sí?

—Sí —contestó George—. Por supuesto, Alexander piensa que todo el mundo es muy simpático. Dice lo mismo de Daisy, aunque está claro que ella no es nada simpática.

Me reí.

—Entiendo que es mucho más lista de lo que deja ver —continuó George—. Creo que es posible que sea más lista que yo. No me mires así, no me importa. No muchas personas lo son, pero ella sí.

Lo dijo tan tranquilo, como si estuviese constatando una verdad evidente. A cada minuto que pasaba, me sentía más fascinada por él. Como Alexander, decía lo que pensaba, pero era más contundente… Más, advertí, como Daisy.

—Es mi mejor amiga —dije.

—Tiene suerte —afirmó George con una sonrisa—. Bueno, tengo una idea acerca de la investigación de este caso.

—¿Tiene que ver con que trabajemos juntos? —pregunté insegura—. A Daisy no va a gustarle.

—Si tú dices que sí, entrará en razón —me aseguró—. Pero,

escucha, ¿por qué no…?

Chummy bajó de pronto las escaleras con estruendo por detrás de nosotros y supe que no podíamos seguir hablando.

—Aquí no —añadió George—. Mañana. ¿Nos vemos en Fitzbillies al mediodía para hablar?

Asentí, sintiéndome muy valiente y adulta. Había tomado una decisión en nombre del Club de Detectives, y sabía que no era un error. De pronto vi que estas vacaciones podían ser, en efecto, muy interesantes.

13

Salimos a la penumbra azulada. Volvimos a recorrer el camino, pasando por la conserjería, y atravesamos un pasaje que daba a otro patio, más grande. Este no se reducía a un cuadrado de hierba oscura, sino que tenía además un amplio estanque, de aguas negras y quietas, con una pequeña estatua de metal en el centro. Se alzaba como un recorte de papel contra unos ventanales iluminados.

—Ese es el Gran Salón —me dijo Bertie al oído.

Exhalé maravillada. El Maudlin era como un auténtico castillo, pensé; un castillo sacado de un libro de caballerías. Ahí tenía una muestra más de la magnificencia de Cambridge que me había descrito mi padre. Me imaginé la comida, el calor, las togas y las bandejas de plata, y avancé con alegría.

Resbalé sobre una placa de hielo. Me tambaleé, con un grito ahogado, y dos pares de manos me enderezaron. Tenía a Daisy a la izquierda, y a la derecha, a Alexander.

—Cuidado —dijo él.

Estaba tan encantada y avergonzada que me deshice de él, aferrándome en cambio al brazo de Daisy. Cuando entramos en el Gran Salón del Maudlin, me hallaba sumida en un torbellino de emociones.

Incluso de cerca, el Gran Salón resultaba imponente. Yo nunca había estado en ningún sitio tan grande, con tanto roble y piedra. Era como Inglaterra misma, con todo el peso de su privilegio y su historia sobre nosotros. Si antes no me había dado cuenta de hasta qué punto el Maudlin era mucho mejor que el St Lucy's, lo supe entonces. Las ventanas eran altas vidrieras con los colores rojos y amarillos del Maudlin, y había mesas de madera pulida que resplandecían con la cubertería de plata y en torno a las cuales se hallaban pequeños grupos de estudiantes. El salón estaba medio lleno; pensé que muchos estudiantes debían de quedarse para la fiesta del veinticinco. En una tarima al otro lado, bajo el ventanal de cristal policromado más grande, había otra mesa, puesta con cubiertos y copas aún más bonitos.

—Ahí es donde se sientan los tutores —nos explicó Bertie a Daisy y a mí—. La mesa de honor. Esos son el tesorero y el rector en persona. Aunque es terriblemente distante; si tenéis suerte, ni siquiera os dirigirá la palabra.

Michael Butler se alejó para sentarse con los otros tutores y con el rector, y unos hombres ataviados con librea roja y amarilla nos condujeron a nuestros sitios. Estaba a punto de sentarme cuando me di cuenta de que todo el mundo seguía de pie; debían de esperar a alguna señal. Me quedé plantada a la luz de las velas tras la silla designada y observé nuestro grupo. Vi con placer que estaba sentada junto a Alexander, y enfrente de Daisy y George. Bertie se encontraba junto a Daisy, con Alfred al otro lado. Harold se hallaba enfrente, y Chummy y Donald estaban uno delante del otro junto a mí y George. Me pregunté si Alfred y Chummy se sentaban lo más lejos posible el uno del otro a propósito.

Sonó una campana, y en la mesa de honor el rector de pronto dijo algo estruendoso en latín. A continuación se oyó un estruendo de sillas al arrastrarse. Me senté con dificultad y me choqué con Alexander al hacerlo. Al parecer no era capaz de dejar de actuar con

torpeza en su presencia.

Mientras nos servían las bebidas, Chummy y Donald se pusieron a hablar de la fiesta de nuevo. Estaba claro que tenían ideas muy distintas al respecto, e ideas muy distintas acerca de lo que ocurriría con el dinero que Donald estaba a punto de heredar.

—Siempre he querido un caballo de carreras —dijo Chummy—. Y un velero, o dos. Creo que me compraré uno para Año Nuevo.

—Bueno, yo no quiero ningún barco —repuso Donald enfadado —. Es mi dinero, así que yo decido qué hacer con él. No pienso darte nada. No sé por qué no puedes entenderlo. Voy a comprar una mina de diamantes, ya te lo he dicho.

—¡No vas a hacerlo! —replicó Chummy, y percibí el tono intimidatorio de su voz.

—¡Que sí! —dijo Donald—. ¡El día de Navidad! —Estaba intentando sonar firme, pero le temblaba la barbilla. Vi que no le resultaría fácil enfrentarse a su hermano.

Me sirvieron un entrante, cangrejo desmenuzado, que depositó ante mí una mano extrañamente incorpórea a la luz de las velas. Me lo comí, pero, aun así, no lo saboreé. Daisy, Ceorge, Alexander y yo estábamos todos inclinados hacia delante, pendientes de Chummy y de Donald, y ese fue el motivo por el que, creo, fuimos los primeros en darnos cuenta de lo que estaba ocurriendo.

Primero le sobrevino a Donald. Empezó a parpadear y a palparse la frente, como si le doliera la cabeza. Levantó el tenedor, lleno de cangrejo, aunque no llegó a su boca; su mano cambió bruscamente de dirección, y se quedó mirando el tenedor, como si le costase moverlo. A continuación dejó los cubiertos en el plato.

—Está oscuro aquí, ¿verdad? —dijo Bertie.

—¿Verdad? —coincidió Harold, y vi que se había puesto pálido—. Y tengo un dolor de cabeza horrible.

—¿Qué demonios os pasa a todos? —preguntó Chummy, mirando alrededor.

Daba la impresión de ser el único al que no le afectaba; incluso Alfred se había llevado las manos a la cabeza y parecía enfermo. Se

oyó un gruñido procedente de la mesa de honor y, cuando me volví, vi que Michael Butler estaba blanco.

—Solo Dios lo sabe —contestó Bertie con la voz entrecortada—. Me siento muy mareado y raro. ¿Hemos comido todos algo, en las habitaciones de Donald?

Alexander me dio un codazo y me sobresalté.

—¿Estás bien? —susurró, y mi mundo de pronto se redujo a los ocho centímetros de aire que separaban nuestras mejillas.

—Sí —susurré en respuesta—. ¡Estoy perfectamente!

—¡Yo también! —añadió Alexander—. ¿Crees… que alguien ha hecho algo?

—¡No lo sé! —susurré—. Pero de ser así… Todos han bebido oporto, ¿no? El oporto especial que tenía reservado Donald.

—¡Todos menos Chummy! —susurró Alexander a su vez—. Él solo ha dado un sorbo, ¿no? ¿Crees que es importante?

Lo creía. Sentí que teníamos la pista siguiente de nuestro misterio y, una vez más, apuntaba a Chummy.

Noté una patada, por debajo de la mesa, y alcé la vista para ver a Daisy abriendo mucho los ojos de la emoción. Estaba deseando decir algo, algo relacionado con la investigación. Pero, por supuesto, debía guardar silencio. Tendría que esperar.

14

Los hombres sufrieron a lo largo de dos platos más, apenas probaron bocado de la carne asada y el crocante de pera bañado en natillas que nos sirvieron después, hasta que por fin se oyó un gong y todo el mundo se levantó de la mesa. Por suerte, parecía que lo que fuera que contuviera el oporto no era lo bastante potente para hacerles enfermar de gravedad, aunque estaban todos débiles y abatidos.

—Os acompaño fuera —dijo Bertie con tono vacilante, y se limpió los labios. Apenas había tocado la cena; de haber estado en Deepdean, le habría pedido que me pasase su postre, pero no estaba segura de si Cambridge se regía por las mismas normas—. Pues vamos. Daisy, Hazel, Manda os estará esperando fuera.

Chummy, que pasaba por su lado cuando dijo eso, le dio una palmada en la espalda.

—Buen trabajo manteniéndola alejada —soltó—. ¡Llegaré al fondo del asunto!

Eso me produjo una sensación incómoda. ¿Qué quería decir Chummy? Daba la impresión de que sabía por qué no entraba Amanda en el Maudlin. ¿Qué tenían que ver Bertie y él con eso? Daisy fulminó a Bertie con la mirada, pero él evitó todo contacto visual. Nos sacó sin ceremonia por la puerta del salón hasta el patio.

Salimos al frío y Bertie inspiró hondo el aire fresco varias veces.

Seguía sin encontrarse bien, quizá fuera el único motivo de su silencio. A su espalda, tanto Alfred como Donald se tambaleaban, incapaces de caminar en línea recta. Todo el mundo temblaba y se apretujaba para hacer frente al viento, y resultaba curioso: los birretes y togas negros de los alumnos y los tutores hacían que se mezclaran como una bandada de cuervos. La oscuridad nos rodeaba por todos lados. Las únicas cosas claras que veía eran el tafetán rosa del vestido de Daisy y el terciopelo verde del mío.

Aún no se me habían adaptado los ojos a la noche, y las farolas del exterior de los edificios parecían brillar con una luz muy tenue a lo lejos. Pensé que estábamos siguiendo de cerca a Bertie, pero de algún modo lo perdimos. Me aferré a la mano de Daisy; de repente estábamos solas, y las voces reverberaban a nuestro alrededor. Alguien chocó conmigo cuando salíamos del patio oeste, y me tambaleé, pero cuando miré alrededor no vi a nadie.

Entonces oí un chapoteo y un grito a nuestra espalda. Fue un grito leve, de sorpresa, y casi pensé que me lo había imaginado. Pero me volví y vi que la superficie del estanque brillaba y se rizaba.

—¡Daisy! —exclamé—. ¡Creo que alguien ha caído al estanque! ¡Rápido, ayuda!

La gente llegaba corriendo desde todas las direcciones.

—¿Quién es?

—¡Chummy!

—No, no es él, ¡es Donald! ¡Eh, Donald!

Pero no hubo respuesta. Recordé la palidez de Donald durante la cena y cómo le temblaban las manos cuando tomó un sorbo de agua. Ya estaba enfermo y mareado, demasiado debilitado para salir solo del estanque.

¿Aquello era otro «accidente»?

—¡No puede salir! —gritó Bertie—. ¡Podría ahogarse!

Saltó al estanque con un chapoteo. El agua le llegaba al pecho y se tambaleaba; en realidad era bastante profundo, y él tampoco se encontraba bien todavía. Se oyó otro chapoteo, uno que me salpicó como esquirlas de hielo, cuando Michael Butler saltó dentro, con

aspecto demacrado pero decidido. Daisy chilló (estábamos todos de rodillas en el borde del estanque, contemplando la escena). Juntos, Bertie y Michael levantaron a Donald y prácticamente lo arrojaron a la gravilla del patio. Donald emitió una especie de «eh» y se puso a vomitar en el suelo.

—¡Puaj! —se quejó Chummy—. ¡Donald, serás zoquete! ¡Casi me das en el zapato!

Se comportaba como si todo aquello fuese una broma, pero yo sabía que no lo era: Donald podría haberse encontrado en un verdadero apuro. ¿Estaban todos los demás demasiado indispuestos para darse cuenta de lo que había ocurrido? Aquello no parecía muy accidental. Recordé a la persona que me había embestido en la oscuridad. ¿Era una pista? ¿Habían empujado a Donald?

—Les llevaré a sus habitaciones —dijo Michael—. Wells, lleva a las invitadas fuera. ¡No os quedéis ahí plantados! ¡Daos prisa!

Yo sabía que los cuatro estábamos deseando seguirlos y averiguar más, pero no podíamos discutir con un tutor. Bertie nos hizo señas a todos para que cruzáramos la conserjería y, cuando Harold, Alexander y George se alejaban a toda prisa en dirección al St John's, vi a Amanda. Nos estaba esperando a Daisy y a mí en Mill Lane, de brazos cruzados. Yo quería dirigirme a Daisy para hablar de lo que acababa de ocurrir —y también preguntarle a Amanda por lo que Chummy le había dicho a Bertie—, pero Amanda me pareció tan cansada y temible que me acobardé. Nos condujo de vuelta por el puente hasta el St Lucy's y nos devolvió sin miramientos a nuestra escalera. La puerta de nuestras habitaciones se cerró y por fin nos quedamos solas.

La habitación estaba helada —la política de radiadores del St Lucy's era evidentemente muy estricta— y me puse a temblar mientras nos desvestíamos. Me cubrí con el camisón y me volví hacia Daisy.

Por supuesto, ella estaba lista.

—¡De acuerdo! —dijo—. Hay dos cosas que debemos hacer. Primero, deberíamos preparar chocolate. Y segundo, debemos

celebrar una reunión del Club de Detectives.

Me daba miedo que el hervidor eléctrico no funcionara, pero milagrosamente se encendió y enseguida calentamos agua para el chocolate. Serví unas tazas humeantes, y Daisy y yo cogimos unas galletas de la lata de Rey Enrique: de chocolate para mí y rellenas de pasas para Daisy. Acto seguido, estábamos listas para empezar.

Nos sentamos con las piernas cruzadas en la alfombra. Daisy se inclinó hacia delante por encima de su chocolate, con las mejillas rosas a causa del vapor, y dijo:

—Bueno, Hazel. ¡Ha habido novedades importantes en el caso!

15

—¡Lo sé! —contesté—. Hemos presenciado uno de los accidentes de Donald, y a mí no me ha parecido accidental en absoluto. ¡Daisy, creo que alguien ha envenenado el oporto de Donald y luego, cuando estaba débil, le ha empujado al estanque!

—Sí —dijo Daisy—. Y eso no es todo. He logrado determinar qué han echado exactamente en el oporto. Verás, la decoración de las habitaciones de Donald me ha hecho recordar algo que ocurrió una Navidad en Fallingford, cuando era muy pequeña. ¿Te acuerdas de qué adornos colgaban en las paredes de Donald?

Pensé.

—Acebo e hiedra —respondí—. Muérdago y espumillón.

—¡Sí! —exclamó Daisy—. Muérdago. Bueno, pues lo que ocurrió en Fallingford fue que *mistress* D colgó el muérdago demasiado bajo, y yo pensé que las bayas eran bonitas y me las comí. Las bayas de muérdago son venenosas, ¿sabes?, y me puse malísima, porque era muy pequeña… Tuvo que darme ipecacuana para hacerme vomitar. Pero, verás, recuerdo los síntomas: estaba mareada y veía borroso, exactamente lo que les ha pasado a todos los chicos en la cena. Y, por si fuera poco, mientras estábamos en la habitación, resulta que me he dado cuenta de que faltaban algunas bayas de las ramas de muérdago. No le he dado más vueltas hasta después, claro, pero respalda mi teoría. ¡Hazel, creo que alguien ha

metido bayas de muérdago en el decantador de oporto! ¿Y quién no ha bebido mucho y ha salido casi ileso?

—¡Chummy! —respondí—. Es lo que sospechábamos, ¿no? Pero… espera. ¡Chummy les ha dicho a todos que bebieran de esa botella! Ha hecho que todos se encontraran mal, no solo Donald. ¿Por qué iba a hacer eso, si su objetivo era solo Donald?

—Quizá quería cubrir sus huellas, para que no pareciera que su único objetivo era Donald —adujo Daisy—. Y recuerda que era la botella especial de Donald. Donald ha sentido que tenía que beber más que los demás, lo que ha hecho que se pusiera peor que ninguno. Para cuando lo han empujado al estanque, era el objetivo perfecto.

—¿Recuerdas cuando nos han empujado al pasar? —pregunté—. ¿Y si era Chummy?

Me estremecí. De repente, el caso parecía clarísimo.

—Creo que es una suposición muy probable —dijo Daisy—. Chummy es el hijo menor, pero sabemos que ha ido diciendo que él merece heredar el dinero, no Donald. Salta a la vista que Chummy está acostumbrado a decirle a Donald qué hacer; está presionándolo para que le entregue parte de la herencia, pero imagina qué pasaría si Donald muriera en los próximos dos días. ¡Chummy se lo llevaría todo! No tendría que quedarse con las sobras de Donald. ¿Y si ese es su plan? ¿Matar a Donald y hacer que parezca un accidente?

—¿Y si es así? ¿Podemos detenerlo? —pregunté.

—¡Pues claro que podemos! —aseguró Daisy—. Si hallamos pruebas sólidas de lo que está haciendo, podemos presentárselas al rector y hacer que expulsen a Chummy. ¡Donald estará a salvo y el Club de Detectives habrá resuelto otro caso!

Eso me hizo pensar en lo que George me había dicho.

—Daisy, no has disuadido a los Pinkerton. Ellos también están investigando, quieren que trabajemos juntos en el caso.

Daisy emitió un sonido de exasperación.

—Pero ¿por qué no podemos hacerlo? —pregunté—. ¡Nos han ayudado antes! Y… he quedado en vernos con George y Alexander

en el Fitzbillies mañana para hablar de ello.

Lo dije a toda prisa y, acto seguido, di un gran mordisco a una galleta de chocolate.

—¡Hazel! —gritó Daisy—. ¡Es realmente injusto lo atrevida que te has vuelto! ¡Ni siquiera has pensado en lo que podría querer tu presidenta! Nosotras somos mucho mejores que esos estúpidos Pinkerton.

—Si es así, entonces no veo el problema. De todos modos, resolveremos el caso más rápido que ellos.

—Eso es cierto —reconoció Daisy, aunque aún sonaba reticente —. Después de todo, sabemos cosas que ellos no saben. ¿Qué hay de Amanda, por ejemplo? Se comporta de un modo sumamente sospechoso. No para de trabajar y se niega a acercarse al Maudlin; estoy casi segura de que tiene algo que ver con Chummy y el idiota de mi hermano. ¿No has oído lo que ha dicho antes Chummy?

—¿Y si sabe algo sobre los accidentes? —pregunté—. ¿Y si Chummy la tiene comprada? ¿Y Bertie está al tanto?

—No puede ser eso —replicó Daisy—. Bertie es muy amigo de Chummy, pero no es tan estúpido como para participar en un intento real de liquidar a alguien. Y, de todos modos, eso no resuelve el problema de los trabajos de Amanda. No, es otra cosa. Tendremos que vigilarla.

—¡Eso nos lleva directamente a un plan de acción! Por supuesto, debemos ver a los chicos mañana… ¡Porras, Hazel! Pero también podemos seguir otras pistas interesantes. Me gustaría volver a las habitaciones de Donald, para inspeccionar ese decantador. Al fin y al cabo, sé qué aspecto tienen las bayas de muérdago. También me gustaría interrogar a Amanda. ¿Qué hace todo el día, y qué piensa de Chummy y de Donald?

—Y deberíamos averiguar más acerca del cumpleaños de Chummy y de Donald —añadí—. Necesitamos saber qué está previsto que herede Donald, y qué ocurrirá exactamente cuando cumpla los veintiuno.

—¡Sí! —respondió Daisy—. Vale, creo que tenemos una buena

lista. Escríbela, ¿quieres, Hazel? Luego deberíamos dormir un poco. ¡Mañana es un día muy importante para el Club de Detectives!

PLAN DE ACCIÓN

1. Reunirnos con los Jóvenes Pinkerton
2. Interrogar a Amanda Price
3. Investigar la pista del decantador
4. Investigar a Chummy y a Donald, y los preparativos para su cumpleaños

SEGUNDA PARTE

El Club de Detectives acepta una apuesta

1

El lunes por la mañana, desayunamos en el refectorio más bien austero del St Lucy's. Me recordaba al comedor de la residencia de Deepdean, solo que más grande, con la tostada más bien quemada y los huevos más bien crudos. Amanda parecía más cansada todavía, y después del desayuno nos metió prisa para salir del St Lucy's y cruzar el puente hasta Cambridge.

—Sed buenas —nos dijo de forma escueta, se alejó y se montó en la Yegua—. Me voy a la ciudad a trabajar un poco. Nos vemos aquí a las cuatro.

Y así, sin más, Daisy y yo nos quedamos solas, sin carabina, en Cambridge, libres para pasearnos por donde nos viniera en gana.

A la intensa luz de la mañana invernal, Cambridge parecía lleno de gente. Nos vimos zarandeadas por compradores, que iban con los brazos cargados de paquetes y expresión frenética, y el tintineo de los timbres de las bicis era casi constante. Daisy adquirió una gran habilidad para hacerse a un lado para que pasaran zumbando, pero yo me sobresaltaba con todas.

Cambridge se componía de pequeños pasajes extraños y serpenteantes, callejuelas diminutas con tiendas bien iluminadas y apretujadas a cada lado. Había acebo colgado por todas partes, y juguetes y dulces se apiñaban en los escaparates. Era el lugar perfecto para hacer nuestras compras de Navidad antes de reunirnos

con los Jóvenes Pinkerton.

Para Daisy ya tenía una polvera magnífica, con una gran brocha que me cubrió de polvo cuando la abrí. Junto con un rollo de cinta adhesiva, que había comprado en la botica de Deepdean, componía un equipo de huellas dactilares maravilloso.

Esa mañana compré una gran caja de bombones para la tía Eustacia, un bonito cuaderno para Alexander, una caja de caramelos para George y Harold y (de peor gana) una bufanda roja para Amanda. En la librería Heffers le compré a mi padre un libro estupendo lleno de láminas fotográficas de edificios de Cambridge y Daisy le compró a George un libro sobre Jorge III.

—Es lo que debería estar estudiando —dijo con severidad, cuando enarqué las cejas.

Pero, por supuesto, Daisy no se contentaba con limitarse a comprar regalos y disfrutar del ambiente festivo, no cuando estábamos en un caso. Fuera a donde fuese, encontraba la manera de sacar a colación a los gemelos Melling.

Por la mujer de la confitería, nos enteramos de los preparativos para la fiesta del día de Navidad. «Mister Charles Melling ha pedido lo mejor de todo, por supuesto. Bombones selectos, una tarta de cinco pisos… ¡La mitad de los estudiantes de Cambridge están invitados! No repara en gastos. Donald Melling se convertirá en uno de los hombres más ricos de Gran Bretaña el día de Navidad… Por lo que tengo entendido, ¡la cuestión es si será él quien gaste el dinero!».

Por el librero de Heffers, supimos del árbol genealógico de los Melling y de la restricción de la herencia. «Tengo entendido que las sumas ascienden a cientos de miles. El dinero se ha mantenido en fideicomiso hasta que el hijo mayor cumpla los veintiuno (ese es Donald, por supuesto), y todo será para él. Es una verdadera lástima; esa regla no se diseñó para ser justa, ¿no? Todo el mundo está de acuerdo en que el heredero debería ser mister Charles».

Y, por la chica de la tienda de bufandas, descubrimos más sobre lo que Donald tenía intención de hacer con el dinero. «¡Ojalá el

dinero lo recibiera Chummy! Él es divertido, es Chummy…, una vez me llevó a las carreras. Ha intentado hacer que el tonto de ese hermano suyo le dé parte del dinero, pero siempre se cierra en banda. Quiere asegurarse de que Chummy no recibe nada. Dice que piensa fundírselo en el acto, en alguna que otra mina de África… ¿O es de Sudamérica? Qué lástima. ¡No es nada justo! Aunque yo voy a ir a la fiesta, ¡al menos nos echaremos unas risas!».

Cuando salíamos de la tienda de bufandas, estuvimos a punto de toparnos con Michael Butler de nuevo. Pasó a toda velocidad por delante de nosotras en su bicicleta, y tuvimos que escondernos en la puerta para que no nos viera. Lo hicimos de manera instintiva; aunque estábamos investigando a los Melling, no a Michael, habíamos acordado que era mejor si nadie en el Maudlin tenía ni idea de qué tramábamos.

Después de que se alejara pedaleando por la calle, Daisy me dio un codazo.

—Son las doce menos diez —indicó—. Hora de ir a Fitzbillies.

—¿Quieres ir? —le pregunté con cautela. Había estado evitando la cuestión.

—¡Sé que tú sí! —dijo Daisy—. Y, de todos modos, ¿no tienes hambre después de ese horrible desayuno?

La tenía. Pensar en esos bollos de Fitzbillies me hizo la boca agua, y los dedos, fríos, me hormiguearon dentro de los guantes.

Avanzamos a toda prisa por las calles de Cambridge, llegamos a Fitzbillies, que encontramos atestado de gente, y allí estaban Alexander y George, sentados a una mesa cuadrada. Daisy los llamó y Alexander alzó la vista al oír su voz. Advertí el reconocimiento y la felicidad que pasaban de manera fugaz por su cara. Alexander es incapaz de ocultar sus emociones: es realmente pésimo de incógnito. Y de pronto no estuve segura de que esa reunión fuese una buena idea en absoluto.

Entonces Daisy y George se miraron, y volvió a asombrarme la conexión que ya se había establecido entre ellos. A Daisy se le da muy bien la gente. Comprende qué mueve a las personas, igual que

un mecánico con un coche, pero rara vez he visto que le guste alguien. En todo el mundo, le gusto yo, y su padre, su tío Félix y Bertie, y nadie más, al menos hasta George. Me sorprendió en especial porque, para ella, los chicos no suelen ser más que versiones menos interesantes de las chicas. Nunca ha entendido en lo más mínimo lo que siento por Alexander, y aun así parecía increíblemente atraída por George Mukherjee.

2

Dos minutos después, nos encontrábamos sentadas en medio del resplandor y el ajetreo de los salones de té Fitzbillies, decorados con adornos navideños y guirnaldas de anillos de papel de colores vivos, y la camarera nos estaba tomando nota. Resultaba extraño, los cuatro allí juntos sin un adulto. De repente ni siquiera estaba del todo segura de cómo debía sentarme: ¿los adultos se recostaban en su asiento o apoyaban los codos encima de la mesa? ¿Qué hacían con las manos y los pies? Yo estaba esperando que la camarera nos pillara, que nos señalara con el lápiz y nos dijera que dejásemos de fingir que éramos mayores. Pero se limitó a tomarnos nota con aire distraído (chocolate caliente, bollos de Chelsea, cuatro tipos de bocadillos distintos y tarta de limón) y se marchó a toda prisa.

Miré alrededor. En todos los rincones se apilaban paquetes de Navidad: bajo las mesas, entre los pies de compradores cansados… Por encima del vapor de las teteras y el olor de los bollos recién hechos, había un intenso aroma a pino procedente de las ramas colgadas en las esquinas de la sala; todo era maravillosamente festivo, me encantaba.

—Bueno —dijo George—. Escuchad mi idea.

Alexander se tiró de los puños de la camisa (de alguna manera, las mangas seguían quedándole demasiado cortas) y nos sonrió a las dos.

—Primero —contestó Daisy, adoptando un gesto altivo—, me gustaría decir que no estoy nada contenta con que os hayáis inmiscuido en lo que debería ser nuestro caso. Nosotras somos el mejor club de detectives que se ha creado nunca, al fin y al cabo, y…

—Uno de los dos mejores, como creo que descubrirás —la corrigió George, sin inmutarse—. Los Jóvenes Pinkerton han resuelto un montón de casos, ya lo sabes.

—¡Bah! —espetó Daisy, y frunció los labios de nuevo—. Lo único que conozco son nuestros casos. Y demuestran que los Jóvenes Pinkerton son decididamente inferiores al Club de Detectives, y siempre lo serán.

Alexander parecía bastante dolido. George se limitó a alzar las cejas ante ella.

Llegó el pedido y nos pusimos todos a comer. Vi como George se llenaba los carrillos de sándwiches de pepino. Comía unas cantidades impresionantes para estar tan delgado.

—Me voy a comer tu bocadillo de carne asada —le dijo Alexander a George, con la boca llena.

—¿No te gusta? —le pregunté a George. Me chocó que Alexander, normalmente amable, actuara de un modo tan desconsiderado, algo más típico de Daisy.

—No puedo comerlo —aclaró George—. Por lo de ser hindú, ya sabes. Soy vegetariano.

Tragué un gran bocado del mío —era paté de cangrejo o salmón, nunca los distingo— sorprendida. Me he acostumbrado a guardarme mi lado no inglés, fingiendo educadamente que no existe. La religión de mis abuelos permanece en Hong Kong, junto con mis vestidos de seda y mis hermanastras pequeñas. Pero ahí estaba George, mencionando que no era cristiano tan tranquilo, como si fuese algo normal y corriente.

—Ni siquiera puede ir a la capilla —dijo Alexander—. En la escuela le pegaban por ello, al principio, hasta que su padre envió una carta para decirles que pararan.

—Cuando me pegaban, lloraba Alexander —añadió George, poniendo los ojos en blanco—. Acabé cuidando yo de él.

Alexander volvió a tirarse de las mangas, con aire triste.

—Estaba mal que lo hicieran —dijo.

—Pues sí —contestó George—. Pero no tenía ningún sentido sollozar por ello. Bueno, ¿no queréis oír mi idea? Al fin y al cabo, para eso estamos aquí.

—¿Qué es? —pregunté.

—Es bastante simple —dijo George—. Todos queremos trabajar en el caso y averiguar qué hay detrás de los accidentes de Donald. Pero Daisy no quiere trabajar con los Pinkerton. Así que, ¿qué tal si hacemos una apuesta? —Miró en torno a la mesa; le brillaban los ojos—. Los Jóvenes Pinkerton contra el Club de Detectives. Vosotras decís que sois mejores detectives que nosotros, y nosotros decimos que no es así. Demostrémoslo, de un modo u otro.

Sentí un estallido de emoción por todo el cuerpo. Era una idea excelente. Al fin y al cabo, por una vez, no habían asesinado a nadie. Podíamos jugar sin preocuparnos. En el ambiente cálido y festivo del salón de té, las vacaciones se presentaban sensacionales.

—¡Sí! —exclamé.

—Hummm. —Daisy frunció el ceño mientras mordisqueaba su trozo de pastel. Yo sabía que solo estaba fingiendo. Y como era de esperar…—: ¡Muy bien, de acuerdo! Pero solo porque sabemos que somos mejores que vosotros y llegaremos a la verdad primero.

Alexander sonrió de oreja a oreja. Se le marcó un hoyuelo en la mejilla izquierda.

—Estoy de acuerdo con Daisy y con Hazel —dijo—. ¡Va a ser muy divertido!

—¡Muy bien! —concluyó George—. Ahora que estamos de acuerdo, debemos pensar en la parte técnica de la apuesta. ¿Qué buscamos demostrar?

—Que alguien tiene a Donald en el punto de mira —respondió Daisy de inmediato—. Los ataques contra él no son solo bromas o accidentes; son intencionados, y cada vez más graves. Creo que algo

realmente terrible ocurrirá antes del día de Navidad, el cumpleaños de Donald.

—Sí —contestó George—. Nosotros también. Y creemos que sabemos quién es ese alguien. Hasta el momento, estamos de acuerdo. Así que necesitamos…, veamos…, pruebas irrefutables de su intención de causar un daño grave a Donald. Debe ser algo que se sostenga si se lo llevamos al rector o a la policía.

—Sí. —Daisy asintió.

—Y nada de hacer trampas para obtener esa información.

—¡Las damas nunca hacen trampas! —respondió Daisy con un grito ahogado—. Nada de conjeturas ni de eludir preguntas ni de forzar confesiones. Interrogatorios como es debido a los testigos y examen riguroso de las pistas. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —respondió George con un asentimiento—. Ahora, el premio. A ver qué os parece esto: el club que pierda debe reconocer públicamente su error. Debe contarle a todo el mundo que un club rival le ha superado, que no era lo bastante bueno para ganar. ¿Qué os parece?

Era una apuesta muy seria. Ya están al corriente de nuestro club más personas de lo que estrictamente nos gustaría, sobre todo a Daisy, pero seguimos siendo un club secreto. Revelamos ante el mundo echaría a perder lo que representaba el Club de Detectives. Podría incluso impedimos resolver más casos, porque, si los adultos se enteraban de lo que estábamos haciendo, querrían que nos detuviéramos. ¿Podía Daisy acceder a la posibilidad de semejante desprestigio?

Pero ya estaba tendiendo la mano, muy blanca contra la piel oscura de la de George. Se la estrecharon con resolución, y ambos se miraron con el tipo de emoción que Daisy siente siempre al comienzo de un caso.

—Y, finalmente, el plazo para ganar la apuesta empieza ahora, el lunes 23 de diciembre de 1935, y acaba… ¿el día de Navidad, en la fiesta de cumpleaños de Chummy y Donald?

Eso me gustó. Proporcionaba una bonita simetría a las cosas.

Asentí, y también lo hizo Alexander. Incluso Daisy parecía satisfecha.

—Cerremos el trato con un apretón de manos —propuso George.

Los cuatro nos estrechamos la mano y brindamos con tazas, que estaban decoradas con un motivo de sauces. Luego, George y Alexander se volvieron el uno hacia el otro y ejecutaron la secuencia de gestos con las manos más compleja que he visto en mi vida.

—¿Se puede saber qué es eso? —pregunté con curiosidad.

—El apretón de manos de los jóvenes Pinkerton —respondió Alexander—. Es buenísimo, ¿verdad? Tardamos siglos en dominarlo.

—¡Ja! —espetó Daisy—. No es ni la mitad de elegante que el del Club de Detectives. Venga, Hazel, ¡vamos a enseñárselo!

Extendimos las manos y nos las estrechamos. A día de hoy, puedo hacer todos los movimientos con los ojos cerrados; me resulta tan natural como parpadear. Miré a Alexander. ¿Estaba impresionado?

—No está mal —reconoció George—. Bueno, la apuesta comienza en cuanto nos levantemos de la mesa. ¿Estáis listos? Aquí está nuestra contribución al almuerzo. Preparados… ¡Alex, VAMOS!

Y, como un rayo, tiró un puñado de monedas al mantel, se levantó de la mesa de un salto, seguido de Alexander, y ambos salieron a toda pastilla de Fitzbillies.

3

El rostro de Daisy se había iluminado.

—¡Hazel, debemos actuar rápido! Necesitamos recargar energías y reflexionar, así que acábate ese bollo y meditemos nuestros próximos pasos. Los chicos puede que nos lleven ventaja, pero ya verás… No nos vencerán. Tenemos que ir al Maudlin de inmediato.

—¿Estás segura de que nos dejarán pasar? —pregunté.

De pronto estaba bastante preocupada. La noche anterior nos habían permitido entrar en el Maudlin porque éramos invitadas de Bertie, pero ¿cómo íbamos a andar de acá para allá solas en un colegio masculino y a recabar información sin llamar la atención? En Deepdean estábamos en casa, y Daisy estaba en casa en Fallingford, pero en el Maudlin las dos éramos unas intrusas.

—Pues claro —aseguró Daisy—. Podemos salvar cualquier obstáculo. Hemos resuelto cuatro casos de asesinato, Hazel, ¿cuántas veces tengo que recordártelo? Bueno, una vez que superemos a mister Perkins en la conserjería, ¿adónde vamos?

—A las habitaciones de Donald —dije.

—Sí —contestó Daisy—. El decantador seguirá allí, y también fue donde se produjo el incidente del cubo. Pero debemos examinar toda la escalera, no una sola habitación. ¡Y ser rápidas! Solo tenemos dos días hasta Navidad y el final de la apuesta. Ah, bien, ahí está la camarera. Rápido, ¡deja tu dinero! Salgamos.

Recorrimos la calle al galope hasta el Maudlin. Entramos por la puerta de la conserjería, y mis temores se hicieron realidad.

—¡Eh! —nos dijo mister Perkins—. ¡Niñas! Bueno, ¿qué hacéis aquí?

—¡Hemos venido a ver a Bertie! —respondió Daisy—. ¿Podemos entrar, por favor?

—Me temo que Bertie ha salido. —Mister Perkins se atusó el bigote—. Esos dos chicos, Alexander y George, acaban de pasar con un mensaje suyo. Dice que, sobre todo, no quiere que entren; creo que tiene regalos para ustedes en sus habitaciones. —Pronunció «regalos» como si la palabra misma fuese un secreto—. Así que deben esperar aquí hasta que venga a buscarlas. Serán unos veinte minutos.

Oí que Daisy gruñía a mi lado. Los Pinkerton ya nos estaban tendiendo trampas. ¿Cómo íbamos a salir de esa?

Pero Daisy estuvo a la altura de la situación. Se acercó a mister Perkins y apoyó los codos en la mesa a la que estaba sentado.

—¡Oh, pero por eso queríamos entrar a hurtadillas mientras él estaba fuera! —dijo con aire angelical—. Tenemos algunas bolas de Navidad que queremos colgar en su puerta para darle una sorpresa. ¿No podemos pasar? No entraremos en su habitación, ¡y estaremos devuelta aquí antes de que llegue, lo prometo! —Pestañeó de nuevo como la más tonta de las niñas bien. Daisy, que ha trepado hasta lo más alto de nuestra residencia completamente a oscuras, ha burlado a asesinos y se ha leído *Guerra y paz* en dos semanas.

De la forma más satisfactoria, mister Perkins se derritió.

—¡Ah! —dijo—. Bueno…, haré la vista gorda. Pero, ojo, ¡dense prisa!

—Gracias —respondió Daisy—. Y se me ha olvidado mencionar… De camino aquí hemos visto a Harold, el hermano de George. Está buscando a George y a Alexander. No estoy segura de para qué, pero parecía urgente. Si los ve, ¿podría decirles que los busca?

—Por supuesto —contestó mister Perkins—. ¡Venga, pues!

Nos guiñó el ojo con complicidad cuando salíamos al patio. Enfilamos el camino, hasta la entrada de la escalera nueve. La puerta de la habitación de Michael estaba entreabierta y oímos hablar a tres personas a través de ella. Michael debía de haber vuelto del centro, y Alexander y George estaban con él.

—¡Ya están interrogando a los testigos! —exclamó Daisy—. Creen que van a ganarnos, pero ¡ya verán!

Se acercó a la puerta con audacia y llamó con los nudillos. Se abrió y Michael se asomó.

—¿*Miss* Wells? —preguntó—. ¿*Miss* Wong? ¡No deberían estar aquí solas!

—Ah, hemos venido a dejar algo para Bertie. Y tenemos un mensaje para George y Alexander —contestó Daisy—. Harold está buscándolos, creo que es urgente. Deben reunirse con él en el John's de inmediato.

Michael se hizo a un lado, y vi a George y a Alexander a su espalda. Alexander nos miró con tristeza, como si le hubiésemos traicionado (sentí una punzada de culpa), pero George nos sonrió.

—Qué sorpresa —dijo—. Tendremos que ir a ver qué quiere, supongo. Vamos, Alex. —Tiró de Alexander por la puerta que daba al patio, pero, cuando pasaba por delante de Daisy y de mí, nos susurró—: No ha estado mal. Pero ¡volveremos!

Daisy se despidió de ellos saludándolos con la mano.

—¡Nos vamos a las habitaciones de Bertie! —le dijo a Michael, y me llevó a rastras escaleras arriba.

Mientras subíamos, miré alrededor. Habíamos estado allí antes, la noche anterior, pero entonces yo no había sido capaz de pensar en otra cosa que no fuera Alexander. Podría habérseme plantado un elefante delante, y lo habría empujado a un lado y habría seguido subiendo. Esa tarde, sin embargo, tenía todos los sentidos alerta, y veía y pensaba con claridad de nuevo. Nuestros zapatos repiqueteaban en los escalones de piedra y reverberaban entre las paredes. La escalera era estrecha y oscura; las únicas ventanas eran

pequeñas, situadas en cada rellano, y daban al patio a nuestra espalda. Subimos hasta el primer rellano, que estaba vacío salvo por un teléfono de monedas. En la puerta a la izquierda, del lado de la conserjería, se leía «Freddie Savage» («Se habrá ido fuera por las vacaciones», susurró Daisy), y del lado del jardín, a la derecha, estaba la puerta de Bertie.

En el rellano situado por encima de las habitaciones de Bertie, había dos puertas más. En el lado de conserjería, había una en la que se leía «Alfred Cheng». Esa puerta estaba firmemente cerrada, pero, cuando pasábamos por delante, se abrió de golpe. Alfred asomó con cara de enfado.

—¿Qué hacéis aquí? —nos preguntó.

—Bertie nos ha pedido que dejemos una nota para Chummy —dijo Daisy, lista como siempre con una excusa plausible.

—¡Ja! —contestó Alfred, nada convencido, y volvió a cerrar la puerta.

En ese rellano, en la puerta del lado del jardín, ponía «James Monmouth». Se hallaba entreabierta, y vi que la habitación estaba vacía. Era evidente que acababan de redecorarla. Todos los muebles estaban cubiertos con sábanas, y acababan de pintar y empapelar las paredes. Me adentré unos pasos y comprobé que la disposición era la misma que la de Donald la noche anterior, solo que al revés. La chimenea estaba en medio de la pared situada frente a la puerta, con el sofá delante y un escritorio a la derecha. Pero, si bien las habitaciones de Donald solo tenían una ventana, que daba al patio, esa habitación contaba con una ventana más entre la puerta del dormitorio y la chimenea, que daba al jardín. Tenía mucha más luz y resultaba mucho más agradable que la habitación de Donald.

Seguimos subiendo, hasta el tercer rellano, que parecía tan vertiginosamente alto como la noche anterior. En este caso, en la puerta de las habitaciones del lado del jardín, se leía «Charles Melling», y a la izquierda de esta, «Donald Melling». Entre ellas había una portezuela a lo que parecía un trastero. Me pregunté de quién era. También me sorprendió que Chummy se hubiera quedado

la habitación del jardín, pese a que era el hermano menor, una prueba más de cómo controlaba a Donald.

La puerta de Donald estaba abierta de un modo tentador, y Daisy y yo avanzamos hacia ella todo lo rápido que pudimos. Vi una muesca blanca en el suelo de piedra, justo al otro lado de la puerta. La noche anterior no la había advertido —estaba demasiado nerviosa —, pero, por supuesto, debía de ser donde había caído el cubo. Y allí, en la penumbra, estaba la mesa donde se habían servido las bebidas la tarde anterior, con las copas y los decantadores aún alineados sobre ella.

—¡De acuerdo, Watson! —susurró Daisy—. ¡Hora de investigar!

Nos adentramos en la habitación.

4

En las habitaciones de Donald, el aire olía a viciado, debido a que había respirado demasiada gente con las cortinas corridas. Daisy arrugó la nariz y yo apreté los labios. Me acordé de Moss, el doméstico que limpiaba las habitaciones de los estudiantes, y pensé que no debía de ser muy bueno en su trabajo. Fue una suerte para nosotras. Las copas de oporto seguían esparcidas por encima de la mesa, había manchas de vino en el mantel e incluso vi una pajarita abandonada. También estaba el decantador, con el cristal opacado por el líquido oscuro que aún contenía. Daisy se abalanzó sobre él de inmediato, lo descorchó e inhaló hondo.

—¡Daisy! —exclamé—. ¡Cuidado!

—Ah, no pasa nada, Hazel —repuso—. El muérdago no es lo bastante venenoso para causar ningún daño con solo olisquearlo.

Aun así, pensé que yo no me arriesgaría.

—Pero ¿es muérdago? —pregunté.

Daisy se detuvo e inhaló de forma aún más profunda. Luego asintió.

—Oh, sí, eso creo. Y… —sostuvo la botella delante de ella y examinó el fondo— ¡sí, mira! Se ve algo rodando en el fondo, algo redondo. Dame tu pañuelo y esa copa vacía.

—¿Para qué?

—Voy a hacer un filtro con ellos —dijo Daisy.

Di un paso atrás.

—Oh, ¡venga ya! Tienes un montón de pañuelos. Los he visto —añadió.

Estuve a punto de señalar que ella también tenía muchos, pero estábamos en un lugar en el que no deberíamos estar, haciendo algo que sin duda no deberíamos hacer, y pensé que era mejor llevar a cabo el plan de Daisy cuanto antes. Así que le pasé mi pañuelo y una de las copas limpias de la parte posterior de la mesa. Daisy sostuvo el pañuelo encima de la copa.

—Muy bien —dijo—. Viértelo.

Agarré con cuidado el decantador envenenado y lo vertí. El rojo se extendió por todas partes: por los laterales de la copa, por mi pañuelo e incluso un poco por las manos de Daisy.

—¡Hazel! —me reprendió—. ¡En serio! ¡Sirve como una dama!

Pero al final del ejercicio acabamos con un pañuelo cubierto de esos desagradables residuos que siempre se acumulan en el fondo de las botellas de vino…, y siete bayas machacadas.

—¡Ahí! —gritó Daisy—. ¿Lo ves? Y si echas un vistazo alrededor, a las ramas colgadas… ¡a ese racimo de muérdago le faltan casi la mitad de las bayas! Tráelo, Hazel… No, espera, ya lo hago yo, tú eres demasiado bajita y no llegarás.

Me trajo el muérdago con aire triunfal, lo añadió al contenido del pañuelo e hizo con él un hatillo apretado y bastante pegajoso que ató con el trozo de cuerda que lleva siempre en el bolsillo.

—¡Tenemos nuestras primeras pruebas, Watson! Alguien adulteró este decantador de oporto con muérdago. Eso demuestra que Donald no fue víctima de un accidente, o de una broma inofensiva. Hubo mala intención.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunté.

—¡Registrar la habitación! —contestó Daisy—. En busca de documentos, fotos, cualquier cosa que nos ayude a demostrar que esto responde a un patrón. Yo me encargo del dormitorio, tú quédate aquí.

Miré alrededor y me dirigí al escritorio. Estaba desordenado,

cubierto de papeles. Vi apuntes y trabajos, todos revueltos, pero encima del montón había un documento mucho más interesante.

—¡Mira, Daisy! —exclamé—. Es una escritura, ¡creo que de una mina de diamantes! Es lo que quiere comprar Donald, ¿verdad? Cuando he visto el precio que iba a pagar por ella, me he mareado.

—¿La ha firmado ya? —preguntó Daisy al tiempo que se plantaba a mi lado—. No, mira… ¡Porque no puede, claro! Lleva fecha del día de Navidad, pero no puede firmarla hasta su cumpleaños. Es importante, ¿no? Una prueba clara de lo que ocurrirá si Donald recibe la herencia en su cumpleaños. Se gastará el dinero… ¡y por fin logrará escapar de la sombra de Chummy!

—¡Chummy tiene que estar realmente furioso! —añadí.

Un escalofrío me ascendió por la nuca. Aquello, combinado con el muérdago dentro del decantador y el hecho de que Chummy apenas había bebido la noche anterior, parecía apuntar a algo espeluznante. Chummy tenía los medios, el motivo y la oportunidad para haber envenenado el oporto y haber empujado a Donald al estanque. ¿Podríamos demostrar que había colocado el cubo y aflojado la piedra también?

—Hazel, he notado otra cosa bastante interesante en esta mesa —dijo Daisy—. Mira encima, ¿qué ves?

—Fotos de familia —contesté—. Esas personas deben de ser los padres de Donald.

—Sí, claro, Hazel, pero ¿quién no aparece en ellas?

Lo vi de inmediato.

—¡Chummy! —constaté—. ¡No hay ni una foto suya!

—Exacto —respondió Daisy—. Otra prueba de que los dos no se llevan bien. ¡Esto es muy bueno, Hazel! ¡Excelente! Vale, yo he estado en el dormitorio de Donald. Hay algunos objetos interesantes en el fondo de su armario: un par de zapatillas y un abrigo oscuro, todo enrollado con trozos de cuerda y alambre. ¡Creo que es material de escalada! En serio, a la gente se le da fatal esconder las cosas como es debido.

—¡Vamos a las habitaciones de Chummy! —propuse—. ¡Rápido,

antes de que vuelva Bertie!

—Una idea excelente —dijo Daisy—. Toma, guárdate el pañuelo en el bolsillo.

—¡No pienso hacerlo! —repliqué—. Qué asco, Daisy. ¡Está todo mojado!

Daisy puso los ojos en blanco.

—Eres la peor espía del mundo —afirmó—. De acuerdo, lo envolveré con mi bufanda.

Sin embargo, sabía que no estaba enfadada de verdad conmigo y, mientras nos escabullíamos de las habitaciones de Donald y cruzábamos con sigilo el pasillo hasta la puerta de Chummy, nos sonreímos la una a la otra. La verdad es que no hay nada en el mundo como investigar un caso con Daisy Wells.

5

Las habitaciones de Chummy, por suerte, estaban igual de desiertas que las de Donald. Habían descorrido las cortinas y pude ver el jardín. Lo rodeaba un alto muro de ladrillo, con una puerta cerrada del lado más cercano a la biblioteca del edificio. Parecía muy secreto y bonito, aunque todo el verde quedaba apagado por el invierno.

La sala de estar de Chummy era caótica. Había camisas y pañuelos tirados por todas partes…

—¡Menudo dandi! —susurró Daisy—. Ya veo por qué es amigo de Bertie; mi hermano es incapaz de resistirse a la ropa buena…

Había libros apoyados unos en otros en la estantería medio vacía, y papeles esparcidos por el escritorio. Les eché un vistazo. Era curioso: pese a que el carácter de los gemelos era muy distinto, su letra era exactamente igual.

—¡Mira esto! —dijo Daisy—. ¡Qué interesante! —Observaba algo en el sofá, junto a la chimenea.

Me volví para echar un vistazo. Era una chaqueta de *tweed*.

—La etiqueta de la lavandería dice «Donald Melling» —continuó Daisy—. Entonces, ¿qué hace en las habitaciones de Chummy?

—¿Quizá se la dejara aquí? —sugerí.

—Tal vez…, pero no creo que sea eso. Intenta ponértela. Vamos, inténtalo.

Confundida e incómoda, cogí la chaqueta y metí el brazo en la

manga. Llegué a la mitad, y entonces mi mano se detuvo.

—¡Oh! —dije.

—Ah, ¡tengo razón! —contestó Daisy alegremente—. La ha cosido. Lo he adivinado: hay aguja e hilo en la mesa auxiliar, pero no veo nada que haya que remendar. ¿Y te acuerdas de lo que dijo Bertie sobre las bromas que le gusta gastar a Chummy? ¡Le hemos atrapado en medio de una! No es especialmente letal, pero ¡es una prueba clara de que va a por Donald!

Vacilé. Esa broma distaba mucho del envenenamiento con muérdago, incluso del cubo sobre la cabeza de Donald. Era muy tonta. Se lo dije a Daisy.

—Cierto —dijo frunciendo el ceño—. Nada que podamos presentar al rector, ¿verdad? No, tenemos que encontrar pruebas de que Chummy está planeando una jugada realmente peligrosa y debemos encontrarlas aquí. ¡Echa un vistazo alrededor, Hazel!

Vaciamos los cajones y miramos debajo de los cojines del sofá, pero, a pesar de nuestros esfuerzos, ninguna encontró nada condenatorio. Daisy se internó en el dormitorio de Chummy y salió dos minutos más tarde con aspecto desanimado.

—Nada —concluyó con sequedad—. Tiene las mismas cosas para escalar: cuerda, alambre, zapatillas. ¡De lo único que podemos acusar a Chummy es de ser escalador, y ese no es nuestro objetivo!

Era hora de marcharnos. Ya habíamos pasado demasiado tiempo investigando. Nos dirigimos a la puerta, la abrimos y frenamos en seco. Allí, plantado ante nosotras, se encontraba Chummy en persona.

6

Se quedó mirándonos. Llevaba otro pañuelo colorido y el pelo castaño repeinado hacia atrás.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —preguntó, sorprendido.

—¡Nos hemos perdido! —respondió Daisy con su tono más dulce, pestañeando—. Estábamos buscando… ya sabes… el tocador.

Chummy, como era de esperar, no pareció convencido. No fue una de las mejores excusas de Daisy.

—Eres la hermana pequeña de Bertie. Deberías estar en sus habitaciones, si es que debes estar en alguna parte. De cualquier modo, ¿qué haces correteando por la escalera con ella?

Me miró con furia y di un paso atrás, alarmada. Reflejaba el mismo odio que había mostrado hacia Alfred el día anterior.

—¡Eh! ¡Butler! —bramó de pronto—. ¡Ven aquí inmediatamente! ¡He pillado a unas niñas en mi habitación!

Nos sacó a empujones hasta el rellano. Sentí que me estremecía. Ahora sí que estábamos en un aprieto.

—¿Qué está pasando? —gritó Michael Butler desde abajo.

Bajé la vista y le vi subiendo hacia nosotros. Alexander y George iban con él. Cuando pasaba por el rellano que teníamos debajo, Alfred Cheng volvió a asomar la cabeza por su puerta.

—¿Qué pasa? —oí que preguntaba.

—Oh, lárgate —gritó Chummy—. ¿Por qué estás siempre

metiendo las narices donde no te importa?

—¡Butler! —dijo Alfred, lanzando una mirada asesina hacia arriba —. ¡Ya está otra vez! —Advertí la tensión en su voz.

—Cheng —soltó Michael con brusquedad—, basta. ¿No te he dicho que dejes de quejarte por nada? Esto es Inglaterra y no acusamos a la gente de cosas sin motivo.

—Sí, esto es Inglaterra, donde solo cuentan los ingleses —replicó Alfred—. Has visto cómo me ha estado tratando Melling y no has hecho nada.

—Déjalo, hombre, por el amor de Dios. Tengo cosas más importantes con las que lidiar.

—Te arrepentirás de eso —dijo Alfred—. Él se arrepentirá de eso. Vosotros esperad. —Dio un paso atrás, con lo que desapareció de mi vista, y cerró de un portazo.

Me quedé mirando a Chummy, quien sonreía con aire triunfal, y de pronto me di cuenta, con asombro, de que los universitarios en realidad no eran muy distintos a las chicas de los cursos superiores del internado, sino solo más altos. Ni mucho mayores, ni más sabios, y el último semestre me habían demostrado lo crueles y estúpidas que podían ser esas chicas. De repente me pregunté si crecer solo significaba que eras mayor pero no más sabio.

Michael subió el último tramo negando con la cabeza.

—¿Qué pasa, Melling? —preguntó.

—Estas chicas estaban en mi habitación —respondió Chummy enfadado—. ¡Sácalas de aquí! Las quiero fuera de la escalera.

—¡No puedes hacer eso! —repuso Daisy.

—Yo sí puedo —intervino Michael—. Y, de hecho, es exactamente lo que estaba a punto de hacer. Los chicos acaban de volver y me han dicho que ustedes les han mentido; Harold no tenía ningún mensaje. Y tampoco están decorando la puerta de Bertie. No pueden pasearse por esta escalera sin motivo, ¡son ustedes niñas!

—¿Y? —preguntó Daisy.

—Esto es un colegio masculino —contestó Michael—. Usted no es un hombre, *miss* Wells, así que no quiero volver a verla a usted o a

su amiga aquí, no a menos que tengan una invitación formal. Puede que estemos en vacaciones, pero seguimos en Cambridge. Hay normas. Vuelvan al St Lucy's, donde deben estar.

A su espalda, Alexander y George adoptaron un gesto arrepentido. Solo estaban jugando según las normas que había impuesto Daisy, pensé, pero eso no impedía que me doliera lo que habían hecho.

Yo sabía que no había ninguna esperanza de que Michael lo reconsiderara. Aunque no era más alto que Chummy, y apenas superaba a la misma Daisy en estatura, daba toda la impresión de ser un adulto.

Nos condujo escaleras abajo y me ardieron las mejillas de vergüenza e indignación mientras caminábamos. No quería volverme para mirar a George y a Alexander, aunque sabía que debían de estar viendo cómo nos marchábamos. Había hecho bien en preocuparme por investigar en el Maudlin. Esperaba que me trataran como a una adulta en Cambridge. Pero había olvidado que, si bien éramos mayores, seguíamos siendo chicas. No teníamos las mismas libertades que Alexander y George. Nos detendrían, nos frenarían y nos dirían adonde ir. Y, a partir de ese momento, tendríamos que recurrir a todo nuestro ingenio para descubrir las cosas más simples.

7

Cuando llegamos al pie de las escaleras, Daisy hizo un último intento valiente de ganar la apuesta.

—¿Chummy está bien? —preguntó.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Michael a su vez.

—Ah, nada —contestó Daisy con aire inocente—. Solo… parecía tan enojado porque hubiésemos entrado en su habitación… Debe de ser terrible, tener un hermano que va a ser rico, cuando tú no recibes nada del dinero. Yo en su lugar estaría furiosa. Yo… yo querría matar a Bertie. Chummy no quiere hacer daño a Donald, ¿verdad?

Michael se rio.

—Es posible que no se gusten el uno al otro —dijo—, pero no creo que haya nada de lo que preocuparse. Ni siquiera en Navidad.

—¿Por qué iba a ser Navidad un momento para preocuparse? ¿Porque es su cumpleaños? —continuó.

—¡Porque son hermanos! —replicó Michael—. La Navidad es la peor época para la familia. Me alegra estar solo con mi madre…, sin nadie más con quien discutir. Al menos todo habrá acabado el veinticinco.

Y eso, al parecer, fue todo. Michael estaba seguro de que las peleas entre Donald y Chummy no tenían importancia; me di cuenta de que nada de lo que dijéramos le haría cambiar de opinión. Nos

condujo hasta la conserjería y nos dejó en el exterior. Mister Perkins nos vio marcharnos y supe que no volveríamos a ser capaces de colarnos con tanta facilidad.

Enfilamos la calle hacia el St Lucy's, y un grito a nuestra espalda me sobresaltó. Me volví y vi que Amanda pedaleaba hacia nosotras en la Yegua. Cuando llegó a nuestra altura, se apeó rápidamente y dijo:

—¡Aquí estáis!

Me miré el reloj de pulsera. Por supuesto… habían dado las cuatro, la hora a la que habíamos quedado con Amanda. El día se me había pasado volando sin darme cuenta.

—Acaban de prohibirnos la entrada en el Maudlin —le contó Daisy indignada—. ¡Imagínate! Supongo que sabes qué se siente, ¿no? —añadió rápidamente.

Yo sabía lo que estaba pensando: era la oportunidad perfecta para interrogar a Amanda.

—A mí no me han prohibido la entrada —repuso Amanda—. Yo… Bueno, da igual. De todas maneras, es hora de que volváis al St Lucy's. ¡Daos prisa!

Pensé que no diría nada más sobre tener prohibida la entrada, pero, cuando alcanzamos el puente que cruzaba el Cam, se detuvo. El sol estaba poniéndose delante de nosotras, y los tejados y los muros de Cambridge habían adquirido un tono rosado bajo la luz menguante. El reflejo del atardecer era de algún modo casi más bonito que el atardecer en sí.

—¡Oh! —exclamé, y apreté el brazo a Daisy.

—Ahí está el colegio Clare, al otro lado del río —dijo Amanda—. Y la capilla del King's también. ¡Y mirad ahí!

Señaló, y sus ojos me hicieron ver detalles en la línea del horizonte que había pasado por alto: las gárgolas, las torres y los reyes de piedra en sus nichos, la silueta y las hermosas ventanas ojivales de los colegios universitarios. Durante un momento, reinó la paz. Entonces Amanda habló de nuevo.

—Escuchad —dijo—. No os preocupéis por el Maudlin. Es mejor

que no os mezcléis con ellos. Bertie tiene buenas intenciones, pero…

—¿Pero? —preguntó Daisy con avidez. ¿Estábamos a punto de oír qué le había ocurrido a Amanda?

—Cambridge no es el lugar ideal para una mujer —concluyó Amanda—. Es solo eso. —Suspiró y se apartó otro mechón de la cara. Advertí de nuevo lo cansada que parecía—. ¡Será mejor que volvamos! Tengo otro trabajo que hacer antes de la cena.

—¡Pero son vacaciones! —contesté.

—Tengo que adelantar —repuso Amanda—. Por lo que he dicho. Si eres mujer en Cambridge, tienes que trabajar diez veces más que cualquier hombre, solo para salir del paso. Eso es todo.

De pronto no me cupo duda de que eso no era todo.

—Pero tú eres mucho más lista que cualquiera de los estudiantes del Maudlin —dijo Daisy, con tono comprensivo—. Que Bertie, evidentemente, pero también que Chummy y Donald. ¡Está claro!

—¡Ja! —soltó Amanda con aspereza. Apartó la vista de golpe y, cuando se volvió hacia nosotras, su rostro era serio—. No paro de decirle a Bertie que no debería ser amigo de Chummy. Chummy no trae nada bueno. Tiene a Donald y a Bertie siempre pendientes de él, y lo lamentarán si se ven enredados en sus disparates. Es mejor que no volváis al Maudlin, ¿me oís?

Me sentí atrapada. Mucha gente nos decía que Chummy era malo —que no estudiaba y que era desagradable—, pero nadie parecía pensar que de verdad estuviera tramando algo realmente peligroso. ¿Y si le hacía algo más a Donald, mientras nosotras no estábamos en el Maudlin para detenerlo? No pude evitar preocuparme.

Escribí todo eso el lunes antes de la cena. Hicimos varios intentos de volver a salir del St Lucy’s para ir al Maudlin, pero al parecer la tía abuela de Daisy había pedido al personal del St Lucy’s que nos vigilara. No parábamos de encontrarnos por los pasillos con amables tutores y doncellas que pensaban que debíamos de habernos perdido y nos enviaban de nuevo a nuestras habitaciones.

Cenamos en el refectorio, todo paredes blancas desconchadas y comida enlatada, y luego regresamos a las habitaciones de Rey Enrique, donde nos sentamos en sus mullidos sillones y nos quedamos mirándonos la una a la otra. La servilleta manchada de rojo, con el muérdago y las bayas, se hallaba en la mesa entre nosotras.

—¡Casi estoy por salir por la ventana para ir a investigar! —soltó Daisy.

—¡No podemos! —repuse, y me estremecí al pensar en la tubería de Deepdean. Había subido y bajado por ella varias veces durante el último semestre, y tenía claro que sería muy feliz si no trepaba por ella nunca más—. ¡Mister Perkins nos detendría!

—Lo sé, lo sé —dijo Daisy, inquieta—. ¡Puaj!

Siguió leyendo con fastidio *Los secretos de Oxford* («Sé quién lo hizo —me dijo—, ¡es completamente obvio!») y luego pasamos una eternidad tumbadas en la cama, hablando, antes de quedarnos dormidas por fin.

Cuando empezaron a llamar a la puerta, me pareció que apenas había cerrado los ojos.

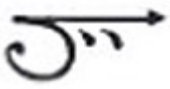
Me incorporé de golpe, sorprendida. Siguieron llamando.

—¿Quién es? —preguntó Daisy, que salió de la cama y se puso la bata.

—¡Soy yo! —contestó Amanda desde el pasillo—. ¡Levantaos, vamos! ¡Ha ocurrido algo en el Maudlin!



TERCERA PARTE



TARTALETAS DE FRUTA Y ASESINATO

1

Hasta que llegamos abajo (tambaleantes, poniéndonos el abrigo y el sombrero y, en mi caso, frotándome los ojos para desperezarme), no me di cuenta de que el cielo seguía oscuro y salpicado de frías estrellas. Eché un vistazo a mi reloj y vi que eran poco más de las seis de la mañana del martes. Bostecé y me lloraron los ojos. Me sentía desorientada, pero también con los nervios a flor de piel.

—¿Qué pasa? —preguntó Daisy.

La conserjería del St Lucy's estaba vacía, y Amanda tuvo que coger una llave de una repisa situada en lo alto y forcejear con el portillo dentro de la puerta para que pudiéramos salir. Aquello era de lo más confuso; yo sabía que no teníamos permitido salir de noche. ¿Qué había ocurrido para que Amanda rompiera las reglas?

—Chisss —respondió Amanda. Los cercos bajo sus ojos eran más oscuros que nunca, y tenía las mejillas pálidas, aunque eso podía deberse al frío—. Solo venid.

«¡Donald!», pensé de repente. ¿Había acabado ocurriéndole algo, algo realmente grave?

Nuestras botas repiqueteaban y reverberaban por las calles desiertas, neblinosas y heladas. Cambridge a esa hora de la noche parecía sacado de una historia de fantasmas. Era como si me adentrase en las páginas de un libro. Estuve a punto de preguntarme si era todo real o si seguía soñando. Pero notaba los

adoquines bajo los pies y el aire frío en las mejillas.

Cuando llegamos a la consejería del Maudlin, la puerta también estaba cerrada. Amanda la aporreó mientras llamaba a voces. Por fin mister Perkins abrió la pequeña puerta. Parecía desconcertado.

—¿*Miss* Price? —preguntó—. ¿Qué está haciendo aquí? ¿Cómo se ha enterado?

«¿Enterarse de qué?», me pregunté. Me aferré al brazo de Daisy, y nos miramos la una a la otra.

—Me han llamado por teléfono —contestó Amanda brevemente —. Me han dicho que había ocurrido algo en el Maudlin, en la escalera nueve. Déjenos pasar. —Estaba muy erguida, con la mandíbula apretada y aire decidido, aunque seguía muy pálida.

—Las niñas, no. Se les ha prohibido la entrada —replicó mister Perkins al tiempo que nos señalaba.

—¡Oh, eso ahora no importa! —gritó Amanda—. ¡Déjenos entrar, vamos!

Mister Perkins se quedó mirándola. Luego suspiró.

—Las dejaré entrar, pero volverán a echarlas —dijo—. No deberían estar ustedes aquí. Acaba de llegar el médico.

—¿El médico? —preguntó Daisy, pero ni mister Perkins ni Amanda respondieron.

Pasamos y doblamos a la izquierda para apresurarnos por la hilera de pasajes abovedados, como habíamos hecho antes. No había luces encendidas en las ventanas por encima de nosotras; el colegio estaba dormido, con la excepción del pasaje del final, donde las luces brillaban con fuerza y la puerta de la escalera nueve se hallaba abierta. Apretamos el paso y llegamos al resplandor.

—¿Hola? —llamó Amanda, asomándose hacia arriba—. ¿Bertie? ¿Dónde está todo el mundo?

Por encima de la barandilla, unas plantas más arriba, asomó una cabeza. Era Michael Butler.

—Price —dijo, ¿y fueron imaginaciones mías o le temblaba la voz?—, ¿qué estás haciendo aquí?

—Me han llamado por teléfono —contestó Amanda—. ¿Qué ha

ocurrido?

—Venid arriba —contestó Michael—. Ya lo veréis. Pero no… no lo piséis, por favor.

El corazón me latía acelerado.

Subimos las escaleras juntas a toda prisa; un tramo y luego otro. Estábamos en el rellano de Alfred Cheng, debajo del de Donald y Chummy, y cuando subíamos los últimos escalones, lo vi.

Extendiéndose al pie de las escaleras y destellando a la luz, había un gran charco de algo rojizo. A estas alturas he estado en suficientes escenas del crimen —resulta extraño escribirlo, pero es cierto— para saber lo que era.

Sangre.

2

—¡No lo piséis! —repitió Michael.

Estaba plantado en la puerta de la habitación vacía de James Monmouth, apoyado en el marco como si fuera lo único que lo sostenía en pie.

—¿Dónde está Bertie? —inquirió Daisy. Apoyaba los puños apretados en los costados.

—Está ahí dentro —dijo Michael, al tiempo que señalaba a su espalda—. Hablando con el médico. Price, ¿qué estás haciendo? ¿Por qué has traído a las chicas aquí?

Noté que Daisy se relajaba. Al menos Bertie estaba bien. Pero ¿qué había ocurrido?

—¡No podía dejarlas! —repuso Amanda, como si eso lo explicara todo—. Te lo he dicho, me han llamado por teléfono. ¿Qué ha ocurrido?

—Estoy controlando la situación —dijo Michael—. Alguien tiene que hacerlo. Y en cuanto a lo ocurrido… Bueno, ya lo verás.

Su voz era tan calmada como siempre, pero detecté un temblor de fondo. Apenas miraba a Butler, no podía apartar los ojos de aquel charco de sangre. ¿Donald estaba herido de gravedad? ¿Estaba muerto?

—¡Mister Butler! —gritó una voz—. ¡Déjeme limpiarlo, por favor!

Todos alzamos la vista. De pie en lo alto de las escaleras, había

un hombre con la librea del Maudlin. Era viejo, de pelo gris y fornido, y tenía la cara recién afeitada y bastante redonda.

—Moss, tranquilo —dijo Michael Butler.

—¡No puedo! —replicó el hombre. Me acordé de la portezuela que había visto entre las habitaciones de Chummy y de Donald; por supuesto, debía de vivir en la escalera también—. ¡Por favor! Esa sangre… ¡es demasiado horrible!

—Moss, déjelo —soltó Michael con aspereza—. Santo Dios, hombre, no es el momento.

En ese instante, Bertie salió de la habitación vacía. Tenía los hombros hundidos y estaba pálido. Vi, con desagradable sorpresa, que había sangre en sus manos, y en sus zapatillas de andar por casa, las mismas que recuerdo que llevaba en Fallingford.

—No hay nada que el médico pueda hacer —dijo, y le temblaban las manos—. Ha muerto.

Entonces nos vio a nosotras, y a Amanda. Se quedó, si era posible, aún más blanco.

—Amanda…, ¿qué estás haciendo aquí? ¿Por qué están Daisy y Hazel…? ¿Qué estáis haciendo aquí?

—Me han llamado —dijo Amanda de nuevo—. Alguien me ha llamado por teléfono. Pensaba que habías sido tú. ¿No? ¿Qué ha pasado, Bertie?

Entonces salió alguien por detrás de Bertie. Era de baja estatura, con el pelo castaño, y llevaba un pijama de rayas. A primera vista, pensé que era Chummy. Estaba segura de que era Chummy. Pero entonces lo miré a la cara y me llevé la impresión de mi vida. La persona que tenía delante no era Chummy en absoluto. Era Donald.

—¿Dónde está Chummy? —pregunté, antes de poder contenerme —. ¿Por qué… por qué no está…?

—¿Que dónde está Chummy? —repitió Bertie—. Se ha caído por las escaleras. Chummy está muerto.

3

Perdí el equilibrio. Desde el principio, estábamos seguras de que el que corría peligro era Donald. Era el hermano mayor, el heredero. Él había sido la víctima de todos los ataques. Así que, ¿por qué demonios había muerto Chummy? Era como esa pintura de una dama ante el espejo que, cuando la miras, deja de ser una dama para convertirse en una calavera sonriente.

—¡No se ha caído! —espetó Donald. Lo miré. Parecía alterado, pálido, pero había algo más en el modo en que mantenía la compostura, algo tenso, casi emocionado—. Ha sido víctima de su propia trampa, un trozo de hilo de pescar que había colocado en lo alto de las escaleras. Ha salido de sus habitaciones y ha tropezado escaleras abajo.

Con un sobresalto, recordé el alambre que había encontrado Daisy en las habitaciones de Chummy. En las habitaciones de Chummy y en las de Donald.

—¿Es eso cierto? —le preguntó Daisy a Bertie.

Bertie asintió; parecía mareado.

—Ha ocurrido justo después de las dos de la mañana, pero no hemos conseguido despertar a un médico hasta ahora. Lo hemos dejado todo como estaba; tendrá que venir la policía a inspeccionar.

Bertie tiene sobrados motivos para pensar en la policía. También se había visto envuelto en lo ocurrido en Fallingford, y aunque se

esfuerza al máximo por mostrarse alegre y despreocupado al respecto, sé que le afecta tanto como a nosotras. Fallingford fue realmente uno de nuestros peores casos. Por él sigo despertándome en mitad de la noche, y Daisy y yo nunca lo comentamos, ni siquiera nueve meses más tarde.

—¿Has visto la caída? —le preguntó Daisy. Noté que entraba en modo detective.

—No he visto nada —dijo Bertie enseguida—. He estado en mis habitaciones todo el tiempo. Fofita, ¿qué estáis haciendo aquí? Amanda, ¿las has traído tú?

Había algo en la forma en que había ofrecido su coartada que me preocupaba. No parecía del todo convincente, era muy vaga. Una semilla de preocupación comenzó a germinar en mi interior y, a juzgar por la expresión de Daisy, advertí que ella sentía la misma inquietud.

—Te lo he dicho, me han avisado por teléfono —repitió Amanda —. Alguien ha llamado a nuestra escalera en el St Lucy's para decir que había ocurrido algo y lo he cogido yo. Al principio he pensado que era una broma, pero me he quedado despierta en la cama dándole vueltas y he decidido venir a ver. Tenía que traer a las chicas también, no podía dejarlas solas. Pensé que quizá habías llamado tú.

Bertie parecía perplejo.

—¡No he sido yo! —exclamó—. Butler ha telefoneado al médico, y luego yo a la policía, pero eso es todo. ¿Estás segura de que ha sido alguien del Maudlin?

—¡Claro que no estoy segura! —replicó Amanda—. Esas líneas siempre van fatal, ya lo sabes. Pero quienquiera que fuera ha dicho que estaba aquí, que llamaba desde el teléfono de la escalera nueve y que había ocurrido algo horrible.

Sentí un leve escalofrío. Un misterioso interlocutor… Casi parecía una historia de fantasmas.

—Me sorprende que hayas venido —intervino Donald—. Chummy decía… Me refiero a que ¿no estabas evitándonos?

Amanda se sonrojó y se alejó de él.

—He estado ocupada —respondió.

—¿Aún tienes un montón de trabajos pendientes? —preguntó Donald.

Se quedaron mirándose el uno al otro, y sentí un hormigueo en la piel. ¡Otra vez los trabajos! ¿Qué estaba pasando?

—Wells tiene razón —intervino Michael Butler—. Yo solo he llamado al médico. Moss, ¿ha llamado usted a *miss* Price? —Moss negó con la cabeza sin pronunciar palabra—. Entonces habrá sido Cheng. ¡Cheng! ¡Sal de tus habitaciones!

De pronto me di cuenta de que toda la escalera estaba ahí, menos una persona, Alfred Cheng. Sus habitaciones se hallaban directamente enfrente de donde había aterrizado Chummy. ¿Por qué no formaba parte del grupo?

Entonces se abrió la puerta de Alfred, que apareció con un precioso pijama de seda y expresión molesta.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—¿Has llamado tú a *miss* Price? —preguntó Michael.

—¿Esta noche? ¿Por qué iba a hacer yo eso? ¿Habéis perdido todos la cabeza? —Nos miró con el ceño fruncido.

—No puedo creerme que hayas vuelto a la cama —dijo Michael —. Qué sangre más fría tienes.

—Todos tenemos que dormir en algún momento —repuso Alfred —. ¿Y qué puedo hacer yo? Ya se ha caído.

—¡Cheng, Chummy está muerto!

—¿Y no has visto nunca a un muerto?

—Pues sí —dijo Bertie—. Por eso me importa.

—El año pasado dispararon a mi tío —contó Alfred—. Le dispararon en la calle. Muere gente todo el tiempo. ¿Por qué iba a preocuparme una muerte más?

Sus palabras fueron espantosamente frías y me estremecí al oírlas. Pero entonces recordé la discusión que habíamos presenciado entre él y Chummy, lo cruel que había sido Chummy, y pensé que quizá podía entender por qué Alfred había vuelto a sus habitaciones

y por qué no lamentaba que Chummy estuviera muerto.

4

La puerta de la habitación a la que habían llevado a Chummy se abrió de nuevo, y salió alguien más, un médico, con gafas y el pelo canoso cortado al rape.

—Ha fallecido —le indicó brevemente a Michael—. No había nada que pudiera hacer. Había perdido demasiada sangre. Aunque hubiera llegado aquí antes (han dicho ustedes que se ha caído justo después de las dos de la mañana), ya era irreversible. Un accidente muy desafortunado. Han llamado a la policía, ¿verdad? Odio causarles más angustia, pero tendrán que investigar la cadena de acontecimientos antes de que pueda permitir el levantamiento del cadáver o firmar el certificado.

—Les han llamado —respondió Michael—. El rector ha pedido que vaya usted a hablar con él, ahora que ha acabado; está en su residencia, justo después de los jardines de los tutores y la biblioteca. Puedo llevarle, si lo desea. Donald, será mejor que vengas tú también, como familiar más cercano. Wells, ¿cuidarás de todo mientras estoy fuera?

Bertie asintió, y Michael condujo al doctor y a Donald escaleras abajo. Alfred se retiró a sus habitaciones, y Bertie, Daisy, Amanda y yo nos quedamos solos, mirándonos unos a otros. Había tantas cosas que quería preguntar…, tantas cosas que necesitaba averiguar…, pero no sabía por dónde empezar.

Entonces atisbé algo. Moss, el doméstico, había vuelto a subir al último rellano y en ese momento se encontraba de rodillas en lo alto de las escaleras, toqueteando algo. Tenía que ser el hilo, me di cuenta, el hilo de pescar con el que había tropezado Chummy.

—¡Daisy! —dije con tono apremiante—. ¡Bertie!

Bertie se volvió de golpe, sobresaltado, y a continuación soltó un grito.

—¡Moss! ¡No toque eso!

—¡No podemos dejar el alambre! —repuso Moss—. ¿Y si tropieza alguien más con él?

Yo estaba horrorizada y, por la bocanada de aire que tomó Daisy, ella también. ¡Estaban destruyendo pruebas ante nuestros propios ojos! Imaginé las huellas dactilares que podía haber ahí antes de que Moss se pusiera a trabajar.

—¡No tropezará nadie! —dijo Bertie al tiempo que subía varios escalones a toda prisa—. Déjelo, hombre, la policía tendrá que verlo para comprender el accidente. Serán solo unas horas más. ¡Le digo que lo deje!

—¡Solo quiero poner orden! —replicó Moss con hosquedad.

De repente sentí una gran curiosidad. Recordé las habitaciones de Chummy y de Donald. Las dos estaban muy descuidadas. ¿Por qué iba a importarle tanto el orden a Moss ahora?

—Si lo hubiese visto antes de irme a la cama, lo habría quitado —continuó.

—¿A qué hora fue eso? —preguntó Daisy enseguida.

Moss parpadeó.

—Sobre las doce y media —dijo—. ¡Muy bien! Lo dejo.

Se apartó y, cuando miré arriba, vi con claridad con qué había estado trasteando: un trozo de hilo fino y tenso atravesaba lo alto de las escaleras. Estaba atado al pasamanos por uno de sus extremos y sujeto a un clavo muy hundido en el rodapié por el otro. Subí unos escalones para situarme junto a Bertie. Desde allí, vi que el clavo parecía nuevo. Lo archivé en mi cerebro como algo que tener en cuenta.

—Bertie —susurró Daisy, acercándose a nosotros—. Ese hilo de pescar. ¿Has visto algo parecido antes?

Bertie se quedó mirándola.

—Yo… Bueno… ¿Me prometéis que no se lo contaréis a nadie?

Asentimos.

—De acuerdo. Parece cuerda de lanzar. Debe de ser de Chummy. Todos tenemos cuerda de este tipo. Los escaladores las usamos para subir cuerdas más pesadas donde las necesitamos.

—¿Estás seguro de que pertenece a Chummy?

—¡Por supuesto! —dijo Bertie—. La trampa la preparó él, Fofita. ¡Usaría sus propias cosas!

Pero Daisy y yo nos miramos la una a la otra. Chummy sin duda tenía hilo de pescar, lo habíamos visto, pero Donald también. Nos habíamos equivocado sobre quién sería la víctima. ¿En qué más podíamos habernos equivocado?

5

—Volveré a llamar a comisaría —dijo Bertie—. Manda, vigila tú.

Bajó las escaleras con estrépito y le oímos llamar desde el teléfono que había junto a sus habitaciones. Su voz ascendió hasta nosotras por el hueco de la escalera.

—¿Hay alguien en camino? ¿Está seguro? Sí, sé qué día es, pero mi amigo está muerto. ¡Vamos, hombre!

«¡Pobre Bertie!», pensé. Era la clase de persona que ocultaba su malestar con ira.

Todo parecía tan irreal… Tanta actividad, en plena noche. ¿De verdad podía seguir siendo Nochebuena?

Pero, a continuación, mi lado navideño dio paso al detectivesco. Había muerto alguien delante de nuestras narices, y estábamos en el lugar de los hechos. Eso cambiaba el caso —lo cambiaba todo—, pero teníamos la responsabilidad de seguir investigándolo.

Como siempre, me alegro de tener a Daisy como compañera de andanzas. Al instante, interrogó a Amanda sin rodeos.

—¿Qué ha ocurrido en realidad? ¡Cuéntamelo!

Amanda se sobresaltó.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—¡Quiero saber por qué nos has despertado! —exigió Daisy—. ¿Qué hacemos aquí? ¿Qué haces tú aquí?

No le faltaba razón.

—¡No podía dejaros allí! —repuso Amanda, que se cruzó de brazos con aire fiero.

—Pero estábamos dormidas —intervine yo despacio—. Habríamos estado perfectamente hasta bien entrada la mañana. Y yo no te he oído contestar al teléfono. El teléfono del St Lucy's es igual que este, está justo en medio de la escalera, pero no te he oído hablar con nadie. No he oído nada hasta que has llamado a la puerta.

Amanda se sonrojó.

—¡Pues claro que no! —soltó—. Nuestro teléfono tiene un timbre muy bajo. Yo tampoco lo habría oído si no fuese porque mis habitaciones están justo al lado. Además, he hablado en voz baja.

—Hum —dijo Daisy—. Entonces…, te has despertado y has contestado al teléfono. ¿A qué hora?

—Sobre las dos y media —afirmó Amanda.

—De acuerdo, así que, entonces, ¿has vuelto a la cama, te has levantado de nuevo a las seis, nos has despertado a nosotras también y nos has traído hasta aquí porque de repente has decidido que, después de todo, la llamada misteriosa que has recibido no era una broma?

—Sí —respondió Amanda—. Eso es lo que ha ocurrido. Dejadme en paz. Es que… estoy cansada. Hay tanto que hacer, y ahora Chummy está muerto… —Se interrumpió tragando saliva y vi que las lágrimas le resbalaban por la cara. ¿Por qué estaba tan disgustada de pronto?

Bertie volvió a subir las escaleras con estruendo.

—¡Manda! —gritó al ver las lágrimas de Amanda—. ¡Fofita, deja de molestar a la gente! La policía debería llegar en nada. Y entonces tendréis que iros las tres. No podéis quedaros aquí. ¡No es asunto vuestro!

—¡Claro que sí! —exclamaron Amanda y Daisy al mismo tiempo. Las dos se quedaron paradas y se miraron la una a la otra.

—Soy tu hermana —dijo Daisy.

—Soy tu amiga —añadió Amanda—. ¡No puedes quedarte solo!

—¡Por supuesto que puedo! —gritó Bertie—. Soy mayor que tú,

Fofita. No quiero verte mezclada en esto. Yo no quiero verme mezclado en esto. ¿Por qué tenéis que ser todas tan entrometidas?

Tanto Daisy como Amanda se mostraron muy dolidas.

Entonces se oyó un grito procedente de abajo.

—¿Mister Butler? —llamó mister Perkins—. ¿Hola? ¡Ha llegado el policía!

6

A esas alturas, pensaba que sabía en qué consistía una investigación policial: hombres con gruesos gabanes y sombreros rebosantes de autoridad. Pero el policía que subió las escaleras hasta donde estábamos esperando me hizo darme cuenta de que solo conocía las investigaciones llevadas a cabo por el inspector Priestley, nuestro policía de Deepdean. Este policía no era inspector, solo un agente uniformado. Estaba calvo y tenía los ojos azules, como un bebé, la barriga le tensaba la chaqueta del uniforme y tenía la cara roja de la subida. Nos miró a todos y carraspeó.

—Agente de policía Cross —se presentó—. Buenos días. Tengo entendido que se ha producido un accidente. ¿Quién está al mando?

—Mister Butler ha ido a hablar con el rector —contestó Bertie—. No tardará en volver. Yo soy Bertie Wells.

—Mister Wells, buenos días. Y… ¿qué están haciendo ustedes tres aquí? —preguntó el agente Cross, mirándonos a Amanda, a Daisy y a mí con recelo.

—Las chicas son todas del St Lucy's —respondió Bertie—. Estas son mi hermana, Daisy Wells, su amiga Hazel Wong y mi amiga Amanda Price.

—Me han llamado por teléfono —alegó Amanda, como si eso lo explicara todo.

—¿Y ha sido un tal… mister Melling quien ha caído por las

escaleras? —preguntó el agente Gross. Daba la impresión de estar tachando elementos de una lista mental. No parecía muy seguro de sí mismo.

—Sí —respondió escuetamente Bertie.

—Entonces estoy aquí para investigar la muerte de mister Melling —sentenció el agente Cross—. Díganme cómo ha ocurrido, si es posible.

—Ha sido un accidente —dijo Bertie—. ¡Un estúpido accidente! Tendió un trozo de hilo de pescar en lo alto de las escaleras para gastar una broma y él mismo tropezó con él.

—¿Tenía por costumbre hacer cosas así? —preguntó el agente Cross.

—Sí —contestó Bertie—. Le encantaba jugársela a la gente, sobre todo a su hermano, Donald. Escuche, ¿pueden irse las chicas? No tienen nada que ver con esto.

—Enseguida. —El agente Cross levantó las manos—. Primero quiero hablar con todo el mundo, quiero la imagen más completa posible de lo que ha ocurrido. *Miss* Price, explíqueme lo del teléfono. —Se volvió hacia Amanda y la miró fijamente.

—Alguien de esta escalera me ha llamado para decirme que había habido un accidente —respondió Amanda—. Por eso estamos las tres aquí.

—¿Quién ha sido?

—No lo sé, pero me ha dicho que llamaba desde el teléfono de abajo —aseguró Amanda—. ¡No veo qué importancia tiene eso!

—Bueno… —empezó el agente Cross, pero en ese momento se oyeron voces procedentes del pasaje de abajo.

Distinguí a mister Butler, a Donald y a otro hombre. Pero también oí a…

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Bertie—. ¿Qué demonios está haciendo la tía E aquí?

7

Oímos unos pasos que subían a toda prisa por las escaleras y nos encontramos cara a cara con la tía Eustacia. Estaba furiosa.

—¡Ahí estáis! —gritó, adelantando la barbilla; parecía que pudiera atravesarnos con la mirada—. ¡Price! Te dije que las cuidaras. ¡Y las has traído al escenario de una muerte!

Tras ella apareció un anciano alto y escuálido, ataviado con toga y birrete. Caí en la cuenta de que le habíamos visto el domingo en la cena; era el rector del Maudlin.

—Eustacia —dijo—, lo siento mucho. No tenía ni idea de que hubiera mujeres en el colegio.

—Disculpas aceptadas, rector —respondió la tía Eustacia—. Price, exijo una explicación.

—Me han llamado por teléfono —adujo Amanda con tenacidad. Parecía ser su respuesta para todo, y cada vez que lo decía, pensaba aún más en lo extraña que era esa historia—. He decidido que era mejor que me acompañaran.

—¡No me digas! —gritó la tía Eustacia—. Una decisión de lo más imprudente, Price. De verdad, me esperaba más de ti. Espero que te sientas avergonzada.

—Lo siento, *miss* Mountfitchet —dijo Amanda, que parecía a punto de echarse a llorar otra vez—. Pero me han llamado. Pensé que podía ser Bertie quien estaba herido, así que me he traído a las

dos chicas.

—Estamos perfectamente, tía Eustacia —intervino Daisy—. ¡De verdad! No te preocupes por nosotras.

La tía Eustacia la miró iracunda.

—Es mi trabajo preocuparme por vosotras, Daisy Wells —replicó —. Y el vuestro aseguraros de que no tenga motivos para hacerlo. Ahora debo pediros a ti y a *miss* Wong que nos acompañéis a *miss* Price y a mí de vuelta al St Lucy's inmediatamente.

—¡Tía Eustacia! —exclamó Daisy—. Espera. ¡No puedo dejar a Bertie!

—Claro que puedes —dijo la tía Eustacia.

—*Miss* Wells —añadió el rector—, no deberían estar ustedes aquí. Esto es un asunto del Maudlin. Es un alumno del Maudlin quien ha muerto en las circunstancias más terribles, y nos corresponde a nosotros lidiar con la situación. También se me ha informado de que mister Butler les solicitó que abandonaran el Maudlin ayer, y aún no han sido readmitidas formalmente. Por favor, váyanse de inmediato. Agente, gracias por acudir tan rápido. Espero que su investigación no lleve mucho tiempo.

—De nada, rector —dijo el agente Cross—. El caso parece claro, sí, pero hay algunas cosas que necesito comprender. Si pudiese hablar con *miss* Price…

—Me temo que *miss* Price se viene conmigo —intervino la tía Eustacia—. Ella no ha podido tener nada que ver con la muerte. Le deseo lo mejor en su búsqueda de la verdad. Buenos días, rector.

Apoyó una mano enjuta pero firme en mi hombro y la otra en el de Daisy, nos situó detrás de Amanda y nos guio a las tres escaleras abajo a toda prisa, como un torbellino. No pudimos hacer nada para detenerla, como tampoco pudo el agente Cross, aunque le vi la cara cuando nos marchábamos y supe que seguía sintiendo curiosidad acerca de Amanda. Me percaté de que era muy metódico y tuve la incómoda sensación de que no nos libraríamos de él con facilidad.

—¡Tía Eustacia! —exclamó Daisy—. ¿Debemos volver al St Lucy's?

—¡Por supuesto! —replicó la tía Eustacia—. ¿Adónde si no esperabas ir, Daisy?

Daisy guardó silencio.

—De cualquier modo, es casi la hora del desayuno —añadió la tía Eustacia—. Cambiaos, luego espero veros impecables en el refectorio. ¿Ha quedado claro?

—Sí, tía Eustacia —dijo Daisy educadamente—. Por supuesto, tía Eustacia.

Pero, mientras cruzábamos el puente de nuevo, se volvió hacia mí y me guiñó el ojo, y supe que los planes de Daisy iban mucho más allá del desayuno.

δ

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Amanda.

Estábamos en el refectorio, tan temprano que aún estaban hirviendo el agua para el té y el pan casi ni se había tostado en un fogón que a duras penas calentaba.

—Mi lista final de Navidad, por supuesto —respondió Daisy—. ¿Quieres verla?

Como diría Daisy, la gente es maravillosamente predecible: dale la oportunidad de ver algo, y pierde el interés en el acto.

—Ni pensarlo —repuso Amanda—. ¿De verdad queréis volver a ir de compras hoy?

—Así nos despejamos —dijo Daisy—. Estoy segura de que la tía Eustacia nos dará permiso. Y es la excusa perfecta para que hagas algunos trabajos más.

—Hecho —contestó Amanda en el acto.

—Bueno —dijo Daisy—, la lista, si no te importa.

Amanda regresó al otro lado del refectorio para sumergirse en el libro que estaba leyendo, y Daisy me susurró enseguida al oído:

—Como te habrás dado cuenta, ¡la lista no es más que una tapadera! Debemos ir a Cambridge en busca de más pistas. Pero primero tenemos que celebrar una reunión de detectives para hablar de las novedades importantes del caso. Se ha cometido un asesinato. ¡Y ni siquiera acertamos con la víctima!

—¡Lo sé! —susurré en respuesta—. ¿Cómo es posible que Chummy sea la víctima? Debería haber sido Donald; él es el heredero, y es él quien salió herido en los otros ataques. A menos… ¿Crees que es verdad lo que ha dicho Bertie? ¿Que Chummy colocó el hilo de pescar y tropezó con él por accidente?

—Bueno —dijo Daisy—, es la explicación más evidente.

—¿Y crees que es verdad? —pregunté.

—¡No! —contestó—. Ni por asomo. ¿Quién cae en su propia trampa? Habría que ser muy idiota, y Chummy no me pareció un completo idiota. Pero hay otra razón, una mejor, por la que no creo que Chummy tendiese ese hilo.

—¿Cuál? —pregunté.

—Ayer por la tarde registramos las habitaciones de Chummy y revisamos sus cosas. Vimos que tenía hilo de pescar, como el que utilizaron en la trampa, pero vimos algo más: la chaqueta de Donald que estaba cosiendo. Y eso me dice algo: Chummy estaba planeando una trastada ayer, pero no tenía nada que ver con el hilo de pescar. El hilo estaba tirado de forma descuidada en el fondo de su armario, como si no tuviera pensado usarlo. La chaqueta era una broma diseñada para irritar a Donald, pero no para matarlo; a diferencia del hilo, cuyo objetivo era sin duda ese. Y una cosa más: ¿por qué iba a dedicar tiempo Chummy a coser la chaqueta si tenía pensado matar a Donald esa misma noche? No tiene lógica —Daisy negó con la cabeza—. No, Hazel, creo que podemos descartar la idea de que Chummy tendió esa trampa, lo que nos conduce a una teoría muy interesante que se me ha ocurrido. ¿Verdad que dimos por sentado que Chummy estaba tanto detrás de las bromas tontas a Donald como de los ataques más serios?

Asentí.

—Bueno, ¿y si Chummy estaba gastando las bromas tontas pero no era el atacante? ¿Y si alguien estaba usando sus bromas para encubrir los ataques más peligrosos, el cubo de hielo, el oporto envenenado, el estanque y, por último, la trampa del hilo? De ser así, caben dos posibilidades. O Donald estaba detrás de esos

ataques pero se permitió caer en sus propias trampas para despistar a todo el mundo hasta su ataque final a Chummy anoche (es poco probable, pero no imposible), o hay un tercer implicado, también de la escalera, que es taimado y despiadado a un tiempo, y que estaba decidido a ir a por Chummy, sin importar quién más resultaba herido por accidente en el proceso. Mira lo que le ocurrió a Donald.

—¿Crees que es posible que Chummy fuera el objetivo desde el principio? —pregunté—. ¿A pesar de que es Donald quien ha sufrido todas las trastadas hasta ahora? ¿A pesar de que el rico es Donald?

—Bueno, todavía no es rico —me corrigió Daisy—. Y, aun así, nadie más aparte de Chummy estaba en posición de recibir ningún dinero si él moría. Chummy, por otro lado… Bueno, ya lo viste. Chummy puede que fuera popular en Cambridge, pero la mayor parte de la escalera nueve le odiaba. Su propio hermano el primero.

—¡Encontramos hilo de pescar en las habitaciones de Donald además de en las de Chummy! —añadí—. La trampa podría haberla tendido él. Pero… ¿y si fue uno de los otros?

—¿Sabes? Es interesante —dijo Daisy—. Piensa en todas las tentativas anteriores; no me refiero a las trastadas. Aparte del incidente de la puerta, Donald no estaba solo durante ninguna de ellas, ¿no? Bertie, Chummy, Alfred y Donald estaban escalando juntos cuando cayó la piedra, y en la fiesta en la que bebieron el muérdago estábamos todos. También había un montón de gente en el patio cuando Donald se cayó en el estanque. Pensamos que lo más probable era que los ataques los cometiera Chummy contra Donald, pero, ahora que Chummy está muerto, creo que tenemos que concienciarnos de que hemos estado enfocando mal el caso desde el principio. Sí, Hazel, creo que debemos aceptar que el objetivo ha sido siempre Chummy. ¡Y anoche el atacante acertó por fin con la víctima!

Pensé en lo que había dicho Daisy: en que había varias personas presentes en gran parte de los ataques.

—¡Entonces podría ser cualquiera del colegio! —repuse—. ¡Cualquiera en Cambridge!

—No es verdad —replicó Daisy—. En algunos de los otros intentos, sí. Pero, dado que han continuado durante las vacaciones, sabemos que debe de ser alguien del Maudlin, ahora, estas Navidades. Y lo de anoche reduce mucho las probabilidades. Sabemos por nuestros roces con Perkins que este guarda la entrada del Maudlin con celo y cierra la puerta principal a las once de la noche, y también sabemos que es cuando Michael Butler cierra la puerta de la escalera nueve. Hemos oído al médico mencionar que Chummy cayó justo después de las dos. Pongamos que a las dos y cinco. Si Moss está diciendo la verdad acerca de cuándo se fue a la cama, sabemos que la trampa se tendió después de las doce y media, lo que significa que las únicas personas que podrían haberla tendido entre las doce y media y las dos eran las que viven en la escalera nueve. Así que… Donald, Alfred, Michael, Moss… y supongo que Perkins, porque tiene las llaves del colegio.

—Y Bertie —añadí.

—¡Hazel!

—¡Sé que él nunca lo haría! —aclaré—. Por supuesto que no. Pero todavía no podemos descartarlo.

Daisy me fulminó con la mirada.

—En serio, Hazel —dijo—. ¿Cómo has podido pensarlo siquiera?

Por su tono de voz, sin embargo, supe que ella también estaba preocupada. La lista a la que añadir a Bertie no era larga, y había actuado de un modo extraño cuando le preguntamos dónde había estado la noche anterior. ¿Por qué?

9

—Pasando a los mejores sospechosos —continuó Daisy, al tiempo que me lanzaba una mirada furibunda—, Donald es, por supuesto, un firme candidato. Odiaba a Chummy y, más importante, este ejercía un control férreo sobre él. Ya oíste sus conversaciones sobre la fiesta. Donald tenía miedo de que Chummy le intimidara para que le entregara su dinero; sabemos que él quería comprar la mina, pero ¿habría sido capaz de lograrlo con Chummy aún con vida? Vimos que tenía hilo de pescar en sus habitaciones, y ha estado presente en todas las trastadas. Como ya hemos dicho, es posible que convertirse en la víctima de las mismas fuese solo una tapadera, para que pareciera que no podía tener nada que ver. ¡Después de todo, sobrevivió a ellas!

Pensé en Donald en apuros en el estanque y tuve mis dudas. Parecía sumamente arriesgado.

—Alfred también odiaba a Chummy —dije—. Chummy era horrible con él porque no es inglés, y Alfred quizá quisiera castigarlo porque Michael Butler no lo hacía. Es escalador, así que es probable que él también tuviera hilo de pescar, y ha estado presente en todas las bromas pesadas.

—Sí. Y Alfred se comportaba de un modo sospechoso después de la caída de Chummy. Michael ha tenido que llamarlo para que volviera a salir de sus habitaciones. ¿Por qué iba a marcharse de una

escena así, a menos que tuviera algo que esconder?

—¿Y qué hay de Moss? —pregunté. Sentí que se activaba el lado detectivesco de mi cerebro—. Su habitación está en la última planta, junto a las de Donald y Chummy. ¡Estaba en el lugar de los hechos!

—Su móvil es menos evidente a primera vista, pero es cierto que ha actuado de forma sospechosa. ¡Estaba intentando destruir pruebas! —añadió Daisy—. Sí, Moss me ha venido enseguida a la mente. Y Michael Butler también; sin móvil aún, pero estaba ahí. Y, aunque no escala, tiene acceso a todas las habitaciones. Podría haberle cogido algo de hilo de pescar a alguien sin que se diera cuenta. ¡No podemos descartarlo! ¿Tenemos algo más que mencionar?

—Perkins —dije—. Habría tenido llaves, pero no parece probable; creo que debemos descartarlo. Y sabemos que Amanda no pudo cometer el asesinato. Anoche no estuvo en la escalera nueve. Pero… ¿no era rara la historia que ha contado? No encaja. Yo no oí que sonara el teléfono, ¿y tú? Y nadie reconoce haberla llamado.

Eché un vistazo a Amanda para asegurarme de que no nos escuchaba. Pero no había peligro, estaba absorta en su libro. Yo llevaba dando vueltas a su historia desde que la había mencionado por primera vez. Había tantas casas que no encajaban en ella… Amanda era inteligente, ¿por qué no habría interrogado a su interlocutor para descubrir su identidad, o contactado de nuevo con la operadora para asegurarse de que la llamada provenía del Maudlin?

—¡Oh, totalmente, Hazel! —dijo Daisy—. ¡A mí también me huele mal! De todos modos, ¿por qué nadie en la escalera nueve aparte de Bertie iba a querer a Amanda en el escenario? ¿O…?

—¿O solo estaba mintiendo? Al fin y al cabo, ¡no la oímos contestar al teléfono! Hazel, creo que tienes que añadirla a la lista de sospechosos. Debemos descubrir qué es lo que está pasando con ella. ¿Y por qué de repente se ha disgustado porque Chummy estuviera muerto? Para empezar, a ella nunca le ha gustado. —Sonrió con aire sombrío—. Creo que casi hemos terminado. Tenemos

nuestra lista. Ahora lo único que necesitamos decidir es cómo abordar la investigación. Hay algunas pistas que podemos seguir en Cambridge mismo (el hilo de pescar, por ejemplo), aunque lo que de verdad necesitamos es volver a entrar en el Maudlin. Pero ¿cómo? Acaban de advertirnos de que nos mantengamos alejadas, el rector, nada menos.

—Creo que tengo una idea —dije lentamente—. Redactaré nuestra lista…, pero luego tenemos que ir a ver a los Jóvenes Pinkerton.

LISTA DE SOSPECHOSOS

1. Bertie Wells. MÓVIL: Desconocido. OPORTUNIDAD: Vive en la escalera nueve, y estaba allí en el momento en que debieron de tender la trampa. COARTADA: Dice que estaba en sus habitaciones. ¿Es cierto? NOTAS: Es alumno del Maudlin y escalador, y tuvo la oportunidad de cometer todas las trastadas anteriores.

2. Donald Melling. MÓVIL: Es el hermano mayor de Chummy, pero este lo tenía sometido. Ahora que Chummy está muerto, recibirá la herencia en su cumpleaños, como estaba previsto, pero podrá disponer de ella como le venga en gana. OPORTUNIDAD: Vive en la escalera nueve y estaba allí en el momento en que debieron de tender la trampa. Encontramos hilo de pescar en sus habitaciones. COARTADA: Ninguna todavía. NOTAS: es alumno del Maudlin y escalador, y tuvo la oportunidad de cometer todas las trastadas anteriores, aunque parecía ser la víctima de estas. ¿Era solo una treta inteligente?

3. Alfred Cheng. MÓVIL: Odiaba a Chummy y se le oyó decir que quería castigarle. OPORTUNIDAD: estaba en la escalera nueve la noche del asesinato. COARTADA: Ninguna todavía. NOTAS: Es alumno del Maudlin y escalador, y tuvo la oportunidad de cometer todas las trastadas anteriores. NOTAS:

Comportamiento sospechoso observado. Volvió a sus habitaciones después de la caída de Chummy. ¿Por qué?

4. Michael Buttler. MÓVIL: Ninguno todavía. OPORTUNIDAD: Vive en la escalera nueve y estaba allí la noche del asesinato. COARTADA: Ninguna todavía. NOTAS: Es parte del Maudlin. Podría haber montado lo de la puerta, el muérdago y el estanque, pero no el accidente de escalada. No escala, aunque podría haber cogido el hilo de pescar de las habitaciones de otro.

5. Moss. MÓVIL: Ninguno todavía. OPORTUNIDAD: Estaba en la escalera nueve la noche del asesinato. COARTADA: Dice que se fue a la cama a las doce y media, cuando aún no habían tendido la trampa. ¿Es cierto? NOTAS: No escala, aunque podría haber cogido el hilo de pescar de las habitaciones de otro. Ha sido visto intentando destruir pruebas.

6. Mister Perkins. MÓVIL: Ninguno todavía. OPORTUNIDAD: Vive en el Maudlin, aunque no en la escalera nueve; sin embargo, tiene llaves. COARTADA: Ninguna todavía. NOTAS: ¿De verdad podría haber tendido todas las trampas anteriores? Parece muy poco probable. Debemos descartarlo.

7. Amanda Price. No estaba en la escalera nueve la noche del asesinato, pero dice que la llamaron por teléfono en plena noche. ¿Es cierto? Si no, ¿Por qué iba a mentir?



CUARTA PARTE

Chocolate caliente y criminología

1

Había un coro de villancicos junto a la capilla del King's cuando pasamos. El vaho que exhalaban al ritmo de la canción era como volutas de humo. La Navidad estaba por todas partes: en los escaparates iluminados, en los paquetes atados con cordel, en los árboles decorados y las ramas de acebo, en los jamones y en los pobres gansos abatidos que transeúntes de mejillas encendidas llevaban a casa al hombro y en bicicleta. Me sentí llena de secretos y nervios mientras nos abríamos paso a través de la multitud. Todo parecía muy brillante y emocionante, pero, a apenas unas calles de allí, había ocurrido algo terrible y misterioso. ¿Seríamos capaces de resolver el caso?

Amanda había salido del St Lucy's con nosotras, fingiendo que nos hacía de carabina antes de largarse a… dondequiera que fuera para hacer sus trabajos. Íbamos por nuestra cuenta.

Un hombre y una mujer discutían sobre una larga lista, y una niña iba a rastras de la mano de su madre.

—¡Elsie, si sigues así, Papá Noel no te traerá ningún regalo! —gritó la mujer, enfadada—. ¡De verdad! ¡Es Nochebuena! ¡No deberías portarte tan mal!

—No sé por qué la gente se comporta como si la Navidad fuese una época feliz —me dijo Daisy cuando nos las cruzamos—. De verdad, es la más horrible del año para las familias.

Me volví hacia ella, preguntándome si esa era su forma de decirme que seguía preocupada porque Bertie fuera sospechoso. Pero desvió la vista hacia el coro de villancicos y evitó mi mirada.

Quizá solo fuera que seguía sin estar segura sobre lo de trabajar con los jóvenes Pinkerton. Daisy se había mostrado muy reacia a acceder a mi plan.

—Pero ¡si de momento les llevamos mucha delantera! —aseguró —. No podemos trabajar juntos, Hazel, ¡no después de haber estado en el escenario del crimen y haber descubierto tantas pruebas importantes! ¡Si continuamos así, seremos capaces de demostrar que realmente somos el mejor club! ¿Has olvidado que tenemos una apuesta?

—Teníamos una apuesta, pero ahora que Chummy está muerto, todo ha cambiado. El caso es más importante. Estamos investigando un asesinato y los necesitamos, Daisy. No podemos volver a entrar en el Maudlin, al menos no de inmediato. Pero los chicos llamarán menos la atención. Pueden entrar con sigilo y echar un vistazo alrededor mientras nosotras seguimos pistas fuera del colegio.

—Soy la espía perfecta. Siempre me camuflo —murmuró Daisy, pero advertí que comprendía mi argumento—. ¡Podría colarme dentro, lo sé! Oh, porras, de acuerdo. Pero ¡insisto en seguir al mando de la investigación!

—Por supuesto —contesté.

Personalmente, no estaba nada segura de que George fuese a estar de acuerdo, pero decidí que ya lidiaríamos con el problema más tarde. El primer punto del orden del día era llevar a Daisy al St John's.

Eran poco más de las diez de la mañana cuando nos plantamos delante de la conserjería del St John's. Nos miramos la una a la otra y, a continuación, Daisy llamó con los nudillos. Un conserje abrió la puerta; no el bigotudo mister Perkins, sino un anciano flaco con una larga barba, que llevaba un bombín.

—¿Puedo ayudarlas? —preguntó.

—Nos gustaría ver a mister Mukherjee y a mister Arcady —

contestó Daisy—. Me refiero al menor de los Mukherjee.

—¿Por qué motivo? —preguntó el conserje con recelo.

—Nos gustaría desearles unas felices fiestas, por supuesto —aseguró Daisy—. Tenemos una postal de Navidad para ellos.

—Ufff —dijo el conserje, que se retiró y cerró la puerta con un chasquido.

No estaba segura de que fuese a trasladar nuestro mensaje, pero, cinco minutos más tarde, la puerta se abrió de nuevo y Alexander y George salieron a trompicones.

Los dos tenían aspecto de haberse vestido a toda prisa, pero mientras que el cuello de la camisa de Alexander estaba torcido y su pelo era un desastre, George iba impecable. Tenía algo similar al talento de Daisy para vestir: parecía tan correcto y formal que apenas advertí el color de su piel. Vi que era un truco que había aprendido para encajar, del mismo modo que yo había aprendido a mostrarme indiferente en Deepdean. Nos observó con curiosidad, mientras a su lado Alexander bostezaba y sonreía. Pensé que me sonreía a mí, hasta que vi que sus ojos pasaban a Daisy y se le ensanchaba la sonrisa. Bajé la vista a mis pies.

—¿Tenéis algo para nosotros? —preguntó Alexander.

—¿Tenéis información nueva acerca del caso? —dijo George—. Por cierto, ese conserje nos vigila.

—Tendednos la mano y poned cara de alegraros —respondió Daisy. Se sacó una tarjeta doblada del bolsillo y la dejó en las manos de George.

La habíamos encontrado en una tienda por el camino. En la parte de fuera había una imagen de dos gatos tirando de un cilindro de sorpresas navideño. Daisy había llorado de la risa al verla. «¡Qué gracia! —había dicho por fin con la voz entrecortada—. Porque los gatos no tienen pulgares oponibles, ¿ves?». Yo no estaba segura de entender la broma, pero era perfecta para nuestros propósitos. La compramos y, dentro, escribimos:

¡Chummy ha muerto! ¡Esto es ahora un caso de asesinato!

Necesitamos vuestra ayuda. (Feliz Navidad).

George la abrió, leyó mi mensaje y alzó la vista horrorizado.

—¿Estáis seguras? —preguntó.

—Completamente —respondió Daisy—. Hemos estado en el Maudlin esta mañana. Hemos pasado a investigar el asesinato de Chummy.

2

—¡Esperad! —exclamó Alexander—. ¿Chummy ha muerto? Pero…

—Lo sé —contesté yo—. Nosotras también pensábamos que sería Donald. No nos esperábamos lo que ha ocurrido, pero es cierto.

—¿Habéis visto el cadáver? —preguntó George—. ¿Estáis seguras de que ha sido un asesinato?

—No —dijo Daisy, con un suspiro—. Solo la sangre. Nunca tenemos suerte con los cadáveres. No paran de desaparecer delante de nuestras narices. Pero sí, pensamos que tiene que ser un asesinato. Chummy no habría tendido una trampa y habría tropezado con ella, y eso significa que lo hizo otra persona, alguien con intención de matar.

—Creo que deberíamos hablar en otro sitio —respondió Alexander—. El conserje nos está mirando fatal. Vamos, hay un salón de té calle abajo. —Hizo un gesto con los brazos, algo agitado. Era evidente que la noticia del asesinato le había afectado. Cuando echamos a andar, se me acercó—. ¡Hazel! ¿De verdad es cierto?

Asentí.

—¡No íbamos a inventárnoslo! —repuse.

—Lo sé —respondió Alexander—. Os creo. Pero… madre mía. Es como en el Orient Express otra vez. No cuento lo de la Noche de las Hogueras porque no estábamos allí. Pero… ¡otro asesinato! Es horrible.

—Al menos esta vez estáis en el lugar de los hechos —dije, levantando la vista hacia él—. Para ayudarnos adecuadamente, quiero decir. Ahora que es un asesinato, debemos retirar la apuesta. Tenemos que trabajar juntos.

Alexander asintió con aire serio.

—Tienes toda la razón —dijo—. ¿Qué le parece a Daisy?

—Está de acuerdo —respondí, y las palabras me salieron algo más bruscamente de lo que pretendía—. Sabemos que no podemos resolver el caso sin vosotros. Ahora es el rector en persona el que nos ha prohibido la entrada en el Maudlin.

—¡No! —exclamó Alexander—. ¿De verdad?

Me encontré contándole la historia de todo lo que había pasado esa mañana. Era tan fácil hablar con Alexander: se reía o daba algún grito ahogado cuando correspondía, y me escuchó parlotear como si fuese la misma Daisy. Sabía que debía esperar a que estuviésemos sentados, pero resultaba tan agradable tener por fin una verdadera charla con él.

Entramos en el salón de té y nos condujeron a una mesa situada en un rincón.

—¡En serio, Hazel, se suponía que debías esperar! —me espetó Daisy una vez que nos sentamos—. Aunque yo le he contado todo a George mientras tú se lo contabas a Alexander, así que supongo que podemos pasar directamente a lo importante, que es: Chummy Mellingestá muerto, y los Jóvenes Pinkerton deben ayudar al Club de Detectives a llegar a la solución.

Era típico de Daisy plantear las cosas así.

—¡Lo que Daisy quiere decir es que necesitamos trabajar juntos! —le expliqué a George—. Ahora mismo nosotras no podemos entrar, pero vosotros sí, y podríais informarnos después. Veréis, todos nuestros sospechosos están allí. El asesino tiene que ser alguien que estuvo en la escalera nueve anoche, ¡cuando tendieron la trampa!

—Supongo que hay que retirar la apuesta —respondió George—. ¡Y justo cuando la cosa empezaba a ponerse interesante! Pero, oye, ¿qué haréis vosotras mientras estamos en el Maudlin? Si acordamos

trabajar juntos, tenéis que hacerlo de verdad. No podéis limitaros a utilizarnos por la mañana, tomar nota de lo que hemos averiguado y luego no compartir vuestra información con nosotros.

—¡Pues claro que no! —repuso Daisy, como si una hora antes no hubiera intentado convencerme de que hiciéramos precisamente eso —. Si vais al Maudlin por nosotras, y nos ayudáis a entrar, os contaremos todo lo que ya sabemos. Hemos visto el escenario del crimen esta mañana, y ayer por la tarde encontramos varias pistas cruciales que ayudan a demostrar que Chummy no tendió la trampa de anoche… y que él ha sido siempre el objetivo.

George se paró a pensarlo.

—¿Lo sellamos con un apretón de manos? —preguntó.

Los cuatro nos estrechamos la mano. Resultó muy solemne, pero muy emocionante al mismo tiempo. Habíamos sido dos y ahora éramos cuatro. Al ver la cara seria de George, la ilusionada de Alexander y la decidida de Daisy, pensé que el asesino no tenía ninguna posibilidad.

—Bueno, ¿qué pruebas tenéis? —preguntó Alexander, después de que pidiéramos a la camarera: tarta y chocolate caliente para todos, pues la mañana era muy fría—. ¿Qué os hace estar tan seguras de que nos equivocábamos con respecto a Chummy y a Donald?

—Ayer entramos en las habitaciones de Chummy y vimos que estaba preparándose para gastarle una broma tonta a Donald con una chaqueta cosida, nada serio. Creemos que Chummy estaba detrás de todas las trampas inofensivas, pero no de las peligrosas. Esas debió de tenderlas otra persona, o Donald, que tenía hilo de pescar en sus habitaciones y podría haber fingido que él era el objetivo, u otra persona de la escalera nueve. Creemos que la víctima era Chummy desde el principio. Las heridas de Donald fueron o errores o solo ardides del mismo Donald. ¿Lo entendéis?

—Creo que sí —dijo George, entrecerrando los ojos con aire pensativo—. Muchas personas odiaban a Chummy. Donald, por supuesto, pero también Alfred… y Moss.

—¿Moss? —pregunté yo.

—Moss trabajaba para los padres de Chummy y de Donald —nos explicó George—. Lo descubrimos el domingo; nos lo contó mister Perkins. Moss pensaba que era injusto que Chummy siempre hubiese sido el favorito de sus padres, incluso cuando eran muy pequeños. Al parecer intentaron evitar la transmisión de la herencia al primogénito, pero no tuvieron suerte. Debido a eso, Donald se convirtió en el favorito de Moss. Moss siempre ha sido su aliado, y vino al Maudlin porque sabía que Donald iba a estudiar aquí junto con Chummy. Ha estado diciendo al resto del personal lo controlador que es Chummy y cuánto le gustaría que Donald pudiese escapar de su sombra.

Aquello era sumamente interesante. Miré a Daisy.

—¿Y qué pensaba Perkins de Chummy? —preguntó Daisy—. Al fin y al cabo, tenía llaves de la escalera nueve, ¡era otra persona que podía haber tendido esa trampa!

—No le gustaba —dijo Alexander—. Pensaba que era arrogante. Es curioso. Todo el que trabaja en el Maudlin piensa lo mismo. Butler también pensaba que Chummy era un incordio. —Alexander sonó muy americano por un momento—. Estaba harto de verse arrastrado a las discusiones entre Alfred y Chummy. Y Chummy organizaba fiestas y las montaba en las habitaciones de Donald… se alargaban horas y luego todo el mundo se escabullía por la tubería después de que Michael hubiera cerrado la escalera. Le volvía loco.

—¿Y qué hay de Bertie? —pregunté. Vi la cara de Daisy, pero tenía que continuar—. ¡Necesitamos descartarlo, al menos! Sé que eran amigos, así que no es nada probable.

Alexander y George se miraron incómodos.

—¿Qué? —inquirió Daisy—. ¿Qué pasa?

—¿Qué os ha dicho Bertie acerca de dónde estuvo anoche? —preguntó George.

—Nos ha dicho que estuvo en sus habitaciones en todo momento —contestó Daisy—. ¿Por qué? ¿Qué sabéis vosotros?

George y Alexander volvieron a mirarse. Entonces George inspiró hondo.

—De acuerdo —dijo—. Bertie no os ha contado la verdad.

3

—¿Qué quieres decir? —inquirió Daisy.

Había perdido ligeramente la compostura. Parecía agitada. De pronto me di cuenta de lo mucho que se preocupaba por Bertie y deseé que me lo hubiera contado. Pero, como a estas alturas ya sé perfectamente, Daisy no funciona así.

—¿Me prometéis que no os vais a enfadar? —preguntó Alexander, mirándonos a las dos con nerviosismo.

—¡Yo me voy a enfadar si no hablas ya! —exclamó Daisy.

—Te lo prometo —añadí yo.

Daisy me lanzó una mirada torva.

—Vale —dijo Alexander—. Según Moss, ¿a qué hora se fue a la cama?

—A las doce y media —contestó Daisy—. No pudieron tender la trampa antes, a menos que fuera él y esté mintiendo. Y Chummy cayó por las escaleras alrededor de las dos y cinco.

—Si lo hizo Moss, queda claro que Bertie es inocente —apuntó Alexander—. Y si está diciendo la verdad… entonces Bertie es inocente con toda seguridad. Veréis, Bertie estuvo con nosotros desde las doce y cuarto hasta las dos y cuarto.

—¿¡Qué!? —soltó Daisy. Dejó su taza de chocolate con fuerza en el platillo.

Yo me atraganté con un bocado de pastel de semillas y arranqué

a toser.

—Nos dijo que no te lo contáramos —alegó Alexander—. Lo siento… No debería haber dicho nada, la verdad. Pero si es cuestión de demostrar que no cometió un asesinato…

—Pero ¿cómo es posible que estuvierais con él? —preguntó Daisy —. El conserje cierra la verja a las once en punto, y Perkins se habría dado cuenta si Bertie hubiese vuelto al colegio más tarde. ¡Y estaba en la escalera a las seis de la mañana, cuando hemos llegado nosotras!

—Fuimos todos a escalar —explicó George—. Harold había prometido llevamos a los dos, y anoche, en la cena, invitó a Bertie también. Así que Bertie fue al Maudlin antes del toque de queda, a las once, y luego salió a hurtadillas de sus habitaciones, bajó por la tubería y saltó el muro del jardín de los tutores; así es como entran y salen los escaladores. Nos reunimos con él junto a la verja del John's a las doce y cuarto. Escalamos el edificio del Consejo; es una ruta fácil y ellos nos guiaban. Y descendimos a las dos y cuarto. Fue entonces cuando Bertie nos dejó para volver al Maudlin, y fue entonces cuando regresamos a nuestras habitaciones.

—Por eso estamos los dos tan cansados hoy —explicó Alexander.

Daisy se había quedado sin aliento.

—Pero ¿y qué hay de nosotras? —exclamó—. ¿Por qué no nos invitaron?

—Siento que Bertie no os invitara a las dos. Esperaba que aparecierais con él anoche —dijo Alexander.

Me di cuenta de que le sonreía. Parecía muy sincero.

—¡Al menos hemos descartado a un sospechoso! —aduje, intentando seguir pensando como una detective—. Vamos, Daisy, no es tan malo.

—¡Que no es malo! ¡Solo porque tú no quieres escalar! ¡Porras, Bertie! Pienso tener unas palabras con él cuando le vea. ¡Cómo se atreve! ¡Y cómo se atreve a asustarme así! Pero tienes razón, Hazel. Esto lo descarta de manera definitiva. Lo que nos deja con cinco sospechosos reales, las otras cuatro personas que estaban en la

escalera nueve anoche: Donald, Alfred, Michael y Moss, sin olvidarnos de mister Perkins.

George asintió.

—Correcto. Esos son los cinco que tenemos nosotros también. Entonces iremos al Maudlin y empezaremos los interrogatorios. ¿Y vosotras?

—Seguiremos la pista del hilo de pescar —contestó Daisy—. Si procede de una tienda de Cambridge, el tendero quizá recuerde qué sospechoso compró algo así.

—Pero ¿y si resulta que lo compraron todos? —preguntó George —. Ya sabemos que había un poco en las habitaciones de Chummy, además de en las de Donald.

—Entonces tendremos que darle una vuelta —dijo Daisy con tono serio.

Hasta entonces, la única persona con la que había visto que Daisy se complementaba así era yo. El semestre pasado, a Daisy no le había hecho ninguna gracia que me escribiera con Alexander, que tuviera otro amigo íntimo. Ahora ahí estaba ella con un amigo nuevo propio. Me resultaba muy raro verlo. Siempre había pensado que era imposible que cambiara, pero ahí estaba, cambiando ante mis propios ojos.

—Deberíamos anotar las cosas que tenemos que averiguar —sugerí—. De dónde salió el hilo de pescar, por ejemplo. Y lo que ocurrió realmente con Amanda y la llamada de teléfono. Sabemos que no es sospechosa, pero pensamos que podría tener algo que ver con todo esto.

—Sí —contestó George al tiempo que asentía y Daisy me fulminaba con la mirada. Yo sabía que se había sentido traicionada por el hecho de que revelase nuestra pista sobre Amanda—. Deberíamos añadir a Amanda a nuestra lista para investigarla. Podéis interrogarla las dos mientras nosotros vamos a Maudlin. —Hizo una pausa, pensativo—. También necesitamos un plano del escenario del crimen para poder recrearlo.

—Y descubrir más pistas y coartadas —añadió Daisy, animándose

de nuevo—. Casi suena como una búsqueda del tesoro, ¿verdad? ¡Qué divertido! Hazel, apúntalo todo; también podrías llamarlo BÚSQUEDA DEL TESORO, así, si nos pillan, podemos decir que solo era un juego. Alexander, tú también…, así tenemos todos copias.

—¡Esto no es ningún juego, Daisy! —protesté—. Es un asesinato.

—Este caso está repleto de juegos —replicó Daisy—. Empezó con una trastada, e incluso el asesinato se ha hecho pasar por una broma que ha salido mal. Creo que la situación tiene mucho de juego. No pongas cara de póquer, Hazel. De todos modos, para los adultos no somos más que niños, demasiado jóvenes y tontos para comprender qué ha ocurrido con exactitud.

Saqué este cuaderno, Alexander sacó el suyo y arrancamos dos hojas. En cada una escribimos la misma lista.

Todos dejamos dinero en la mesa para la cuenta.

—¿Listos? —preguntó Daisy—. Tres…, dos…, uno…, ¡clubes de detectives, YA!

Y empezó el juego.

BÚSQUEDA DEL TESORO

—Seguir la pista del hilo de pescar
—Descubrir la verdad tras la llamada de Amanda
—Trazar un plano del escenario del crimen
—Recrear el crimen
—Encontrar más pistas
—Descartar a aquellos sospechosos que disponen de coartada.

4

Daisy me cogió la mano y, en el momento en que nos tocamos, mis temores se desvanecieron. Salimos a toda prisa a la calle, atolondradas y desorientadas, y no había ni nadie ni nada más en el mundo.

—¿Adónde vamos? —pregunté con la voz entrecortada.

—¡De tiendas otra vez! —contestó Daisy.

—Pero, Daisy…

—De tiendas en busca de hilo de pescar, Hazel. Es el regalo de Navidad perfecto.

Le sonreí de oreja a oreja. Era el típico ejemplo del ingenio de Daisy; retorcido al principio, pero bastante evidente si lo pensabas bien.

Serpenteamos por las callejuelas de Cambridge, y de pronto me di cuenta de que unas nubes muy cargadas se cernían sobre nosotras. El día empezaba a teñirse de sombras, y el aire era tan gélido que parecía hielo que pudiera partir con solo extender las manos. Me pregunté si no tardaría en empezar a nevar.

Pasamos por delante de una carnicería, de una tienda de comestibles y de una botica, y por fin entramos a trompicones en un pequeño establecimiento de artículos de pesca, con las paredes tachonadas de cebos de colores llamativos que casi parecían adornos de Navidad. El propietario, un hombre con entradas, estaba

encogido dentro de un chubasquero que olía intensamente a aceite, pero respondió muy bien a la retahíla de preguntas alegres y tontas de Daisy. «Sí, señorita, ese era el tipo de hilo de pescar más popular, en especial entre los estudiantes. La pesca debe de haberse puesto de moda; tiene gracia con qué se entretienen los jóvenes de hoy en día». «¿Qué estudiantes?». «Ah, no sabría decirlo. Entran muchos». «¿Un hombre de baja estatura con el pelo castaño, la nariz respingona y una chaqueta vistosa?». «Vaya, ¡eso describiría a la mitad de los hombres que he visto!». «Pero ¿un chino?». «Vaya, sí, ahora que lo dice, ha estado aquí un par de veces». «¿Y hombres mayores?». «Ah, ¡aún más popular entre ellos que entre los estudiantes! —La librea del Maudlin le resultaba familiar, pero se cuidó de no preguntar por los nombres—. Entonces, ¿le gustaría comprar hilo de pescar de ese mismo tipo, señorita? Excelente, excelente».

Salimos de la tienda con un rollo de hilo de pescar y un dato interesante. Tanto si Moss, Donald, Perkins o Michael habían comprado hilo de pescar como si no, Alfred Cheng sin duda lo había hecho. Teníamos nuestra primera pista que apuntaba a uno de los sospechosos que nos quedaban.

Daisy suspiró satisfecha.

—Sé que he dicho que ser una chica es un fastidio, pero también es un verdadero gusto que a veces te subestimen —afirmó—. ¡Es tan fácil sonsacar a los hombres mayores!

Avanzamos por la calle y fue entonces cuando ocurrió algo que parecía un milagro de Navidad. Yo iba mirando escaparates, disfrutando de su luz y de la actividad que se desarrollaba tras ellos, del espumillón y de las bolas que los adornaban. Me fijé en un pequeño salón de té, cuya cristalera se hallaba cubierta de vaho por el calor del té y de los bollos.

Aun así atisbé en el interior y ahí, de espaldas al escaparate, había alguien con un pelo lacio y encrespado que conocía muy bien.

—¡Daisy! —exclamé, justo cuando esta me propinaba un codazo y decía—: ¡Mira!

Daisy no señalaba hacia el interior del salón de té, sino hacia una bicicleta oxidada y pintada de verde que estaba apoyada delante de la puerta.

—¡Es la Yegua! —dijo.

—¡Y Amanda está dentro! —contesté—. ¡Es lo que iba a decirte! ¿Deberíamos entrar?

—¡Por supuesto! —aseguró Daisy—. ¿De verdad lo preguntas, Watson? Estamos de acuerdo en que el comportamiento de Amanda tiene algo de sospechoso y sabemos que debemos descubrir la verdad acerca de la llamada telefónica. Si vamos a confrontarla sin aviso previo, puede que revele información crucial que ha ocultado hasta ahora. ¿Estás lista?

—Lista —respondí con un gesto de asentimiento, y juntas irrumpimos en el salón de té.

5

Nos plantamos en el umbral, y por un instante sentí que el tiempo se desdibujaba. Regresé al año pasado, y era *miss* Tennyson quien nos miraba horrorizada desde su mesa en el Willow. Pero entonces pestañeé y estábamos de vuelta en Cambridge. El caso al que nos enfrentábamos esta vez era muy distinto, como lo era nuestro sospechoso. Amanda estaba tan absorta en lo que estaba escribiendo que ni siquiera se volvió. Tuvimos la oportunidad de acercarnos hasta ella y plantamos a ambos lados de su silla, de cuyo respaldo colgaba su abrigo, para echar un vistazo al papel que tenía delante.

Era un trabajo de Historia, escrito a mano con seguridad. «Jorge III», vi, y «rebeldes liderados por». Sin embargo, lo que me sorprendió no fueron las palabras en absoluto, sino la letra en la que estaban escritas. Me di cuenta de que ya la había visto, en dos ocasiones: en las habitaciones de Chummy y luego en las de Donald. Había advertido el parecido antes, pero lo había achacado a que eran gemelos, sin más. Pero, si esa era la letra de Amanda…, teníamos la respuesta a por qué estaba tan ocupada con trabajos. No los hacía para ella.

—¡Les haces los trabajos! —exclamó Daisy, y Amanda se sobresaltó de tal manera que salpicó tinta negra en la página. Maldijo y lo tapó.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —preguntó—. ¿Por qué no estáis…? Marchaos, ¿queréis? ¡Estoy trabajando!

—No vamos a marcharnos hasta que nos cuentes qué estás haciendo —replicó Daisy—. No parece muy legal en absoluto. Bertie nos contó que le pasabas los apuntes, ¡pero no nos contó que también les hacías los trabajos a Chummy y a Donald!

Amanda nos miró con furia.

—Me pagan —respondió—. Necesito el dinero. Y puedo hacerlo todo… Hasta ahora me las he arreglado, ¿no?

—Ah, ¿sí? —pregunté.

La miré y pensé que no parecía estar arreglándoselas en absoluto.

—Soy la más inteligente de mi curso —afirmó Amanda—. Aunque tampoco es que los tutores lo reconozcan. ¿Sabéis que el último trabajo que hice para Chummy obtuvo diez puntos más que el mío? Yo los escribí los dos, pero, como él es un hombre, el suyo será mejor.

—No has hecho ningún trabajo para Bertie, ¿verdad? —preguntó Daisy.

Amanda se puso roja.

—No a cambio de dinero —contestó—. Él es mi amigo.

De pronto comprendí al menos parte del intercambio que habíamos visto entre Bertie y Chummy: ambos estaban en la trama de los trabajos. También vi lo que debería haber advertido desde el principio: que los sentimientos de Amanda por Bertie no eran un mero enamoriscamiento. Se le iluminaba la cara por él de un modo que reconocí.

—¡Oh, porras, Bertie! —exclamó Daisy—. ¡Meterse en otro asunto ilegal! Este semestre se ha comportado de un modo realmente espantoso. ¡No entiendo qué le ha dado! Pero, escucha, no debes hacer más trabajos. Ni para él ni para nadie. ¡Te expulsarán, y a ellos también!

—Puede que me expulsen de todos modos —dijo Amanda—. Bertie me ha contado que, cuando empezaron las vacaciones,

alguien del Maudlin descubrió que los chicos han estado comprándome trabajos y apuntes. Una noche, después de cenar, Chummy entró en sus habitaciones y faltaban libros y papeles, muchas de las cosas que había hecho para él. Estaba seguro de que alguien había descubierto lo que estaba pasando, pero no sabía quién. Por eso he estado manteniéndome alejada del colegio últimamente. Bertie pensó que era lo mejor, hasta que Chummy se hubiera encargado del asunto. De todos modos, sé que debería parar, pero, ahora que he empezado, tengo que continuar. ¡Bertie necesita que lo haga!

Me preocupó muchísimo. Quería ayudar a Amanda, pero no sabía cómo. Estaba tan enfadada, sufría tanto… Me dolía solo de tenerla cerca.

Entonces Daisy me dio un codazo. Tenía la vista puesta en el abrigo de Amanda. Yo me quedé mirándolo, confundida. No parecía muy extraordinario. Atisbé manchitas de óxido y pintura procedentes de la Yegua, salpicaduras de tinta en los puños y en los bolsillos —de verdad había estado trabajando mucho—, barro en el dobladillo y unas motas de polvo rojo en la parte de delante.

—¿No podéis marcharos? —preguntó Amanda—. En serio, ¡es demasiado! Y si os atrevéis a contarle a alguien lo que sabéis, le contaré a *miss* Mountfitchet que habéis estado deambulando solas por Cambridge, ¿de acuerdo? —Nos fulminó con la mirada.

—¡De acuerdo! —respondió Daisy—. Te dejamos en paz. Pero, mira… voy a tenerla con Bertie. Esto no puede seguir así. Me da igual lo que digas: tienes que parar. Tiene que espabilarse solo. ¡Venga, Hazel! Vámonos.

—¿Qué has visto? —le pregunté en cuanto salimos del salón de té.

—El barro y el polvo —dijo Daisy, mientras me llevaba por la calle a toda prisa—. El barro era muy reciente, apenas se desmenuzaba, y solo lo tenía en el dobladillo. El polvo… Estoy segura de que era polvo de ladrillo.

—¿Y? —contesté—. Hay edificios de ladrillo por todo Cambridge.

El St Lucy’s es de ladrillo. Amanda podría haberse apoyado en él en cualquier parte.

—Sí, pero, Hazel, sabes tan bien como yo (o lo sabrías, si prestases atención) que el ladrillo nuevo no se deshace así. No, debía de ser de un edificio de ladrillo antiguo. Y lo que es más importante…

6

Pero no terminó la frase. Llegamos a un pasaje que daba a un mercado al descubierto, lleno de puestos. Algunos desprendían los olores más deliciosos, mientras otros exhibían, dispuestos como si fuesen joyas, tarros de mermelada, sombreros y madejas de lana. Había un montón de árboles de Navidad en una esquina de la plaza y, delante de estos, con expresión desconcertada, se encontraba Bertie.

Daisy dejó escapar un bufido y se encaminó hecha una furia hacia él. La seguí tan rápido como pude.

—Oiga —Bertie estaba hablando con el dueño del puesto cuando llegamos—, ¿tiene alguno como… para una habitación pequeña? Estos son enormes. ¿Y vende bolas y espumillón? Ya sabe…, cosas para…, esto…, ¿decorarlo? Mi hermana necesita… —Se interrumpió al vernos, y se le sonrojaron las mejillas—. ¡Fofita! —exclamó—. ¡Hazel! ¿Qué estáis haciendo aquí? ¡Me habéis estropeado la sorpresa! Estaba buscando un árbol de Navidad. Es curioso, nunca te planteas de dónde salen, ¿verdad? Siempre lo organizaba Chapman. Pero pensé que, como este año estaríamos, bueno, solos…, deberíamos tener un árbol.

—Puedo cortarle este a la medida adecuada —dijo el dueño del puesto, y su aliento se convirtió en vaho blanco—, pero tendrá que comprar las bolas en otra parte. Las venden en Woolworths, señor, y

salen bastante baratas.

—¡Ah! —dijo Bertie.

—Bertie —le espetó Daisy—, quiero tener unas palabras contigo.

—¡Madre mía, tenga cuidado, señor! —bromeó el vendedor de árboles, luego vaciló y se interrumpió al ver bien la cara de Daisy.

—Venid por aquí —indicó Bertie, mientras nos guiaba hasta el centro de la plaza—. ¿Qué pasa?

—¡Nos has mentido! —lo reprendió Daisy—. ¡No nos has contado que anoche saliste de tus habitaciones para escalar edificios con Harold, George y Alexander! ¡No nos llevaste contigo!

—¡Pues claro que no iba a llevaros! ¡Las chicas no escalan! —soltó Bertie.

Retrocedí lo más silenciosamente que pude. Esa era una conversación en la que no quería participar.

—¡Yo no soy una chica! —gritó Daisy—. ¡Soy tu hermana! Y tú eres idiota. ¿Hace cuánto que Amanda te pasa todos los apuntes? ¿También te ha hecho los trabajos a ti?

Bertie se puso blanco.

—Que sepas que Manda se ofreció a hacerlo —dijo.

—¡Pero sabías que era un error por su parte! ¡Tenías que saberlo! Bertie, ¿qué te ha pasado este semestre? Tú… no estás haciendo honor a Fallingford. ¡Tienes que empezar a actuar con cabeza!

—¡No me hables de Fallingford! —gritó Bertie—. Lo que ocurrió allí… Bueno, todo ha cambiado. Nos hemos quedado los dos solos y estoy intentando organizar una Navidad decente para ti. Y ahora mi amigo ha muerto. Creo que estamos malditos, Fofita. —Se le contrajeron las facciones—. Volví en algún momento después de las dos de la mañana. Pensé que me habían pillado: estaban todas las luces encendidas, y había gente corriendo arriba y abajo por la escalera. Salí de mis habitaciones, con las manos arriba… y descubrí que Chummy había muerto. Creo que nadie se había dado cuenta siquiera de que me había ido.

—Oh, Bizco, serás tonto —dijo Daisy—. Ven aquí, vamos…

Le rodeó con los brazos y lo atrajo hacia sí. Me hizo ver lo unidos

que estaban, a pesar de todo. Su familia se había hundido, una y otra vez, y en esos momentos, lo sabía, solo se tenían el uno al otro. También me di cuenta de lo mucho que me alegraba de que Bertie no tuviera nada que ver con el asesinato. La familia de Daisy se ha convertido prácticamente en la mía, en Inglaterra, y lo que le importa a ella me importa a mí, como si fuésemos las dos mitades de una misma persona.

—Tendremos Navidad de todos modos, burro —le espetó Daisy a Bertie, con la voz amortiguada por el abrigo de él—. Vamos, paga ese árbol tuyo; lo llevaremos al Maudlin y te ayudaremos a montarlo.

»¡Hazel, esto es perfecto! —me susurró a mí, mientras Bertie regresaba al puesto de los árboles de Navidad—. Adiós a la prohibición del rector. ¡Al final tenemos forma de volver al Maudlin!

QUINTA PARTE

Engalanen los salones

1

El vendedor ayudó a Bertie a atar el árbol de Navidad a su bicicleta, y juntos la empujamos por las calles de Cambridge, con una parada en Woolworths para comprar espumillón y bolas. El cielo era más plomizo que nunca; cuando pasábamos por delante de la capilla del King's, noté un cosquilleo en la nariz. Levanté la cabeza y vi que de las nubes caían pequeñas motas oscuras, que se volvían blancas, como plumas, al oscilar por lo alto de los tejados.

—¡Está nevando! —exclamé encantada.

La nieve sigue resultándome muy extraña. La primera vez que la vi, me sentí como si de verdad me hubiera adentrado en un cuento, y nunca logro deshacerme del todo de la admiración que me invade el pecho.

—¡Qué fastidio! —dijo Bertie, casi jadeando, y la bici se bamboleó de forma peligrosa al doblar una esquina—. Madre mía, este árbol pincha mucho, ¿no? No tenía ni idea.

A medida que nos acercábamos al Maudlin, sentí un hormigueo en el estómago. ¿De verdad volverían a dejarnos entrar? ¿Y si el rector nos detenía? Pero Bertie se dirigió a la puerta de conserjería dando grandes zancadas y la abrió al tiempo que gritaba:

—¡Eh! ¿Hay alguien que pueda echar una mano?

—¡Nosotros! —respondieron dos voces que reconocí al instante, y salieron George y Alexander.

—¡Hola! —dijo Alexander encantado—. ¡Daisy! ¡Hazel! Tenemos… —Hizo una pausa y se quedó mirando a Bertie.

—… cosas de que hablar después —terminó George, por detrás de él, y nos guiñó el ojo.

Cogieron un extremo del árbol y, junto con Bertie, tambaleándose, franquearon la puerta de la conserjería del Maudlin como un escarabajo de seis patas. Daisy y yo les seguimos. Bertie y George tenían muy claro cómo cargar mejor el árbol, y ambos gritaban órdenes a Alexander, que se reía afablemente y soportaba la mayor parte del peso.

Cuando pasábamos todos por delante de la garita del conserje, mister Perkins dijo:

—¡Eh! ¡Ustedes dos no deberían estar aquí!

—¡Déjelas, Perkins! —se quejó Bertie—. Por favor. ¡Sé lo que ha dicho el rector, pero es Nochebuena!

Resultó tan trágico que Perkins chasqueó la lengua y le tembló el bigote.

—Oh, muy bien —accedió—. Pero cuidado, ¡no las pierda de vista!

Nos dejó pasar por delante de su garita. Me palpitaba el corazón.

Doblamos a la izquierda y cruzamos el patio. Los copos de nieve se posaban en las agujas verde oscuro del árbol y en los hombros y la cabeza de los chicos. Habían dejado de gritar. El ambiente apagado del Maudlin se había instalado sobre todos nosotros junto con la nieve. En ese lugar se había cometido un asesinato, y lo noté.

—¡Escalera nueve! —exclamó Bertie—. ¡Vamos, arriba!

Cuando pasábamos por delante de la puerta de Michael Butler, al pie de la escalera, me puse tensa. Sabía que, si salía, nos detendría. Entonces la puerta se abrió y Daisy y yo nos escondimos detrás del árbol.

—Una idea excelente, Wells —dijo la voz de Michael—. ¿Os las arregláis?

—Me están ayudando los chicos —respondió Bertie.

—Avísame si necesitas algo —dijo Michael, y volvió a retirarse a

sus habitaciones y la puerta se cerró.

Exhalé un suspiro. Los Pinkerton habían hecho lo que les habíamos pedido: con la ayuda de Bertie, nos habían colado en el Maudlin.

Los chicos subieron jadeando, esparciendo agujas de pino que caían rebotando hasta mi abrigo y se abrían paso por mi bufanda hasta el cuello de mi jersey.

Daisy se adelantó corriendo, abrió la puerta de un empujón y entramos todos en tromba. Los chicos apoyaron el árbol contra la pared de la derecha, y Bertie encendió la luz. Eché un vistazo a la sala de estar. Era igual que la de Chummy: con una chimenea delante de mí, un escritorio a la derecha, una ventana que daba al patio que acabábamos de atravesar y otra a la izquierda de la chimenea que daba al jardín de los tutores. Había un sofá y un sillón dispuestos en torno a la chimenea, con una mesa debajo de la ventana, y más allá, a la izquierda, había otra puerta, ligeramente entreabierta: vi una cama y un lavabo, y ropa tirada por el suelo. Todo el lugar estaba desordenado: había bufandas, calcetines y pañuelos por todas partes, igual que en las habitaciones de Chummy.

—¡Eres más desordenado que nunca! —exclamó Daisy—. ¡Bertie!

—¡Oh, calla! —repuso Bertie—. De acuerdo, ¿ahora qué hacemos con el árbol? ¿Por qué está inclinado así?

—Diría que necesita una maceta —contestó Daisy, poniendo los ojos en blanco.

—¡Eso es! Tenemos que conseguir una maceta. ¿Una grande, supongo?

Bertie se quedó mirándonos sin demasiado convencimiento, y tuve la clara sensación de que se sentía como me había sentido yo en el salón de té: como si jugara a ser un adulto y estuvieran a punto de descubrirlo.

—Ve a pedirle una a Moss —dijo Daisy—. Aquí estaremos bien.

—De acuerdo —contestó Bertie—. ¡Pero no os metáis en líos, Fofita!

Y salió de la habitación.

2

Apenas había cerrado la puerta cuando Daisy se giró de golpe hacia los chicos.

—¡Rápido! —exclamó—. ¿Qué habéis descubierto hasta ahora? Nosotras sabemos de qué tienda provenía el hilo de pescar, y que un hombre chino entró y compró un poco. También nos hemos encontrado con Amanda y hemos descubierto que ha estado haciendo trabajos para Chummy, Donald y Bertie, además de tomar apuntes, y que alguien en el Maudlin se enteró. Por eso Amanda no ha entrado en el colegio. ¡Bertie le dijo que se mantuviera alejada hasta que Chummy descubriera quién era!

—¿Quién creéis vosotras que fue? —preguntó Alexander—. ¿Uno de nuestros sospechosos?

—No puede ser Donald, evidentemente, ni Bertie —respondió Daisy—. Si se trata de uno de nuestros sospechosos, podría haber sido Moss, Michael, Perkins o Alfred, y fuera quien fuese, eso reforzaría su móvil contra Chummy.

—Espera, ¡no pudo ser Perkins! —dijo George—. ¡Lo hemos descartado!

—Hemos estado escuchando los interrogatorios a escondidas —añadió Alexander—. Como hicimos en el Orient Express. Hemos seguido al agente Cross y hemos obtenido las coartadas de todos para anoche. Las he anotado, aquí. —Sacó su cuaderno y lo ojeó.

Fue Alexander quien me enseñó taquigrafía, a principios de año, así que sé leerla. Daisy estiró el cuello para verlo también, pero yo sabía que para ella no eran más que garabatos. Por un momento me sentí orgullosa de ello, era algo que solo compartíamos Alexander y yo.

—Perkins sabe que los de la escalera nueve son unos alborotadores (ha sido bastante tosco al hablar de ellos, aunque está claro que siente debilidad por Bertie) y ha dicho que anoche no entró nadie en el colegio aparte de los tutores y los estudiantes del Maudlin —continuó George—. Está seguro. Luego ha dicho lo que importa. Se fue a la cama justo después de las doce; vive encima de la conserjería con su esposa. Pero ella se acostó tarde. Hay un alumno de segundo enfermo, Walter Cookridge, de la escalera cuatro, al que está cuidando: lo tiene instalado en una pequeña cama en su salón. No hay ninguna forma de que Perkins pudiese haber salido a hurtadillas sin importunarlos a los dos, así que, ya veis, ¡queda descartado! Y ha ofrecido algunos datos útiles más. Debido al estudiante enfermo, Perkins tardó una eternidad en quedarse dormido. Miró la hora a la una menos cuarto y recuerda haber oído algo en el exterior de su ventana. Cree que había alguien escalando por la torre de conserjería.

—¿Bertie? —preguntó Daisy con aspereza.

—¡No puede ser! —dijo Alexander—. Para entonces ya estaba con nosotros. Y, de todos modos, bajó por la tubería hasta el jardín de los tutores y saltó ese muro. No estaba en ningún lugar cerca de la conserjería. Así que fue otra persona. Todos los de la escalera nueve aseguran que estaban en sus habitaciones, pero alguien no está diciendo la verdad.

Sonaba ofendido. No conozco a nadie a quien le desagrade más mentir que a Alexander.

—Michael cerró con llave la escalera nueve a las once, y luego dice que estuvo en sus habitaciones, trabajando —prosiguió George —. Chummy y Donald estaban armando barullo en el rellano de arriba justo después de las doce y media, gritándose el uno al otro y

molestando a Moss, así que Michael subió para regañarles. Después de eso, volvió a sus habitaciones y se fue directo a la cama. No se despertó hasta que oyó el estrépito.

—Donald ha mencionado el mismo incidente. Discutió con Chummy; creo que fue por la chaqueta, la que visteis vosotras. Dice que le gritó. Michael subió para pedirles que se callasen, bajaron a sus habitaciones y eso fue todo. Se fue a la cama y se quedó allí hasta que Chummy se cayó.

—¿No ha mencionado a Moss? —pregunté.

—Exacto —dijo George—. Falta eso… y no es lo único. Pero continúa, Alex. Háblales de Alfred.

—Según lo que le ha contado Alfred al agente Cross, estuvo en sus habitaciones toda la noche. Leyendo hasta que se acostó y lo despertó la caída.

—Qué aburrido —dijo Daisy—. Y es posible que no sea cierto. Alfred se está convirtiendo en un sospechoso excelente. ¿Qué hay de Moss? ¿Y qué os ha dicho Perkins?

—Moss se comportaba de un modo extraño —respondió Alexander—. Sin duda esconde algo. Al principio ha dicho que acabó sus tareas en la escalera justo antes delas doce y media y se fue a la cama. Sus habitaciones están arriba, junto a las de Chummy y las de Donald. Cross le ha preguntado por la discusión entre Chummy y Donald, y Moss ha vacilado; ha dicho que lo había olvidado, que no era nada, que solo salió y lo vio un momento antes de volver a sus habitaciones.

—Dice que lo despertó la caída —agregó George—. La misma historia.

—¿Alguna pista, aparte de todo eso? ¿Habéis conseguido entrar en alguna habitación? —preguntó Daisy.

Alexander negó con la cabeza.

—¡Lo hemos intentado! —dijo—. Solo que todos estaban dentro, esperando a que los interrogase el agente Cross.

—Pero ahora que estáis aquí… —agregó George.

Bertie volvió a entrar, arrastrando una maceta de terracota

descomunal, con una montaña de adornos de Navidad.

—¡La ha encontrado Moss! —dijo con aire triunfal—. ¿A que es una maravilla? Y ha añadido todo esto. Dice que podemos decorar la escalera.

Los cuatro intercambiamos miradas fugaces. Era la oportunidad perfecta para echar un vistazo a la escalera y quizá investigar algunas de las habitaciones.

—¡Excelente! —exclamó Daisy—. ¡Oh, venga, pues, levantad el árbol para que podamos decorarlo primero!

3

La siguiente hora, más o menos, fue un torbellino navideño. Los chicos metieron el árbol en la maceta, se dieron cuenta de que no tenían nada para sostenerlo y acabaron amontonando dentro las botas de goma y varios libros de texto de Bertie que este juró que no necesitaba hasta el próximo semestre. Sacamos las bolas de las bolsas (eran preciosas, de color rojo, verde y dorado vivos) y las colgamos de guirnaldas de crujiente espumillón. Luego colocamos velas en la punta de cada rama (se inclinaban de forma peligrosa, y me preocupaba qué ocurriría una vez encendidas) y retrocedimos para admirar el efecto. No era muy armonioso, pero tenía su encanto, y me sentí orgullosa. Nunca había decorado un árbol (siempre lo había hecho el servicio) y, por las caras de Bertie y de Daisy, vi que también era su primera vez.

—¡No está mal! —dijo Bertie con aire triunfal—. Mira, Fofita, ¡no necesitamos ninguna ayuda!

—Pues claro que no —contestó Daisy—. Solo nosotros. Y Hazel.

—¡Y nosotros! —intervino George, que le guiñó el ojo—. ¿Qué os parece si lo movemos a la escalera?

—Excelente —dijo Daisy—. Bertie, tú quédate aquí.

Salimos, cargados con espumillón y bolas. Levanté la vista al vertiginoso hueco de la escalera, que llegaba hasta el mismo tejado. Era un lugar muy alto y estrecho, todo ángulos y piedra.

Daisy bajó la voz.

—Debemos alcanzar una comprensión plena del espacio si queremos descubrir quién cometió el crimen —nos indicó—. Hazel y yo ya hemos investigado la escalera, pero ahora debemos crear un plano completo y claro de la zona.

—Justo lo que yo decía —añadió George con una amplia sonrisa.

—Pues claro que sí —contestó Daisy poniendo los ojos en blanco —. Pero ahora lo estoy diciendo yo, lo que lo hace más oficial. Hazel, tú puedes dibujarlo.

Entendí lo que realmente quería decir aquello: que Daisy me daría órdenes y criticaría lo que yo hiciera. Hubo una época en la que no lo habría visto de inmediato, y una época posterior en la que me habría molestado, pero a estas alturas me he resignado. Daisy es Daisy, y hace exigencias con la absoluta claridad de alguien que no tiene en cuenta a nadie más. Sabe lo que quiere, y lo obtendrá, cueste lo que cueste. La admiro mucho por ello.

—De acuerdo —respondí, me saqué este cuaderno del bolsillo bajo una capa de espumillón y titulé una página nueva como «ESCALERA NUEVE, COLEGIO MAUDLIN».

—Bueno —dijo Daisy—, veamos… Espumillón ahí y, veamos, unas bolas ahí. Este lugar necesita urgentemente un toque femenino.

George alzó las cejas y ella parpadeó.

—Bueno —susurró—. El plano. Hazel, presta atención. Sabemos que la entrada en la planta baja tiene una puerta que se cierra con llave, y la noche del asesinato tenía la llave echada a las once, mucho antes de que tendieran la trampa. A la izquierda tenemos los baños, con las habitaciones de Michael Butler del lado del jardín. Marca eso, Hazel.

Dibujé unos cuadrados a la izquierda para representar los baños y un cuadradito en la parte inferior derecha etiquetado como «Habitaciones de Michael». Al lado, marqué el tablón de anuncios y el primer tramo de escaleras. Luego miré alrededor del rellano en el que estábamos.

A la izquierda se hallaba la puerta en la que se leía «Freddie

Savage», y a la derecha, la puerta por la que habíamos entrado, la de Bertie. Este asomó la cabeza un momento y, al vernos, puso los ojos en blanco antes de volver adentro.

Añadí ambas habitaciones al plano y, entre ellas, el teléfono de monedas. Estaba bien a la vista, para que lo utilizara cualquiera en la escalera.

—¡Práctico! —dijo Daisy, rodeándola de espumillón.

—¡Ruidoso! —añadió George, y supe a qué se refería.

Pensé de nuevo en lo difícil que sería que alguien de la escalera nueve hiciera una llamada sin que lo oyeran.

—Muy interesante —contestó Daisy—. De lo más interesante, en efecto. ¿Sabéis?, creo que hay una solución evidente al problema de la llamada de Amanda.

—Que no hubo ninguna llamada —concluyó George.

—Sí —dijo Daisy—. Hazel y yo lo sugerimos hace mucho. Pero, de ser así, si nadie llamó a Amanda, no podemos limitarnos a desestimar su historia. Hay una pregunta muy importante a la que responden ¿cómo sabía que algo iba mal?

Crucé la mirada con Alexander. Parecía tan desconcertado como yo. Un escalofrío me recorrió la columna.

4

Subimos las escaleras de nuevo y llegamos al rellano siguiente. Habían limpiado el horrible charco de sangre que Daisy y yo habíamos visto la noche anterior, pero aún se atisbaba una sombra en la piedra. Era ahí donde había aterrizado Chummy, y vi la piedra rota contra la que había impactado su cabeza. Fue de lo más desafortunado, pues cada tramo de escaleras tenía tan solo veinte escalones estrechos, pero había ocurrido. Me estremecí y marqué una cruz en mi plano.

A nuestra izquierda estaban las habitaciones de Alfred Cheng, y a la derecha, del lado del jardín, la puerta con el letrero de «James Monmouth». Era la habitación que estaban remodelando mientras su propietario estaba fuera por vacaciones: la habitación a la que habían trasladado a Chummy apenas unas horas antes.

¡Seguía ahí!

Advertí que Daisy había pensado lo mismo. Miró a George y…

—Tenemos que entrar —dijo él al instante.

—¡No! —solté yo—. ¡No podemos!

—Por supuesto que podemos —replicó Daisy—. ¡Por una vez, tenemos la oportunidad de examinar el cadáver!

—¡Alexander! —exclamé con tono suplicante.

—Daisy tiene razón —dijo Alexander con vacilación.

Me quedé pasmada. Sabía que en realidad él no pensaba eso.

¿Cómo podía fingir estar de acuerdo con Daisy, solo porque la encontraba guapa? Pero su conformidad había pesado más que mi opinión. Los tres querían entrar.

—Decorad a mi alrededor, mientras fuerzo la cerradura —ordenó Daisy. Se sacó una horquilla del pelo y avanzó hacia la puerta.

Alexander se situó detrás de ella para colocar una tira de espumillón sobre el dintel, y yo colgué una bola en la manilla misma.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó una voz a nuestra espalda. Era Alfred, que se había asomado de nuevo con gesto de irritación.

—Decorar —contestó George—. Navidad.

—Hacedlo más bajito, ¿os importa? Necesito dormir —repuso Alfred, antes de cerrar la puerta de nuevo.

Entonces se me ocurrió algo. Al parecer, cada vez que subíamos las escaleras, llamábamos la atención. Nuestros pasos resonaban en los escalones de piedra, y nuestras voces reverberaban en las paredes. ¿Cómo había subido el asesino sin que lo oyeran en plena noche? Nadie había mencionado haber oído movimientos en la escalera después de la discusión entre Chummy y Donald a las doce y media.

Pero, en ese momento, la puerta de la habitación de james Monmouth se abrió con un chasquido y no pude pensar en otra cosa. Me imaginaba qué habría dentro. Recordé la terrible puerta de Fallingford, lo único que nos separaba de mister Curtís, el imitado al que habían matado. Investigar está muy bien cuando se trata de resolver un acertijo, pero cuando realmente gira en torno a un cadáver, me gusta mucho menos.

Daisy encendió la luz y los cuatro nos colamos dentro. Allí, en el sofá, yacía una silueta cubierta con un guardapolvo.

—¡No deberíamos estar haciendo esto! —protesté una vez más.

—No sé por qué eres tan tiquismiquis —dijo Daisy—. ¡Forma parte del trabajo detectivesco!

Miré con furia a los tres y me armé de todo el valor que había reunido a lo largo del último año. Pensaba detenerles.

Y entonces me fijé en las zapatillas.

Asomaban al final del guardapolvo. Eran negras, de suela rugosa, con la parte superior de lona. En cuanto las vi, no pude desviar la mirada.

—Mirad —dije en voz baja—. Lleva zapatillas con suela de caucho.

—¡Es lo que nos dio Harold anoche para calzarnos! —contestó Alexander—. Todo el mundo las lleva para escalar, nos lo dijo él.

Con los ojos muy abiertos, Daisy se adelantó y tiró de la tela.

—Y mirad —susurró—. Lleva abrigo y pantalones, no pijama. ¡Va vestido para salir a la calle!

Las piernas que había dejado al descubierto se hallaban enfundadas en unos pantalones anchos, marrón oscuro, no un pijama.

Recordé que mister Perkins dijo que había oído que alguien subía por la torre cuando se estaba quedando dormido. Habíamos pensado que se trataría de uno de nuestros sospechosos…, pero ¿y si era la víctima? ¿Y si Chummy había estado escalando la noche anterior? Podría haber salido de sus habitaciones por la ventana y haber bajado por la tubería. No debió de tener tiempo de cambiarse la ropa de escalada por el pijama antes de morir. Quizá fuera por eso por lo que había salido corriendo por las escaleras sin mirar adonde iba, porque estaba cansado y no pensaba con claridad.

Pero Daisy ya estaba ascendiendo por el cuerpo de nuevo y pensé horrorizada que, si tenía que mirar la pobre cabeza abierta de Chummy, me pondría a gritar de verdad.

—¡Para, Daisy! —le espeté—. Déjale en paz. ¡No mires más!

—De acuerdo, de acuerdo. ¡Vaya, te has puesto verde!

—No resulta agradable —dije con tono débil—. Creo que prefiero que no haya cadáver.

—Yo también —admitió Alexander. No parecía encontrarse muy bien—. Creo que deberíamos irnos.

—No tenéis imaginación —soltó Daisy con petulancia—. Pero reconozco que hemos hecho un descubrimiento útil. ¡Deberíamos salir de la habitación, antes de que alguien se dé cuenta de que

hemos dejado de decorar la escalera!

5

Salimos al rellano y empezamos a subir los escalones hacia la planta de arriba, donde se encontraban las habitaciones de Chummy y de Donald.

—¡Más bolas allí, creo! —gritó Daisy, y luego dijo en un susurro —: ¡Mirad! ¡Ahí! ¡Ahí es donde ataron el hilo!

El hilo había desaparecido, pero el clavo seguía allí, brillante. El agente Cross aún no lo había retirado. Daisy corrió al escalón de arriba y se puso en cuclillas.

—Toma, ¿quieres una lupa? —preguntó George, sacándose una del bolsillo.

—Ah, no, gracias. Una dama siempre lleva la suya —dijo Daisy, al tiempo que sacaba una diminuta.

Juntos examinaron el clavo del zócalo. Yo saqué el trozo de hilo de pescar que habíamos comprado y lo sostuve en alto. Habría resultado fácil tender la trampa.

—Está muy hundido —dijo George—. ¡Interesante!

—¡Sí! —contestó Daisy—. Si lo hubiesen hecho anoche, los martillazos habrían molestado a toda la escalera. No lo ha mencionado nadie, como tampoco han mencionado que alguien escalara, así que…

—… tuvo que hacerse antes, ¡para que el asesino tendiera la trampa con sigilo cuando lo necesitara! —concluyó George.

Se sonrieron de oreja a oreja el uno al otro.

—¿Mientras los decoradores trabajaban en la habitación de abajo, quizá? —sugirió Alexander.

Se quedó mirando a Daisy con gesto esperanzado, pero ella no volvió la cabeza. Al cabo de un momento, me miró a mí. Yo pestañeé y fingí que había estado concentrada en este cuaderno.

—¡Eh! —gritó una voz de pronto—. ¡Eh! ¿Qué estáis haciendo, vosotros cuatro?

Los cuatro alzamos la vista sobresaltados.

Moss, el doméstico, había salido de su cuartito y se había plantado por encima de nosotros. Se le veía macilento y angustiado, y llevaba la librea arrugada. Daba la impresión de que todavía no había dormido absolutamente nada.

—Buenos días, Moss —dijo Daisy alegremente—. Estamos decorando la escalera por Navidad.

—Yo… siento haberles asustado —respondió Moss—. Es solo que no me gusta verles ahí. No parece seguro, después de lo ocurrido. La caída de mister Charles… fue culpa mía.

—¿Culpa suya? —inquirió Daisy con aspereza.

Los cuatro nos apiñamos. ¿Aquello era una confesión?

—Estaba a mi cargo —contestó Moss—. ¡Deberían relegarme de mi puesto! ¡La culpa es mía!

De repente la situación parecía amenazadora. Estábamos solos, en lo alto de las escaleras, con uno de nuestros sospechosos.

—¿Qué quiere decir? —lo presionó Daisy.

—Siempre le decía a mister Charles que no hiciera trastadas a mister Donald, que no era justo, que mister Donald no lo soportaba. Pero no logré detenerlo, nunca. Se reía, y sus padres se lo permitían. Ese es el motivo por el que acepté el trabajo aquí, para cuidar de mister Donald cuando nadie más lo hacía. Sabía que él lo necesitaba. Y ahora… ¡esto! Se lo digo, es culpa mía.

Le temblaban los labios. ¿Estaba confesando? ¿Había intentado parar a Chummy y había llevado las cosas demasiado lejos?

—Pero usted le ha dicho al policía que estaba en su habitación —

intervine.

—Yo… —empezó Moss—. Sí. Estaba en mi habitación. ¡Y es culpa mía!

—¿Por qué no para de decir eso? —preguntó Daisy—. ¿Cómo es posible, si estaba usted en su habitación?

Y fue entonces cuando la puerta de las habitaciones de Donald se abrió de golpe y salió Donald en persona.

6

—¡Vaya! —exclamó Donald—. ¿Qué hacéis todos aquí fuera? ¿Estáis celebrando una fiesta sin mí?

Lo miré y me quedé pasmada. Seguía en pijama, pero se había puesto un gorro de papel, de esos que vienen en los tubos de cartón con sorpresas navideñas, y llevaba una tira de espumillón alrededor del cuello como si fuese una bufanda. Con una mano aferraba un vaso, medio lleno de un líquido marrón, y esbozaba una sonrisa, con un aire atrevido en el semblante que de pronto me recordó mucho a Chummy.

—¡Pasad! —dijo, y sonó como una orden. Una orden de Donald, que el día anterior se había sometido a la voluntad de Chummy y había vivido a su sombra. Me quedé estupefacta.

Entramos en su sala de estar, que olía aún más a cerrado que la última vez. Había restos de tostadas a medio comer esparcidos por los platos y fuera de ellos, y un tenedor para tostar yacía en la chimenea, medio hundido en las cenizas.

—¡Mister Donald! —exclamó Moss—. ¿Cómo está?

—Chummy está muerto —respondió Donald, y parecía bastante contento—. Ya no está aquí. ¡Es maravilloso!

—Fue un accidente —dijo Moss con tono esperanzado—. Fue su propia trastada, ¿verdad, mister Donald? Fue culpa mía por no pararlo.

No había acabado de pronunciar esas palabras cuando tuve la repentina sensación de que Moss no era culpable. Unicamente le daba miedo que lo fuera Donald. Aunque solo era una sospecha, pensé que no me equivocaba. Pero ¿cómo podía demostrarlo?

—¡No me importa lo que fuera! —replicó Donald—. Significa que ya no está aquí para incordiarme. ¡Puedo hacer lo que me venga en gana! Ya me siento mejor. Es como si me hubieran quitado un peso de encima.

—Pero, mister Donald, ¡estará de acuerdo en que fue un accidente! —insistió Moss.

Noté que Daisy se ponía tensa a mi lado y supe que había concluido lo mismo que yo. ¿Qué podíamos hacer para que la verdad saliera a la luz?

—¡Figuraos! —dijo Donald—. Ahora la fiesta de mañana por la noche será solo mía. ¡Pienso cambiar la lista de invitados! ¡Contrataré a la banda de jazz que quiero! La cosa pinta bien. Y, sin duda, voy a comprar esa mina también.

—¡Mister Donald! —exclamó Moss con desesperación.

—¡Vaya, deberíamos alegrarnos todos! Chummy no va a gastarnos bromas pesadas a ninguno de nosotros.

—Oh, sí —dijo Daisy enseguida—. Algunas eran espantosas, ¿verdad? la de la chaqueta… ¡y la que le gastó al pobre Moss también! Pobre Moss, debe de estar usted muy afectado.

Yo no sabía a qué se refería, pero vi que, por alguna razón, había dado en el blanco.

—¿Cómo sabía usted eso? —repuso Moss con la voz entrecortada.

—¡Era una víbora! —gritó Donald—. Esa era mi mejor chaqueta y le cosió las mangas. La encontré y discutimos en el pasillo. Butler subió a regañarnos y Chummy fingió que le hacía caso. En cuanto se fue, salió Moss, pero Chummy le cogió las llaves que lleva al cinturón y lo encerró en sus habitaciones. Yo intenté quitárselas, pero salió por la ventana de sus habitaciones y subió por la tubería hasta el tejado.

—¿Chummy encerró a Moss en sus habitaciones? —preguntó George con aspereza.

—Lo hacía todo el tiempo —dijo Donald—. Es bastante fácil coger las llaves de la arandela que lleva al cinto. Obligaba a Moss a volver a sus habitaciones y lo encerraba con llave desde fuera. Tuve que dejarle salir yo, después de que Chummy se hubiera caído. Aún llevaba las llaves encima. ¡Tuve que sacárselas del bolsillo mientras estaba ahí tirado!

Me sentí electrizada. Entendí por qué había dicho Moss que era culpa suya: pensaba que dejar que Chummy lo encerrara permitió a Donald tender la trampa. Y otra cosa quedaba clara: si Moss había permanecido atrapado en sus habitaciones desde el momento en que Chummy lo encerró hasta que había caído, entonces simplemente no podría haber salido a tender la trampa. Podíamos descartarlo. No me había equivocado: Moss era inocente.

—Pensáis que debería estar afectado, ¿verdad? —preguntó Donald—. Bueno, sois idiotas. No sabéis lo que es tener un hermano que es mejor que tú. Todo era Chummy, Chummy, Chummy. «¡Chummy debería ser el mayor!». «¡El dinero debería llevárselo Chummy!». Eso es lo que decía todo el mundo. Yo no le importaba a nadie. Pero eso ha cambiado ahora que estoy solo. ¡Por fin puedo ser yo mismo!

De repente me entraron unas ganas tremendas de salir de la habitación. Me volví y miré a Daisy, que, por supuesto, lo comprendió.

—Vamos a bajar a las habitaciones de Bertie —le dijo a Donald—. Vamos, chicos.

Salimos de nuevo al rellano y la puerta se cerró a nuestra espalda. Me estremecí.

—Vayamos abajo —dije.

—Un momento —pidió Daisy—. Se me acaba de ocurrir algo. Cubridme, ¡hablad mientras no estoy!

Y, rauda como el rayo, salió disparada hacia la derecha, por la puerta que daba a las habitaciones de Chummy. Alexander nos miró

a George y a mí, e inició una de esas conversaciones alegres y amistosas que tan bien se le dan. Habló sobre nieve y sobre regalos, y justo estaba sacando el tema de la comida de Navidad (al parecer los estadounidenses no son muy de comida de Navidad; en lugar de eso tienen algo llamado Acción de Gracias, que se celebra un mes antes y es como una Navidad pero sin los regalos) cuando Daisy volvió a toda velocidad de las habitaciones de Chummy. Venía con las manos vacías, pero le brillaban los ojos.

—¡Ha sido muy productivo! —dijo jadeante—. He echado un vistazo al armario de Chummy, ¡y el alambre que vimos Hazel y yo ayer sigue ahí, intacto desde entonces! Es concluyente: ¡Chummy no tendió la trampa! ¡Hay un asesino suelto y estamos reduciendo el número de sospechosos!

7

De pie ante la ventana de las habitaciones de Bertie, contemplé la oscura tarde a través de los cristales romboidales. Durante un rato, teníamos que comportamos como si no fuésemos detectives, sino escolares normales y corrientes que se preparaban para celebrar la Navidad. Giré el tirador y abrí las dos hojas para echar una ojeada a la tubería situada a mi izquierda y al jardín de invierno, abajo. Por encima de mí se encontraban las habitaciones de Chummy, y me horroricé ante la sola idea de balancearme desde la ventana de Chummy hasta la tubería. Ahí arriba ya me parecía bastante alto.

Cerré la ventana y me volví hacia la habitación. El gramófono estaba encendido y una voz masculina salía a raudales; era una canción de jazz alegre y sonora.

Bertie se arrodilló delante de la chimenea y atizó el fuego, mientras George y Alexander lo miraban. Las llamas se avivaron y la habitación cobró luz y calidez. El espumillón de las paredes brillaba y entonces sí que me dio la sensación de que era Nochebuena.

Daisy vino a apoyarse contra mí, y juntas vimos que Bertie sacaba una lata de tartaletas de frutas de un pequeño arcón que tenía debajo del escritorio. Dejó las tartaletas en la alfombra delante de la chimenea y parecía casi un festín de medianoche en pleno día.

Me rugieron las tripas. Me di cuenta de que había pasado la hora del almuerzo y no había comido nada en horas. Había tenido los

nervios a flor de piel con la emoción de la investigación y la tarta de semillas, pero ahora sentía que volvía de golpe a la realidad.

Di un mordisco a mi primera tartaleta y se me inundó la boca de especias y fruta escarchada. Durante un rato, se hizo el silencio. Estábamos todos sentados, apoyados o acostados en el sofá o en la alfombra junto al fuego, y arrasamos con todas las tartaletas. Sentí que los cinco estábamos cada vez más unidos.

Entonces llamaron a la puerta y entró Michael Butler.

El fuego proyectaba densas sombras en la habitación; fuera estaba oscureciendo de verdad, aunque parecía que había dejado de nevar.

—El agente Cross está en camino —explicó secamente—. Quiere volver a hablar con todos nosotros. He llamado a Cheng también… Ah, aquí está.

La puerta se abrió de nuevo y entró Alfred. Tenía la expresión de alguien que sabía que no era bienvenido y había decidido entrar de todos modos.

—Cheng —añadió Michael con frialdad—. Viene el policía. ¿Vas a colaborar con la investigación esta vez o volverás a escabullirte sin más?

—Por supuesto —contestó Alfred, aunque se estremeció al decirlo —. No veo razón para no ayudar por el mero hecho de que el hombre no me gustase.

—¿Que no te gustaba? ¡Lo odiabas!

—¡Y me sobraban los motivos! —Alfred alzó la voz—. Era horrible conmigo, Butler, pero tú nunca lo viste tal y como era.

—¡Porque no era nada! —gritó Michael—. Si fueses inglés, lo entenderías.

—No sé por qué estáis todos tan orgullosos de ser ingleses —dijo Alfred—. Todo el mundo es el primo de alguien. ¡Incluso os parecéis!

Se oyeron pasos pesados en las escaleras y llamaron a la puerta.

—Disculpen —dijo la voz del agente Cross—. ¿Puedo pasar?

δ

Michael y Alfred se alejaron el uno del otro.

—Por supuesto —respondió Bertie.

El agente Cross abrió la puerta. Tenía la cara roja y la barriga le seguía tensando la chaqueta del uniforme. A su espalda, con aspecto irritado (y tocado aún con una corona de papel), estaba Donald.

Sabía que Daisy había desdeñado al agente Cross, a quien veía como un patán, pero era precisamente eso lo que me intranquilizaba. Que no hubiese aceptado sin más la explicación del accidente demostraba que seguiría trabajando hasta llegar a la verdad.

—Buenas tardes —dijo el agente Cross, quitándose el alto sombrero de forma respetuosa—. Me alegro de que estén aquí: me gustaría hablar con todos ustedes juntos. Hay algunas cosas acerca de este incidente que sigo sin entender.

—Chummy tendió el alambre y luego tropezó con él —contestó Bertie, afligido—. ¿Por qué tengo que seguir diciéndolo?

—Pero ¿por qué iba a hacer algo tan peligroso? —preguntó el agente Cross—. ¿Acaso no entendía que alguien podía salir herido de gravedad?

—A Chummy le encantaba gastar bromas —adujo Bertie—. Le salió mal. Eso es todo.

—Pero, si fue un accidente, ¿quién llamó a *miss* Price? ¿Por qué llevaba mister Melling calzado de calle y por qué tropezó con su propia trampa? Sé que no soy el tipo más espabilado, lo que significa que necesito entenderlo. Si yo no lo hago, mi superintendente tampoco lo hará, y me veré con el agua al cuello. Es raro, llevo quince años trabajando como policía pero nunca he investigado una muerte. Parece que nunca estoy en el lugar adecuado en el momento adecuado. Se ha convertido en una broma en comisaría, por lo que tengo la intención de demostrar que soy capaz de llegar al fondo de este asunto. Es veinticuatro de diciembre por la tarde y mis superiores están todos de vacaciones de Navidad. Quiero tenerlo esclarecido para cuando vuelvan. Así que, por favor, ¿quién llamó a *miss* Price?

La habitación se sumió en el silencio. Y entonces…

—Yo llamé a Amanda —confesó Donald—. Bajé sin hacer ruido justo después de que ocurriera y la llamé por teléfono. Quería que viniera a ver a Chummy. Quería…, eh…, disgustarla. Debería… Debería haberlo dicho antes. Mis disculpas.

Di un grito ahogado. ¿Era posible que me hubiese equivocado?

—¡Hice la llamada, eso es todo! —repitió Donald—. Ahora que eso está aclarado, ¿nos dejará en paz?

—Pronto —dijo el agente Cross—. He pedido que trasladen el cuerpo. Vendrán a buscarlo. Pero todavía no es el momento de extraer ninguna conclusión; necesito respuestas.

—Esto es una estupidez —replicó Donald.

—Siento que piense así —dijo el agente Cross—. Antes de que continuemos, hay una cosa más: si usted hizo esa llamada, mister Melling, entonces no tengo más preguntas para *miss* Price, y eso significa que ella y las otras jovencitas ya no tienen que verse mezcladas en esto. —Nos miró a Daisy y a mí.

—¡Ah, nosotras estamos perfectamente! —contestó Daisy—. Muy afectadas, por supuesto, aunque lo llevamos muy bien. Podemos quedarnos.

—Sin embargo, me gustaría pedirles a ustedes y a sus amigos —

miró de forma directa a Alexander y a George— que permanezcan alejados de esta escalera hasta que concluyan mis investigaciones. Creo, señoritas, que el rector las expulsó ayer del Maudlin. Ahora que ya no están implicadas en el caso, deberían respetarse sus órdenes.

Vi que no pensaba ceder, del mismo modo que no dejaría de indagar. Aquello era malo para el asesino, y casi igual de malo para nuestros clubes de detectives. El agente Cross no dejaría de poner trabas a nuestra investigación hasta que hubiera concluido la suya.

9

—¡Bueno! —cedió Daisy—. Si insiste… George, Hazel, Alexander, siento una necesidad apremiante de aire fresco.

Bajo la atenta mirada del agente Cross y los estudiantes del Maudlin, salimos en fila de las habitaciones de Bertie. A continuación bajamos ruidosamente las escaleras, a un ritmo frenético (poniéndonos el abrigo mientras lo hacíamos), y salimos a toda prisa por la entrada de la escalera. Daisy me cogió del codo y nos guio a todos hacia la izquierda, a través del pasaje hacia la biblioteca y el jardín de los tutores.

—Esperad —dijo Alexander, alarmado, mientras la punta de la nariz se le sonrosaba a causa del frío—. No podemos entrar ahí. ¡No tenemos permiso!

—¡Tonterías! —replicó Daisy, que me aferró el brazo con más firmeza y alcanzó la gran argolla metálica de la verja del jardín—. Si el agente Cross nos ha expulsado de la escalera, debemos aprovechar la oportunidad para investigar el jardín. Después de todo, sabemos que Chummy utilizó la tubería para bajar hasta él anoche, y Bertie subió por ella también. ¡Forma parte del escenario del crimen y debemos examinarlo!

Quise discrepar —la gran argolla de metal que teníamos delante parecía ser el símbolo mismo de lo cerrado que estaba resultando ser Cambridge—, pero entonces lo pensé. Era posible que no

volviésemos a tener una oportunidad así, en especial cuando estaba empezando a nevar de nuevo.

—¡De acuerdo! —dije—. Pero dos de nosotros tienen que hacer guardia.

—Una idea excelente, Watson —respondió Daisy—. Gracias por presentarte voluntaria. ¿Y de los Pinkerton?

—Lo hará George —intervino Alexander enseguida.

George lo miró y puso los ojos en blanco.

—Por supuesto, Alex —contestó con sequedad.

Tuve la desagradable sensación de que George había llegado exactamente a la misma conclusión que yo sobre los sentimientos de Alexander.

—Estupendo, George —dijo Alexander, con las mejillas aún más rojas—. ¡Venga, Daisy, vamos a investigar!

Daisy no pareció captar su expresión. Ya estaba forcejeando impaciente con la puerta.

—¡Date prisa! —le susurró a Alexander.

Al cabo de un momento, los dos habían desaparecido en el jardín de los tutores.

Nos habían dejado solos a George y a mí. Le sonreí con timidez. Era muy distinto del George que había tenido en mi mente durante tantos meses y, aun así, era el mismo. Inteligente, seguro de sí mismo, siempre imponiéndose en las conversaciones, era la otra mitad del amable y abierto Alexander, como yo era la de Daisy. Había tantas cosas que quería preguntarle que apenas sabía por dónde empezar.

—¿Te enviaron desde la India? —pregunté por fin—. Para estudiar, quiero decir.

George frunció los labios.

—Vine desde el mismísimo Londres —respondió—. Nací aquí, igual que Harold. Solo mi padre es indio, pero, por supuesto, es la única parte de mí que todo el mundo puede ver. En realidad soy más británico que Alexander.

—¡Oh! —dije—. ¿Alguna vez te…, no quiero decir que a mí sí…,

te molesta?

—Todos los días, por supuesto —afirmó George—. El truco está en no dejar que se note nunca y meterse siempre en el papel.

Me pregunté qué había pensado de mí antes de conocerme y qué pensaba ahora de mí.

—Siempre me has gustado, desde la primera carta que enviaste a Alex —añadió, como si se lo hubiera preguntado—. Ya Alex también le gustas, aunque, como he dicho antes, no siempre se le da bien juzgar a la gente. No sé por qué pierde el tiempo con Daisy.

—¡Es mi mejor amiga! —repuse.

—Es brillante —dijo George—. Es el tipo de persona a la que no olvidas. Pero no creo que sea el tipo de persona que se enamora.

Debió de ver mi expresión horrorizada, porque enseguida añadió:

—Bueno. Lo hemos reducido a tres sospechosos: Alfred, Donald y Michael.

—Sí —contesté, tratando de alejar ciertas ideas de mi cabeza y centrarme de nuevo en el caso—. Moss es inocente, y él piensa que lo hizo Donald.

—¡Es verdad! —respondió George—. Yo también me he dado cuenta. No es que eso demuestre nada, pero resulta interesante.

—También he caído en otra cosa, cuando dibujábamos el plano —dije.

—Ah, ¿sí? —preguntó George, frotándose las manos enguantadas. Empezaba a ventiscar de nuevo, la nieve se le posaba en los hombros y le blanqueaba el pelo oscuro.

—Cada vez que hemos subido las escaleras, hemos molestado a alguien. Ya lo has visto con Alfred y con Moss. Cada ruido que hacíamos reverberaba muchísimo. Incluso si el clavo ya estaba en su sitio antes de la noche del asesinato, habría resultado difícil que el asesino tendiera la trampa sin hacer un solo ruido ni alertar a alguien sobre lo que estaba tramando. ¡Imagínate a Michael intentando subir las escaleras hasta arriba y entrar en las habitaciones de Chummy sin que nadie lo oyera! Si Moss hubiera estado pendiente, y le hubiera oído subir hasta arriba mismo, nunca

lo habría confundido con Donald, ¡que solo habría tenido que cruzar el rellano con sigilo!

George asintió.

—Lo sé —dijo—. También lo he estado pensando. Puede que Alfred se las arreglara para hacerlo, solo habría tenido que subir un tramo de escaleras, pero Donald no tendría que haber subido ninguno.

—¡Sí! —exclamé—. Tiene un móvil, y sabía que Chummy no estaba en sus habitaciones y que Moss estaba encerrado, así que podía colocar la trampa sin problemas. Si fue él… encaja.

—«Si» —repitió George—. Todo esto está muy bien, pero son meras conjeturas, no lo sabemos seguro. Necesitamos pruebas.

Detrás de nosotros, la verja se abrió con un chirrido.

10

Eran Alexander y Daisy. Alexander se había ensuciado los codos y las rodillas. Incluso tenía algo de barro en el pelo. Daisy, sin embargo, apenas tenía una manchita en la punta de la nariz y sonreía con una mano a la espalda.

—¿Qué tal? —nos dijo.

—Hemos encontrado algo —añadió Alexander detrás de ella.

—¿Os gustaría descubrir qué es? —preguntó Daisy con tono burlón—. Sé que estamos trabajando juntos. Pero, de todos modos, os propongo un juego para averiguarlo.

—Ah, ¿sí? —dijo George. Vi un destello en sus ojos.

—Un juego de adivinanzas —contestó Daisy—. Los dos tenéis tres intentos para descubrir lo que tengo a la espalda. Si acertáis, os lo enseño; si no, os castigaré.

—¡Daisy! —repliqué.

—¡Lo único que tenéis que hacer es acertar! —exclamó Daisy—. En realidad es bastante fácil.

—De acuerdo —contestó George—. Te prometo que ganaremos.

—Primer intento —dijo Daisy—. ¿Listos?

—Por supuesto. Lo que tienes a la espalda es… un guante.

La sonrisa de Daisy se ensanchó.

—No es un guante —dijo—. Nada que ver. Segundo intento. Hazel, te toca.

—Lo que tienes a la espalda es… —Hice una pausa. Miré a Alexander y, extrañamente, mis habilidades detectivescas se centraron en captar con exactitud el azul de sus ojos, las tres pecas de su nariz y el modo en que el barro le apelmazaba el pelo. Fue de lo más bochornoso y bajé la vista—. Lo que tienes a la espalda es una teja —dije, y no había acabado de decirlo cuando supe que me equivocaba.

—Otra equivocación —respondió Daisy, y propinó un codazo a Alexander con aire triunfal. A él volvió a aparecerle el hoyuelo en la mejilla, y sentí que me ruborizaba de pies a cabeza—. Sí que hemos encontrado algunas, rotas hace poco y esparcidas por el suelo, lo que respalda nuestra teoría de que Chummy subió al tejado anoche, pero no se trata de eso. Ultimo intento.

—Me toca otra vez —dijo George—. Veamos. Es difícil. Pero…, bueno…, lo que tienes a la espalda… ¿podría ser… un trozo de madera?

A Alexander se le torció el gesto.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó. Miró a Daisy y sentí otra punzada. ¿Por qué tenía que mirarla así todo el tiempo?

—Es un jardín —respondió George—. Tenías la pista en la mano, así que no podían ser huellas de pisadas. No eran tejas, ya lo has dicho. Podría haberse tratado de una prenda de ropa, pero estabas tan segura de que no era un guante que he decidido que eso tampoco podía ser. Un trozo de madera parecía lo único que quedaba. Bueno, ¡enséñanoslo!

Daisy sacó la mano y ahí, en la palma, sostenía un palo.

Enseguida entendí por qué lo habían recogido. Estaba roto por ambos extremos, de forma deliberada —parecía proceder de uno de los árboles del jardín—, y los cortes eran recientes y aún se veían amarillos. Las dos puntas también parecían aplastadas, como si las hubiesen presionado con fuerza contra algo, y una muesca central lo recorría por todo el ancho, como si lo hubiesen golpeado con algo. Era de lo más interesante y, casi sin lugar a dudas, una pista.

—Ahí —indicó Daisy—. ¡Mirad eso! Bueno, no es lo único que

hemos encontrado. Había un montón de huellas de pisadas, también, desde el final de la tubería hasta el muro del jardín.

—¿Un solo rastro? —preguntó George.

—No —dijo Daisy—. Más que eso. Dos rastros nítidos, y es posible que hubiera más. Apenas podíamos ver debajo de la nieve. Alexander ha tenido que apartar mucha.

—Entonces, ¿ahora qué? —preguntó George—. Tenemos el palo, pero ¿cómo encaja? ¿A quién apunta?

Y fue entonces cuando empezó a nevar de verdad.

SEXTA PARTE

La trama se complica y la nieve cae

1

Fue como si en el cielo reventase un edredón de plumas. Di un grito ahogado. Alexander extendió los dedos y rio encantado, y George sacó la lengua como si quisiera comerse la nieve. Daisy se limitó a inclinar la cabeza hacia el cielo y dejar que los copos le cayeran en la cara. Cuando volvió a bajar la vista, tenía plumas blancas, perfectas, en las pestañas y las cejas. Parecía la Reina de las Nieves. Alexander y yo levantamos la mano para retirarle la nieve al mismo tiempo y nos detuvimos.

—¡No podremos seguir por aquí mucho más! —dijo George—. ¿Qué decís de una reunión de detectives?

—¡Sí, claro! —dijo Daisy—. Creo que nos estamos acercando a la verdad, pero aún no hemos llegado. Vamos a refugiarnos en el pasaje. Hazel, saca el cuaderno. Ha llegado el momento de celebrar una reunión.

Nos acurrucamos bajo el arco situado entre el patio de la biblioteca y el patio este, exhalando vaho blanco mientras la nieve caía a nuestro alrededor. Agarré un lápiz con la mano enguantada con toda la fuerza que pude y empecé a escribir.

—¡Bueno! —comenzó Daisy—. Ha habido muchas novedades. ¿Qué sabemos?

—Hemos descartado a uno de nuestros sospechosos —dije de inmediato—, Moss. Chummy lo había encerrado en sus habitaciones

justo después de las doce y media, y permaneció allí hasta que Donald le dejó salir, después de que Chummy se cayera. No podría haber tendido el hilo.

—Muy cierto —respondió Daisy—. Aunque es una lástima. Parecía tan buen sospechoso al principio…

—El piensa que lo hizo Donald —dije—. George y yo estamos de acuerdo.

—¡Qué interesante! —exclamó George.

—¿El qué? —preguntó Daisy.

—Ver cómo investiga otro club. Alex me lo ha contado, pero es distinto en persona.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo lo hacéis vosotros? —preguntó Daisy con susceptibilidad. Odia que le digan que el Club de Detectives es cualquier cosa menos perfecto.

—¡Nosotros revisamos las pruebas primero! —dijo Alexander—. Idea de George.

—¿Y? —dijo Daisy, todavía lista para morder.

—Bueno, estaba el palo…, la rama…, lo que fuese. Y el clavo, el hilo y esos trabajos de Amanda. Y el abrigo de Amanda, ¿eso lo incluís como prueba?

—Las cosas están muy bien —repuso Daisy con severidad—, pero no tienen ningún sentido sin las personas.

Inspiré hondo.

—¿No podemos llegar a una solución intermedia? —pregunté yo —. Podríamos ir por orden cronológico, conforme hemos descubierto las pruebas.

George y Daisy se miraron el uno al otro, y a continuación ambos asintieron.

—Bertie queda descartado —dijo George—. Podemos darle una coartada de doce y cuarto a dos y cuarto.

—Cuando Chummy ya se había caído. —Daisy asintió de nuevo—. Bueno, Chummy y Donald discutieron por esa chaqueta a las doce y media. Michael subió a regañarles y volvió a bajar a sus habitaciones; Chummy encerró a Moss en sus habitaciones en lo alto

de las escaleras, luego salió por la ventana de su sala de estar, subió por la tubería y accedió a los tejados del Maudlin sobre la una menos cuarto. Fue entonces cuando lo oyó Perkins, que se estaba quedando dormido. Eso da al asesino un lapso de…, pongamos de las doce y cuarenta a las dos, para tender la trampa. Estamos de acuerdo con toda la secuencia temporal, ¿verdad?

Todos asentimos.

—Hazel y yo hemos estado hablando de cómo tendieron la trampa mientras vosotros dos estabais en el jardín —dijo George.

Daisy me lanzó una mirada de perplejidad.

—¡Os lo estamos contando ahora! —protesté—. No es una pista como tal, es algo que hemos notado los dos. Cada vez que hemos subido y bajado (cuando estábamos decorando las escaleras, por ejemplo), ha salido alguien a ver qué hacíamos. Todo reverbera. No creo que puedas subir la escalera sin que te oigan. Sería muy difícil que alguien lograra llegar hasta arriba desde el pie sin que nadie se diera cuenta.

—Exacto. —George asintió—. Deberíamos probarlo con calcetines, solo para asegurarnos, pero es verdad que parece imposible. Y una cosa más: sabemos que Moss sospecha de Donald, lo que nos indica que puede que no oyera pasos subiendo por las escaleras. Si no, tendría los mismos motivos para sospechar de uno de los otros, cuyas habitaciones están más abajo. Bueno, Alfred solo habría tenido que subir un tramo, pero Michael habría tenido que subir tres, con sus pasos resonando todo el camino. ¡Ya habéis oído cómo el sonido se propaga por el hueco de la escalera! Alfred no ha mencionado que oyera pasos por delante de su puerta tampoco, lo cual puede significar una de dos cosas: primero, que es culpable; y segundo, que Michael no pasó por delante de su puerta.

—Creo que hay otro punto contra Michael —dijo Alexander—. Por carácter, no parece encajar con los ataques, ¿no? Eran todos muy arriesgados y aleatorios, pero Michael parece una persona muy cuidadosa. Cuando envenenaron el oporto con muérdago en la fiesta, muchos se pusieron malos, incluido Michael. Y si Chummy era

el objetivo desde el principio, ¿por qué correría Michael el riesgo de empujar al hermano equivocado al estanque? ¡Sencillamente no sería su estilo!

—Muy cierto —dijo Daisy, frunciendo el ceño—. Es verdad que Michael no es el sospechoso más destacado, aunque no le gustaba Chummy. Si fuese Alfred, en cambio, puedo imaginarlo atacando sin importarle a quién hacía daño, siempre y cuando acabara alcanzando a Chummy. Es la clase de persona que consigue lo que quiere y le trae sin cuidado si alguien más sale perjudicado. Y si fue Donald…, vaya, pudo beber suficiente oporto para ponerse malo pero sin hacerse daño de verdad, y luego saltar al estanque y fingir que se ahogaba. Pudo asegurarse de no dejar ninguna pista que lo involucrara.

—¡Al fin y al cabo, Moss cree que es Donald! —añadió Alexander —. Donald tiene móvil y ha estado comportándose de un modo extraño desde que Chummy murió. ¡Se alegra de que esté muerto!

—Todo esto es muy cierto, pero ¡no nos adelantemos! —dijo Daisy con tono serio—. Deberíamos pasar a Amanda a continuación. Sé que no puede ser sospechosa, pero resulta cada vez más sospechosa. Hemos observado cosas raras en la parte delantera de su abrigo (polvo de ladrillo y barro) y, como también hemos descubierto Hazel y yo, tiene una conexión con Chummy. Ha estado haciendo sus trabajos por dinero, además de los de Donald y Bertie, y sabemos que alguien en el Maudlin lo descubrió.

—¿Y? —preguntó George—. Amanda no pudo haber estado en la escalera la noche del asesinato.

—Pero, entonces, ¿cómo sabía lo de la caída? —pregunté yo—. ¿Os habéis creído la versión de Donald al policía? ¿Que la llamó él?

—No —respondió Daisy con resolución—. Solo lo estaba diciendo para que el agente Cross no hiciera más preguntas incómodas y se largase, ¡y eso lo hace más sospechoso!

—Esperad —dijo Alexander—. Se me acaba de ocurrir algo. El muro del jardín de los tutores es de ladrillo. He vuelto a darme cuenta justo ahora. Y ese jardín está lleno de barro. ¿Y si…?

Decidme si estoy siendo un idiota. ¿Y si el otro rastro de huellas que hemos encontrado en el jardín pertenecía a Amanda? Después de todo, ¿quién se apoya en un muro de frente? Ese polvo solo tendría sentido si estaba escalando el muro. Entonces imaginaos que subió por la tubería y llegó a la escalera a través de una delas habitaciones que dan al jardín. Podría haber estado ahí en el momento adecuado anoche. Incluso podría haber tendido la trampa. Si Donald no hizo esa llamada, Amanda podría haberse enterado de la caída de todos modos, sin que se lo dijeran, ¡si estaba ahí!

Se me aceleró el corazón. Podía encajar. Sin duda, sonaba más probable que una llamada de Donald.

—¡Eso explicaría por qué nos despertó a nosotras también! —añadí—. Habría necesitado contamos que había habido una llamada telefónica para que pudiéramos confirmar su historia más tarde. Pero… Espera. ¡Amanda no escala! O, al menos, no nos ha dicho que lo haga.

—¡Las chicas pueden escalar igual que los chicos, Hazel! —repuso Daisy—. Y parece que la escalada no deja de salir en este caso. Que nosotras sepamos, solo los estudiantes varones forman parte del club secreto de escalada, pero ¿por qué no iba a escalar una alumna del St Lucy's también? Recordad, Bertie nos dijo que, incluso como miembro del club, no siempre sabes quiénes son los demás escaladores fuera de tu propia sección. Es así de hermético.

De pronto me vino a la mente el recuerdo de cuando escalamos por el lateral de la residencia durante nuestro último caso en Deepdean. Es cierto que algunas chicas (como Daisy) son excelentes escaladoras, y también es cierto que yo no soy una de ellas.

—¿Podríais preguntárselo? —dijo Alexander.

—No puedes preguntar a alguien por sus secretos sin más —respondió Daisy—. Tienes que sacárselos poco a poco, como si fuesen la perla de una ostra. Pero… Ay, porras, puede que tengas razón. Si Amanda atravesó el jardín, podría haber recogido ese palo de allí y haberlo metido a presión en una ventana, para mantenerla abierta.

—¿Las marcas encajan? —pregunté yo.

Todos observamos los extremos aplastados y la muesca del medio.

—Hum —dijo Daisy—. Es casi como si lo hubieran trabado contra algo, ¿no? Algo que impacto contra él.

—Pero, si fue Amanda, ¿cómo podría haber tendido ella el resto de las trampas? —pregunté. Eso me tenía desconcertada—. Amanda podría haber vertido el muérdago en el decantador colándose un día a hurtadillas por la tubería mientras todo el mundo estaba fuera, pero ¿cómo iba a empujar a Donald al estanque? Ella no estuvo en el Maudlin para la cena. Estaba esperándonos en Mill Lane cuando salimos después.

—No podemos estar seguros de eso, Hazel. Podría haberse colado saltando el muro otra vez y haberse escondido en la oscuridad, ¡en algún lugar cerca del estanque! —dijo Daisy—. Eso quizá explicaría por qué empujaron al hermano equivocado. Tenía prisa e intentaba alejarse antes de que la vieran. Todas las demás trastadas también encajan, si resulta que tiene acceso al colegio a través del jardín de los tutores. Podría haber subido a hurtadillas por la tubería y haber preparado el truco del cubo, y podría haber estado escalando cerca de los hombres y haber aflojado la piedra. ¡Y si no estaba presente, entonces no podría haberse asegurado de que resultara herida la persona indicada, lo que explica la extraña aleatoriedad de los ataques mejor que cualquier otra teoría!

Nos miramos unos a otros, y sentí un chisporroteo en el estómago. Casi olvidé el frío que tenía. ¿Habíamos descubierto a la asesina de repente?

LISTA DE SOSPECHOSOS

1. ~~Bertie Wells. MÓVIL: Desconocido. OPORTUNIDAD: Vive en la escalera nueve, y estaba allí en el momento en que debieron de tender la trampa. COARTADA: Dice que estaba en sus habitaciones. ¿Es cierto? NOTAS: Es alumno del Maudlin y~~

~~escalador, y tuvo la oportunidad de cometer todas las trastadas anteriores.~~ —¡DESCARTADO! Estaba escalando con George Mukherjee, Harold Mukherjee y Alexander Arcady de 12:15 a 2:15; no podría haber colocado el hilo.

2. Donald Melling. MÓVIL: Es el hermano mayor de Chummy, pero este lo tenía sometido. Ahora que Chummy está muerto, recibirá la herencia en su cumpleaños, como estaba previsto, pero podrá disponer de ella como le venga en gana. OPORTUNIDAD: Vive en la escalera nueve y estaba allí en el momento en que debieron de tender la trampa. Encontramos hilo de pescar en sus habitaciones. COARTADA: Ninguna todavía. NOTAS: es alumno del Maudlin y escalador, y tuvo la oportunidad de cometer todas las trastadas anteriores, aunque parecía ser la víctima de estas. ¿Era solo una treta inteligente? DISCUTIÓ con Chummy a las 12:30, y luego tuvo una oportunidad inmejorable de tender la trampa en cuanto Chummy escaló a los tejados del Maudlin, Parece alegrarse mucho de que Chummy haya muerto. También le ha dicho al agente Cross que llamó a Amanda para comunicarle la muerte de Chummy, pero creemos que es mentira, y eso lo hace aún más sospechoso.

3. Alfred Cheng. MÓVIL: Odiaba a Chummy y se le oyó decir que quería castigarle. OPORTUNIDAD: estaba en la escalera nueve la noche del asesinato. COARTADA: Ninguna todavía. NOTAS: Es alumno del Maudlin y escalador, y tuvo la oportunidad de cometer todas las trastadas anteriores. NOTAS: Comportamiento sospechoso observado. Volvió a sus habitaciones después de la caída de Chummy. ¿Por qué? Parece odiar de verdad a Chummy, razón por la cual volvió a sus habitaciones después de que Chummy se cayera. ¿Es motivo suficiente para matarle? ¿Es la persona que descubrió que Chummy pagaba a Amanda por hacerle sus trabajos?

4. Michael Buttler. MÓVIL: ~~Ninguno todavía~~. OPORTUNIDAD: Vive en la escalera nueva y estaba allí la noche del asesinato.

COARTADA: Ninguna todavía. NOTAS: Es parte del Maudlin. Podría haber montado lo de la puerta, el muérdago y el estanque, pero no el accidente de escalada. No escala, aunque podría haber cogido el hilo de pescar de las habitaciones de otro.

5. ~~Moss. MÓVIL: Ninguno todavía. OPORTUNIDAD: estaba en la escalera nueve la noche del asesinato. COARTADA: Dice que se fue a la cama a las doce y media, cuando aún no habían tendido la trampa. ¿Es cierto? NOTAS: No escala, aunque podría haber cogido el hilo de pescar de las habitaciones de otro. Ha sido visto intentando destruir pruebas.~~ —¡DESCARTADO! Aunque sabemos que tiene razones de sobra para que no le guste Chummy pues ha trabajado para la familia Melling y cree que Donald ha sido tratado de forma injusta por sus padres y su hermano, sabemos que Chummy lo encerró en sus habitaciones desde las 12:30 hasta justo después de la caída, cuando Donald le dejó salir. No podría haber escapado para tender el hilo. Es inocente, pero está claro que cree que Donald es culpable. ¿Es cierto?

6. ~~Mister Perkins. MÓVIL: Ninguno todavía. OPORTUNIDAD: Vive en el Maudlin, aunque no en la escalera nueve; sin embargo, tiene llaves. COARTADA: Ninguna todavía. NOTAS: ¿De verdad podría haber tendido todas las trampas anteriores? Parece muy poco probable. Debemos descartarlo.~~ —¡DESCARTADO! Su esposa y el estudiante enfermo le proporcionan coartada. Aunque oyó algo importante: a Chummy escalando hasta los tejados del Maudlin alrededor de las 12:45.

7. Amanda Price. No estaba en la escalera nueve la noche del asesinato, pero dice que la llamaron por teléfono en plena noche. ¿Es cierto? Y, si no, ¿por qué iba a mentir? Creemos que estaba mintiendo, y que de hecho se encontraba en la escalera nueve a la hora de la muerte. Por las pruebas de barro y polvo halladas en su abrigo, es posible que saltara el

muro del jardín de los tutores y subiera por la tubería a la escalera nueve. Esto le proporcionaría medios y oportunidad para tender la trampa, y tiene móvil: Chummy estaba comprándole trabajos, algo que ella odiaba, y había poco que se había enterado de que alguien más de la escalera nueve se hallaba al tanto del engaño. Ha estado comportándose de forma sospechosa, y si es escaladora podría haber tendido todas las trampas. Debemos considerarla una de nuestros sospechosos principales.

2

—Excelente —dijo Daisy—. Vale. Plan de acción, por favor, ¡Tenemos que investigar a Amanda de inmediato!

Asentí.

—¿Deberíamos recrear el crimen también? —pregunté—. Andar a hurtadillas en calcetines, quiero decir, solo para ver si Michael pudo llegar a hacerlo.

—Sí… ¡Solo tenemos que asegurarnos de no topamos con el agente Cross mientras lo hacemos! —dijo Daisy—. Porras, ¡menudo patán! Ojalá contáramos con las mismas herramientas que la policía. ¡Estoy segura de que tenemos el doble de cerebro! —Pensé en el equipo de huellas que la esperaba, envuelto, en nuestras habitaciones en el St Lucy's, y sonreí para mí.

—Pero ¿no es esa nuestra mejor baza? —preguntó George—. No somos la policía, así que no tenemos que comportarnos como ellos. Investigamos de forma distinta.

—Cierto —dijo Daisy—. Los adultos no notan nuestra presencia, lo cual es una maravilla.

—No la notan ahora —apostilló George—. Pero un día lo harán. Después de todo, estamos creciendo.

—Bueno, algunos —dijo Daisy mirándome.

Pensé en Alexander y me alegré de tener las mejillas sonrosadas ya por el frío.

Entonces se oyó un grito furioso detrás de nosotros. Me volví y vi a la tía Eustacia. Tenía el rostro encendido y estaba envuelta en un magnífico abrigo morado. Mister Perkins se apresuraba tras ella con aspecto afligido.

Alexander se deslizó el palo por la manga a toda prisa. Tuvo que inclinar la muñeca para aguantarlo, y la verdad era que resultaba extraño, pero solo si te fijabas.

—¡Daisy! —gritó la tía Eustacia—. ¡Hazel! Santo Dios, es como tener a un par de monos a mi cargo. ¿Puede saberse qué estáis haciendo plantadas en medio de la nieve como pequeñas cerilleras? Cualquiera diría que no tenéis adonde ir. Price ha vuelto al colegio hace media hora y se ha limitado a decirme que estabais en el Maudlin. Y con eso es suficiente. Ya no puedo confiar en ella. ¡No sé qué le ha entrado estas vacaciones!

Todos intercambiamos miradas. ¿Lo sabíamos?

—Bueno, ¡basta de callejear! —dijo la tía Eustacia—. Una no puede fiarse de los hombres, deberíais aprender eso. Volved al St Lucy's de inmediato, por favor. El rector se pondrá furioso cuando se entere de esto. Chicos, tenéis que marcharos enseguida. ¡De verdad! ¿No sois mayorcitos para saberlo?

Media hora antes, quizá nos hubiera molestado, pero, ahora que Amanda era sospechosa, de pronto me pareció una idea excelente regresar al St Lucy's para poder vigilarla bien.

—Adiós —les dije a George y a Alexander.

—Adiós —dijo Alexander, mirando a Daisy.

—Adiós —dijo George, con una sonrisa.

Daisy asintió con la cabeza y se dio la vuelta.

—Tomaréis una cena ligera en mi estudio —nos indicó la tía Eustacia—, una vez que os hayáis quitado esa ropa empapada, por supuesto. Creo que hay incluso un pastel de Navidad de postre; por suerte, no es de nuestras propias cocinas. He insistido al cocinero para que comprara uno en Fitzbillies, así que estamos a salvo. ¡Oh, miraos! Sería un milagro que no cojáis una pulmonía. Ahora ¡daos prisa!

Noté que me rugía el estómago. Llevábamos todo el día tomando pequeños bocados, pastel y tartaletas de fruta, pero, aunque estaban deliciosos, estaba deseando una tostada con mantequilla o un consistente guiso con patatas. Quería la seguridad de una comida decente, una prueba de que la vida cotidiana continuaba fuera de nuestra pequeña y extraña burbuja.

Salimos de la conserjería (Daisy se volvió para saludar con la mano a mister Perkins, quien volvía a estar acurrucado en su garita, aferrando una taza de té recién hecho) y enfilarnos por el adoquinado de Mill Lane. El tiempo nos azotó de pronto la cara y el cuerpo. Para entonces, el viento transportaba tanta nieve que era como una manta. No era un polvo suave, ni una bonita alfombra. Era como algo salvaje, que luchaba contra nosotras, como el mismo Cambridge.

3

La tía Eustacia nos mandó a cambiarnos la ropa empapada, y cuando bajamos a su estudio por fin descubrí que había una parte de St Lucy's que me gustaba de verdad. Puede que el estudio hubiese visto tiempos mejores, pero seguía siendo una de las habitaciones más bonitas en las que había estado nunca. Las cortinas de terciopelo rojo quizá estuvieran viejas y raídas, y las sillas desparejadas, pero en la chimenea crepitaba el fuego, y las paredes blancas quedaban prácticamente ocultas por estantes y más estantes de libros. Prácticamente llegaban al techo, y los libros parecían desgastados por el uso y el amor. Se me hinchió el corazón.

Habían servido la cena en la mesa, que estaba puesta para nosotras. Era sencilla pero deliciosa: magdalenas, jamón, huevos cocidos y tostadas con mantequilla, con pastel de Navidad de postre. La tía Eustacia se había quitado el abrigo y el sombrero mojados, y estaba sentada en un sillón grande, calentándose junto al fuego. Cuando entramos, nos dedicó un gesto enérgico.

—¡Buenas tardes, chicas! Sentaos. Tomad tostadas. Después de lo que acabo de ver en el Maudlin, me gustaría hablar de vuestro futuro.

Era una forma amedrentadora de empezar. Miré a Daisy en busca de ánimo. Estaba amontonando comida en su plato, así que la imité. Di un bocado esponjoso y fortificante de magdalena, y traté de

mostrarme sensible e ilusionada, nada parecido a una detective.

—Bueno —empezó la tía Eustacia—, parecéis contentaros con perder el tiempo jugando con Hombres y Misterios, así que me gustaría recordaros que hay más cosas en la vida. Las dos queréis ir a la universidad, ¿verdad?

—Ah, no —contestó Daisy, con su mejor voz de niña tonta—. A mí me presentarán en la Corte, me casaré con un lord, me iré a vivir en el campo y haré mermelada.

—No seas absurda, Daisy —replicó la tía Eustacia—. Te conozco demasiado bien. ¿Qué hay de ti, Hazel?

—Yo… —dije. Siempre había pensado que me gustaría ir a la universidad. Pero, ahora que había visto a Amanda, tan frustrada por ser inteligente y que, aun así, la dejaran de lado, me pregunté si de verdad sería suficiente para mí. ¿Por qué iba a ir a Cambridge cuando ni siquiera podía obtener una titulación al final, como los hombres?—. Supongo.

—Bueno, es un comienzo —dijo la tía Eustacia—. ¿Qué estudiarías? ¿Qué te gusta?

—Me gusta… Me gustan los libros.

—Ah, ¿sí? ¿De qué tipo?

—Esto… —Por supuesto, la única imagen que me vino a la mente fue mi montaña de cuadernos, que iban apilándose lentamente en el arcón en Deepdean—. Libros de misterio.

—¿No habéis tenido misterios suficientes? —dijo la tía Eustacia.

—También le gustan otros libros —intervino Daisy—. Siempre está leyendo.

—¡Pues bien! ¿Qué hay de Historia o Clásicas? ¿O Inglés, incluso? Y tú, Daisy…, ¿por qué no Matemáticas? ¿O Arqueología, quizá? Es una forma más respetable de desenterrar cosas.

—¡De ninguna manera! —exclamó Daisy. Sabía que estaba pensando en sus planes para montar la agencia de detectives más importante del mundo (Presidenta: la honorable Daisy Wells).

—Solo te pido que lo consideres —dijo la tía Eustacia—. No me gusta ver a las chicas echando a perder sus talentos. Las dos sois

inteligentes, eso puedo verlo. Y si tenéis cerebro, deberíais utilizarlo. No es bueno que las mujeres sean ignoradas y marginadas. Las cosas pueden marchar bien, durante un tiempo, pero al final siempre hay una explosión. Mirad a Price, por ejemplo. Os dejé a su cargo porque he visto cómo la tratan esos chicos del Maudlin. Incluso tu hermano, Daisy, la subestima. Creo que está enamoriscada de él, pero por supuesto ese no es el camino. Yo lo veo, pero Price, al parecer, no. Es más inteligente que todos ellos, también más fuerte. El mes pasado celebramos nuestro treinta aniversario con juegos, y ella ganó todas las medallas que había. No me extrañaría si también escalase.

—¿Escalase? —dijo Daisy alerta.

La tía Eustacia no podía referirse a…

—Ah, estoy segura de que Bertie os habrá hablado de ese club secreto suyo —continuó la tía Eustacia—. ¡Todos los jóvenes piensan que los tutores no lo sabemos! Como si nosotros no hubiésemos tenido esa edad o hubiésemos sido estudiantes tiempo atrás. ¿Quiénes creen que eran los escaladores, antes de que ellos llegaran? Bueno, las alumnas tienen un club propio. Más atrevido que el de los hombres, aunque por supuesto los hombres nunca han oído hablar de él. Si queréis tener secretos, confiad en mujeres para guardarlos.

Mi mente iba a toda velocidad. Ahí estaba la confirmación de lo que habíamos estado sospechando, ¡y de una fuente inesperada! Recordé lo rápido que había recuperado el aliento Amanda tras apearse de la Yegua, el día que la conocimos. Era robusta y fuerte, ¡pues claro que era deportista! El parentesco de la tía Eustacia con Daisy resultaba evidente. Era igual de aguda y perspicaz que ella.

Daisy estaba muy erguida en su asiento.

—¡Fascinante! —exclamó.

—En efecto —respondió la tía Eustacia—. Ojalá Price no os hubiese implicado en el accidente del Maudlin. ¡Estúpidos chicos con sus trastadas! ¿Por qué habéis vuelto allí? —Nos observó con mirada escrutadora.

—Esto… —dijo Daisy—. Por Bertie, por supuesto. Estábamos preocupadas por él.

—¡Y deberíais! —sentenció la tía Eustacia—. A mí también me tiene preocupada, mezclándose con esos estúpidos Melling. Tienen más dinero que juicio… O Donald lo tendrá el día de Navidad. Una extraña familia esa. Daisy, deberías alegrarte de que nosotros no tengamos restricción de herencia. Hace que todos los parientes se vuelvan locos imaginando qué tendría que ocurrir para hacerse con el control del dinero. Bueno, Hazel, ¿tú tienes hermanos?

—Tengo dos hermanas —dije con educación, eludiendo que en realidad solo eran hermanastras, y que su madre y la mía siguen vivas y ambas viven en la casa de nuestro padre—. Más pequeñas.

—Las niñas son realmente la mejor opción —declaró la tía Eustacia—. Estoy segura de que a tu padre debió de molestarle no tener un varón, pero, la verdad, traen más problemas de lo que vale la pena. ¡Mirad a mi hermano! Era salvaje. Y su hijo…, ¡bueno! Hablando de Félix, Daisy, recibí un telegrama suyo la semana pasada. Es posible que venga a la comida de Navidad este año. ¿Te lo ha dicho? Espero que no se traiga a esa actriz con la que tuvo un lío el año pasado. No era nada apropiada. Necesita una esposa inteligente, si no se aburrirá. No sé por qué algunos hombres piensan que quieren casarse con idiotas. ¡Imaginaos la conversación durante la cena! Qué espanto.

—¿Qué? ¿Cuándo llega? —preguntó Daisy, casi sin aliento—. ¿Esta noche? —Le brillaban los ojos.

—Ah, no lo dijo —contestó la tía Eustacia—. Nunca lo dice. Bueno, ¿quién quiere un trozo de pastel de Navidad?

Nos tendió la bandeja, y Daisy cogió uno alegremente. Tras una pausa, yo hice lo mismo. Nunca he estado del todo segura acerca del pastel de Navidad. El leve dejo de almendras del glaseado me lleva a pensar, como una tonta, en el cianuro. Daisy me ha enseñado un montón de cosas sobre venenos desde nuestro segundo caso, y sé que el sabor a almendras significa cianuro. Daisy también, y se deleita en el mazapán como resultado. Pero, mientras comíamos,

sentadas junto al crepitante fuego, tan solo olía a Navidad.

Estábamos a 24, recordé, Nochebuena… Faltaban apenas unas horas para el cumpleaños de Donald. ¿Cómo seríamos capaces de resolver el caso para Navidad?

4

Volvimos a las habitaciones de Rey Enrique, y escribí todo eso último en mi cuaderno. Daisy estaba sentada junto a la ventana, viendo la nieve caer.

Le di un codazo, como había hecho en el tren. ¿Era posible que solo hubiesen pasado dos días desde entonces?

—¡Estoy bien, Hazel! —dijo Daisy—. Solo estoy pensando en el caso. Ya sabemos que Amanda es lo que sospechábamos: ¡una escaladora! Esta noche debemos vigilarla, por si intenta alguna cosa más. Es sin duda la principal sospechosa, después de Donald. En serio, es típico de Bertie ser amigo tanto de Chummy como de Amanda. ¡Menudo idiota! ¿Cómo ha conseguido acabar mezclado en otra muerte…?

—Pero si nosotras ya nos hemos visto mezcladas en cinco asesinatos —señalé.

—Sí, pero nosotras somos profesionales —dijo Daisy, y por un momento pareció que la adulta era ella, y Bertie, el niño.

—¿Vas a vestirte para la cena? —pregunté.

—Ah, ¿para qué? —preguntó Daisy—. Esto no es como el Maudlin. Imagínate, ¡se supone que este es el colegio al que deberíamos querer venir! Puede que el estudio de la tía E sea agradable, pero debes reconocer que, en general, el St Lucy's es decididamente de segunda fila en comparación con el Maudlin. Y a

esto podría reducirse nuestra vida, si lo permitimos. ¡No, gracias! He decidido que no necesito ir a la universidad para convertirme en detective independiente.

—¿Quieres decir que no quieres casarte con un lord, después de todo? —pregunté, sonriéndole.

—No bromees, Hazel —contestó Daisy—. No pienso casarme con nadie. No dejo de intentar explicártelo: los hombres no me interesan. Yo no soy como tú.

Aparté la vista.

—¡No puedo evitarlo! —repliqué—. Ojalá pudiera.

—La gente es extraña —dijo Daisy—. ¿Por qué no puedes ser amiga de Alexander sin más, como yo con George? Eso no tiene nada de complicado.

—Tú no eres como otras personas, Daisy —dije—. Creo que George tampoco.

—¡Por eso me interesa! —exclamó Daisy—. Somos muy parecidos, y eso es raro. Creo que es el chico más inteligente que he conocido nunca. Pero no quiero casarme con él.

—¡Yo no quiero casarme con Alexander! —repuse, y me sonrojé.

—Hazel, no sé por qué insistes en mentirme —dijo Daisy—. Estás loca por él. Lo miras con la boca abierta como un pez. Es justo como me mira él a mí. —Entonces parpadeó—. Oh. Lo siento. No debería haber dicho eso, ¿verdad?

Negué con la cabeza; me pitaban los oídos.

—¿Lo ves? ¡He aprendido algo de lo que ocurrió el pasado semestre! —gritó Daisy—. No era mi intención, ya lo sabes. Sigues siendo mi mejor amiga del mundo entero, y la mejor detective que conozco sin contarme a mí.

No pude evitar reírme, aunque lo que había dicho todavía me dolía. Era cierto que no era su intención. Le di un abrazo.

—¡Disculpa aceptada! —dijo Daisy, con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Sabes?, creo que sí que quiero vestirme para la cena. Después de todo, ¡es Nochebuena!

5

La cena esa noche fue, como había sospechado Daisy, muy distinta de la elegante velada a la que habíamos asistido en el Maudlin. Tenía lugar en el refectorio, que aún resultaba lúgubre, aunque habían colocado un árbol en un rincón, rodeado de literatas que se quedaban para Navidad y para la fiesta de Donald. Ahí no había el brillo de la plata o el cristal, ni criados con librea dorada; en lugar de eso se respiraba un ambiente de latas y botellas, y una sola doncella apurada que salpicaba con la salsa al soltar los platos delante de nosotras. El primer plato fueron sardinas, tan pequeñas que casi se perdían bajo una sopa de tomate, y luego pichón, lo cual me pareció emocionante hasta que me encontré un perdigón dentro. Pegué un mordisco y estuve a punto de partirme un diente, y no llegué a recuperarme del todo de la impresión.

—¡Prometo una comida mejor por Navidad! —dijo la tía Eustacia, masticando su pichón con expresión avinagrada. Estábamos sentadas en la mesa de honor con ella, como consideración especial —. De verdad, ¡esta noche están superándose en las cocinas! Voy a tener que ir a hablar con ellos. Ah, y Daisy, acabo de enterarme de que ese tío tuyo se reunirá con nosotros mañana por la mañana como muy tarde. Y traerá a su prometida con él.

—¿Prometida? —inquirió Daisy.

—En efecto —contestó la tía Eustacia, y frunció los labios—. Es

muy típico de él soltarnos algo así. La primera vez que lo ha dicho, pensé que había algún problema con la línea telefónica. Tiene intención de casarse con alguien llamada *miss*… Lovedon, en Londres, en Nochevieja. ¿La conocéis?

—¡*Miss* Livedon! —exclamó Daisy, boquiabierta.

Pero a mí no me sorprendió. Me pareció que estaban destinados a estar juntos. Me imaginé a *miss* Livedon y al tío Félix recorriendo el mundo de la mano, atrapando a espías y a criminales, y salvando a Gran Bretaña. Era de lo más romántico.

—Ah, eso —dijo la tía Eustacia—. Quiere que asistamos todos, lo cual aprecio. Pero ¡con tan poca antelación! Bueno, esta prometida, ¿es de las buenas? ¿Os parece bien?

—¡Oh, sí! —exclamé yo.

—Es tremenda —dijo Daisy—. Creo que es justo lo que necesita. Y claro que estaremos en la boda.

—Pues claro —respondió la tía Eustacia, y Daisy me propinó un codazo con regocijo.

Las dos estábamos tan emocionadas que tuvimos que hacer un esfuerzo para seguir vigilando a Amanda.

Se encontraba sentada en la parte central del salón y no hacía más que comer con desgana. Se quedaba con la mirada perdida y el ruido más leve la sobresaltaba. Las bolsas que tenía bajo los ojos se le marcaban más que nunca y parecía completamente distraída. ¿Era por el sentimiento de culpa?, me pregunté.

Se acercó a nosotras después de que se llevaran los platos del postre (pastel de ciruelas, pasas y natillas de lata). La acompañaba otra chica, delgada y seria, con el pelo castaño y liso y gafas grandes.

—He hecho lo que me ha pedido —dijo la chica a la tía Eustacia —. He tenido a Amanda jugando a las cartas conmigo toda la tarde.

—Un trabajo excelente, Harriet —la felicitó la tía Eustacia, asintiendo—. Amanda, espero que te encuentres mejor.

—Estoy perfectamente. Creo que me iré temprano a la cama —dijo Amanda enfadada.

Me preocupaba. En verdad se la veía pachucha.

—Después de los villancicos, espero —añadió la tía Eustacia.

Advertí que Amanda quería decir que no, pero suspiró y contestó:

—Por supuesto, *miss* Mountfitchet.

No obstante, se tiraba del pelo con ansiedad mientras se alejaba y me preocupaba que pudiera arrancárselo. También estaba segura de que estaba tramando algo. Teníamos que vigilarla de cerca.

6

Me alegré de que Amanda se quedara para los villancicos. Significaba que nosotras también podíamos quedarnos y seguir vigilándola toda la noche. Una vez concluida la cena, todas las alumnas y tutoras se reunieron en un círculo alrededor de las ramas verdes del árbol y las velas titilantes para cantar.

Daisy y yo nos unimos (teníamos una sola hoja de himnos para las dos, y la cogió Daisy), y las armonías reverberaron a nuestro alrededor en la fría penumbra. Era tan bonito que un escalofrío me recorrió la columna. Fuera volvía a nevar, en suaves remolinos, y el aire mismo, como bañado en plata, parecía cargado de expectación.

—Buenas noches, tía E —dijo Daisy con un bostezo teatral, al tiempo que dejaba la hoja de himnos después de que se apagara el coro final de «¡Oíd! Los ángeles mensajeros cantan»—. ¡Nos vemos la mañana de Navidad!

Daisy y yo regresamos juntas a las habitaciones de Rey Enrique y, aunque los pasillos del St Lucy's eran fríos, estaban desnudos y producían eco a nuestro paso, no me deshice del espíritu navideño. Miré por la ventana de la sala de estar y vi que la tormenta había amainado, dejando tras de sí una vasta extensión de nieve que brillaba con un fulgor espectral en la oscuridad. Me aparté de la ventana y me dirigí al dormitorio.

—Hazel —dijo Daisy—, ¿se puede saber qué estás haciendo?

—Cambiarme —respondí.

—A veces creo que has progresado, y otras veces creo que eres exactamente la misma crédula de siempre. Te habrás dado cuenta de que irnos a la cama no era más que una excusa, ¿no? Amanda está tramando algo, y tenemos que seguirla para averiguar qué es. Pero, por supuesto, no debe saber qué tramamos nosotras. Por eso hemos fingido que nos íbamos a la cama como niñitas buenas. En realidad, no somos ni niñitas ni buenas.

—¡Lo sé! —repuse—. Solo iba a ponerme la ropa de abrigo, Daisy. ¡No me estaba preparando para acostarme! Claro que vamos a seguir a Amanda esta noche.

—¡Ah! —exclamó Daisy—. En ese caso, recuerda ponerte el abrigo y otro jersey por si acaso. ¡No hay forma de saber adonde puede que tengamos que ir!

Después de cambiarnos, esperamos, con la nariz pegada a la puerta de las habitaciones de Rey Enrique que daba al rellano de la escalera, durante lo que pareció una eternidad. La puerta de Amanda se encontraba por encima de la nuestra, así que, si se marchaba de sus habitaciones, debería pasar por delante de las nuestras. Salvo que…

La puerta de nuestro dormitorio estaba ligeramente entreabierta y oí un ruido procedente del otro lado. Era un leve golpeteo metálico. Me incorporé, porque conocía ese sonido. Era el que hacía una tubería cuando te agarrabas a ella con las manos para bajar por una fachada.

Daisy también se incorporó y me hizo un gesto. A continuación empezó a caminar a gatas hacia el dormitorio. Yo la seguí arrastrando los pies, conteniendo el aliento. Daisy se acercó a la ventana, la que da al río y a Cambridge, y con sumo cuidado, sin retirar el pasador, asomó la cabeza para ver el exterior.

Dio un grito ahogado.

—¿Qué pasa? —pregunté jadeando.

Se me engancharon los calcetines en una astilla e hice una mueca. Quería ver lo que estaba viendo Daisy.

—¡Ven a ver! —me susurró Daisy—. ¡Hazel, tenías razón!

Desenganché el calcetín (la lana se rasgó y maldije mi torpeza) y me acerqué a gatas a su lado para mirar. Primero levanté la cabeza con cautela, pero Daisy me propinaba tales codazos que me di cuenta de que no tenía nada que temer. Fuera, el mundo era blanco y azul. Todo era nieve y sombras, mezcladas de la forma más confusa, así que al principio no entendí qué estaba contemplando. Había una mancha negra en el borde del blanco ininterrumpido debajo de la ventana… ¿Un árbol? ¿Una estatua? Pero entonces se movió.

—¡Es Amanda! —dijo Daisy—. Ha bajado desde su ventana. Sí que escala, justo como pensaba la tía ¡E! ¡Estaba en el Maudlin anoche, y ahora va a volver para hacer alguna maldad!

Observé como la figura, con gorro y abrigo, se enderezaba y empezaba a alejarse con cuidado del St Lucy's, en dirección al puente y al Maudlin, dejando profundas pisadas oscuras a su paso. Entonces advertí algo.

—¡Daisy! —exclamé—. No puede ser Amanda. ¡Esa persona lleva pantalones!

—Pues claro que es ella —dijo Daisy con desdén—. ¿Quién iba a escalar con falda si puede ponerse pantalones? Debe de tener un atuendo de escalada. Es ella seguro. Mira, está haciendo eso con el pelo.

Miré y, en efecto, aquella persona se llevó la mano al pelo y se metió un mechón suelto debajo del gorro. Después de todo, se trataba de Amanda. Me sentí avergonzada. Si una mujer podía escalar, ¿por qué me había costado creer que podía hacerlo con pantalones?

—¿Qué hacemos? —pregunté, aunque sabía qué respondería Daisy. Y como era de esperar…

—¡No hay tiempo que perder! —dijo—. Debemos seguirla. ¡Rápido, antes de que vuelva a ocurrir algo terrible!

7

Eché un vistazo a mi reloj de pulsera y vi que eran casi las once de la noche. Eso significaba que en apenas unas horas sería Navidad. Me estremecí de arriba abajo. ¡Navidad en la nieve! Navidad… con una asesina.

Por suerte, ya llevábamos la ropa de abrigo. Daisy abrió la ventana de golpe (con una fuerza innecesaria, pero le encanta ponerse dramática), y lancé una ojeada por su lado a la tubería. Parecía abrumadoramente lejos, y la noche era gélida. Una ráfaga de aire frío me azotó la cara.

—¡Daisy! —exclamé—. No podemos. ¡Está nevando!

—Ya ha parado —repuso—. Y, de todos modos, lo hemos hecho antes. Hazel, ¿acaso no te he entrenado para esto? Deberías estar encantada de tener la oportunidad de poner en práctica tus habilidades como detective.

Era cierto que ya había bajado por una tubería, pero no en medio de la nieve, con temperaturas lo bastante frías para congelarme los dedos y los pies. Estaba aterrada; no había otra palabra para describirlo. ¿Y si nos caíamos? Los planes de Daisy eran a menudo disparatados, pero este parecía tener más números de lo habitual de que una de nosotras, o las dos, acabara muerta.

—¡Oh, venga, Hazel! —exclamó Daisy—. No seas cobarde. Sé que en realidad eres valiente.

—Soy prudente —repliqué, con los dientes apretados—. No quiero que muramos congeladas.

—¡No moriremos! Solo vamos a… ¡Oh, Hazel, date prisa o perderemos a Amanda! Mira, si no vienes, tendré que hacerlo sin ti. Y, entonces, ¿no te sentirás fatal? ¿Por dejar que tu presidenta investigue sola? Después del último semestre, ¿no coincidimos en que es una idea pésima?

Coincidimos, sí… O, al menos, habíamos comprobado lo que ocurría cuando intentábamos trabajar la una sin la otra. Pero una cosa era no querer que fuese sola y otra acceder a salir escalando a la noche helada. Estábamos a seis metros del suelo, lo que sé que no suena a mucho, pero lo parecía. Era altura suficiente para caer y no volver a levantarse. Chummy había muerto tras una caída de tres metros, después de todo. De repente tuve una visión vivida de sus últimos segundos, saliendo despedido hacia delante sin nada que lo parara hasta que impacto contra la piedra del rellano. Daisy me cuenta que a menudo sueña con que vuela, pero en mis sueños todos los vuelos acaban en caídas y me despierto empapada en sudor.

—¡Basta, Hazel! —me espetó Daisy—. Yo pienso salir ahí fuera y, si quieres honrar el Club de Detectives, saldrás detrás de mí. ¡Tú decides!

Trepó hasta el alféizar de la ventana, me lanzó una mirada, se balanceó como un mono hacia la izquierda y se agarró a la tubería.

En todos estos años, esa era la mayor prueba a la que Daisy me había sometido nunca. ¿Soportaría seguirla?

Por supuesto.

La tubería estaba tan fría que quemaba. Me dolían las palmas y temblaba de frío y de miedo. En ese momento, mientras pataleaba y me aferraba con las manos mientras descendía, maldije a Daisy Wells, al Club de Detectives y el último año de mi vida. No quería morir en Nochebuena. No quería morir y punto. Quería estar a salvo en mi cama, a la espera de hacer todas las cosas normales y corrientes que haría una chica inglesa en Navidad. Deseaba

aburrirme con todas mis fuerzas.

La tubería emitía chirridos y sonidos metálicos bajo mi peso. Contuve el aliento. No estaba muy lejos del suelo, pero tenía las manos hinchadas a causa del frío, parecían más garras que dedos, y apenas era capaz de mover las piernas.

—¡Vamos, Hazel! —susurró Daisy, pero de pronto no pude seguir moviéndome, sin más.

No era cuestión de voluntad. Era incapaz de moverme un solo centímetro. Me mantuve aferrada, tiritando, y en ese momento supe que estaba a punto de morir. Era lo más estúpido que había hecho en mi vida, y sería lo último. Me quedé allí colgada, de forma angustiosa, balanceándome en el aire, y entonces caí en picado.

Unas manos fuertes me agarraron por la cintura. Interrumpieron la caída y aterricé en un banco de nieve, con un frío abrasador.

—¿Qué demonios estáis haciendo? —susurró una voz por encima de mí.

Alcé la vista con el estómago encogido de temor.

Era Amanda.

δ

Me puse en pie tambaleante, temblando.

—Yo debería hacerte exactamente la misma pregunta —dijo Daisy, con la misma resolución que si estuviésemos en una salita, en lugar de en el exterior de un colegio universitario de Cambridge en medio de la noche, con una sospechosa de asesinato—. ¿Qué haces fuera del St Lucy's?

—Eso no es asunto tuyo —replicó Amanda enfadada—. ¿Qué pretendéis, siguiéndome así?

—¿Qué pretendes tú, saliendo por la ventana de tus habitaciones? ¿Y por qué no nos has contado que escalabas? ¿Bertie lo sabe?

—Él… No —respondió Amanda—. Es un secreto. Se supone que las mujeres no escalan. Una cosa más que no podemos hacer. Iba a contárselo anoche, pero no tuve oportunidad. Mejor así, en realidad, teniendo en cuenta lo que ocurrió. —Sonaba resentida.

—Entonces anoche estuviste en el Maudlin —dijo Daisy—. Por eso sabías lo de Chummy. No hubo ninguna llamada telefónica, ¿verdad? Donald no te llamó para nada. ¡Te lo inventaste todo!

Por enésima vez, deseé que Daisy no fuera tan valiente. Nos enfrentábamos a alguien que, aunque me había atrapado para detener mi caída, podía ser una asesina de verdad. Me moví para situarme junto a Daisy y me pregunté cómo demonios podíamos

salir de ese embrollo.

Amanda abrió la boca.

—¡No lo niegues! —la increpó Daisy—. Hemos visto el barro y el polvo de ladrillo en tu abrigo. Y hemos encontrado el palo que utilizaste para abrir la ventana. ¡Cayó al jardín de los tutores!

—No, Donald no me llamó. Anoche estuve allí. Pero ¡yo no usé ningún palo! —replicó Amanda—. Cuando llegué a las habitaciones de Bertie, la ventana ya estaba abierta. La dejé así cuando volví a salir. ¡No dejé caer nada al jardín!

—¡Ja! —soltó Daisy—. Entonces, ¿reconoces que estuviste allí? ¡Ya te tenemos!

Daisy tenía razón. Como suele decir, no hay nada que la gente disfrute tanto como corregirte. Pero… yo estaba experimentando una sensación de vacío, de preocupación. Lo que había dicho Amanda acerca del palo no era lo que nos esperábamos. Si no se le había caído a Amanda, entonces, ¿a quién? ¿Era una prueba, después de todo, o mera coincidencia? Y, si Donald no había llamado a Amanda, entonces, ¿por qué había mentido? ¿Era porque el asesino era él? Abrí la boca para preguntárselo, pero Amanda se puso a hablar de golpe.

—Yo… —dijo—. Yo… ¡Oh, me sacáis de quicio! Sí, anoche estuve en el Maudlin. Trepé por el muro hasta el jardín de los tutores y luego subí por la tubería hasta las habitaciones de Bertie. Quería demostrarle que yo también escalaba.

Supe entonces que lo que había advertido antes en su cara era cierto. Amanda estaba realmente enamorada de Bertie.

—Llegué allí sobre la una de la mañana —continuó—. Todas las luces de la escalera estaban encendidas, así que pensé que Bertie estaría en sus habitaciones. Me planteé llamar a su ventana y sorprenderle, pero, cuando me acerqué, vi que la ventana ya estaba abierta, así que me colé dentro. La habitación estaba vacía, y me senté a esperar. No sabía qué otra cosa hacer. Junto al fuego hacía calor, aunque no lo habían alimentado recientemente, y no sabía cuánto tardaría en volver. No paraba de pensar que le había oído,

pero no entró en ningún momento por la ventana.

»Cerré los ojos. Me pareció que no había sido más que un momento, pero me despertó un repiqueteo metálico, el grito más espantoso y luego un golpe horrible procedente de arriba. Cuando eché un vistazo a mi reloj de pulsera, acababan de dar las dos. Oí puertas que se abrían, y a Alfred y a Michael gritándose el uno al otro, y luego a Donald chillando también. Me acerqué a la puerta y presté atención. Oí que exclamaban el nombre de Chummy, así que supe que era él quien había caído. Entonces dijeron, creo que fue Michael, "Traedlo aquí, Monmouth está fuera por las vacaciones". Oí que la puerta de arriba se abría y se cerraba, y supe que tenía que irme de inmediato. Salí todo lo rápido que pude, y logré trepar el muro y saltar a la calle sin que me vieran.

Me palpitaba el corazón. Había aspectos nuevos en la historia de Amanda. Me la imaginé plantada en el frío jardín, mirando hacia las habitaciones de la escalera nueve. Todas las luces encendidas…, todas las luces. ¿Eso era importante? Me notaba la mente nublada por el frío. Y el repiqueteo metálico que había oído… ¿Eso qué era? ¿Podía tratarse del asesino, que corría escaleras abajo? Pero… no, no acababa de encajar. ¿Dónde había oído yo la palabra «repiqueteo» últimamente? No era capaz de pensar.

—Y entonces volviste aquí y nos despertaste —dijo Daisy.

—No estaba pensando con claridad, la verdad —replicó Amanda, con acritud—. La mentira sobre la llamada telefónica fue una estupidez. Debería haber esperado a la mañana siguiente, pero me quedé ahí tumbada, dándole vueltas, durante horas. Quería volver a entrar en el Maudlin, para averiguar qué había ocurrido, y también quería que Bertie tuviera a su familia cerca. Me contó lo que había ocurrido en Pascua y supe que otra muerte le afectaría mucho. Era muy amigo de Chummy, ¿sabéis? ¿Por qué me miráis así? ¿Qué pasa? Oye, no pensaréis que lo hice yo, ¿verdad?

Daisy y yo nos arrimamos un poco más la una a la otra.

—¿Lo hiciste tú? —preguntó Daisy en voz baja—. Si lo hiciste, más te valdría confesar ahora. ¡Nosotras somos más!

Amanda soltó una carcajada. Tenía la cara muy pálida y demacrada, y los puños apretados.

¿Qué iba a decir? ¿Qué haríamos si decía que sí?

—Tú…, estúpida cría, ¡idiota! ¿Matar a Chummy? Estaba demasiado ocupada haciéndole los trabajos. Sí, lo odiaba, pero me pagaba. Cambridge no es barato, y mis padres no son ricos como los vuestros. Lo necesitaba. ¿Por qué iba a querer matarle y dejar de recibir ese dinero? Y ni siquiera tenía tiempo para cuidar de vosotras como es debido. ¿De dónde iba a sacarlo para matar a nadie?

Dejé escapar un jadeo. Me ardía la cara.

—Pero ¿por qué volvías ahora al Maudlin? —preguntó Daisy.

—Quería hablar con Bertie —dijo Amanda—. Como os he dicho, sé lo que ocurrió en Fallingford este año y pensé que estaría preocupado. No quería que estuviese solo.

Resultaba tan ridículo que parecía real. Y su mención de Fallingford fue como una contraseña secreta. Me di cuenta de que Bertie confiaba realmente en ella, aunque no la quisiera como ella a él. Le había contado lo sucedido en Pascua. Daisy se volvió hacia mí y vi que había entendido lo mismo.

Y fue entonces cuando las tres oímos los gritos de Bertie.

Durante un extraño momento, pensé que serían imaginaciones mías. Después de todo, acabábamos de hablar de él. Pero no, ahí estaba su voz, llamando, y cuando Amanda y Daisy volvieron la cabeza hacia el ruido, vi que su esbelta figura corría por el puente hacia nosotras, a través de la nieve virgen.

Tenía los pies cubiertos de blanco y no llevaba gorro. Eso fue lo primero que me llamó la atención. Sacudía los brazos.

—¡Eh! —gritó—. ¡Vosotras! ¡Necesito…! Espera… ¿Fofita? ¿Manda? ¿Qué hacéis aquí fuera?

—¡Estamos hablando! —gritó Daisy—. Necesitábamos un poco de aire fresco. ¿Qué pasa?

—Fofita —dijo Bertie con la voz entrecortada—. Es… Es el Maudlin. He llamado a Harold, y luego a vosotras, pero… no habéis respondido, así que he venido… a buscaros. Os necesito. Ha ocurrido

algo. Ha muerto alguien más.

SÉPTIMA PARTE

En pleno invierno

1

Volvimos corriendo juntos al Maudlin. Estábamos en mitad de la noche, pero la portezuela de la entrada se hallaba abierta. Al agacharnos para pasar, vimos que la garita de mister Perkins estaba vacía y abandonada, con la luz aún encendida. Algo iba muy mal.

Cuando llegamos, la puerta de la escalera nueve también se hallaba abierta y por el hueco reverberaba un caos de voces masculinas. Subimos volando, tan rápido que me mareé. ¿Adónde íbamos? ¿A qué habitaciones? Pero seguimos subiendo… hasta la puerta de Donald.

Dentro reinaba una confusión absoluta. Allí estaba Alfred, gritando, al igual que Michael, Moss y mister Perkins. Donald estaba tirado en el sofá, envuelto en una bata de seda. Otro banquete espléndido se extendía ante él: lonchas de pollo, salsa *chutney*, pan y un pastel de Navidad. Pensé que habría comido tanto que se había quedado dormido y me pregunté cómo se las arreglaba para dormir en medio de semejante discusión. Y entonces volví a observar la escena, mis ojos barrieron los detalles y descubrí lo que ocurría.

Donald no estaba dormido. No se movía en absoluto. Tenía los ojos ligeramente entreabiertos, al igual que la boca. De esta caían migas de pastel, tenía glaseado en los labios, y percibí un aroma que conocía muy bien, un olor acre, a almendras, que hizo que se me secara la garganta.

Donald no estaba dormido. Donald estaba muerto.

Una vez más, las piezas del misterio saltaron por los aires y cayeron adoptando una forma muy distinta. Donald había sido nuestro principal sospechoso después de Amanda. Sabíamos que había mentido a la policía acerca de su llamada. Tenía medio, móvil y oportunidad, y se había comportado de un modo horrible desde la muerte de Chummy. ¿Cómo podía estar muerto?

Se oyó el golpeteo de pies en las escaleras a nuestra espalda y me volví para ver a George, a Alexander y a Harold acercándose a toda prisa.

—¡Bertie! —gritó Harold, que se acercó hasta situarse a su lado, con gesto preocupadísimo—. ¿Estás bien? Hemos venido en cuanto hemos podido después de tu llamada. ¡Oh, miradlo! ¡Es cierto!

—Ha cenado en sus habitaciones —explicó Moss—. ¡He venido a retirar los platos y me he encontrado con esto! —Parecía alterado de verdad.

—¿De dónde ha salido ese pastel? —preguntó Daisy, observando los restos encima de la mesa con los ojos entrecerrados.

—Era un regalo de cumpleaños anticipado —contestó Moss—. Ha llegado para mister Donald esta tarde.

—¿Cuándo? —preguntó Daisy—. ¿Después de que nos marcháramos? Pero…

—¡Cállate, Fofita! —le espetó Bertie, y Daisy cerró la boca, aunque me miró abriendo mucho los ojos, y advertí que tenía mucho más que decir.

—Habrá que cancelar la fiesta de cumpleaños de mañana —dijo Alfred. Y de pronto, sin aviso previo, estalló en carcajadas.

Me entraron náuseas. Aquello era muy desagradable. Había dos personas muertas, y Alfred se empeñaba en demostrar que le daba igual. Había vuelto a sus habitaciones después de la muerte de Chummy, y ahora se reía de la de Donald.

El agente Cross apareció en la puerta; respiraba con dificultad y parecía desconcertado.

—No me lo puedo creer —dijo, sin dirigirse a nadie en particular

—. Todos estos años sin una sola muerte y luego dos de golpe. —Saludó a mister Perkins con un ademán de cabeza—. Gracias por llamar inmediatamente, me alegro de haber podido acudir a la escena tan rápido. ¿Han avisado al médico?

—Ha sido otro accidente —sentenció Bertie, ignorando la pregunta del agente Cross. Pero yo sabía que no era cierto.

—¡Huele el pastel! —me susurró Daisy al oído.

Di un paso adelante, me incliné hacia la mesa y olisqueé. Primero solo percibí el mazapán, pero luego capté un olor demasiado intenso para ser mazapán.

Almendras.

El olor a almendras significaba cianuro.

A Donald lo habían envenenado.

Miré a Daisy, y a George y a Alexander. Teníamos que hablar del caso; acababa de dar un giro de lo más aterrador. Donald no podía ser el asesino, así que el verdadero asesino aún andaba suelto. Debíamos averiguar quién era, y no nos quedaban muchos sospechosos.

—Sí que parece un accidente —dijo el agente Cross—. Sin embargo, debo asegurarme y ser concienzudo. Por favor, quédense aquí, todos, y los interrogaré de uno en uno. ¿Quién ha sido el último en ver a mister Melling?

—Yo llevaba horas sin verlo —respondió Bertie—. Estaba cenando con Cheng. Butler también estaba allí.

—¿Lo ha encontrado usted? —preguntó el agente Cross a Moss.

—Hace media hora —contestó Moss, con lágrimas en los ojos—. Quería asegurarme de que estaba bien. ¿Qué va a ser de mí ahora?

El agente Cross no respondió. Inspeccionaba la habitación con el ceño fruncido.

—¿Dónde está el médico? —preguntó—. Y, niñas, ¿no les pedí que se mantuvieran alejadas?

—¡Les he llamado yo! —intervino Bertie—. ¡Quiero que estén aquí!

Crucé una mirada con George.

—¡Nos vamos fuera! —dijo al instante.

Los cuatro salimos con sigilo al pasillo y cerramos la puerta. Me había comido un trozo de pastel de Navidad apenas unas horas antes, y el recuerdo del aroma a almendras, después de lo que acabábamos de atestiguar, me estaba provocando náuseas.

—¡Reunión! —susurró Daisy—. ¡Rápido!

—¿Por qué no vamos a las habitaciones de enfrente de las de Alfred? —propuso Alexander, que lanzó una mirada a su espalda.

—Pero… ¡El cadáver de Chummy! —repliqué yo.

—Se lo han llevado —dijo George—. ¿No oíste que lo harían? No hay de qué preocuparse.

—¡Porras! —exclamó Daisy—. Quiero decir… excelente. ¡A la habitación!

2

Los cuatro bajamos con sigilo hasta el segundo rellano y nos colamos en las habitaciones de James Monmouth. Alexander cerró la puerta a nuestra espalda y encendió la luz. Yo pensé que no me afectaría, ahora que se habían llevado el cadáver —después de todo, lo único que había eran paredes limpias y empapeladas—, pero de algún modo las sábanas que cubrían los muebles me pusieron la piel de gallina.

—¡Oh, Hazel! —exclamó Daisy al notar que me estremecía y, con paso firme, se acercó a las sábanas y las retiró de las sillas y los sofás.

Yo me sobresalté con cada gesto, pero la habitación pasó de ser una colección de fantasmas a una simple sala de estar, recién remodelada.

—Gracias —le dije en voz baja cuando volvió a mi lado, y me guiñó el ojo.

—¡Muy bien! —comenzó—. ¡Detectives! Prestad atención, por favor.

—Espera —intervino George—. Tú presidiste la reunión la última vez. ¿No nos toca?

—¡Oh, deja que lo haga Daisy! —repuso Alexander.

—Somos socios paritarios en esto —dijo George con calma—. Decididamente, nos toca. Alex, saca tu cuaderno. Se abre la sesión.

Daisy arrugó la nariz, pero aun así comprobé que se alegraba de tener a alguien con quien discutir de igual a igual.

—Donald está muerto —dijo ella, y vi que la reunión tendría dos líderes después de todo—. ¡Lo han envenenado con cianuro en ese pastel de Navidad! Hazel y yo lo hemos olido. Así que… ¿qué hacemos ahora?

—¡Nunca pensé que Donald sería la siguiente víctima! —exclamó Alexander—. Estaba seguro de que era el asesino, ¿vosotros no? ¡Ahora tiene que ser Amanda!

—Pero ¡no es ella! —dije yo—. Es verdad que escala, pero ella no cometió el último asesinato y tampoco ha cometido este.

Contamos a los chicos lo que habíamos averiguado, tanto por boca de Amanda como por la estudiante a la que la tía Eustacia le había pedido que la cuidara, Harriet. Amanda no había salido del St Lucy's en toda la tarde, y nosotras habíamos estado con ella desde entonces. Y, según ella, la noche anterior no había ido más allá de las habitaciones de Bertie.

—Aun así ¡podría haberlo hecho! —objetó George—. ¡Solo tenéis su palabra y la de su amiga!

—Sí, pero… —Lo pensé bien—. ¡No! Este asesinato, el pastel, la descarta. Moss ha dicho que había sido un regalo, que lo habían dejado delante de la puerta de Donald esta tarde, ¿no? Bueno, han debido de dejarlo después de que viniera el agente Cross e hiciera todas esas preguntas después de comer. Amanda no podría haberlo hecho a primera hora de la tarde, porque ha estado con Harriet toda la tarde hasta la cena. Después de la cena hemos estado vigilándola y, al salir, hemos visto que, aparte de Bertie, nadie había pisado la nieve del puente entre el Maudlin y el St Lucy's. No ha tenido oportunidad. Queda libre de toda sospecha.

—¡Sin duda! —añadió Daisy—. Así que seguimos buscando a un asesino, y a uno muy astuto. ¡Poner el veneno en un regalo así! Por supuesto, si no fuera Navidad, podríamos resolver el misterio bastante rápido. Solo hay unas pocas boticas con registro de venenos, para que la gente anote su nombre cuando compra cosas

venenosas, y lo único que necesitaríamos hacer es ir allí y leer las entradas.

—Pero es Navidad —dijo George—. ¡Y no podemos esperar!

—Lo sé —respondió Daisy, complacida—. Pero en realidad no necesitamos mucho tiempo. Si la misma persona ha matado tanto a Chummy como a Donald (y no me imagino que pueda haber más de un asesino suelto por el Maudlin), entonces tenemos que revisar lo que sabemos del primer asesinato para ayudar a resolver el segundo. Y solo tenemos a un buen sospechoso más para ese: Alfred. Lo único que necesitamos hacer es demostrar que lo hizo él.

Sabía, lógicamente, que Daisy debía tener razón. Si podíamos resolver el asesinato de Chummy, también resolveríamos el de Donald. Alfred era el sospechoso más probable. Salvo porque… había algo que me preocupaba, algo vergonzoso. No me gustaba nada Alfred. Era grosero, antipático y egoísta. Pero si nuestra historia juntas me había convertido en parte de la historia de Daisy, entonces también estaba ligada a Alfred por la historia. Puede que mostrase mi lado más inglés en Inglaterra, o lo intentase, pero conocer a George, y ver cómo enfocaba él la vida, me había recordado que mi lado de Hong Kong era igual de importante. Alfred formaba parte de mi hogar, y eso me importaba. Nunca me interpondría en el camino de la justicia, claro que no, pero ¿estábamos seguros de que Alfred era culpable? Y hasta que fuese así, ¿no estaba obligada a sugerir otras ideas?

—Yo no creo que fuera él —dije—. Creo que fue… Michael Butler.

3

—¡Hazel! —me reprendió Daisy—. ¡Prácticamente lo hemos descartado! No podría haber subido hasta lo alto de las escaleras para tender la trampa sin que Alfred o Moss le oyeran.

—¡Sí! —dijo Alexander—. Después de que os marcharais, George y yo hemos intentado subir desde el pie de las escaleras hasta arriba en calcetines, y aun así el agente Cross ha salido y nos ha pillado a medio camino. No es factible.

—Es solo una teoría —repliqué—. Pero tenemos que contemplar todas las opciones hasta que estemos seguros, ¿no?

—Muy cierto —reconoció Daisy, con un mohín—. Sin embargo…

—Pero ¿sabéis de qué no habíamos tenido tiempo? —preguntó George de pronto.

—¿De qué no habíamos tenido tiempo? —soltó Daisy.

—De recrear el momento exacto del primer crimen —dijo George —. Harold ha venido a buscarnos a Alex y a mí antes de que pudiéramos hacerlo esta tarde. Sabemos cómo y cuándo tendió la trampa el asesino, pero ¿qué hay de los movimientos de Chummy? Sabemos que volvería de escalar, saldría de sus habitaciones y tropezaría por las escaleras. Pero ¿por qué? ¿Por qué salió de sus habitaciones a las dos de la mañana? ¿Y por qué, cuando lo hizo, iba tan rápido que no pudo sencillamente apoyar una mano en la pared para frenar cuando tropezó? Debía de ir casi corriendo para caer con

tanta fuerza.

—Salió para… —Daisy se detuvo—. ¡Madre mía! —exclamó—. No podía ir a molestar de nuevo a Donald si estaba bajando las escaleras, ¿no? Las habitaciones de Donald están al otro lado del rellano, pero las de Alfred están justo debajo de las de Chummy. ¡Más pruebas que le señalan!

—Pero ¿por qué a las dos de la mañana? —preguntó George—. ¿Qué podría haber necesitado Chummy para ir a ver a Alfred a esas horas? ¿Y por qué tan rápido? ¡Pensadlo! No encontramos ninguna nota, ¿verdad?

—¡No! Pero… ¿quizá estuviera enfadado por algo? —sugirió Alexander.

—Pero ¿por qué? —inquirió George.

Todos reflexionamos.

—Vale, finjamos que estamos en las habitaciones de Chummy. Yo seré Chummy —propuso George mientras se dirigía a la ventana de la sala de estar—. Vuelve de escalar, se balancea desde la tubería hasta el alféizar y cierra la ventana tras de sí. Deja marcas en el alféizar al bajar, exactamente iguales que… ¡Esperad! ¡Mirad esto!

—¿Qué es? —pregunté, acudiendo a su lado.

Daisy y Alexander se agolparon a mi espalda. Acabé algo aplastada contra el hombro de Alexander, casi me muero de la vergüenza.

—Nadie está utilizando esta habitación —dijo George—. Y está todo recién pintado. Entonces, ¿por qué hay manchas de tierra en este alféizar?

Entrecerré los ojos para mirar a donde señalaba George. Era cierto: había marcas oscuras de pisadas en el alféizar recién pintado y en la pared situada justo debajo. Eché una ojeada alrededor y vi que el resto de la habitación estaba inmaculada; los decoradores debían de haber terminado su trabajo apenas unos días antes.

—Quizá los estudiantes entren a veces por aquí, cuando escalan —soltó Daisy con desdén—. Bueno, esta no es la habitación en la que deberíamos centrarnos. ¡Es la de arriba! Continuemos con la

reconstrucción.

—De acuerdo, entonces Chummy entra en su habitación y se queda ahí de pie un momento. Luego se sienta y… —George se detuvo—. ¿Por qué no se quitó los zapatos? —preguntó—. Yo lo haría, si acabase de volver de fuera. Alex, haz como si acabases de entrar en la habitación. Siéntate.

Alexander se sentó con cautela en el sofá delante de la chimenea. Supe que se acordaba de lo que yacía allí mismo hacía poco y no le culpé en absoluto por sentir aprensión.

—¿Qué ves? —preguntó George.

—La chimenea —contestó Alexander—. La pared. La ventana. El escritorio está demasiado alejado, en realidad.

—Entonces, ¿qué ocurrió? —preguntó Daisy—. ¿Qué le hizo levantarse y salir corriendo por la puerta, antes de haberse quitado los zapatos siquiera? ¿Oyó algo?

Era evidente que se sentía frustrada.

—Pero nadie dijo que oyera nada en las escaleras antes de que Chummy se cayera —intervine yo—. Amanda —recordé—. Amanda ha dicho que oyó un grito y luego un golpe cuando Chummy cayó.

—No, Hazel, no es eso lo que ha dicho —replicó Daisy—. Lo que Amanda ha dicho es: «me despertó un repiqueteo metálico, el grito más espantoso y luego un golpe horrible procedente de arriba». Así que tenemos que suponer… —Se quedó paralizada—. ¡Detectives! —dijo con la voz entrecortada—. ¡Acabo de verlo! ¡Por fin! ¿Cómo hemos podido ser todos tan estúpidos? Sé por qué hay marcas en este alféizar y de dónde procedía el palo. ¡Sé por qué salió Chummy de sus habitaciones!

4

Nos quedamos mirándola expectantes. Sentí una oleada de emoción. Teníamos la solución prácticamente en nuestras manos; seguía fuera de nuestro alcance, pero nos acercábamos a cada segundo que pasaba.

—La escalada —dijo Daisy—. ¡Escuchad! La escalada ha sido un elemento recurrente a lo largo de todo el caso. Chummy era escalador. El hilo de pescar que se usó para tender la trampa es igual a la cuerda de escalada. El asesino debía de escalar también. Así que ¿por qué no hemos pensado que podrían haber utilizado la escalada para matarlo? Imagináoslo. Una vez tendida la trampa, el asesino espera… no en sus propias habitaciones, sino aquí, en las habitaciones de James Monmouth, que sabe que están vacías durante las vacaciones, justo debajo de las de Chummy. Tiene esta ventana abierta, de modo que puede oír el traqueteo de la tubería cuando vuelve Chummy. Viene de los tejados, recordadlo, así que no pasaría por delante de ninguna ventana más. En cuanto está dentro, y tiene la ventana cerrada, el asesino trepa por la tubería, con un palo en el bolsillo del abrigo. Atranca la ventana con él (ya lo habría medido, para asegurarse de que era de la longitud exacta para encajar entre los cristales, de modo que la ventana no pudiera abrirse) y entonces llama.

»Chummy alza la vista desde el sofá. O las cortinas están

descorridas o se dirige a la ventana y las descorre. Ve al asesino, que lo mira fijamente. Chummy intenta abrir la ventana, pero ¡no puede a causa del palo! Creo que el asesino debió de provocarle, que le hizo muecas, algo así. Luego desapareció de la vista.

»Chummy está enfadado. Le encanta hacer trastadas, así que no debió de gustarle ser el objeto de una. Y, por supuesto, odia no poder abrir la ventana para seguirlo. De modo que se vuelve y sale corriendo por la puerta, para bajar y atraparle antes de que llegue a sus habitaciones. Y cae de cabeza escaleras abajo.

»Lo único que tendría que hacer el asesino es tirar el palo al jardín, volver a escalar hasta la habitación vacía (lo que explicaría las marcas de pisadas en este alféizar recién pintado, de sus pies cuando volvió a trepar hasta dentro) y salir corriendo a las escaleras, momentos después de la caída de Chummy. En medio de la confusión, nadie se daría cuenta de que venía de las habitaciones de James Monmouth y no de las suyas.

—¡Daisy, es genial! —exclamó George—. ¡Creo que lo tienes!

Daisy sonrió de oreja a oreja e hizo una leve reverencia.

Visualicé la escena y entendí que tenían razón. Aquello respondía a tantas preguntas… Era preciso y perfecto. Me dio un vuelco el corazón. Pero si el asesino era escalador, solo podía haberlo hecho una persona.

Alfred.

Todo encajaba.

—¿De verdad creéis que lo hizo él? —pregunté, y tragué saliva.

Imaginé qué le ocurriría a Alfred si lo acusábamos de asesinar a dos ingleses. ¿Tendría la oportunidad de explicarse? ¿O el agente Cross y el resto de la policía, y un juez y un jurado, se limitarían a mirar el color de su piel y tomar una decisión en el acto?

—Creo que es el sospechoso más probable —dijo George.

—Pero ¿y si nos equivocamos? —pregunté yo—. Una vez que lo hayamos acusado, ¡no podremos dar marcha atrás!

—Tienes toda la razón —respondió Daisy—. El agente Cross es un verdadero patán. ¿Entonces?

—¡Pensadlo! —dije—. ¿Y si fuese yo? ¿O… o George? No somos británicos, Daisy; al menos no como tú, o Chummy o Donald. ¿Nos darían la oportunidad de defendernos si nos acusaran de un crimen? ¿Nos escucharían de verdad?

—¡Ninguno de vosotros mataría nunca a nadie! —replicó Daisy.

—Pero ¿y si sospecharan de nosotros? —pregunté—. ¡No me refiero únicamente a matar a alguien! ¿Y si nos acusaran de… robar? ¿De mentir? Podríamos discutir e intentar demostrar que éramos inocentes, pero es posible que no nos creyeran. ¡Tenemos que estar completamente seguros antes de decir que es él!

Sabía que tenía razón. Los británicos siempre estaban esperando el momento que demostrase que no éramos como ellos. Podíamos estudiar lo británico en las mejores escuelas, o incluso haber nacido aquí, como George, pero no teníamos el aspecto adecuado, y en el fondo todo el mundo sabía que eso significaba que nunca encajaríamos del todo. Durante unos instantes, me sentí perdida. He crecido deseando poder ser inglesa por completo. Por eso vine a Deepdean. Pero ahora que ya tengo casi quince años, veo que, a veces, ser inglesa por completo no es ser perfecta.

—Menuda tontería, Hazel —dijo Daisy enfadada—. Deja de pensar eso de inmediato.

—Hazel tiene razón —intervino George—. Tenemos que estar seguros. No hay nada más importante que la verdad. Por el momento, aunque pensamos que Alfred es el sospechoso más probable, tanto él como Michael podrían ser culpables. Registremos las habitaciones de Alfred y de Michael en busca de pistas, ahora que sabemos que están arriba con el agente Cross. Tenemos dos sospechosos, y hay dos clubes. A ver, lancemos una moneda al aire. El club que gane puede escoger a su sospechoso, y debe seguirlo hasta el final. ¿Estáis dentro?

—Sí —respondió Daisy con un brillo en los ojos.

Yo sabía que quería escoger a Alfred.

George se metió la mano en el bolsillo y sacó un chelín nuevo y reluciente.

—Cara, nos quedamos con Alfred; cruz, para vosotras. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo Daisy, animada por el desafío—. ¡Hazlo lo peor que puedas!

La moneda voló por el aire y los cuatro observamos cómo daba vueltas. Aterrizó en el suelo de piedra con un chasquido y un destello plateado, tembló y se quedó inmóvil. Todos bajamos la vista.

Era cara.

5

—Hemos perdido —me dijo Daisy con gran pesar—. ¡Alexander y George tienen al sospechoso culpable!

Estábamos sentadas en uno de los cubículos de los baños que había enfrente de las habitaciones de Michael Butler. Daisy ocupaba una silla pequeña y desvencijada, y yo me había subido al lateral de la bañera, cuyo grifo goteaba. Tenía las patas como garras y desprendía una especie de olor a limpio de carácter industrial.

—¡No hemos perdido! —repliqué, al tiempo que sacaba mi cuaderno—. Todavía no. Expongamos los hechos antes de entrar ahí para hacer el registro. Tenemos que ser metódicas con lo que estamos buscando.

—Oh, de acuerdo —contestó Daisy, y sonó de todo menos convencida—. Pues venga. Saca el cuaderno y empecemos. «Caso contra Michael Butler por asesinato». Yo lo resumo y tú puedes anotarlo todo.

—Bueno, ya sabemos que Michael no podría haber subido las escaleras para tender la trampa a Chummy sin que le oyeran; aunque tengamos razón sobre que el asesino utilizó las habitaciones de James Monmouth, todavía habría tenido que subir dos tramos, así que eso no nos sirve. Los hechos son los siguientes: algún tiempo después de que nos hayamos marchado de la escalera nueve, alguien ha dejado un pastel de Navidad envenenado en la puerta de

las habitaciones de Donald. Yo he olido a almendras y sé que tú también. La verdad es que suena todo ridículo, ¿no? Envenenado con un trozo de pastel de Navidad. Si lo leyeras en una novela, no te lo creerías.

—De acuerdo, supongamos que fue Michael. Ha subido a las habitaciones de Donald antes de la cena y ha dejado el pastel. Pero, Hazel, tenemos el mismo problema de siempre. Michael está al pie mismo de las escaleras. ¿Cómo podría subir hasta la planta de Chummy y Donald sin llamar la atención? Se arriesgaría muchísimo. Y… ¿por qué iba a hacerlo? Él no odiaba a Donald, ¿verdad?

—Eso da igual —repuse, a la desesperada—. ¿Qué hay de los medios? Michael podría haber comprado cianuro en una botica.

—Desde luego —dijo Daisy—. Sé lo fácil que es comprarlo. Hace unos años, había un avispero en la salita de casa, y Chapman tuvo que verter una solución de cianuro en él. La compró en la botica de Fallingford, un frasco entero. El pobre no lo hizo muy bien: inhaló los vapores y tuvo que ayudarle Hetty; si no, habría acabado envenenado. Lo único que Michael, o Alfred, tendría que hacer sería añadir su nombre al registro de venenos. Por supuesto, Alfred llamaría mucho más la atención. Si un hombre chino entrase en una botica y pidiese veneno, ¡no lo olvidarían rápidamente!

Me encontraba mal. Se suponía que debíamos montar un caso contra Michael, pero al parecer Daisy era incapaz de dejar de sospechar de Alfred.

—De acuerdo —continuó Daisy—. ¿Qué hay del móvil de Alfred? Si lo hizo él, no puede ser porque no le gustase Donald, o Chummy, sin más. Hay muy pocas personas en el mundo, independientemente de dónde provengan, que matarían a alguien, que matarían a dos personas, porque no les entusiasmaran. No tiene nada que ganar con sus muertes y, hasta donde sabemos, ¡ni siquiera los conocía hasta este año! E incluso si fue quien descubrió el fraude de los trabajos, ¿por qué no entregaría a Chummy al rector y punto? No tiene sentido.

Suspiré, y Daisy también lo hizo, como un eco.

Apoyé mi mano en la suya, para reconfortarla, y ella me la sujetó con tal fuerza que me crujieron los huesos.

—¡No podemos rendirnos! —exclamé—. Hagamos lo que hemos acordado y vayamos a las habitaciones de Michael. Podemos echar un vistazo mientras está arriba con el agente Cross. ¡Nunca se sabe!

—Supongo que no —dijo Daisy, y suspiró con más fuerza todavía —. Watson, eres una verdadera hacha.

Pero, mientras tomaba nuevas notas sobre nuestros sospechosos, no me sentí un hacha para nada.

LISTA DE SOSPECHOSOS

1. ~~Bertie Wells. MÓVIL: Desconocido. OPORTUNIDAD: Vive en la escalera nueve, y estaba allí en el momento en que debieron de tender la trampa. COARTADA: Dice que estaba en sus habitaciones. ¿Es cierto? NOTAS: Es alumno del Maudlin y escalador, y tuvo la oportunidad de cometer todas las trastadas anteriores~~. ¡DESCARTADO! Estaba escalando con George Mukherjee, Harold Mukherjee y Alexander Arcady de 12:15 a 2:15; no podría haber colocado el hilo.

2. ~~Donald Melling. MÓVIL: Es el hermano mayor de Chummy, pero este lo tenía sometido. Ahora que Chummy está muerto, recibirá la herencia en su cumpleaños, como estaba previsto, pero podrá disponer de ella como le venga en gana. OPORTUNIDAD: Vive en la escalera nueve y estaba allí en el momento en que debieron de tender la trampa. Encontramos hilo de pescar en sus habitaciones. COARTADA: Ninguna todavía. NOTAS: Es alumno del Maudlin y escalador, y tuvo la oportunidad de cometer todas las trastadas anteriores, aunque parecía ser la víctima de estas. ¿Era solo una treta inteligente? Discutió con Chummy a las 12.30, y luego tuvo una oportunidad inmejorable de tender la trampa en cuanto Chummy escaló a los tejados del Maudlin. Parece alegrarse mucho de que Chummy haya muerto. También~~

~~le ha dicho al agente Cross que llamó a Amanda para comunicarle la muerte de Chummy, pero creemos que es mentira, lo que lo hace aún más sospechoso.~~ ¡DESCARTADO! Se ha convertido en la segunda víctima.

3. Alfred Cheng. MÓVIL: Odiaba a Chummy y se le oyó decir que quería castigarle. OPORTUNIDAD: estaba en la escalera nueve la noche del asesinato. COARTADA: Ninguna todavía. NOTAS: Es alumno del Maudlin y escalador, y tuvo la oportunidad de cometer todas las trastadas anteriores. NOTAS: Comportamiento sospechoso observado. Volvió a sus habitaciones después de la caída de Chummy. ¿Por qué? Parece odiar de verdad a Chummy, razón por la cual volvió a sus habitaciones después de que Chummy se cayera. ¿Es motivo suficiente para matarse? ¿Es la persona que descubrió que Chummy pagaba a Amanda por hacerle sus trabajos? Ha pasado de ser uno de los dos sospechosos del asesinato de Donald. Tuvo oportunidad de dejar el pastel delante de la puerta de Donald a última hora de la tarde y podría haber comprado veneno en una botica de Cambridge.

4. Michael Buttler. MÓVIL: ~~Ninguno todavía~~. OPORTUNIDAD: Vive en la escalera nueve y estaba allí la noche del asesinato. COARTADA: Ninguna todavía. NOTAS: Es parte del Maudlin. Podría haber montado lo de la puerta, el muérdago y el estanque, pero no el accidente de escalada. No escala, aunque podría haber cogido el hilo de pescar de las habitaciones de otro. Le habría costado muchísimo llegar hasta lo alto de las escaleras sin que le oyeran. ¿Es la persona que descubrió que Chummy pagaba a Amanda por hacerle los trabajos? ¿Podría ser móvil suficiente? Ha pasado a ser uno de los dos sospechosos del asesinato de Donald. Aunque le habría resultado muy difícil, tuvo oportunidad de dejar el pastel delante de la puerta de Donald a última hora de la tarde y podría haber comprado veneno en una botica de Cambridge.

5. ~~Moss. MÓVIL: Ninguno todavía. OPORTUNIDAD: estaba en la escalera nueve la noche del asesinato. COARTADA: Dice que se fue a la cama a las doce y media, cuando aún no habían tendido la trampa. ¿Es cierto? NOTAS: No escala, aunque podría haber cogido el hilo de pescar de las habitaciones de otro. Ha sido visto intentando destruir pruebas.~~ —¡DESCARTADO! Aunque sabemos que tiene razones de sobra para que no le guste Chummy pues ha trabajado para la familia Melling y cree que Donald ha sido tratado de forma injusta por sus padres y su hermano, sabemos que Chummy lo encerró en sus habitaciones desde las 12:30 hasta justo después de la caída, cuando Donald le dejó salir. No podría haber escapado para tender el hilo. ~~Es inocente, pero está claro que cree que Donald es culpable. ¿Es cierto?~~

6. ~~Mister Perkins. MÓVIL: Ninguno todavía. OPORTUNIDAD: Vive en el Maudlin, aunque no en la escalera nueve; sin embargo, tiene llaves. COARTADA: Ninguna todavía. NOTAS: ¿De verdad podría haber tendido todas las trampas anteriores? Parece muy poco probable. Debemos descartarlo.~~ —¡DESCARTADO! Su esposa y el estudiante enfermo le proporcionan coartada. Aunque oyó algo importante: a Chummy escalando hasta los tejados del Maudlin alrededor de las 12:45.

7. ~~Amanda Price. No estaba en la escalera nueve la noche del asesinato, pero dice que la llamaron por teléfono en plena noche. ¿Es cierto? Y, si no, ¿por qué iba a mentir? Creemos que estaba mintiendo, y que de hecho se encontraba en la escalera nueva a la hora de la muerte. Por las pruebas de barro y polvo halladas en su abrigo, es posible que saltara el muro del jardín de los tutores y subiera por la tubería a la escalera nueve. Esto le proporcionaría medios y oportunidad para tender la trampa, y tiene móvil. Chummy estaba comprándole trabajos, algo que ella odiaba, y había poco que se había enterado de que alguien más de la escalera nueve se~~

~~hallaba al tanto del engaño. Ha estado comportándose de forma sospechosa, y si es escaladora podría haber tendido todas las trampas. Debemos considerarla una de nuestros sospechosos principales.~~ ¡DESCARTADA! Estuvo en el Maudlin, pero no cometió el asesinato de Chummy, y nuestras propias pruebas, junto con la de Harriet y la falta de huellas en la nieve, la descartan en el caso del de Donald.

6

Estaba nerviosa cuando empujamos la puerta de las habitaciones de Michael —¿tendría el pestillo echado?—, pero se abrió de par en par con facilidad, y dentro el espacio estaba a oscuras y en silencio. Daisy encendió la luz, que iluminó una sala de estar exactamente igual que la de Bertie: con un sofá delante de la chimenea, una ventana a la izquierda y un escritorio a la derecha. La ventana daba a los jardines de los tutores. Daisy se dirigió a ella y escudriñó el exterior como una entrometida.

—La nieve lo ha cubierto todo —dijo—. ¡Porras!

Yo estaba observando la habitación en sí. Estaba bastante desordenada, o, más bien, estaba ordenada pero sucia. Había polvo y manchas de tierra en todas las superficies. Vi un pedacito de papel —en el que se leía «B-O-C-K»— en el suelo. Propiné un codazo a Daisy y ella lo recogió entornando los ojos. Se lo metió en el bolsillo, pero yo no estaba segura de si era una prueba o tan solo un trozo de papel desechado. Daba la impresión de que esa habitación era la última prioridad de Moss. El ambiente festivo también reinaba por su ausencia. Nadie diría que ya teníamos la Navidad prácticamente encima.

No había espumillón, ni ramas verdes, ni un regalo siquiera. Michael era pobre de verdad… No era de extrañar que viviera en el Maudlin.

Había una pila de libros encima de la mesa, todos de carácter especializado, y algunas fotos enmarcadas de personas de pelo castaño y baja estatura con la nariz respingona que imaginé que serían la familia de Michael. Los miré y pensé en el parecido que parece guardar todo el mundo en las fotos. Siempre me dicen que todos los chinos tenemos el mismo aspecto, pero, para mí, los ingleses son igual de parecidos entre ellos.

Empecé a ojear los papeles que había encima del escritorio. Entonces vi algo que hizo que me diera un vuelco el corazón.

—¡Daisy! —exclamé—. ¡Mira, es uno de los trabajos que le hizo Amanda a Chummy! ¡Esto significa que Michael debía de ser la persona que sabía qué estaba ocurriendo!

Daisy se acercó a mí de un salto.

—¡Qué raro! —dijo—. ¡Sí que lo es! Pero si fue Michael quien encontró los trabajos, ¿por qué no ha informado todavía al rector? ¿Por qué siguen aquí?

—¿Quizá fuera a hacerlo, después de las vacaciones? —sugerí.

No obstante, había algo en eso que no acababa de tener sentido. Michael era tan sensato y adulto. ¿Por qué iba a guardarse algo así?

—¿No creerás que estaba chantajeando a Chummy? —pregunté insegura.

—Es evidente que necesita dinero —dijo Daisy, volviéndose para abarcar la habitación con un gesto de la mano—. Míralo todo: ¡viejo y de segunda! Podría ser eso. Pero si quería chantajear a Chummy, entonces tendría aún menos motivos para matarle, o para matar a Donald. No tiene nada que ganar con sus muertes, ¿no? Oh, ¡quizá pensara que no estaban comportándose como buenos alumnos del Maudlin! ¿Recuerdas cómo le gritó a Bertie?

—¡Daisy, eso es poco probable! —Enarqué las cejas y volví a ojear los libros. Entonces me detuve en seco—. ¡Chisss! —siseé—. Hay alguien fuera…

Las dos prestamos atención y oímos el golpeteo inconfundible de las pisadas del agente Cross al bajar por las escaleras y salir a la nieve. ¡Debía de haber acabado el interrogatorio! Todo el mundo

regresaría pronto a sus habitaciones. ¡Teníamos que darnos prisa!

Daisy se alejó del escritorio y empezó a hurgar en la chimenea. Tenía las manos negras hasta los codos y se tiznó la nariz. En ese momento, no parecía una dama en absoluto.

—Aquí podría haber algo —dijo—. Tengo entendido que las chimeneas son un escondite excelente.

—La tía Eustacia va a matarte si vuelves toda cubierta de hollín —contesté—. ¡Date prisa, Daisy, podría aparecer en cualquier momento!

—A la tía Eustacia le gusta husmear tanto como a mí —dijo Daisy —. No te confundas. Y, de cualquier modo, tal vez vayan todos directos a la misa de medianoche; en casa, Bertie siempre lo hace. —Parecía tranquila—. Nada, nada… ¡Espera! ¿Qué es esto?

Se incorporó. En las manos tenía un librito. Al principio parecía negro, pero al limpiarlo vimos el título en tenues letras doradas.

—¡Es una biblia! —exclamé.

—Qué raro —respondió Daisy—. ¿Por qué iba a esconder alguien una biblia en una chimenea, con la Navidad tan cerca?

—¿Quizá Michael haya renegado de la religión? —pregunté—. Después de todo, está en la universidad.

—Hazel, nadie renuncia a la Iglesia de Inglaterra —dijo Daisy, alzando las cejas hacia mí—. Eso sería… Oh, no puedo explicarlo, simplemente no se hace.

—Supongo que tú lo sabrías —repuse.

—Sí —contestó Daisy—. Veamos. ¿Por qué iba a ocultar esto Michael? —La abrió y empezó a ojearla—. No, es perfectamente normal. No hay nada escrito en ella y tampoco faltan páginas.

—Mira la primera página —dije—. Tal vez sea robada también.

Daisy alzó aún más las cejas.

—Como quieras —cedió. Y entonces le cambió el gesto—. ¡Hazel! ¡Es robada! Mira esto, ¡qué curioso! ¡Es la biblia de Chummy y Donald! Su apellido está aquí, escrito a mano en la primera página; mira, «Melling». Es una de esas biblias familiares especiales con el árbol genealógico delante; tenemos una en Fallingford. Mira, aquí

aparecen los nombres de Chummy y Donald, y sus padres y… —Se detuvo.

Un escalofrío me recorrió la columna, y una sensación de hormigueo se extendió por mi piel.

—¿Y? —pregunté.

—Su abuelo tenía un hermano —dijo Daisy—. Uno menor. Se casó joven, con una tal Sophia Lamb, y tuvieron un hijo, Henry Melling. Este se casó con una mujer llamada Amy Butler, y tuvieron un hijo llamado Henry Michael Melling en mayo de 1905. Se divorciaron justo después de que naciera Henry Michael Melling, mira, en 1905. Hazel, ¿cuántos años dirías que tiene Michael?

—Treinta —contesté.

—¿Y si… Y si Amy Butler volvió a utilizar su apellido de soltera tras el divorcio? Habría puesto el mismo apellido a su hijo. Y tampoco habría querido llamar a su hijo por el nombre de pila de su exmarido, así que es posible que empezara a llamarlo por el segundo nombre.

—«Michael Butler» —dije con la voz entrecortada—. Si se trata de él, ¡eso lo convierte en el primo de Chummy y de Donald!

De pronto me di cuenta de algo que debería haber advertido antes. La familia había estado presente a lo largo de todo este caso, tanto como la escalada. Recordé a Daisy afirmando que «la Navidad es la peor época del año para la familia», a la tía Eustacia diciéndonos que una herencia «hace que todos los parientes se vuelvan locos imaginando qué tendría que ocurrir para hacerse con el control del dinero», y al mismo Michael diciendo: «La Navidad es la peor época para la familia. Me alegra estar solo con mi madre…, sin nadie más con quien discutir».

—Hazel, mira este árbol genealógico… No hay ningún otro pariente vivo. Ahora que Chummy y Donald han muerto, todo pasa a esta persona, el tal Henry Michael Melling. Hemos dicho que Michael no tenía móvil. Pero ¡esto le proporciona el móvil más sólido del mundo! Sabemos lo rico que habría sido Donald si hubiese llegado a cumplir los veintiún años. No lo ha hecho, por unas horas, y

tampoco su hermano Chummy. Eso significa que Donald no ha podido comprar esa mina suya, y Chummy no pudo empezar a gastar ningún dinero tampoco. Todo va a parar al tal Henry Melling. Y si Henry Melling es Michael Butler… Vaya, ¡eso explica el caso entero!

»¿No hemos estado diciendo todo el tiempo lo extrañamente aleatorias que eran las bromas, o intentos de asesinato, en realidad? Donald y Chummy estaban escalando juntos. Los dos se hallaban cerca de la piedra cuando cayó. Los dos bebieron muérdago. Podrían haber empujado a cualquiera de los dos al estanque; con la toga y el birrete negros, eran iguales. Y, aunque fue Chummy quien cayó por las escaleras, a Chummy a quien sacaron de sus habitaciones, tampoco quedaba descartado que Donald pudiese salir de sus habitaciones en medio de la noche para ir al baño y caer. Dimos por sentado, porque Chummy murió primero, que él era el verdadero objetivo y nos habíamos equivocado al pensar que la víctima era Donald, pero, si se trataba de ambos, ¡todo cobra mucho más sentido! No importaba quién muriera primero, solo que los dos lo hicieran, y antes de Navidad. Supongo que, cuando el muérdago y el estanque no funcionaron con Donald, Michael salió a buscar cianuro… ¡No podían caer por las escaleras los dos! ¿Recuerdas cuando lo vimos en el centro el lunes? Debió de ser el momento en que compró el veneno, ¡y el pastel también! ¿Sabes? El lunes, mientras estábamos de compras, me fijé en las boticas de Cambridge, solo por prevenir, ya me entiendes. Una detective nunca sabe qué puede resultarle de utilidad.

—¿Y?

—Hay una botica llamada Bocking’s en Rose Crescent —dijo Daisy—. Con licencia para vender venenos. ¿No encaja eso con el trozo de papel que acabo de encontrar? Bueno, veamos, ¿qué hay de la biblia? Michael debió de encontrar la biblia cuando se topó con los trabajos que había redactado Amanda para Chummy; por supuesto, estaría en las habitaciones de Chummy. Michael se habría dado cuenta de quién era y de lo que tenía que hacer para conseguir

el dinero. Por supuesto, no podía destruir la biblia: la necesitaría después para demostrar quién era. Pero se dio cuenta de lo peligroso que podía ser para él si la descubrían. Si hubiese delatado a Chummy, este podría haber conectado la biblia desaparecida con el trabajo desaparecido y haberse dado cuenta de quién era Michael. Así que la escondió aquí arriba. ¡Tiene sentido! —Me arrojó la biblia.

—Pero, Daisy —aferré la biblia con las dos manos, emocionada—, seguimos teniendo un problema. ¡Michael no escala! ¡No podría haber subido hasta la ventana de Chummy, ni hasta lo alto de las escaleras sin que lo vieran! No encaja, Daisy. Tiene que ser una pista falsa.

—¡Porras! —exclamó Daisy, sentándose sobre los talones—. ¡Ay, porras! ¡Derrotadas en el último momento! Tienes razón, Hazel. No podemos sortear ese hecho. La trampa tuvo que tenderla un escalador. Y Michael no escala. Al menos…

—Disculpad —intervino una voz—. ¿Qué estáis haciendo en mi habitación?

7

Las dos nos volvimos horrorizadas. Era Michael Butler. Se había plantado en el vano, con expresión desconcertada y no especialmente amenazadora. Llevaba el pelo despeinado y un batín puesto. Incluso tenía una manchita de tinta en la punta de la nariz…, esa nariz fina. Respingona, como la de Donald. Su pelo era apenas unos tonos más claro que el de Chummy. Yo había dicho que para mí todos los ingleses se parecen. Solo entonces comprendí que había tenido la verdad ante mí sin darme cuenta siquiera.

Si Michael era el primo de Chummy y de Donald, recibiría todo su dinero. Era la clase de móvil que tenía más sentido que cualquier otro. El dinero es importante. Aunque eso no lo entendía cuando era pequeña, lo había visto clarísimo muchas veces desde que Daisy y yo habíamos empezado a ser detectives. No tenerlo te hace quererlo de un modo feroz, y tener un poco te hace ansiar más y más. Michael no era rico; esa habitación era la prueba.

Pero ¿podía alguien matar a su propia familia para conseguirlo? Pensé en mis hermanastras pequeñas. Creo que mi madre esperaba que las odiase, porque solo llevan la mitad de mi sangre, pero lo cierto es que «la mitad» da igual. Son mis hermanas, las únicas que conozco, y no podría quererlas más de lo que las quiero. Pero ¿y si hubiese crecido sin conocerlas? Quizá entonces me importarían menos. ¿Y si yo no fuese yo, sino Michael Butler, alguien frío con los

estudiantes a su cargo que gritaba a la gente que se cruzaba ante su bicicleta en la calle?

Todos esos pensamientos, aunque se tarda mucho en escribirlos, me sobrevinieron en los escasos segundos que tardó Michael en dar un paso al frente, abandonando el vano, hacia donde nos encontrábamos nosotras.

—¿Qué estáis haciendo en mis habitaciones? —nos increpó con voz tranquila. Eramos niñas malas y estaban a punto de echarnos de allí.

Pero entonces advirtió la biblia en mis manos. Vi cómo le cambiaba la cara.

—¿Cómo habéis encontrado eso? —preguntó—. ¿Habéis estado fisgoneando? ¿Os ha incitado Bertie a hacer esto?

—¡Bertie no nos ha incitado a hacer nada! —Daisy estalló antes de poder contenerse—. Estábamos limpiando la chimenea y la hemos encontrado. Debería tener usted a una mujer por aquí, esta habitación no está nada limpia.

Michael se volvió hacia mí.

—Trae aquí —dijo—. Vamos. No necesito que nadie limpie por mí.

—¡Claro que sí! —replicó Daisy, para ganar tiempo—. ¡Eche un vistazo alrededor! Tiene polvo y suciedad por todas partes. En el sofá, la chimenea, el alféizar, ¡incluso en el abrigo!

Y no había acabado de pronunciar esas palabras cuando, en mi mente, algo encajó en su sitio. Recordé las marcas que había encontrado Alexander en el alféizar de las habitaciones de James Monmouth. Pensé en cuánto se ensuciaban los zapatos y los abrigos de los escaladores, lo sucio que estaba el abrigo de Amanda. Y miré a Michael. Treinta años no eran tantos para un adulto. Tal vez todavía fuera capaz de escalar. ¿Y qué había dicho el día antes de que mataran a Chummy? «Al menos todo habrá acabado el veinticinco». En ese momento supe que, tanto si parecía posible que Michael fuera el asesino como si no, tenía que ser cierto. Todas las pruebas estaban ahí.

—¡Daisy! —solté frenéticamente, alejándome de Michael.

—Hazel —dijo Daisy—, ¡rápido!

Supe exactamente qué quería decir. Me volví y le arrojé la biblia. No soy buena lanzadora en mis mejores momentos: las cosas tienden a elevarse por el aire y luego se desploman a unos pasos de mí. Todas mis profesoras de gimnasia se desesperan. Pero esta vez mi lanzamiento fue atinado. La biblia salió disparada de mis manos a las de Daisy.

En cuanto sus manos se cerraron en torno a ella, se puso en movimiento. Dio dos pasos veloces hacia la ventana y saltó hasta el marco. Habíamos dejado la ventana abierta cuando nos alejamos de ella, y en ese momento me alegré de haberlo hecho.

—¡Eh! —gritó Michael—. ¿Adónde vas?

Me empujó para dirigirse hacia la ventana y retrocedí.

—Está subiendo por la tubería —dije—. Se lleva la biblia para arrojarla al tejado del Maudlin. Así no la recuperarás nunca.

Era una suposición, pero de las que no costaba hacer. Conocía a Daisy. Sabía exactamente qué haría.

—¡No va a hacerlo! —gritó Michael, y como un rayo, se subió al alféizar a su vez, saltó por la ventana y se lanzó hacia la tubería.

Resultó que sí escalaba.

8

Con el corazón martilleándome en el pecho, me acerqué a la ventana para asomarme. Daisy ha pasado muchos años poniéndome en peligro por el bien del Club de Detectives (o al menos esa sensación me da), pero ahora, por una vez, había decidido salvarme lanzándose hacia el peligro, y deseé desesperadamente que no lo hubiese hecho.

La vi trepando por la tubería, agarrándose con las rodillas y los dedos como un mono. Es buena, y rápida, pero Michael también lo era. Tenía los brazos más fuertes y vi que le ganaba terreno. La ventaja de unos segundos que le había sacado ella se reducía a gran velocidad. La tubería repiqueteaba. Por supuesto, ese era el ruido que había oído Amanda la noche de la muerte de Chummy. Era posible que Michael hubiese subido por ella de forma cuidadosa, pero al bajar a toda velocidad hasta las habitaciones de James, después de haber sorprendido a Chummy, habría tenido que ir demasiado rápido para hacerlo en silencio. Era otra cosa de la que debería haberme dado cuenta.

—¡Vuelve! —susurró Michael—. ¡Vuelve aquí!

Él hacía tan poco ruido que me estremecí. Sabía que no quería que lo oyeran, y eso significaba que esperaba atrapar a Daisy sin que nadie se enterara. Yo quería que ella gritara también, pero no hizo ningún ruido, y entonces me di cuenta de que tenía la biblia

atrapada entre los dientes.

Así que empecé a chillar.

—¡DATE PRISA! —grité—. ¡VAMOS, DAISY! ¡TE ESTÁ ALCANZANDO!

Me daba un miedo tremendo ser demasiado silenciosa. Como en mis pesadillas, mi voz sonaba más baja de lo que debería, pero entonces asomó una cabeza por la ventana que tenía justo encima. Era Bertie.

—¡Oye! —gritó hacia abajo—. ¿Qué pasa?

Señalé.

—¡Daisy! —jadeé—. ¡Michael!

No podría explicarlo. Quería subir corriendo por las escaleras hasta ellos, pero al mismo tiempo no quería moverme. Michael extendió una mano para agarrar el pie de Daisy. Se le escapó y lo intentó de nuevo.

—¡Oye! —gritó Bertie—. ¡Ten cuidado! ¿Qué…? Butler, ¿qué estás haciendo? ¡Cuidado, esa es mi hermana!

Debió de ser rarísimo para él, ver a Michael Butler escalando, como si nosotras viéramos a una profesora haciendo el pino de repente. Eso debió de sentir Chummy también, cuando miró por su ventana y vio a Michael allí: una impresión y un horror absolutos. Una vez que hubo intentado abrir la ventana, que estaba atascada, habría salido en tromba de sus habitaciones, hecho una furia. Michael estaba al tanto de los trabajos de Amanda y en ese momento estaba mirando por su ventana. Habría querido zanjar el asunto con él de inmediato, no se habría esperado la trampa en absoluto.

—¡BERTIE! —grité, y el terror que sentía por fin tiñó mi voz.

Bertie bajó la vista hacia mí y vi que lo entendía.

—¡Fofita! —chilló. Estuvo a punto de saltar desde la ventana, pero se refrenó. Me di cuenta de lo mismo que él, de que era posible que la tubería no pudiera con los tres. Chimaba cada vez más.

Michael osciló hacia Daisy de nuevo. Esta vez le atrapó el pie. Daisy pataleó hacia él, que la soltó, maldiciendo. Ya habían subido

más de las tres cuartas partes, sus figuras se alejaban en la oscuridad. Solo distinguía los calcetines blancos de Daisy y destellos de la falda blanca del vestido. Daisy debió de aprovechar ese momento para ganar unos centímetros más, porque pareció quedar fuera del alcance. Aquello hizo enloquecer a Michael, que acabó perdiendo todo autocontrol.

—¡VEN AQUÍ! —bramó, y se balanceó con furia, soltando los brazos de la tubería, de modo que tan solo se aferraba con las piernas.

Vi los calcetines de Daisy pataleando de nuevo, con fuerza. Estaba colgada únicamente por los brazos, debía de ser eso, y por un momento se balanceó con un movimiento amplio, peligrosamente cerca de caer.

—¡Para! —gritó Bertie, inclinándose por la ventana, y asestó un golpe a Michael.

Entonces Michael Butler soltó un grito, uno sin palabras. Giró los brazos hacia atrás en el aire y acto seguido, como una piedra, cayó.

OCTAVA PARTE

Paz en la Tierra

1

No hizo mucho ruido cuando impacto contra el suelo. La nieve lo cubrió como un manto. Salté al jardín de los tutores por la ventana.

Me tambaleé y sentí que el frío me subía por las piernas. A continuación estaba corriendo, lentamente de nuevo, como corro en sueños. La nieve se me apelmazaba en los zapatos, pesada como barro. Aunque parece ligera y preciosa, en la oscuridad de esa noche no daba esa sensación en absoluto.

Fui la primera en llegar hasta Michael. Había caído hacia delante, de bruces, y no en los arbustos situados al pie del edificio: yacía en una zona amplia y lisa de nieve. Tenía la pierna en un ángulo horrible. Me recordaba a los ángeles de nieve que habían hecho Daisy y Bertie el año anterior, cuando nevó en Fallingford el día después de Navidad.

—¿Mister Butler? —susurré—. ¿Mister Butler?

Extendí la mano y de pronto me vi de vuelta en Deepdean, en el gimnasio de nuevo. Había pensado que esa noche era oscura, pero esta era aún más oscura.

Si Michael estaba muerto, ¿qué significaría eso para Daisy y para Bertie? ¿Les culparían?

Pero entonces Michael Butler gimió.

—¡Ayúdame! —dijo—. ¡La pierna!

—¡No te muevas! —contesté—. Ya vienen. Todo irá bien.

Yo no sabía quién venía. Solo esperaba que viniera alguien. Resultaba extremadamente extraño y desconcertante, estar sentada en la nieve consolando a un asesino, pero parecía que no había nada más que pudiera hacer.

Noté una mano en el hombro. Era Bertie, y Daisy estaba junto a él.

—¡Espero que te duela! —soltó Bertie enfadado a Michael al tiempo que apretujaba a Daisy contra él—. ¡Has estado a punto de matar a mi hermana, canalla!

—¡Yo estaba perfectamente! —replicó Daisy—. No seas exagerado, Bertie. ¡Au!

Vi que tenía un rasguño en la pierna, la sangre le manchaba el calcetín.

—¿Seguro que estás bien? —susurré.

Daisy lanzó una mirada a Bertie y luego se inclinó hacia mí.

—Casi me pilla —susurró en respuesta—. Hazel, no ha sido muy agradable. Pero no se lo cuentes a Bertie. Se preocupa.

—A ver —le dijo Bertie a Michael—. ¿Qué estabas haciendo?

—¡Mató a Chummy y a Donald! —exclamó Daisy—. Es quien ha estado tendiendo todas las trampas, para poder heredar su dinero. Es su primo, ¡un primo secreto!

—¿Qué? —gritó Bertie, volviéndose para mirarnos boquiabierto—. ¿En serio?

—¡Por supuesto! —dijo Daisy—. En realidad, Hazel ha sido la primera en entenderlo. Lo cual es raro, porque normalmente nadie me gana investigando. A ver, Michael…, o Henry, o como quiera que te llames. ¿Siempre has sabido quién eras o no lo averiguaste hasta que encontraste la biblia?

Michael gimió de nuevo, pero esta vez me dio la impresión de que estaba fingiendo.

—¡Contéstale! —le ordenó Bertie—. O te doy una patada.

—No pienso contestar —repuso Michael—. No voy a decir nada.

—No creo que lo supiera —dijo Daisy—. Creo que fue una sorpresa. Pero una vez lo descubrió… Bueno, supongo que sacó la

idea de las trastadas de Chummy. —Podía ver que Daisy iba recuperándose, que volvía a ser la Daisy de siempre—. Si ambas muertes pasaban por accidentes, una caída por las escaleras y un envenenamiento, esperaba salirse con la suya. ¡Pero no contaba con nosotras! Tenemos el palo, la etiqueta del veneno y la biblia. ¡Le tenemos!

—¿Hola? ¿Estáis bien? —preguntó una voz, y George y Alexander llegaron jadeando hasta nosotros.

—¿Qué ha pasado? —preguntó George—. Oye, ¿qué está haciendo Michael en el suelo?

—Se ha caído —dijo Daisy—. Estaba persiguiéndome. Escala… ¡Es el asesino!

—Bueno, ¿qué hace Hazel sentada en la nieve? —preguntó Alexander, por encima de mí—. Vamos…

Noté unos brazos alrededor de los hombros que me levantaron a toda prisa. Hundí la cara en el abrigo de Alexander. «Quiero a Alexander», pensé antes de poder contenerme. Y casi me muero de la vergüenza. Menuda estupidez por mi parte, cuando sabía que él nunca me correspondería. Qué idea más tonta y más típica de mí. Sentí que se me saltaban las lágrimas y le empapaban la lana buena del abrigo, y me avergoncé muchísimo. Me alegré de que estuviera tan oscuro. Pero había habido un momento en que pensé que era posible que Daisy muriera. Y eso no lo habría soportado.

La gente gritaba a mi alrededor. Moss y mister Perkins habían llegado, y debían de haber llamado a Alfred y al agente Cross, porque ahí estaba él con el médico, que acababa de llegar para examinar el cadáver de Donald.

A continuación me llevaron lejos de allí, a través de la nieve. De repente estaba en un lugar mucho más iluminado y tenía una taza de té en las manos, y alguien me decía:

—¿Hazel? ¿Hazel?

2

Parpadeé y alcé la vista. Me encontraba en las habitaciones de Bertie, sentada en el sofá delante de un fuego vivo. Las lámparas estaban encendidas, y las velas del árbol de Navidad, prendidas. Hacían que el espumillón destellara; los flecos semejaban pelo o plumas al mecerse con suavidad. Todo parecía maravillosamente festivo. Miré el reloj que hacía tictac en la repisa de la chimenea y vi que era la una de la mañana. Era el día de Navidad, recordé. Navidad, en Cambridge, con el suelo cubierto de nieve… y dos asesinatos en el Maudlin.

Tenía a Alexander sentado a un lado, y a George al otro, y Daisy estaba arrodillada delante de mí, escudriñándome la cara.

—¡Hazel! —dijo—. ¡Arriba ese ánimo! Estás bien. Bueno, venga. ¿No quieres contarle a todo el mundo cómo hemos resuelto el caso?

—¿Michael está bien? —pregunté con la voz ronca.

—Bastante bien —respondió George—. A excepción de una pierna y algunas costillas rotas. Se lo han llevado al hospital, bajo custodia del sargento del agente Cross. ¡No se escapará!

Había muchas personas más en la habitación, entonces lo vi. Estaban Bertie, apoyado en la repisa de la chimenea, y Amanda, despatarrada en el sillón del escritorio de Bertie. Amanda podía ser intensa, y estar amargada, pero había intentado volver al Maudlin cuando pensó que Bertie corría peligro; se habría arriesgado por él,

y yo sabía que eso la convertía en una buena persona. Alfred estaba repantingado al otro lado del sofá, y junto a la chimenea (que empezaba a llamear, Moss acababa de avivar el fuego y seguía de rodillas al lado, frotándose las manos) se hallaba el agente Cross, de pie.

Su cara redonda y sonrosada estaba contraída de angustia, y aferraba su libreta oficial como si fuera lo último que lo mantenía a flote en medio de una tempestad.

—Nunca había tenido un caso de asesinato antes —dijo, a nadie en particular—. Es una broma, en comisaría. Nunca en el lugar adecuado en el momento adecuado.

Pensé que, fuera cual fuera el talento del agente Cross, Daisy y yo teníamos justo el contrario. Últimamente, parecíamos incapaces de ir a ninguna parte sin encontrarnos con un cadáver.

—Bueno, ahora lo está compensando —contestó Alfred.

Le miré y me pregunté si sabía lo cerca que había estado de ser acusado. Entonces atisbé una contracción en la comisura de su boca, y supe que sí lo sabía. Esperaba que fuese a estar bien, ahora que ya no estaba Chummy para atormentarlo.

—No lo entiendo —dijo el agente Cross, y nos recorrió a todos con la mirada—. No lo entiendo. ¿Qué ha pasado? ¿Cómo ha acabado mister Butler herido también? ¿Qué hacía escalando edificios en medio de la noche?

Daisy abrió la boca, y Bertie también.

—Estaba intentando escapar —dijo él antes de que Daisy pudiera pronunciar una palabra—. Creo que estaba intentando huir por los tejados. Pero se le habrán resbalado las manos por el frío. Hace un frío glacial, ya sabe.

Se produjo una pausa.

—Sí —añadió Daisy—. Hazel y yo hemos entrado en su habitación porque estábamos jugando al escondite, para despejarnos, ya sabe. Pero, mientras nos escondíamos, hemos encontrado algo bastante extraño: un pedacito de etiqueta de una botica, y una biblia que tenía el nombre de mister Butler, y el de

Chummy y el de Donald. ¡Eran familia! Todavía estábamos mirándola cuando ha entrado Michael. Se ha enfadado muchísimo. Entonces le ha quitado la biblia a Hazel y ha salido por la ventana.

—¿Familia? —repitió el agente Cross.

—¡Sí! —exclamó Daisy—. Michael era su primo.

Lo dijo con un aire tan inocente… Sonó casi como si se hubiese topado con la información por error. Pese a que ya somos mayores, a Daisy se le sigue dando igual de bien aparentar que es una niñita buena y tonta.

El agente Cross frunció el ceño. Se produjo otra pausa.

—¡Dios mío! —intervino George—. ¡Michael mató a Chummy y a Donald para heredar su dinero!

El agente Cross abrió la boca y, por su cara, advertí que lo asimilaba. Daisy y George se guiñaron el ojo el uno al otro, de un modo casi imperceptible.

—¡Él tendió la trampa a Chummy! —exclamó Alexander, acudiendo al rescate—. Debió de ser él quien tendió todas las trampas, las peligrosas, quiero decir. No sabíamos que escalaba. Pero debió de colocar el alambre trepando por la tubería después de que Chummy hubiese salido esa noche. ¡Fue por eso por lo que nadie oyó ningún ruido de pasos en las escaleras, por supuesto!

Moss dio un grito ahogado.

—¡Sabía que no había oído a nadie subiendo por las escaleras! —dijo—. Solo a alguien en el rellano. No lo entendía… Pensé que tenía que tratarse de mister Donald. ¡Ay, pobre muchacho!

Me sentí fatal por él. Le tenía verdadero cariño a Donald.

—Y podría haber trepado por la tubería de nuevo para dejar ese pastel delante de las habitaciones de Donald por la tarde, después de que nos hubiésemos ido todos —continuó Alexander—. Mientras oscurecía, para que no pudiera verle nadie.

—Tengo entendido que es bastante fácil conseguir cianuro —dijo Daisy—. Eh… Quiero decir… No por experiencia propia. Lo único que tienes que hacer es ir a una botica y decir que necesitas veneno para avispas. Si recorriese usted todas las boticas de Cambridge,

apuesto a que encontraría una en la que reconocerían a Michael. De hecho, vi una el otro día que encaja con la etiqueta que hemos encontrado. ¿Cómo se llamaba, Hazel? ¿Bocking's?

—*Miss* Wells —dijo el agente Cross—, tenga por seguro que visitaré todas las boticas de Cambridge en cuanto amanezca, aunque sea Navidad. Deme esa etiqueta, por favor.

—¿Qué le va a pasar a Michael? —pregunté yo.

—Si las pruebas lo incriminan, irá a juicio —dijo el agente Cross —. No se preocupe, *miss* Wong. Tendremos a nuestro hombre. ¿Saben?, me pregunto si… Pensé que el resto de los agentes se burlaban de mí por no haber presenciado ninguna muerte. Pero quizá solo estuvieran celosos. Esto de los asesinatos… no es muy agradable, ¿verdad?

—No —respondí yo, y por un momento no me sentí nada mayor —. Es verdad.

3

El agente Cross se marchó de la habitación, y Moss se fue con él. El resto nos sentamos y contemplamos las llamas del fuego y las velas del árbol de Navidad. Al principio guardamos silencio. Luego empezamos a hablar.

—Bueno —comenzó Bertie—, Butler escalaba. Debería haberlo imaginado, en realidad. Algunos de los tutores lo hacen, o lo hacían, en su época de estudiantes. Pero ¡parecía tan maduro!

—La verdad es que lo han resuelto Daisy y Hazel —dijo George.

Alexander me sonrió y me iluminé por dentro al verlo.

—¡Lo hemos resuelto todos! —contesté—. Hemos trabajado un tos.

—¿Que habéis trabajado juntos? —inquirió Bertie—. ¡Fofita! ¿Otra vez con vuestros juegos?

—Por supuesto —dijo Daisy—. Búsquedas del tesoro y esas cosas. ¡Es Navidad!

—Eres terrible —respondió Bertie—. No deberíais andar jugando, Fofita. No con la muerte. No… no es divertida. —Se inclinó ligeramente hacia ella, de modo que apenas se rozaban los hombros, y le frotó la mano—. Pero me alegro de que estés bien. Te dije que cuidaría de ti, ¿no?

—¡No necesito que cuiden de mí! —replicó Daisy—. Eres tonto, Bizco. —Le cogió la mano y se la apretó.

Parecían más unidos que nunca, y pensé que, después de todo, para algunas familias, la Navidad era una época agradable del año.

—Entonces, ¿las trastadas también fueron cosa de Michael? —preguntó Amanda. Parecía cansada, pero menos enfadada de lo que la había visto nunca. Se había librado de parte de la tensión de los hombros, y comprendí los nervios que había pasado al verse mezclada en la muerte de Chummy—. ¡De verdad creí que era Chummy!

—¡Sí! —dijo Daisy, que le volvió la espalda a Bertie—. Fueron todas cosa suya… Me refiero a las peligrosas, las de las últimas semanas. Verás, nos dimos cuenta de que no tenía sentido si el objetivo era una sola persona. Pero, cuando caes en que al responsable le daba igual quién salía herido, entonces encaja perfectamente. Chummy llevaba todo el semestre gastando bromas inofensivas a Donald, y de ahí debió de sacar la idea Michael. Por supuesto, no lo sé todo, pero puedo imaginarlo.

»Todo empezó con el accidente mientras escalaban, ¿verdad? Bueno, Bertie dijo que era una ruta que conocían bien. Quizá Michael oyera a Chummy y a Donald hablar de intentarlo. Lo único que tuvo que hacer entonces fue adelantarse y aflojar la piedra; no tenía que preocuparse de quién de los dos resultara herido. Y si hería a alguien más… Bueno, eso le daba igual. ¡No es muy buena persona, que digamos!

»A continuación preparó lo del cubo en la puerta. Michael subió hasta el último rellano utilizando la tubería y tendió la trampa en las habitaciones de Donald. Fácil, para un escalador.

—Y lo mismo en el caso del muérdago —intervino George—. Daisy Wells, te estás llevando todo el mérito. Michael escala, se cuela en las habitaciones de Donald y tritura algunas bayas de las ramas que tiene colgadas en un decantador para oporto. Dio por sentado que Donald se lo bebería, y, si no, ya lo haría Chummy. Lo único que quería era que se encontrasen lo bastante mal para que, cuando empujara a uno de ellos al estanque, no gritase ni pelease. Al menos nos impidió beber a los más jóvenes. No era tan malo.

—Chisss —repuso Daisy—. Estás interrumpiendo mi conclusión. Michael debió de darse cuenta de que Chummy estaba proponiendo a todo el mundo que bebiera de la botella mala en la fiesta y decidió beber él también, para no parecer sospechoso.

Eso me hizo sentirme mal. Pensé en cuánto se había jugado Michael, y en lo que había perdido.

—Y luego el estanque —prosiguió Daisy—. Aguardó en la oscuridad, hasta que pasó Donald. Pero si hubiese dado la casualidad de que Chummy pasaba primero, le habría empujado también. No importaba. Lo que nos lleva a las escaleras. Creo que para entonces Michael debía de sentirse frustrado. Nada funcionaba. Ni siquiera había ningún herido grave. Lo bueno era que todo el mundo pensaba que no eran más que trastadas, pero lo malo era que Chummy y Donald seguían vivos. Y tenía que matarlos antes del día de Navidad si quería asegurarse de recibir todo el dinero.

»Debió de planear la trampa con hilo de pescar con antelación. Estaban remodelando la habitación de abajo.

Aprovechó un momento en que los obreros estaban allí para clavar ese clavo en el rodapié. Entonces lo tenía todo listo para usarlo cuando quisiera.

»Oyó a Donald y a Chummy discutiendo esa noche, lo sabemos porque fue arriba a regañarles. Oyó que Chummy salía por la ventana (me pregunto si incluso oyó que encerraba a Moss en sus habitaciones) y supo que era la oportunidad perfecta. Escaló por la tubería hasta las habitaciones de Chummy para que no lo oyeran, salió por la puerta y tendió el hilo. Por supuesto, tenía un poco porque escalaba. Fácil. Luego volvió a bajar por la tubería hasta la habitación vacía y esperó, para asegurarse por completo de que oía a Chummy cuando volviera. ¿Recuerdas lo que dijo Amanda, Hazel, que cuando llegó vio todas las luces de la escalera encendidas?

—¡Sí! —dije—. ¡Lo he pensado! No debería haber habido nadie en esa habitación vacía. Y, según la coartada de Michael, para entonces debería haber estado dormido, con la luz apagada.

—Pero ¡no era así! —Daisy asintió—. Estaba en la habitación

vacía. Esperó hasta que oyó que Chummy regresaba y cerraba la ventana por encima de él. Entonces volvió a encaramarse a la tubería y subió hasta las habitaciones de Chummy. Encajó ese palo en la ventana, para que no se abriera hacia fuera, y luego dio unos golpes en el cristal. Chummy vio a Michael y se quedó horrorizado. Me pregunto si se dio cuenta entonces de que era la persona que le había robado los trabajos. También debió de enfadarse. Se acercó a la ventana e intentó abrirla, pero, claro, estaba atascada. Así que Chummy, en un estado lamentable, se volvió y corrió por la puerta para bajar a las habitaciones de Michael, tropezó con el alambre y cayó.

—Es suficiente —intervino Bertie, poniéndose en pie—. ¿No podemos hablar de otra cosa? Hoy, aunque parezca que todos lo habéis olvidado, es Navidad. ¡Tenemos que celebrarlo!

—Supongo —dijo Daisy—. Solo porque lo has pedido con tanta amabilidad.

Constaté, una vez más, lo raros que son los ingleses. Por muy mal que se pongan las cosas, siempre son capaces de quitar hierro al asunto.

4

Entonces llegó el rector del Maudlin, y tras él la tía Eustacia entró corriendo cual ángel vengador. Me alegré de que hubieran ocurrido tantas cosas que era poco probable que el rector recordara que nos había prohibido la entrada. Sin embargo, aunque la tía Eustacia estaba enfadada, en ese momento me dio una sensación de seguridad, orden y claridad. Quise rodearla con los brazos, pero, por supuesto, no lo hice. Enviaron a Alexander, a George y a Harold de vuelta al St John's por Navidad, junto con Bertie y con Alfred. El Maudlin cenaba hasta el semestre siguiente; la fiesta de Chummy y Donald se había cancelado y estaban enviando a todos los estudiantes a casa. Amanda, Daisy y yo regresábamos al St Lucy's. Me alegré muchísimo.

Una vez de vuelta, la tía Eustacia nos llamó a su estudio con las paredes forradas de libros y nos sonsacó hasta el último detalle del caso. Quería saberlo todo: lo que habíamos hecho, por qué y cómo. Hicimos lo que pudimos para proteger el Club de Detectives, pero logró arrancarnos la verdad a pesar de nuestras evasivas, y tengo la incómoda sensación de que acabó comprendiendo prácticamente toda la historia. Al fin y al cabo, es la tía abuela de Daisy.

—¡Teníamos que intervenir! —no paraba de decir Daisy—. ¡Ocurrió delante de nuestras narices! ¡No podíamos ignorarlo sin más!

—Hummm —respondió la tía Eustacia—. Da la impresión de que estáis tomando por costumbre este tipo de cosas. ¿Qué os pasa, niñas? De verdad, Daisy, si tus padres…

Daisy se puso pálida.

—Bueno —dijo la tía Eustacia—. No importa, ¿vale? En líneas generales, las dos parecéis ilesas, y eso es algo maravilloso. Aún celebraremos la Navidad, después de todo, pero ahora creo que deberíais iros a la cama. Habéis pasado la mitad de la noche despiertas. Estoy viendo bostezar a Hazel.

Me alegré de que nos marcháramos, pero, cuando volvimos a las habitaciones de Rey Enrique, descubrí que aún temblaba de los nervios, incapaz de dormir. Daisy y yo nos quedamos despiertas al menos una hora más, hablando sobre el caso.

—¡Qué raro! —dijo Daisy—. Sé que es Navidad, pero no siento que lo sea.

—Lo sé —respondí, y fruncí el ceño. Dos cadáveres no resultaban muy festivos.

—¡Oh, Watson! Estos casos siempre te afectan mucho, ¿verdad?

—Estoy bien —contesté—. A estas alturas ya debería haberme acostumbrado.

—Pero eso es lo mejor de ti, Hazel —dijo Daisy—. Todo te importa. Te preocupas por todo el mundo.

A veces resulta sumamente molesto…, como esa obsesión con Alexander, por ejemplo…

Sentí que se me acaloraba la cara.

—No… No se lo cuentes, por favor —susurré—. Se reirá de mí. Y, de cualquier forma, le gustas tú.

—¿Por qué iba a reírse? —preguntó Daisy, con gesto de sorpresa —. Eres Hazel. Eres la mejor persona que conozco. ¿Acaso no te lo digo todo el tiempo? Debería ser un honor para él. Tampoco sé por qué sigue suspirando por mí. No dejo de mostrarme grosera con él para ahuyentarlo. ¿Sabes?, estoy segura de que no entiendo este asunto del amor. ¿Qué tengo yo que le guste? ¿Y qué tiene él para ti? ¿No te importa que siempre lleve las mangas demasiado cortas?

—No —respondí, ardiendo de incomodidad—. ¡No lo sé! No hablemos de ello.

—De acuerdo —dijo Daisy con un suspiro—. A veces pienso que nunca entenderé a la gente.

5

La mañana de Navidad me desperté tarde, y hacía un sol radiante. Daisy estaba sentada en mi cama, con los rizos dorados cayéndole en ondas alrededor de la cara, comiéndose una naranja de chocolate.

—¡Feliz Navidad, Hazel! —dijo—. Toma, come un poco de esto.

Cogí un gajo y dejé que el sabor fuerte y dulce me inundara la boca.

—¡Feliz Navidad! —contesté, mirando en torno a la habitación.

Solo había una ramita de acebo atada a los pies de la cama de Daisy. El ambiente no era muy navideño. Yo tenía mi regalo para Daisy, envuelto de forma cuidadosa; lo había dejado en la sala de estar después de que Daisy se fuese a la cama la noche anterior. Esperé que fuera suficiente.

Entonces caí en la cuenta.

—Daisy —dije—, ¿de dónde has sacado ese chocolate?

—De la sala de estar, por supuesto —respondió, como si tal cosa, y mordió otro gajo—. Está claro que esta noche ha venido Papá Noel, o, más bien, el tío Félix.

Me levanté y, descalza y en camisón, corrí hasta la sala de estar y me encontré con la escena más perfecta.

Habían encendido el fuego y, delante de la pantalla de la chimenea, había dos calcetines abultados. Vi chocolatinas y

caramelos, paquetes de delicias turcas y mandarinas en papel de aluminio. Junto a ellos había montones de regalos envueltos con papel de seda y lazos. La habitación estaba adornada con ramas verdes y aromáticas, y habían servido el desayuno en la mesa baja situada junto al sofá: magdalenas y pan listo para tostarlo, y huevos y beicon aún humeantes.

Parecía magia.

—¡Oh! —exclamé—. ¡Es precioso!

—Feliz Navidad, Hazel. —Daisy se me acercó por detrás y se rio de mí, y las dos nos lanzamos juntas a abrir nuestros regalos.

»Primero el tuyo —dijo, y me tendió un paquete cuadrado. Lo abrí y encontré un cuaderno de bordes dorados con una bonita cubierta de cuero—. Para el próximo caso —añadió con orgullo.

Yo le di mi equipo casero de huellas dactilares.

—¡Qué lista eres, Hazel! —exclamó Daisy encantada cuando lo abrió—. ¡Ahora podremos comportarnos como detectives de verdad!

Los dos paquetes siguientes tenían una nota: «Para Daisy y Hazel, de Lucy».

—¡*Miss* Livedon! —dijo Daisy—. O… pronto será *mistress* Mountfitchet. En serio, ¿cómo puede tener tantos nombres una sola persona?

Ambos contenían sombreros de estilo austríaco, absolutamente preciosos y de adulta. El mío era rojo, y el de Daisy, azul.

—Hay algo más aquí dentro —añadió Daisy—. ¡Oh!

Eran manuales de policía, oficiales. «Para que aprendáis el procedimiento como es debido», había escrito *miss* Livedon en ellos.

Al lado había dos libros de desafíos de lógica. Ambos decían «Con cariño, de George y Alexander» en el frontispicio. Yo abrí el mío primero y experimenté un leve estallido de alegría, pero entonces vi que el de Daisy era exactamente igual.

Había una caja de bombones para mí de Bertie, y para Daisy, una auténtica pila de juegos y rompecabezas. En algunos se leía «De *mistress* D» y «De Chapman», pero todos con la letra garabateada de Bertie, y no nos engañó ni a Daisy ni a mí. Mi padre había

enviado varios paquetes grandes, libros edificantes encuadernados en cuero para mí y para Daisy (está convencido de que le conviene edificarse), y una tarta de Fortnum para cada una. En la etiqueta del mío, había escrito «¡Feliz Navidad! Tu verdadero regalo está en casa». Me quedé desconcertada, pero había más regalos esperando.

Hetty había enviado dos pequeñas carteras, bordadas a mano, con sendas notas. «Os echo de menos —escribió—. ¡Venid a vernos pronto!».

Y finalmente abrimos los regalos del tío Félix. Yo tenía una bonita colección de Dickens encuadernada en cuero («Uf —dijo Daisy—, qué libros más largos. ¡No entiendo cómo puedes estarte quieta el tiempo suficiente para leerlos, Hazel! Pero si a ti te gustan…») y tres magníficos cuadernos de una guinea.

Daisy los observó en silencio y luego abrió su paquete. Contenía una colección de misterios de Margery Allingham, y una gran caja de madera con un equipo de detective. Era uno de verdad, con frascos y brochas para tomar huellas, y tarros para guardar pruebas.

—Oh —dije—. Es precioso.

—Tus cuadernos también —contestó Daisy.

—¡No voy a usarlos hasta que llene el que tú me has regalado! —dije—. Me gusta mucho más.

—Bueno —dijo Daisy—, el equipo del tío Félix es mucho más bonito que el tuyo. Pero, ¿sabes?, creo que yo también prefiero tu regalo. Es mucho más fácil de transportar.

Estallé en carcajadas. Por mucho que se esfuerce, Daisy no puede mentirme.

—Feliz Navidad —le dije.

—Feliz Navidad a ti también —respondió Daisy—. Club de Detectives para siempre.

Después de vestirnos, bajamos al estudio de la tía Eustacia y allí nos encontramos al tío Félix. Se le veía más alto y más guapo que nunca, con el monóculo encajado en el ojo y el pelo dorado

repeinado hacia atrás, a la moda. Le acompañaba *miss* Livedon, de nuevo con un aspecto distinto del de la última vez que la habíamos visto. Esta *miss* Livedon resplandecía de felicidad, y de repente comprendí lo que debía de ver el tío Félix cuando la miraba. Llevaba un anillo con un diamante diminuto en el dedo que destellaba cuando lo movía. Lo observé y me sentí rara. Daisy y yo no éramos las únicas que estábamos cambiando. Incluso los adultos lo hacían.

—Daisy, Hazel. —*Miss* Livedon nos saludó con un ademán de cabeza.

El tío Félix nos guiñó el ojo y dijo:

—Espero que os hayan gustado vuestros regalos.

—¡Oh, sí! ¡Gracias! —respondimos las dos.

—Estoy seguro de que la tía Eustacia ya os ha hablado del cambio de circunstancias —continuó el tío Félix—. Tenemos una petición importante para vosotras. ¿Seríais nuestras damas de honor? Por supuesto, no está a la altura de vuestro nivel de misterio habitual, pero espero que sea un caso del que disfrutéis de todos modos.

—Supongo que podemos sacar tiempo —dijo Daisy—. ¡Aunque deberías habérmelo contado antes!

—¿Qué, no lo adivinaste? —preguntó el tío Félix.

—Yo sí —intervine—. Al menos… no me sorprende.

—Entonces Hazel debería ser la primera dama de honor —dijo el tío Félix.

—Lo compartiremos —replicó Daisy, fulminándolo con la mirada.

—Por cierto —prosiguió él—, de camino aquí, hemos pasado por la comisaría local. Quería oír las últimas noticias acerca del problemilla que habéis tenido en el Maudlin. Parece que esa idea vuestra sobre Bocking's ha dado fruto, Daisy. Cross les ha pedido que abran a primera hora esta mañana, y en el registro de venenos aparecía un tal Charles Melling. Es un nombre falso, por supuesto; el hombre ha reconocido a Butler cuando le han enseñado una fotografía. Ha declarado que le dijo que quería destruir un avispero. Tenéis a Butler utilizando una identidad falsa: demuestra

premeditación y también demuestra que estaba al tanto del vínculo familiar. Será una condena fácil.

—¡En serio, Daisy! —exclamó la tía Eustacia—. ¿En cuántos de estos casos os habéis visto mezcladas ya? No parece nada saludable.

—Pero si estoy sanísima —repuso Daisy, juntando las manos con delicadeza—. Son meras coincidencias, tía E.

Hazel y yo no podemos evitar que la aventura se presente ante nosotras.

—¡Aventura! —Soltó la tía Eustacia—. ¡En serio! Bueno, al menos ya ha acabado todo. Daos prisa y preparaos para la iglesia, niñas. Iremos al servicio de última hora de la mañana. Pero primero quiero interrogar a la nueva prometida de tu tío sin niñas alrededor.

—Al menos es sincera —me dijo Daisy después.

—¡Es exactamente igual que tú! —respondí, y me reí al ver la expresión ofendida de Daisy.

6

Después de la iglesia, nos dieron una sorpresa con la cena de Navidad: nos habían invitado a todos al St John's. La tía Eustacia nos guio a través de Cambridge, vestida como una reina de púrpura. La seguía el tío Félix, con *miss* Livedon del brazo. No podían dejar de mirarse el uno al otro y sonreír. Creo que apenas veían por dónde iban. A continuación iban Amanda y su amiga Harriet; a Amanda se la veía más alegre y radiante de lo que la había visto nunca. Me alegré de que se hubiera liberado del terror de los trabajos. Pensé que ahora estaría mejor. Daisy y yo cerrábamos la comitiva; las dos lucíamos sombrero nuevo con orgullo. Daisy estaba preciosa con su abrigo de piel; «al menos —pensé— las dos parecemos bastante mayores».

Cruzamos Cambridge en medio de la nieve. Iras campanas repicaban sin parar por el día de Navidad. Allí estaban la capilla del King's, cuya apariencia ya casi me resultaba familiar, el edificio del Consejo, con sus gárgolas y florituras, y el mismo St John's. Alexander había asistido al servicio de Navidad en la capilla del St John's con Bertie, aunque Harold y George no. Habían acudido todos a la entrada para reunirse con nosotros y, al verlos, se me aceleró el corazón.

«¡Pobre Bertie!», pensé al mirarlo. Debía de ser difícil para él. Había venido a Cambridge para olvidar Fallingford, y había vuelto a

ocurrir.

Pero entonces Harold se volvió hacia Bertie, y Bertie le sonrió; y vi algo que quizá debería haber visto desde el principio.

—La gente —me dijo Daisy con resignación, mientras nos conducían a través del patio, hasta las habitaciones de Harold—. ¡En serio! Hasta Bertie lo ha pillado.

En ese momento, decidí que Bertie estaría bien después de todo.

Entonces Daisy se volvió hacia George.

—Acompáñame, por favor —le dijo, al tiempo que le tendía la mano.

—Por supuesto —respondió George, con una reverencia y un guiño.

Ella le cogió el brazo y entraron juntos, y Alexander y yo nos quedamos solos. Vi que se quedaba mirando a Daisy y luego me miraba a mí.

—¿Me permites? —me preguntó.

Me ofreció el brazo y apoyé la mano en él, justo como había visto hacer a Daisy. Me resultó sumamente extraño, y no especialmente cómodo, pero aun así me encantó.

—Hazel —comenzó Alexander—, George ha dicho… Bueno, no importa. Daisy… ya la conoces. ¿Crees que alguna vez ella…?

—No —contesté, alzando la vista hacia él. Parecía tan triste que me dolió el corazón—. Nunca. Conozco a Daisy.

—Bueno —dijo Alexander, y suspiró—, supongo que algunas cosas no están destinadas a suceder. Todo irá bien, ¿eh? —Me apretó el brazo, y yo le devolví el gesto.

De pronto vi que había algo más que Alexander y yo compartíamos. No era perfecto en absoluto, pero eso no importaba.

Entramos en el St John’s juntos, siguiendo a los demás por el camino del patio nevado hasta el refectorio. Oí el ruido de la cena mucho antes de que cruzáramos las puertas principales —el golpeteo de la vajilla mientras ponían la mesa y el de los platos al servirlos— y, al oler las delicias que me aguardaban, se me hizo la boca agua.

Entonces las puertas se abrieron para nosotros, y dentro nos encontramos con una escena sacada de un cuadro, un comedor aún más grande y ornamentado que el del Maudlin, todo piedra y vidrieras de colores, con un árbol enorme, decorado e iluminado, en un rincón. Sobre las largas mesas de madera, unos pavos resplandecían como castañas, junto a cuencos de salsa de arándanos y montañas de patatas, relleno y verduras asadas. Junto a cada plato, había unos cilindros de cartón con sorpresas, típicos de Navidad, y los estudiantes iban entrando, ataviados con la toga y el birrete de las grandes ocasiones. La tía Eustacia estaba en la mesa de honor con los tutores del St John's, el tío Félix y *miss* Livedon.

—¿Seguro que estás bien, Hazel? —me susurró Alexander mientras nos dirigíamos a nuestros sitios junto a Daisy y a George.

—¡Sí! —susurré en respuesta—. Estoy bien.

Y lo estaba de verdad. Pensé que esa Navidad en Cambridge era la más maravillosa que había vivido nunca.

Después de la cena, nos dieron permiso para pasar la velada con los chicos. Daisy y George se divirtieron muchísimo. George tenía un libro de crímenes reales, que le leyó en voz alta a Daisy para discutir cómo los habrían resuelto. No tardaron en desmontar el envenenamiento de Maybrick y en demostrar la inocencia de Franz Müller. Vi que Daisy estaba encantada de haber encontrado a alguien que pensaba con la misma lógica y rigurosidad que ella, pero era evidente que no estaba para nada enamorada.

Alexander y yo estábamos jugando a Serpientes y Escaleras. Después de nuestra última conversación, descubrí que tenía enormes dificultades para mirarle directamente. No dejaba de notar los ojos de Daisy puestos en nosotros dos. Decidí que odiaba estar enamorada. Era demasiado incómodo, un horror.

—¿Lo estás pasando bien, Hazel? —me preguntó Alexander al cabo de un rato.

—Sí —respondí, sonrojándome—. ¿Por qué?

—Has estado actuando de un modo extraño —dijo Alexander—. Has cambiado desde el Orient Express. Todavía… te caigo bien,

¿verdad? Entendería si… Quiero decir que no tenemos que seguir escribiéndonos…

—¡Por supuesto que aún me caes bien! —repuse, deseando con todas mis fuerzas que Alexander no fuese tan sincero—. Me caes muy bien.

—¡Tú a mí también! —contestó Alexander alegremente, y su acento norteamericano surgió con más fuerza de lo habitual—. Eres una verdadera amiga, Hazel. Me alegro mucho de que podamos ser amigos. Algunos chicos de la escuela hacen bromas tontas con eso, pero yo sé que no es así para nada.

Noté la boca seca.

—¡No! —chillé—. Para nada.

Daisy me miró y vi que levantaba las cejas. Luego volvió a ponerse a hablar con George.

Y eso es prácticamente todo, salvo por una cosa más. El día después de Navidad, aparecieron carteles por todo Cambridge. Estaban escritos a mano y parecían haberlos colgado durante la noche. En ellos se leía:

A LOS JÓVENES PINKERTON
LES GUSTARÍA ANUNCIAR
que NO son el mejor club de detectives de Cambridge. Ese honor pertenece a
OTRO CLUB, cuya astucia HA RESUELTO UN CASO MUY IMPORTANTE.
Los jóvenes Pinkerton RECONOCEN LA DERROTA y SOLICITAN HUMILDEMENTE LA REVANCHA.
¿A LA MEJOR DE TRES?

Cuando los vimos, no pude evitar reírme. Era el mejor regalo de

Navidad que podía imaginar.

—¿Lo ves? —dijo Daisy mientras despegaba uno de la pared y lo sujetaba con aire triunfal—. Te dije que éramos mejores.

Nota de la autora y agradecimientos

Crecí en Oxford, en el colegio universitario Pembroke, en la década de 1990 (mi padre era el rector). Era un lugar maravilloso y muy extraño para una niña, y siento una enorme gratitud hacia todos los estudiantes y miembros del personal que cuidaron de mí. No podía escribir un libro sobre un colegio universitario sin pensar en ellos y en Oxford, y tomar prestada gran parte de su geografía.

Dejé caer el Maudlin y el St Lucy's en el paisaje de Cambridge de forma bastante brusca. Mis disculpas a los residentes de Cambridge por deshacerme del Queen's, trasladar un puente y reasignar la mayor parte de Mill Lane. Por si les sirve de consuelo, Fitzbillies, Heffers y la plaza del mercado son reales y no los he movido de sus ubicaciones de 2016; podéis visitar los tres lugares, y creo que deberíais hacerlo.

He sido bastante precisa históricamente en este libro. En 1935, tanto el espumillón como las naranjas de chocolate ya se habían inventado, al igual que los cilindros con sorpresas navideñas dentro. Los Escaladores Nocturnos también son absolutamente reales. Leí un brillante libro titulado *The Night Climbers of Cambridge* («Los Escaladores Nocturnos de Cambridge»), de Whipplesnaith (no es su nombre real), para obtener muchos de los detalles. Creo que el autor habría entablado amistad con Bertie.

Para los antecedentes de Alfred, estoy en deuda con la doctora Deanna Lee Rudgard. Me siento agradecida hacia Alex Strick, de Inclusive Minds, por ponerme en contacto con Habeeba Mulla, que me ayudó a asegurarme de que George y Harold aparecían representados adecuadamente. La información sobre la vida de Harold y George está basada en el excelente libro de Shompa Lahiri *Indians in Britain*. ¿Sabías que en 1927 había 1800 estudiantes indios en las universidades británicas, y que en 1936 nombraron caballero a un médico llamado Mangaldas Mehta por sus servicios a la medicina? He puesto su nombre al padre de George en su honor. George, en cambio, recibe su nombre de un fragmento menos agradable de la historia británica: en 1903, George Edalji, un indio británico, fue encarcelado por un crimen que no había cometido. Una de las personas que ayudó a liberarlo fue Arthur Conan Doyle (quizá lo conozcáis mejor como el autor de *Sherlock Holmes*).

Cuanto más investigo, más me recuerda la historia que la inmigración no es un invento reciente, y no es algo malo. Alfred, Hazel, Alexander, Harold y George pertenecen a la Inglaterra de los años treinta tanto como Daisy y Bertie, y no querría escribir una novela histórica que no reflejara esa realidad.

De hecho, la mayor invención que contiene este libro (aparte del asesinato) es la meteorología. En 1935, Cambridge disfrutó de un invierno extremadamente suave, sin nada de nieve. Pero no podía escribir un libro navideño sin ella. Llamadlo licencia artística.

Y ahora, la parte en la que doy las gracias a la gente. Mis editores, Puffin, han hecho un trabajo fantástico una vez más; puede que el único nombre que aparezca en la cubierta de este libro sea el mío, pero los miembros de mi equipo son tan creadores como yo. Gracias a mi editora, Natalie Doherty, cuyos comentarios han sido increíblemente inteligentes y atentos; es maravillosa en general. Gracias a mi publicista, Harriet Venn, que es una persona brillante y extraordinariamente organizada. Gracias también a Annie Moore, Tom Rawlinson, Francesca Dow, Annie Eaton, Sue Cooky al resto de los equipos de diseño, ventas, *marketing* y publicidad. ¡Y, por

supuesto, gracias a mi ilustradora, Nina Tara, por otra cubierta preciosa y por los planos!

Gracias a mi agente, Gemma Cooper, que sigue apoyándonos a mí y a mis libros de manera incansable; ya llevas tres años luchando por ellos y por mí, y nunca dejo de sentirme agradecida por tu amabilidad y tu cuidado.

Gracias a mi familia, en especial a mi madre, Kathie Booth Stevens, que siempre está ahí cuando la necesito, y a quien quiero muchísimo.

Gracias a mis amigos por cuidar de mí a lo largo del proceso de escritura. Sois demasiados para nombraros a todos, pero quiero destacar a Non Pratt, Louie Stowell y Karen Lawler, Katherine Woodfine y al resto del Crime Club, y a Katy, Mo, Ruth, Sibeal, Beth, Harriet y al resto del Equipo Cooper. Gracias a Charlie Morris y a Wei Ming Kam por vuestros indispensables comentarios de los borradores, y por ser geniales en general.

Gracias a mi compañero de aventuras, Dee Stevens. Haces que me sienta tan afortunada… Te dedicaría una biblioteca entera si pudiera.

Y, finalmente, gracias a todos mis lectores. Escribo para vosotros, y saber que os encantan mis libros es lo más maravilloso de ser escritora. ¡Club de Detectives para siempre!

Robin Stevens
Londres, junio de 2016



ROBIN STEVENS nació en California, pero creció en un colegio privado de Oxford, frente a la casa donde vivió Alicia en el País de las Maravillas. Cursó novela negra en la universidad y trabajó como editora adjunta de libros infantiles antes de dedicarse plenamente a la escritura.